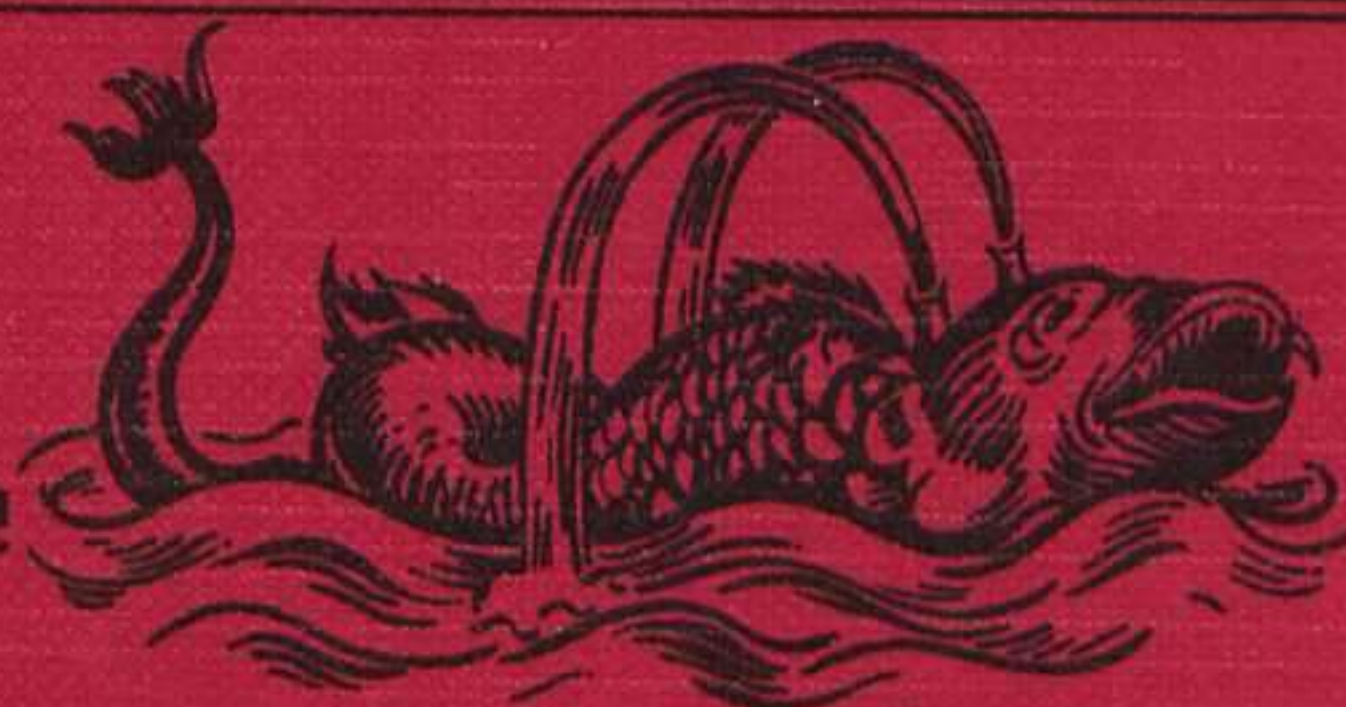


Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Z. 460



OTOÑO 1981

II EPOCA

Nº5

J. Muñoz - S. Roldán

LIBERALISMO ECONOMICO Y ESTRATEGIA SOCIALISTA

CELINSKI

Habla Solidaridad

TIERNO GALVAN

Socialismo y Revolución

BAGET-BOZZO

PSOE y PSI

Semejanza y diferencias

PAEZ-CAMINO

Tradición y mitos

en el Socialismo

GONZALEZ CASANOVA

La tarea institucional

del PSOE

GINER

Agonía de la

Sociedad Civil

OLMO

Teatro Popular

CORDON

Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

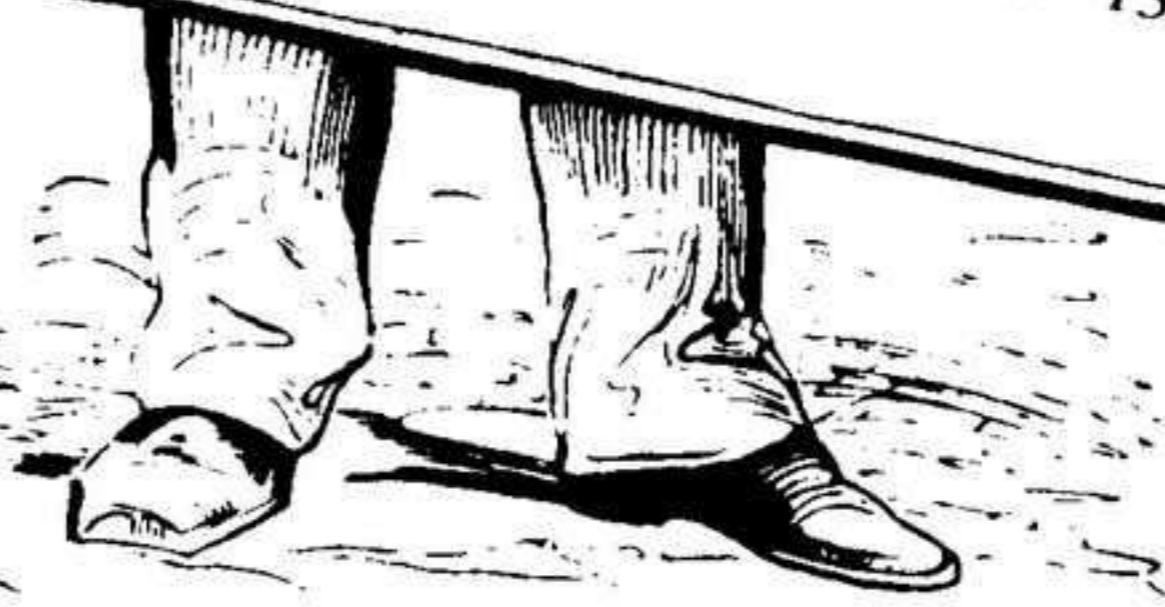
466



INDICE



Presentación	7
ACTUALIDAD	
1. ENTREVISTA CON A. CELINSKI. Habla Solidaridad	9
2. J. A. MATESANZ. El X Congreso del PCE	13
3. A. SANTESMASES. El calvario y el secuestro	21
4. J. MUÑOZ-S. ROLDÁN. Liberalismo económico y estrategia socialista	35
XXIX CONGRESO DEL PSOE	
J. A. GONZÁLEZ CASANOVA. La tarea institucional del PSOE	47
E. GOMARIZ. El ejemplo francés	55
G. BAGET-BOZZO. PSOE y PSI: semejanzas y diferencias	63
F. PAEZ-CAMINO. Tradición y mitos en el socialismo español	73
OPINION	
P. SEBASTIÁN. Todos a la OTAN	83
ANÁLISIS Y DEBATE	
S. GINER. La agonía de la sociedad civil	87
E. TIERNO GALVAN. Socialismo y Revolución	97
ENTREVISTA FAUSTINO CORDÓN.	107
LIBROS	
J. R. ARAMBERRI. La gran mentira	119
R. MATE. Alegato apasionado en favor de la razón	122
J. GARCÍA MAZA. Viaje alrededor del mundo de los símbolos	125
A. GOMEZ-OLEA. Contra las tijeras abiertas	126
CINE/TEATRO	
J. M. MARCO. Fassbinder, el genio compasivo	129
L. OLMO. Problemas del teatro popular	135
W. REICH. La represión sexual y el fascismo	139



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Santiago Roldán
M. Reyes Mate
Julio R. Aramberri
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Javier Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	J. A. González Casanovas
Carlota Bustelo	E. Haro Tecglen
J. María Castellet	Francisco Laporta
Fernando Claudín	Marta Mata
Eliás Díaz	J. M. Reverte
M. A. Fernández Ordóñez	X. Rubert de Ventós

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 121, 2.º C.
Madrid-6. Tefs. 411 20 54-411 17 59.

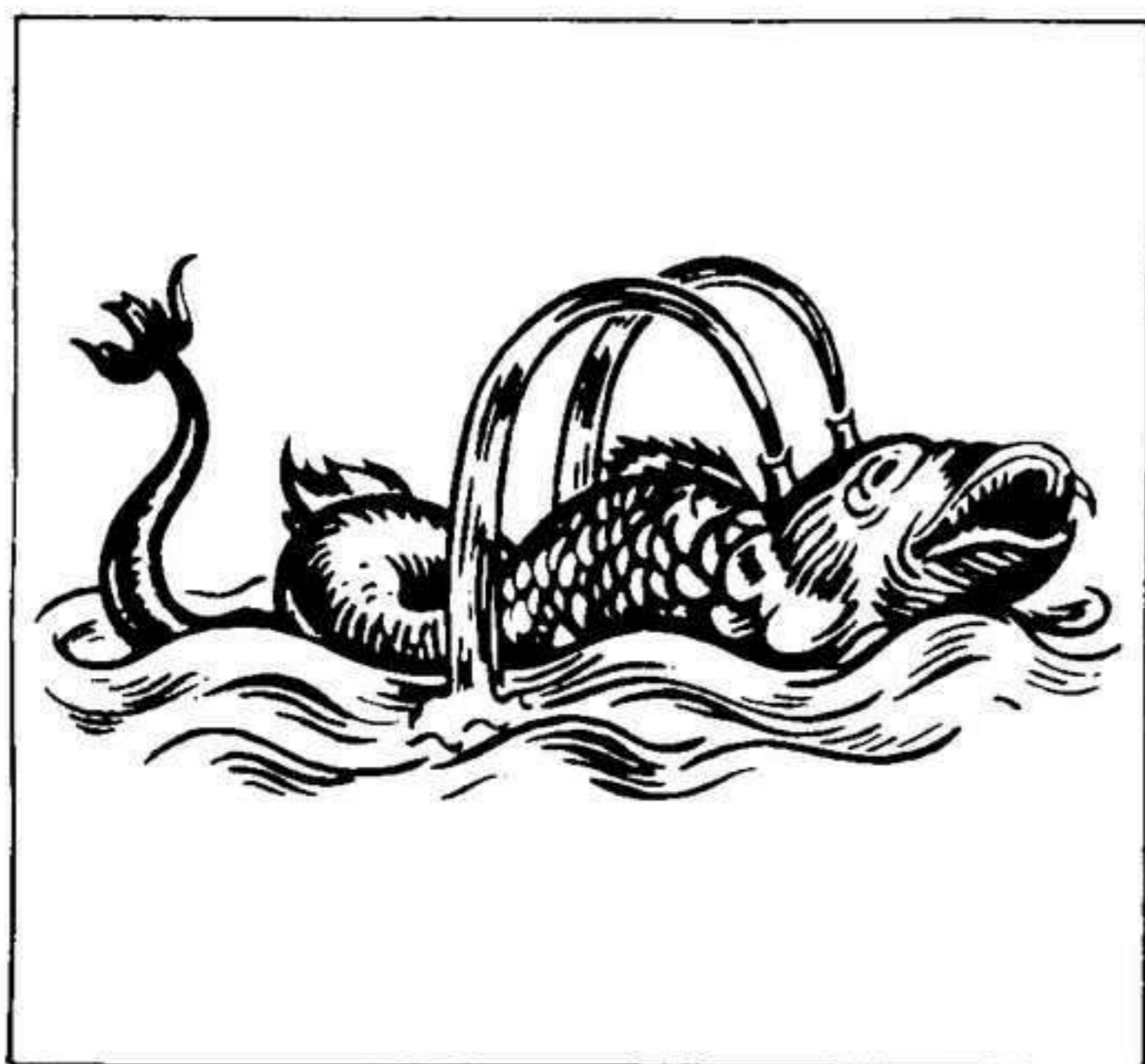
Produce: Comunicación Editorial.

Distribuye: ENLACE.

Suscripciones: SOYSA.

D. Legal: SE-466-1978

Imprime: ELICA. Boyer, 5. Ctra. Vilcálvaro. Madrid-32.



OTRO FRAUDE: OTAN SIN MAS

Salvador Clotas

Entrar en la OTAN deprisa, deprisa, sin una campaña de información sobre los riesgos que esa decisión entraña para nuestro país, sin una consulta popular como prevé el art. 92 de la Constitución, sin saber exactamente si el texto del Tratado es compatible con las exigencias de soberanía e independencia constitucionales, sin requerir ni siquiera la mayoría parlamentaria que apoya cualquier ley orgánica, sin haber sido previamente invitados por la Organización del Atlántico Norte, sin haber expuesto un proyecto coherente de política exterior, después del fracaso oficial del calendario respecto al Mercado Común, puede ser que obedezca al deseo del presidente del Gobierno de marcar diferencias respecto a su antecesor en materia de política exterior. Pero esta operación de imagen, esta cirugía estética de urgencia que costará a los ciudadanos riesgos tan concretos como la nuclearización de España —más inevitable de lo que se prefiere reconocer—, una elevación del presupuesto de Defensa a cargo del

PRESENTACION

bolsillo de todos los españoles sin una garantía de defensa de todo nuestro territorio, una disminución drástica en la capacidad de decidir nuestro futuro en una no tan descartable conflagración mundial, no va a convencer a nadie de que hemos iniciado una nueva etapa en política exterior.

La política del actual gobierno de UCD es la culminación de una diplomacia de desatinos que, entre abrazos tercermundistas, apoyo a los regímenes más reaccionarios y descuido en nuestras relaciones vecinales, ha visto esfumarse la alternativa de una entrada en el Mercado Común sin dilaciones. Subrepticamente se ha querido sustituir la palabra europeísmo por atlantismo. Por si cuela.

No cuela. En primer lugar, porque el pueblo español no es ese menor de edad incapaz de entender los problemas que le afectan, como se ha querido insinuar desde las esferas gubernamentales para justificar su injustificable negativa de convocar un referéndum nacional. En segundo lugar, porque plantear, *ahora*, a un pueblo acuciado por problemas realmente urgentes como la consolidación del propio sistema democrático, el paro creciente, la inseguridad en todos los órdenes de la vida ciudadana y, especialmente, en el que se refiere a la conservación de la salud, la urgencia y la oportunidad de la entrada en la OTAN es, como mínimo, un fraude. Otro fraude que, ya lo sabemos, ni aumenta nuestras garantías de seguridad, ni ayuda a consolidar la democracia, ni resuelve el problema de una política exterior sin proyecto, sin rumbo y sin futuro.

Frente a una campaña oficial que pretende obligarnos sin explicaciones a un pacto de consecuencias imprevisibles para el pueblo español, LEVIATAN quiere levantar una sencilla pancarta donde se lea: *Primero, seguridad en la democracia, en el trabajo y en la salud.*

PRESENTACION

Abre este nuevo número de LEVIATAN un importante testimonio sobre los acontecimientos en Polonia. Uno de los máximos dirigentes del sindicato libre expresa sus puntos de vista, sus temores y sus esperanzas respecto al futuro del pueblo polaco. J. A. Matesanz analiza el reciente Congreso del PCE, y A. Santesmases escribe su interpretación personal sobre la situación política española, continuando la serie de contribuciones que en números anteriores iniciaron E. Gomáriz y J. R. Aramberri. El trabajo de J. Muñoz y S. Roldán, que destacamos en portada, constituye un lúcido análisis de la política económica del Gobierno y la respuesta de la oposición, que esperamos abra un más amplio debate sobre el tema.

No es aventurado afirmar que el XXIX Congreso del PSOE constituye uno de los acontecimientos más trascendentales de este otoño político. Como pocas veces, el país entero estará pendiente de unas conclusiones que pueden cambiar el rumbo de nuestra democracia en un futuro próximo. El papel del primer partido de la oposición en la consolidación de las instituciones democráticas, sendos trabajos de análisis comparativos con los socialismos francés e italiano, y una polémica mirada a la tradición teórica del socialismo español, integran esta sec-

ción que dedicamos al Congreso socialista.

En la sección de *Opinión* publicamos el artículo titulado *Todos a la OTAN*, en el cual el autor, aparte de defender sus puntos de vista sobre el tema, vierte opiniones y juicios de intención sobre la actitud del PSOE respecto a la entrada de España en la OTAN que la redacción de la revista no puede compartir. LEVIATAN considera que tales afirmaciones contrastan con la realidad de la campaña que el Partido Socialista está llevando a cabo, y con la postura que dicho partido ha mantenido tradicionalmente.

La agonía de la sociedad civil y Socialismo y Revolución son los temas de debate teórico que tratan, respectivamente, S. Giner y E. Tierno Galván en la sección *Análisis y Debate*. La inclusión del bloque de artículos sobre el Congreso socialista nos ha obligado a disminuir el número de artículos de esta sección.

La entrevista con el gran científico Faustino Cordón, a la que seguirán en futuros números otros trabajos sobre los problemas de la ciencia y la tecnología en España, las secciones habituales de Libros, Cines y Teatro, con un interesante artículo de Lauro Olmo, y la reproducción del ensayo que W. Reich publicó en 1936 en LEVIATAN, cierran este número de Otoño de 1981.

HABLA SOLIDARIDAD

Entrevista con Andrzej Celinski



Andrzej Celinski, treinta y un años, sociólogo, profesor asistente de la Universidad de Varsovia, expulsado de ésta desde que en 1976 forma parte del KOR, Comité de Defensa de los Obreros. Fue también secretario de la Asociación de los Cursos Científicos, el grupo de la oposición democrática que organizaba las actividades de las Universidades Ocultas; cursos de historia, literatura, sociología y filosofía, etc. montados de forma paralela a las instituciones académicas oficiales.

Desde el agosto polaco es secretario del KKP, órgano supremo de «Solidaridad» y mano derecha de Lech Walesa. Un dato importante, a la vista de los resultados de la primera parte del Congreso de «Solidaridad», lo constituye el hecho de que la entrevista se haya realizado días antes de este primer Congreso.

—Después de cumplirse el primer aniversario de los acuerdos de Gdansk, cuando Solidaridad encara su primer congreso, el balance de este año para la gente de la calle no es, digámoslo claro, optimista. Ultimamente hay quién dice

que la política de concertación empieza a romperse, o mejor dicho, ya se ha roto. Ambos lados hacen declaraciones afirmando sus ganas de diálogo,

pero en la práctica eso sufre un efecto refractario. La gente está desanimada por los resultados miserables, cansada por las colas y la tensión permanente. ¿Todo esto no parece el fin de Solidaridad?

A.C.—La población polaca ha aprendido ya una regla. De vez en cuando, la sociedad civil se levanta contra un poder que no le parece el suyo. El poder hace concesiones y, después —eso sucedía siempre—, pasado un cierto tiempo, el poder comienza a arrebatarse aquellas conquistas que la sociedad consiguió. En muchos casos ni siquiera se cambiaban los slógans y la fraseología del proceso de renovación. En ocasiones anteriores, sobre todo en 1956, sucedió que, antes que la sociedad se organizara, el poder ya había conseguido atornillarla. En la última oportunidad, el poder no podía resistir la consecución de las reivindicaciones, a veces muy revolucionarias, del pueblo. Pero lo que sucede en las últimas semanas es que la gente piensa que podemos estar ya iniciando la retirada respecto de la línea del acuerdo.

—¿Se refiere al acuerdo de Gdansk?

A.C.—No, cuando hablo de la línea del acuerdo no me refiero a los acuerdos concretos de Gdansk, Szczecin y Jastrzebie. La verdadera línea del acuerdo está marcada por el cambio de relaciones entre el poder y la sociedad. Creo que la sociedad actual estaría dispuesta a aceptar un poder que no es suyo, si éste cambiara sus relaciones con la sociedad.

—¿Y ese nuevo tipo de relaciones todavía no se ha logrado?

A.C.—No, ese nuevo tipo todavía no se ha alcanzado. Y este hecho está provocado porque el poder cree que conoce los problemas mejor que nosotros.

Creo que la sociedad aceptaría un poder que no es suyo, si éste cambiara sus relaciones con la sociedad.

Se sigue manteniendo el modelo según el cual el poder está situado encima de la sociedad y el Gobierno no acepta ni una sola vez su papel ejecutivo al servi-

cio de la sociedad, ni siquiera dentro de los límites de los acuerdos que firmó. En todas las negociaciones el Gobierno juega con *Solidaridad*.

—¿Y *Solidaridad*?

A.C.—Hay que decir que *Solidaridad*, durante mucho tiempo, actuaba de forma poco política. Presentaba sus demandas abiertamente, de manera demasiado directa. El Gobierno, en cambio, respondía en el idioma del juego político. Esto es absurdo. Ninguna sociedad desea hablar así con su poder. El Gobierno repite que está concediendo, entregando, consintiendo. Así no habrá forma. El Gobierno tiene que entender que la sociedad no soporta más la vieja dominación. El poder ya no tiene nada que regalar. Tiene que entender que es necesario formar un programa con los problemas sobre los que la sociedad va a decidir, y me parece ya una concesión, porque la sociedad tendría que decidir ella.

—Quiero volver al origen de mi pregunta. ¿Los últimos conflictos, tan brutales, no le parecen el resultado de que el poder ha llegado a la conclusión de que puede oponerse a *Solidaridad* sin que se acabe el mundo? ¿No hay en esto algo de verdad? ¿No es hoy *Solidaridad* un tigre de papel?

A.C.—Hay un poco de verdad en este pensamiento, pero es una verdad peligrosa. Si el poder trata a *Solidaridad* como un tigre de papel, la revolución polaca terminará trágicamente.

—¿Trágicamente para *Solidaridad*?

A.C.—Trágicamente para toda Polonia. Hoy *Solidaridad* cohesiona esta sociedad con enormes esfuerzos. Es decir, frena permanentemente los deseos populares, los canaliza, los ordena. Si el poder organiza un ataque frontal a *Solidaridad*, en este país explotará una

sublevación. Nosotros repetimos que no queremos esto, que no es nuestro camino.

—¿Ve usted algún otro camino?

A.C.—El único camino razonable es una reforma del poder, y digo reforma, no revolución. Según mi opinión no hay otro camino para nuestro país. El problema estriba en que —últimamente— este poder no tiene capacidad de reforma.

—¿Quiere decir que hemos llegado a la terrible conclusión —por otra parte una tesis ya vieja— de la imposibilidad de reformar el sistema comunista?

A.C.—No, todavía no pierdo la esperanza. Perder la esperanza significaría que se acabaron todas las posibilidades para este país. Pero yo no dejo de ser escéptico.

—¿De dónde surgen los verdaderos obstáculos? ¿De las relaciones actuales o del sistema mismo?

A.C.—No me gusta nada cuando se dice que el único culpable es el sistema. El mundo vive y el sistema es parte del mundo. La tesis sobre la imposibilidad de reformar el sistema me parece falsa y vacía.

—¿Entonces se trata de las nuevas relaciones?

A.C.—Pues sospecho que la élite del poder en este país sufre un defecto: la falta de valor, y eso conduce al país hacia una catástrofe. Puede ser que también la reforma, rápida y profunda, conduzca hacia la catástrofe. Esto es probable. Pero la falta de reforma trae la catástrofe segura. Esta gente, digo, la élite del poder, tiene que entenderlo y sospecho que a la mayoría ni siquiera se le ocurre esta idea.

—¿Pero la capacidad de establecer los acuerdos ya adoptados no es una muestra de flexibilidad de parte de la élite?

A.C.—Sí, ellos están dispuestos a seguir llegando a compromisos, pero son siempre compromisos a corto plazo.

«Ahora tenemos que soltar cuerda para después dominar mejor la situación.» No para volver a la fórmula antigua, sino para guardar su posición dominante en la sociedad. Y esto no es posible sin el respaldo de las fuerzas militares, y, parece, no sólo polacas.

—Las semanas antes del Congreso han demostrado que las posibilidades de la sociedad no son ilimitadas. El movimiento sigue influyendo en las actitudes del poder, pero el Gobierno puede perfectamente dejar algunas demandas sin ninguna respuesta. En este sentido, ¿no parece el tiempo un enemigo de Solidaridad?

A.C.—Yo diría que el tiempo es enemigo de la sociedad y no del sindicato. En cualquier momento se puede pro-

En cualquier momento se puede producir un gran descontento social y entonces nadie podrá dominar la situación del país.

ducir un gran descontento social y entonces nadie podrá dominar la situación del país. Ni *Solidaridad*, ni el Gobierno. Dicho más brevemente, en cualquier momento puede explotar la huelga general y su solución será incomparablemente más difícil que en agosto del año pasado. Entre otras razones, porque esta huelga podrá convertirse con facilidad en un intento por derrocar el poder. Es perfectamente posible que los millones de trabajadores lleguen a la conclusión de que este poder no es capaz de aceptar un estilo de gobierno basado en el desarrollo de los acuerdos sociales y de concordia con el pueblo.

—Pero junto a esos millones activos y politizados existen otros tantos millones pasivos e incluso refractarios. Junto a efervescencia se nota también mucho desencanto...

A.C.—Sí, pero en una situación como la que he descrito anteriormente deciden los más radicales. Los otros se subordinan y entonces ya no queda la posibilidad de buscar el compromiso entre las distintas formas de lucha.

—Pero en los últimos conflictos antes

del Congreso se evidencia otra cosa: ya no se ve mucha gente indecisa. Unos quieren ir a la huelga, y otros trabajar.

A.C.—Sí, pero parte de los que ya no quieren ir a la huelga es porque piensan que la huelga es ya un arma devaluada.

—*También hay cada vez más gente que piensa que no hay otro futuro que la catástrofe. La catástrofe como el único resultado posible de la oposición al poder...*

A.C.—El hecho de que se piense que los métodos pacíficos ya no sirven, con la convicción de que el poder prácticamente no cambió, me parece terrible. Por otra parte, la élite sigue con su opinión, que dice: «Tenemos el poder y la sociedad tiene que escucharnos.» El vicepresidente primero Mieczyslaw Rakowski repite directamente durante todas las negociaciones: «No devolveremos el poder.» Eso no sólo significa «no entregaremos el poder a otro grupo político», sino también: «No devolveremos ningún poder a la sociedad.» El Gobierno actúa como un elemento ajeno. Eso es algo trágico; este Gobierno va a perder su oportunidad...

—*¿Y los dirigentes de Solidaridad, que también aparecen como interviniendo en la vida del país, no pueden perder su oportunidad frente a las amas de casa que hacen colas?*

A.C.—Creo que el Gobierno puede socavar la autoridad pública de los dirigentes del movimiento. Lo veo perfectamente posible. Pero, en este caso, el Gobierno se encontrará con una respuesta popular desorganizada y sin dirección, lo que puede dar lugar a un baño de sangre. Y para esto no hay que pensar en una huelga de diez millones de trabajadores. Sería suficiente con que mil personas quemaran varios edificios oficiales. Como en el 1970, se respondería con disparos. Pero en esta ocasión eso sería la chispa de una explosión revolucionaria. Es decir: una si-

tuación sin salida. Además, todo esto duraría tiempo. Porque los vencedores querrían castigar a sus enemigos, y los vencidos se dedicarían a la resistencia, algo muy frecuente en nuestra historia, y a los atentados terroristas. Ese baño de sangre sería cometer el crimen más grande en este país. Yo temo que la política actual del Gobierno conduce en esta dirección. No digo que el poder lo quiera, sino que su política puede provocarlo.

—*¿Cree usted que el Gobierno no se da cuenta de la gravedad de esta situación?*

A.C.—Probablemente está pensando que la sociedad está desalentada. Y probablemente, todos estemos desalentados: el Gobierno, *Solidaridad*, la sociedad. Pero hay que salir de esta situación.

—*Nos ha presentado usted una perspectiva verdaderamente catastrófica. ¿No ve usted alguna salida un poco más optimista?*

A.C.—No es una visión catastrófica. Sólo quería mostrar el peligro. De todas formas, durante cinco u ocho años la sociedad polaca va a sufrir la carga enorme de la crisis. No veo salidas milagrosas...

—*Una salida que exige la permanente negociación entre ambas partes...*

A.C.—En efecto. Una negociación que no puede verse con la óptica actual del Gobierno, donde hay siempre vencedores y vencidos. Si lo miráramos con esa óptica, tendríamos que decir que nosotros estamos haciendo muchas cosas que el Gobierno ya no puede hacer. Por ejemplo, el llamamiento de *Solidaridad* a trabajar ocho sábados libres. En todo caso, esta es una salida que implica al conjunto de la sociedad, mediante un mecanismo

fundamental: los consejos obreros. Pero toda sociedad necesita un Gobierno, como necesita unos representantes sociales. El sindicato no puede gobernar.

Durante cinco u ocho años la sociedad polaca va a sufrir la carga enorme de la crisis. No veo salidas milagrosas...

X Congreso del PCE

HAMLET ENTRE SURESNES Y BAD-GODESBERG

Juan A. Matesanz



Entre los días 28 y 31 de julio pasado se celebró en Madrid el X Congreso ordinario del PCE; un congreso que, desde sus prolegómenos, ya discurrió por cauces procelosos y desbordados. Esas manifestaciones de pasión desatada dejaron bastante perpleja a buena parte de los observadores. La conclusión del Congreso dejó insatisfechos a casi todos, y las espadas continúan en alto. El 8 de septiembre abandonó el partido uno de los animadores de los «eurocomunistas renovadores», Alfredo Tejero.

El estupor que aquellos acontecimientos provocaran era, si no lógico, explicable, pues se estaba más o menos acostumbrado a ver al Partido Comunista como algo ciclópeo e impenetrable, cerrado en una apretada piña en torno a sí mismo y mostrando al exterior una sola cara. Hasta ahora, el

PCE —El *Partido* por antonomasia— ofrecía la imagen de una unidad militar, impregnada de un acentuado sentido de la disciplina y con unas ideas perfectamente formuladas acerca de lo que pretendía, y con una aplastante seguridad en sí mismo y en su proyecto político. Para cualquiera con aspira-

ciones revolucionarias el Partido Comunista representaba la seguridad.

Todo eso, sin embargo, parece tambalearse con el primer soplo de oposición interna y de debate abierto. ¿Qué está pasando en el PCE?

De la clandestinidad a la legalidad

Durante la dictadura franquista el PCE se consideraba, no sin cierta justificación, la espina dorsal de la oposición. Para Franco, en efecto, sólo había un enemigo: el comunismo. Lo que pasaba, en realidad, era que el viejo dictador metía en el mismo saco a todo aquél que se le opusiera, cualquiera que fuese su modo de pensar y actuar. De una manera o de otra, el PCE fue, sin duda, un tenaz y abnegado luchador antifranquista, por lo que hubo de pagar un elevado precio. Precio que esperaba ver compensado, una vez restablecida la democracia, con una implantación y un influjo político proporcionales al sacrificio realizado.

Los hechos, empero, no vinieron a confirmar estas esperanzas de los comunistas, ante el asombro de infinidad de medios políticos de dentro y de fuera de España y la profunda desilusión en el seno de las filas comunistas.

Llegó después la batalla sindical que, con algunas alternativas y a pesar del apoyo oficial tácito en las primeras elecciones sindicales, se saldó, al final, en 1980, con la quiebra en la estrategia sindical de la C.S. de CC.OO. y la necesidad de compartir la hegemonía en el movimiento obrero con otra fuerza que, en principio, no estaba invitada: la UGT. Pero todo esto, creemos, tiene un valor secundario. El problema principal con el que tarde o temprano tenía que enfrentarse el PCE era el de su propia identidad y, por añadidura, el de su espacio político, tanto en el plano de las ideas como en el de la acción.

Hasta ahora, el PCE ofrecía la imagen de una unidad militar impregnada de un acentuado sentido de la disciplina.

Una armadura pesada

La estructura orgánica del PCE, heredada de los tiempos de la III Internacional, pudo ser útil durante la clandestinidad; pero esa misma estructura—convertida en una rígida y pesada armadura en la actualidad—corría el riesgo de convertirse en una traba para el desarrollo del partido en la legalidad democrática. Si la formulación, breve y esquemática, de rápida recepción para cualquier capacidad, había servido para expandir y fijar las ideas del partido en la lucha antifranquista, éste mismo esquematismo podía volverse en contra de sus formuladores y agotarse en el ámbito dialéctico de la lucha política a plena luz. Si el principio y las prácticas del centralismo democrático aseguraban la elaboración de la estrategia y de la táctica política en cada momento, de manera coherente y eficaz, y ponían al partido al abrigo de posibles fisuras, contradicciones y titubeos, ese sistema amenazaba con generar futuras tensiones una vez que la organización empezase a funcionar en contraste directo y permanente con la realidad social y política española.

La sombra de Moscú

La derrota del Eje, en 1945, y el inmenso sacrificio que supuso para el pueblo ruso la Segunda Guerra Mundial, y la guerra fría que siguió a la euforia inmediatamente posterior a la victoria de los Ejércitos occidentales y soviéticos sobre el régimen nazi, retrasaron la toma de conciencia entre los comunistas occidentales de lo que verdaderamente había significado el stalinismo para el movimiento obrero en general y para el socialismo marxista en particular. Pero, pronto, una serie de acontecimientos allende las fronteras entre el Este y el Oeste (subleva-

ción de Berlín en 1953, la entrada de los carros soviéticos en Budapest en octubre de 1956, el XX Congreso del PCUS, con la desmitificación de Stalin, en 1956, el triste final de la *primavera de Praga* en agosto de 1968 y, por último, la invasión de Afganistán), fueron abriendo la conciencia crítica de muchos comunistas de la Europa occidental. El capítulo postrero —y aún inconcluso— de esa serie de acontecimientos ha sido la crisis polaca, que pone de manifiesto alguna de las graves insuficiencias del llamado *socialismo real*, es decir, de los regímenes comunistas del Este de Europa.

El alud de la legalidad

Por otra parte, el PCE no se ha librado, al igual que otros partidos, del alud que siguió a la legalización. En él, como en todos, este aluvión produjo los naturales efectos de desajuste y la consiguiente necesidad de reestructuración con el fin de hacer viable una gran organización.

El choque del viejo modelo de partido con la nueva realidad fue en el PCE mucho más dramático que en otras formaciones políticas con estructuras de organización mucho más flexibles e, inicialmente, menos jerarquizadas. Como antes apuntábamos, el centralismo democrático (que, en la práctica, se traducía por un imperio del Comité Ejecutivo) facilitaba la elaboración de las opciones y la toma de decisiones rápida y coherente; existía en el partido «una marcada tendencia a hacer política *por arriba y hacia arriba*» (S. Carrillo, Informe al X Congreso del PCE —el subrayado es suyo—), «... se ha mantenido, cuando no reforzado, la tendencia a los amplios órganos de dirección, a todos los niveles, fomentando también por este medio la escapada de los cuadros hacia arriba» (*ibidem.*).

Durante la clandestinidad, el PCE supo introducirse en los movimientos sociales que, sobre todo a partir de la segunda mitad de los años sesenta, empiezan a enfrentarse desde distintas perspectivas ideológicas, políticas, profesionales y humanísticas al Estado y a la sociedad franquista y nacionalcatólica. En aquellos años, efectivamente, el militante comunista parecía tener el don de la ubicuidad, por su capacidad de multiplicarse y cubrir frentes muy variados de oposición y resistencia. No cabe discutir, a este respecto, que los comunistas fueron, junto a otras fuerzas antifranquistas, los grandes animadores de los incipientes movimientos de masas. Pero esto, a la larga, se volvió en alguna medida en contra suya. Porque los comunistas, en su afán de estímulo, empuje y coordinación de esos movimientos no acertaron

El choque del viejo modelo de partido con la nueva realidad fue en el PCE mucho más dramático que en otras formaciones con estructuras más flexibles.

ron a sustraerse a su tendencia a erigirse en el elemento nuclear y decisivo de los mismos, y a inclinar sus acciones hacia los intereses tácticos del

PCE. Esa práctica era factible en la sombra de la clandestinidad y cuando se carecía de otras perspectivas de acción política y de realización personal; sin olvidar el poderoso componente de ilusión y entusiasmo que a todos, comunistas y no comunistas, animaba en aquellos años. Más, cuando *sobrevino* la legalidad, todos también hubieron de enfrentarse con un cambio en las expectativas de acción política y, por qué no decirlo, de promoción personal. Eran ya otros los apremios. Se trataba ahora no de acabar con la dictadura, sino con su herencia. Se trataba, en definitiva, de construir un nuevo Estado y de ir configurando una nueva sociedad en el marco de la democracia (que aún entonces era apellidada *burguesa*).

Y ante esas nuevas tareas, para las que todos estaban escasamente preparados en el terreno técnico, los comunistas se tropezaron con dos obstácu-

los en su propia casa: el ya aludido de la estructura del partido, y otro no menos importante y decisivo: el de la estructura mental de los militantes (*cuadros*, en este caso) comunistas. El partido no logró acomodar esas dos estructuras a la nueva situación y se produjo lo inevitable: el progresivo alejamiento de las masas y la polarización paralela hacia las nuevas tareas. De tal modo que la distancia entre los cuadros y las bases, y de éstas con las masas, fue cada vez mayor. «Falló el instrumento principal a través del cual el partido se liga con las masas: la organización de base (...). La comunicación del partido y las masas se ha estado haciendo, principalmente, a través de la representación parlamentaria, autonómica o municipal» (*ibídem*).

La estructura como «contenedor»

La necesidad de afrontar la realidad desde una estructura más vertebrada y acorde con las exigencias del proceso político llevó a los comunistas a introducir determinadas correcciones en la estructura organizativa del partido. La más importante desde este punto de vista y, a la vez, por sus consecuencias fue el abandono del sistema de células y los frentes de lucha, y su sustitución por las Agrupaciones. Se pensaba que con ello el partido se hallaría más cerca de los ciudadanos y que, desde las nuevas organizaciones locales y territoriales, sería más fácil la labor de información y canalización de la opinión. Sin embargo, parece que el nuevo sistema organizativo no ha dado los resultados que se esperaban de él, sino que, por el contrario, ha acentuado el problema de incomunicación

y de burocratización que arrastraba el partido desde tiempo atrás. La nueva organización territorial ha alejado todavía más al partido de la sociedad y

ha ahuyentado a los cuadros, a los profesionales y a los intelectuales; los primeros se han «centrado en las altas esferas políticas representativas y en los comités superiores... De hecho, hay muy pocos cuadros que espontáneamente se decidan a trabajar en las Agrupaciones» (*ibídem*.); en cuanto a los segundos y a los intelectuales, cuyo marco respectivo de actividad viene a ser el mismo, no han encontrado en la nueva organización territorial su ámbito de acción, se han sentido marginales, cuando no marginados y sin una función que justificase su permanencia en el partido; en consecuencia, muchos de ellos se han distanciado o lo han abandonado efectivamente. La nueva estructura se ha revelado más como un *contenedor* que como un continente susceptible de integrar y ordenar las iniciativas de los militantes y los sentimientos y necesidades de simpatizantes y electorado.

El redescubrimiento de la libertad

Entre todos los elementos que se entrecrocaban en las vísperas y durante el desarrollo de este X Congreso hay uno que destaca singularmente, por ser el de mayor trascendencia y contenido y, por lo mismo, por ser el que más problemas ha generado y generará en el inmediato futuro: el redescubrimiento de la libertad. Los comunistas empiezan ahora a responder a la pregunta que hiciera Lenin a los socialistas españoles: «Libertad, ¿para qué?»

La libertad, todos lo sabemos, es el elemento político más corrosivo y que provoca mayor aceleración. Es lógico, por tanto, que su descubrimiento o su recuperación por los comunistas susci-

La nueva organización territorial ha alejado todavía más al partido de la sociedad y ha ahuyentado a los cuadros, profesionales e intelectuales.

te infinidad de problemas. Y en torno a este objetivo, a este concepto y a este instrumento giró lo fundamental del debate del X Congreso del PCE.

Libertad de expresión de las corrientes de opinión dentro del partido; libertad de representación de esas corrientes; horizontalidad en la estructura global de la organización y autonomía para las federaciones de nacionalidad y región; libertad de articulación de los grupos profesionales frente al criterio de territorialidad...

Estas aspiraciones quedaron guardadas en la alacena de la oportunidad. Ninguna de ellas prosperó. A cambio de algunas concesiones de forma, Carrillo fortaleció su posición personal al frente del Ejecutivo. Su respuesta en el Congreso fue, a juicio de muchos, excesivamente dura. Su argumentación rigurosamente ortodoxa, dentro de la mejor tradición del centralismo democrático. Afirmaba el Secretario General en su informe al Congreso: «O este X Congreso es el Congreso del retorno de los cuadros a la base, del fortalecimiento de su presencia en las Agrupaciones, o la continuación de la práctica actual nos conducirá a un tipo de partido que tendrá muy poco que ver en su estructura (...) con lo que es un Partido Comunista.» Y añadía: «El verdadero sentido de la *democracia* en el Partido...», es la *participación* «mucho más que los duelos políticos entre grupos muy reducidos de cuadros...» (los subrayados son del original).

La independencia del «aparato»

Uno de los reproches que se le hacen a los partidos políticos en la situación actual es el del excesivo peso que en ellos ejerce el denominado *aparato*, en detrimento de la libertad de los militantes y de la agilidad y la flexibilidad de las mismas estructuras de estos partidos. Pero la organización decana en este tipo de imputaciones es precisamente el PCE. Justo o no, lo

Contra este exceso de burocratismo y dirigismo se encaminaba buena parte de la ofensiva de los eurocomunistas renovadores.

cierto es que buena parte de los recelos que despierta el Partido Comunista se deben a su fama de partido burocratizado, centralizado y jerarquizado.

Y contra este exceso de burocratismo y dirigismo se encaminaba buena parte de la ofensiva de los *eurocomunistas renovadores*, que exigían la flexibilización de las estructuras del Partido y su democratización, tanto en su dimensión institucional como en su expresión política e, incluso, ideológica. La respuesta de Carrillo fue tajante y demoledora. Para Carrillo, el «aparato lo componen los *liberados* del Partido, en sus órganos dirigentes, en los órganos de representación popular (Parlamento, municipios, etc.)... El conjunto de los *liberados* compone el *aparato*». Más adelante reconoce que el «aparato puede constituir un elemento de limitación de la democracia interna, un instrumento para la permanencia en el poder del grupo dirigente». Pero se revuelve enseguida contra sus críticos, preguntándose: «¿Se puede hablar en esos términos del *aparato* y de la burocracia del PCE como lo hacen ciertos camaradas, que a veces forman parte —y hasta privilegiada— de ese aparato...?» Para concluir con una interesada simplificación que, de hecho, escamotea el verdadero fondo de la cuestión planteada por los *eurocomunistas renovadores* y por otros muchos militantes: «Donde está el enfrentamiento y la polémica en el Partido, más que en el conjunto de éste, es en el interior del aparato, entre los elegidos (...). En gran medida, el debate político en el Partido es un debate en el seno del aparato.»

En cierto sentido no le falta razón a Carrillo, aunque por su parte sea rizar el rizo de su argumento, si se parte del concepto leninista de partido. Precisamente, la constante gravitación de ese problema en la conciencia y en la estructura misma del PCF y de los co-

munistas hace el problema más difícil de resolver. En el fondo de sí mismos, muchos militantes y dirigentes comunistas siguen aferrados a la concepción de partido, de política y de sociedad leninista-stalinista, como se puso de manifiesto en el prólogo al X Congreso, es decir, en el Congreso del PSUC.

El Congreso del PSUC

Como es sabido, el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) nace en 1936 como resultado de la fusión de diversas organizaciones socialistas, nacionalistas de izquierdas y comunistas. Los eurocomunistas del PSUC reivindican con justicia la anticipación de las ideas eurocomunistas para el partido de los comunistas catalanes. Y, no obstante, ha sido el PSUC el primero en

dar el aldabonazo sobre lo que iba a suceder en el seno del Partido Comunista de España. El PSUC era tenido, hasta hace poquísi-

mo tiempo, por el sector más evolucionado del comunismo español, y a nadie extrañaba este hecho si se tiene en cuenta que es un partido genuinamente catalán y que es Cataluña, también, el área social y política más *moderna* de España. Se ha dicho con frecuencia, y acertadamente, que la catalana es la única sociedad burguesa que existe en la comunidad de pueblos españoles. Y el PSUC hacía honor a esa modernidad, a ese positivo *aburguesamiento* reconocido a Cataluña. Por otra parte, el PSUC es, relativamente, el partido más poderoso y mejor organizado de cuantos componen la constelación comunista en España. Su nivel de desarrollo intelectual y político es igualmente notable.

¿Cómo explicar, entonces, la explosión, el movimiento sísmico que supuso el V Congreso de los comunistas catalanes?

En el X Congreso del PCE se ha aludido repetidamente, en el turno de intervenciones autocríticas, entre otras cosas, a la insuficiente comunicación que ha habido en el Partido en los últimos tiempos. Esta falta de comunicación ha tenido como consecuencias la ausencia de una información adecuada sobre lo que significaba, de un lado, el eurocomunismo —de difícil digestión para gran parte de la base y de los cuadros medios del Partido, demasiado penetrados del concepto leninista de Partido— y, de otro, la incompreensión de la política del Partido, tanto en el plano parlamentario como en el regional, social y sindical.

Ahora se ha visto como muchas de las iniciativas tan caras a la dirección carrillista, por ejemplo, el consenso y los Pactos de la Moncloa, fueron tolerados, disciplinadamente, por la base

Ahora se ha visto cómo muchas de las iniciativas fueron toleradas, disciplinadamente, por la base militante, pero nunca asumidas de verdad.

militante y por el electorado y simpatizantes comunistas, pero nunca asumidos de verdad y menos todavía comprendidos. A esto hay que añadir la situación general de España en estos años de transición, con su crisis económica, con su agresión permanente terrorista y con la ausencia de unas líneas claras de acción que orientaran a una militancia acostumbrada a identificar casi automáticamente al amigo, al compañero de viaje, al adversario y al enemigo. De la misma manera que no se hace una democracia sólo con el simple acto de promulgar una Constitución, tampoco se hacen eurocomunistas a unos militantes que a lo largo de decenios han pensado, sentido y actuado desde supuestos ideológicos, políticos y tácitos diametralmente opuestos.

Por lo demás, en el desarrollo y culminación del V Congreso del PSUC y su *Delenda est Eurocomunismo* (aunque con posterioridad haya vuelto de su acuerdo) hay mucho de exceso de

confianza por parte de la dirección saliente. Son muy clarificadoras, a este respecto, las palabras de Jordi Solé Tura comentando el desarrollo del V Congreso:

«El hecho de que ni el Comité Ejecutivo ni el Comité Central participasen en la explicación y en la defensa de las tesis ante las organizaciones del Partido provocó dos efectos decisivos:

1. Las tesis se discutieron sin que nadie las defendiese ni explicase (...). Ningún responsable de la dirección acudió a las organizaciones del Partido... para explicar por qué las tesis decían una cosa y no otra...

2. La inhibición de la dirección dejó el terreno libre para la aparición de contratesis o de documentos paralelos (...). Así, por ejemplo..., el documento programático elaborado como enmienda general por el Comité Comarcal del Vallés Occidental...

En la discusión de las tesis participó un número muy reducido de militantes: osciló entre el 15 y el 20 por 100 de miembros del Partido»¹.

En cualquier caso, todos están de acuerdo en considerar que el meollo del conflicto fue el eurocomunismo. Ahora bien, «para muchos delegados al Congreso del PSUC el eurocomunismo era igual a la política de consenso...» (J. S. Tura). Y esa política de consenso, es decir, eurocomunista, se aparecía a los ojos de los militantes como una política carente de incidencia en las masas y como expresión de una corriente dentro del Partido.

Para medir hasta qué punto los militantes, en este caso los delegados al Congreso del PSUC, iban dispuestos a reponer las cosas *en su sitio*, es decir, a impugnar frontalmente la nueva línea programática e ideológica del PCE y,

por consiguiente, de Santiago Carrillo, veamos qué decía el documento del Comité del Vallés Occidental:

«Los grandes bloques son una reali-

dad y ante ellos no cabe una posible independencia (...). Las contradicciones entre las clases dominantes y entre los Estados del bloque occidental son secundarias, por no decir que inexistentes. Un aspecto decisivo de esta situación es la utilización de la socialdemocracia como punta de lanza para dividir al movimiento obrero...»

Los 424 votos a favor de la supresión del término *eurocomunismo* (aunque después, como ya se ha dicho, se revocaba esa resolución) y los 359 en contra han dejado al PSUC en una situación de confusión e incertidumbre de la que todavía no ha logrado salir. Además, aquellos resultados y el Congreso mismo pesaron gravemente a lo largo del primer semestre de 1981 sobre la suerte del PCE y de su actual equipo rector, con notable perjuicio para la consistencia de la izquierda en Cataluña y en España.

El problema de la identidad

Otro tanto cabe decir del resultado del X Congreso del PCE. En realidad, la controversia no ha hecho más que empezar y el X Congreso ha sido el primer acto de una pieza que todavía oculta su desenlace en un *suspense* que no resulta nada tranquilizador. Porque el problema con el que se enfrenta en este momento el movimiento comunista en España es el de lograr una diferenciación clara e indiscutible de su vieja madre moscovita. Pero, para conseguirlo, es preciso que se libere de muchos registros mentales y orgánicos que han llegado a ser auténticos reflejos condicionados, que forman parte de su *ser* y sin los cuales muchos comunistas se encontrarían como desnudos

y a la intemperie. Han de salir, pues, de su antiguo *sueño dogmático*. Y eso supone inevitables desgarros. Pero, además, el salir significa la búsqueda de

«... para muchos delegados al Congreso del PSUC, el eurocomunismo era igual a la política de consenso...».

una nueva identidad; en el fondo, se trataría de una especie de dramática vuelta a los orígenes. Y, en este caso, tropiezan con un competidor que, aparte de la fuerza moral que le otorga el haber mantenido una posición a lo largo de muchas decenas de años, tiene tomado el espacio político.

No es extraño, pues, que el PCE se debata en estos momentos entre la renovación y la tradición, entre el dogma y la crítica, entre la conservación y el cambio. Dogma, tradición, conservación son elementos consustanciales, hasta ahora, en las coordenadas políticas y mentales de la mayoría de los comunistas. Romperlas de repente es mucho pedir a la dirección. No ha-

cerlo supone abrir profundas grietas en la cohesión y los hábitos comunistas, de consecuencias aún imprevisibles.

En todo caso, creemos no faltar a la evidencia al afirmar que la opinión en general ha perdido la orientación, la referencia política, ideológica e incluso espacial que el PCE constituía hasta el momento. La gente no sabe bien donde está el PCE y, menos, dónde estará en el próximo futuro. Por consiguiente, es de esperar que el debate explicitado con ocasión del X Congreso continúe abierto durante bastante tiempo todavía, hasta que el PCE reencuentre su espacio político y su verdadera identidad ideológica.

¹ *Nuestra Bandera*, n.º 107, mayo 1981.

EL CALVARIO Y EL SECUESTRO

Antonio Santesmases



Desde el pasado 23 de febrero se han desplomado las ilusiones sobre el carácter estable de la democracia en nuestro país. Si Nicos Poulantzas se preguntaba en su última obra, antes de morir, que la burguesía había recurrido generalmente, para los fines de su dominación, al Estado representativo¹..., nosotros nos deberíamos preguntar justamente por lo contrario: ¿por qué la burguesía española ha recurrido, excepcionalmente, a las formas del Estado representativo para ejercer su dominación? ¿Por qué en España la democracia siempre ha sido la excepción y nunca la regla general?

La situación de la democracia en nuestro país es frágil e inestable. Nuestra reflexión debe partir de ese punto: el Estado democrático no está consolidado, hoy, en España. ¿Cuál debe ser, en estas circunstancias, la

política de la izquierda? ¿Cuál es el campo de actuación posible, el margen de maniobra existente, la cancha en la que nos vemos forzados a jugar?

No es de ninguna manera ocioso o masoquista el repasar nuestro reciente

pasado para descubrir las raíces del momento actual, para intentar percibir las claves de la situación presente. Convendría comenzar el recorrido por la situación en la que se encuentra el país a la muerte del dictador.

**¿Cabía otra salida distinta
a la ruptura negociada,
a la ruptura pactada,
al triunfo
de la reforma?**

La ruptura inexistente

Durante muchos años, la izquierda española discutió ardientemente sobre un principio que la historia reciente de nuestro país se ha demostrado inconsistente: ¿se puede llegar a derribar una dictadura mediante la presión social, la movilización popular, a través de las luchas y combates de las masas oprimidas? El mecanismo básico que debería traer consigo la llegada de la libertad sería la huelga general. Esa huelga nacional pacífica que no llegó en el cincuenta y nueve, ni en el sesenta y dos, ni en el sesenta y nueve, ni con los estados de excepción del setenta y del invierno del setenta y uno. Desde las primeras huelgas estudiantiles del cincuenta y seis hasta los ajusticiamientos de septiembre del setenta y cinco, existe una larga etapa de luchas estudiantiles, sindicales, nacionales, que no logran traer consigo la caída del régimen franquista.

¿Cabía otra salida distinta a la ruptura negociada, a la ruptura pactada, al triunfo de la reforma? Algunos consideran que en los meses de diciembre del setenta y cinco a marzo del setenta y seis se produce ese irreprimible movimiento popular que iba a traer consigo la posibilidad de una ruptura en caliente del régimen franquista. Una ruptura que si no implicaba a la par una ruptura con el régimen capitalista, la famosa «revolución permanente» mandeliana, si posibilitaba, al menos, un desmantelamiento del aparato estatal heredado del franquismo².

Pensamos, sin embargo, que tiene ra-

zón Claudín al afirmar que la movilización popular tenía unos precisos: era lo bastante importante como para desempeñar un papel en los acontecimientos pero no para determinar su salida. En caso de ir más lejos se dirigía hacia un enfrentamiento directo sin perspectivas de victoria³.

El papel de las clases dominadas fue relevante pero no decisivo, y ello por varias razones importantes. El extraordinario peso de un aparato de estado policial y militar, indemne tras la muerte de Franco. Nos encontramos ante un Ejército victorioso en una guerra civil contrarrevolucionaria (1936), que no estaba dispuesto a transigir lo más mínimo. Un Ejército que no era en absoluto permeable, que seguía considerándose monopolizador de la verdad de la patria, bastión firme de valores y principios que los *políticos*, inclusive los políticos del antiguo régimen, parecían tomarse a la ligera. Sólo dos botones de muestra: las dimisiones del general De Santiago ante los primeros contactos con las centrales sindicales, y del almirante Pita da Veiga una vez que se produjo la legalización del Partido Comunista⁴.

No cabe hacerse ilusiones sobre el tema. Detrás de los políticos, fueran conversos a la democracia o se mantuvieran fieles a las esencias franquistas, estaba el Ejército. Un Ejército acostumbrado a intervenir, a mantener la paz y el orden, la disciplina, la unidad, el trabajo, la austeridad, el sentido de la autoridad. Una autoridad que no admitía ni competencia, ni discusión, ni discrepancia, ni pluralidad. Una autoridad que se sabía sólo responsable ante Dios y la Historia, que vivía al enemigo político como un enemigo de España.

La tesis de que todos los políticos son uno y lo mismo, de que cualquier actividad política es sinónimo de corrupción, no es actual, no es fruto,

como algunos prefieren pensar, únicamente del período consensual; es una tesis previa. Tesis que tiene orígenes franquistas claramente antidemocráticos.

La inexistencia de ruptura implica la aceptación de los cauces de la reforma política: el bicameralismo, la aceptación de la Monarquía, una ley electoral claramente contraria a la España industrial, urbana, proletaria, una ley electoral que primaba a la España rural y oscurantista..., pero, sobre todo, implica la no depuración del antiguo aparato de Estado. ¿Cómo nos vamos hoy a extrañar que los fiscales no quieran firmar un escrito de repudio del golpismo y de apoyo de la democracia? ¿O que los miembros de las fuerzas de seguridad abandonen la noche

del golpe el tribunal constitucional...? ¿O que el número 1 de la promoción militar del rey siga viéndose en Franco el máximo espejo de las virtudes militares?

El hecho evidente es que ni la judicatura, ni las fuerzas de seguridad ni los mandos militares fueron democratizados.

La primera reflexión que habría que hacer es si esa democratización, desactivación de los sectores involucionistas, que no pudo ser realizada en 1976 al ser imposible la ruptura... no pudo, no debió ser realizada, exigida, posteriormente.

Antes de entrar en este punto, conviene detenernos en las elecciones del 15 de junio. Hemos afirmado que las clases subalternas salen descuartizadas de la dictadura: ¿es esta afirmación compatible con la gran victoria socialista de las elecciones de junio del setenta y siete? En muchas ocasiones, los analistas del período de transición tratan de comparar y contrastar dos resultados electorales extraordinariamente importantes: diciembre del setenta y seis y junio del setenta y siete. El referéndum para la ley de re-

forma política y las primeras elecciones democráticas. El porcentaje de abstención que propiciaban las fuerzas de la oposición es extremadamente bajo, el porcentaje de votos de la izquierda es enormemente alto. Habría que pensar que el tipo de votante socialista era extraordinariamente heterogéneo.

Es evidente que en las razones del voto pesaban la memoria histórica, la imagen de juventud y de ruptura con el pasado, el apoyo europeo, pero singularmente también un voto que quería un cambio prudente, moderado, pausado. Es importante constatar algunos rasgos relevantes: el debacle electoral de toda la extrema izquierda (a excepción de Euskadi); el escaso margen electoral del PCE, si lo comparamos con su extraordinaria importancia en

La inexistencia de ruptura implica la aceptación del bicameralismo, la Monarquía, una ley electoral contraria a la España industrial.

la lucha contra la dictadura; la inevitabilidad, a partir de aquel momento, de la unidad socialista (dada la absoluta hegemonía del PSOE); la desaparición de la

escena política de los antiguos partidos republicanos, y de la escena sindical del movimiento anarquista.

Todo ello, plantea al PSOE una enorme cantidad de problemas. La absoluta hegemonía electoral, en el seno de la izquierda, de los socialistas, hace recaer sobre ellos las expectativas, las esperanzas, las ansias de renovación y cambio de sectores importantes de la población. Junio del setenta y siete trae consigo la bancarrota de la extrema izquierda; a partir de aquel momento la actuación de los partidos extraparlamentarios estará marcada por el seguidismo: seguidismo de los partidos mayoritarios (caso del PT y de la ORT), seguidismo de los movimientos nacionalistas (caso del MC y de la LCR). Los procesos de unión o de fusión de estas organizaciones (LC con LCR, MC con OIC, inclusive PT con ORT) no traerán consigo una mayor implantación social, ni siquiera una mínima presencia electoral.

Todo esto hace que tras las elecciones de junio del setenta y siete la izquierda vaya siendo al espacio socialista y comunista, sin contar, claro está, con el nacionalismo. Este dato es importante porque si bien la correlación de fuerzas no iba a sorprender extraordinariamente (si exceptuamos la desproporción entre los votos socialista y comunista) a los representantes de las generaciones del cincuenta y seis o del sesenta y dos, sí iba a dejar totalmente desconcertados a los que podríamos considerar herederos del sesenta y ocho. Mientras los continuadores de la Asu o del Felipe encontraban su acomodo, más o menos fértil, al cobijo de los grandes partidos parlamentarios mayoritarios... es evidente que los luchadores de la última hornada se van a encontrar mayoritariamente sin espacio, sin hueco, sin perspectiva.

La Constitución en entredicho

Llegamos así al denominado, sin demasiado rigor, período constituyente. Y decimos sin demasiado rigor porque el proceso es extraordinariamente complejo en la medida en que están entremezcladas la reforma y la ruptura. No voy a referirme, por extenso, a este período ya que lo he hecho en otra ocasión⁵. Sólo quiero retener, para mi argumentación, algunos textos de la época para percibir las raíces de la fragilidad y zozobra del momento actual.

Tras las elecciones del 15 de junio Santiago Carrillo recomienda, pontifical y pícaramente, cuál debe ser la actuación del PSOE:

«... ¿para qué han votado más de cinco millones de españoles al PSOE? ¿Para que el PSOE conserve su virginidad política en la oposición protegiéndola como las monjas de clausura protegen la suya, detrás de las rejas del convento? ¿Le han votado esos cinco millones largos de es-

pañoles para que el PSOE preserve su imagen, es decir, para que el PSOE se mire todas las mañanas al espejo y vea si sigue siendo tan hermoso o más hermoso que el día anterior...?»⁶.

«... los millones que han votado por él lo han hecho por considerarle un partido socialista y obrero, para que resuelva los problemas que hoy tienen en nuestro país los obreros y los trabajadores, ¿y dónde se resuelven esos problemas? Esos problemas se resuelven allí donde está el centro del poder, es decir en el Gobierno...»⁷.

«Aunque la imagen se deteriore, nos han votado, y, sobre todo, han votado a los partidos que han tenido más diputados para que metan las manos en la masa, para que no tengan miedo de marcharse, para que no estén ahí esperando simplemente a ver si los otros fracasan para reemplazarles, porque lo que puede fracasar es la democracia que estamos construyendo. ¡Miedo a desgastarse! Pero los partidos no son un fin en sí mismos, los partidos son el instrumento a través del cual el pueblo interviene en la política y si hay que desgastarse se desgasta uno para servir al pueblo»⁸.

El mensaje de Carrillo era claro: estábamos en una situación de emergencia y no se podía esperar; aguardar significaba sentar la posibilidad de que estuviera allí ya Pinochet. Entonces, la situación no sería de emergencia, sería la dictadura otra vez⁹. A partir de este momento, la política de Carrillo durante este período es de entendimiento con la UCD. Es una política que ha sido definida como «compromiso histórico a la española»¹⁰, y que trae consigo la famosa tenaza UCD-PCE, que va a tener una extraordinaria importancia en los pactos de la Moncloa, la ponencia

El compromiso histórico a la española trajo consigo la tenaza UCD-PCE, de gran importancia en los Pactos de la Moncloa.

constitucional, el consejo de radiotelevisión, la sesión parlamentaria sobre la agresión al diputado Jaime Blanco. La posición del PCE es clara: ridiculizar

constantemente la mínima crítica de los diputados socialistas, como muestra de una irreprimible ansia izquierdista, juvenil, inmadura, ideológica, propia de aquéllos que teniendo cien años de historia acaban de nacer y no tienen todavía patente de izquierdistas.

Ante la bancarrota ideológico-político-moral de la izquierda extraparlamentaria... ante la política de entendimiento con la UCD del PCE, y no nos olvidemos, ante la constante provocación terrorista, la política y el margen de maniobra de la dirección socialista no era excesivamente amplio, y quizás el error fundamental fue el pensar que lo era, fue el creer que aquí cabían estrategias a la sueca¹¹.

El PSOE diseña su estrategia de alternativa de poder. Tras la consideración de que la situación española se asemejaba al bipartidismo imperfecto, Alfonso Guerra diseña la política del PSOE:

«En algunas ocasiones se le recuerda al Partido Socialista que su opción histórica no está en el poder sino en la oposición. Se pretende fundar tal observación en la imposibilidad —a juicio de los que así piensan— de que los poderes tradicionales del país, Ejército, Iglesia, institución Monárquica y gran empresariado y banca, no aceptarían las medidas transformadoras que, obviamente, pondría en práctica un gobierno de socialistas. Aconsejan, en consecuencia, que los socialistas se mantengan en la oposición durante años, a fin de lograr una credibilidad social que les convierta en artífices posibles de un cambio al acceder al poder. Olvidan que las fuerzas que lucharon contra la dictadura poseen mayor credibilidad que las vinculadas al régimen anterior. Se cree más en los proyectos socialistas que en los procedentes de una formación amorfa como UCD. No existe, en

El margen de maniobra de la dirección socialista no era excesivamente amplio, y quizás el error fundamental fue el pensar que lo era.

las condiciones políticas actuales, necesidad de un forzado *calvario* de oposición para los socialistas, sino por el contrario, alcanzada una mayoría parlamentaria el acceso al poder de los socialistas no sería contestado desde los poderes tradicionales...»¹².

La aceptación por parte de los denominados poderes fácticos, la ampliación electoral del 30 al 45 por 100 del electorado, el abandono del marxismo como muestra de la prudencia, de la cautela, de la moderación, de la sensatez, frente a los susodichos poderes y al electorado de las clases medias que nos tenía que donar su voto. Era una estrategia peligrosa porque daba, por supuesto, precisamente lo que había que demostrar. A saber: ¿nos iban a aceptar realmente los poderes fácticos? ¿Teníamos nosotros más credibilidad para el señor Milans del Bosch o el señor Armada que los antiguos funcionarios de la dictadura franquista? ¿Bastaban esos gestos simbólicos, esos entierros de la *acumulación ideológica* para ser creíbles, aceptables, integrables? ¿Eran los miembros de la operación Galaxia (verdadero test de la actuación de los militares durante la transición jurídico-constitucional) un conjunto de locos, alucinados, fanáticos, extraordinariamente minoritarios? ¿Eran la mayoría de los militares constitucionales?

El segundo conjunto de interrogantes referidos a nuestra ampliación del espacio electoral: ¿cabía educar, ideologizar, *moralizar* a esas clases subalternas descuartizadas, desterritorializadas, desarraigadas por el franquismo... y a la par ampliar nuestro proyecto a todo lo largo y ancho de las capas medias, de ese 10 ó 15 por 100 que necesitamos para la victoria electoral?

No se pudo verificar, cual hubiera sido la reacción de los poderes fácticos ante un gobierno socialista; lo que sí

pudimos comenzar a constar fueron las dos características del período político que desde entonces comenzaban a vislumbrarse: la intocabilidad del aparato del Estado dictatorial y la progresiva pasivización, alejamiento, de importantes bases sociales de todo tipo de comportamiento, práctica o interés político.

La elaboración de la Constitución implicaba una tregua en las luchas, un pacto para resolver ica o interés político.

La elaboración de la Constitución implicaba una tregua en las luchas, un pacto para resolver los problemas fundamentales, un gos tras la firma de los pactos de la Moncloa; el nivel de lucha, de confrontación, disminuyó radicalmente. Había que dar una tregua, que

disminuir la beligerancia, que llegar a un acuerdo para consolidar la democracia; y el hecho objetivo es que la izquierda efectivamente disminuyó el

potencial de lucha, encuadró las reivindicaciones, garantizó la paz social, soportó la austeridad, pero no tuvo como contrapartida la democratización del Estado.

No nos referimos sólo al tema de la reforma fiscal o de la seguridad social, que ya hoy, a la altura de este verano del ochenta y uno, podemos comprobar lo que pueda de aquéllas supuestas reformas...; el problema estaba en ese aparato estatal franquista que no había sido depurado, democratizado, desactivado, ese aparato, esa eterna espada de Damocles que pendía continuamente sobre nuestras cabezas, visible o invisiblemente, y que hacía que cualquier Constitución, sin esa previa democratización, fuese un puro papel mojado.

UCD se mostraba incapaz de controlar, regular, democratizar los aparatos militares. La oposición en el Parlamento por temor, por prudencia, por responsabilidad, por evitar provocaciones

desestabilizadoras evitó cualquier fiscalización seria, cualquier confrontación que exigiera la depuración de los antiguos mandos franquistas. Y el hecho evidente es que la conspiración golpista, el franquismo enquistado, tenía un motivo básico para intensificar su densidad, su fuerza, para alimentar su particular mística. Nos referimos a la constante provocación terrorista. Es evidente que el militarismo antidemocrático no soporta ni al Parlamento, ni al sistema de partidos, ni las centrales sindicales, ni las comunidades autónomas, ni los movimientos sociales, ni las libertades civiles. Todo le repugna desde su concepción de la patria unida, de la sociedad homogénea, de la disciplina castrense, de la jerarquía, el orden y la autoridad.

**La izquierda efectivamente
disminuyó el potencial de lucha
pero no tuvo
como contrapartida
la democratización del Estado**

Pero pienso que el continuo fulminante terrorista, que la continua provocación etarra propiciaban un sentimiento de heroísmo, del sacrificio, de la

abnegación por la patria de los militares franquistas, que contraponían constantemente a lo que denominaban la desidia, la frivolidad, la irresponsabilidad de la *clase política*. El franquismo no sólo había quedado enquistado en los aparatos del Estado, sino que su subcultura había penetrado en múltiples conciencias que veían a los políticos como corruptos yuguladores, usurpadores de la savia y el jugo sociales.

Una doble crisis

A) *Crisis política*

A partir de la primavera del setenta y nueve, comenzamos a vivir una doble crisis: una crisis política y una crisis social. Tras el período de elaboración del texto constitucional, tras la ruptura del consenso, se comienza a configu-

rar, a conformar, a modelar el sistema de partidos de España, y aquí comienza uno de los síntomas más relevantes de la crisis política.

Hemos dicho anteriormente que, tras junio del setenta y siete, determinadas formaciones políticas o sindicales, con indudable importancia a lo largo de la segunda república (anarquistas, republicanos), han desaparecido prácticamente del mapa político. De la misma manera, partidos con importancia en la lucha contra la dictadura pierden todo nivel de presencia o eficacia: nos referimos al maoísmo y al trotskismo. Ante esta situación, caen sobre la izquierda socialista y comunista, todo el conjunto de aspiraciones y rechazos de expectativas y frustraciones, que el período constituyente ha ido generando. El Partido Comunista entra en un proceso de crisis interna de unas dimensiones y profundidad por el momento inimaginables. A pesar del intento de Santiago Carrillo, en el Congreso de la primavera del setenta y ocho, de desviar el debate hacia una conflagración ideológica sobre el leninismo, la dictadura del proletariado, el eurocomunismo, los países del este... no cabe ninguna duda que los resultados electorales de junio del setenta y siete, que la excesiva complacencia, entendimiento y apoyo de la UCD a lo largo del período constituyente, habían generado un profundo malestar en las bases comunistas. Si en aquel momento las críticas a la política de la dirección comunista no tuvieron, a nivel de medios de comunicación, una extraordinaria relevancia, eran signos que preludiaban la crisis del espacio comunista. En este verano del 81, cuando escribo, basta pensar en el abandono del PCE de hombres tan significativos como Mohedano, Triana, Tamames, Sacristán, para comprender que el gran éxito de Carrillo ha estribado en lograr constituir un partido co-

munista no apto ni para la derecha (Tamames), ni para la izquierda (Sacristán), corriendo el peligro de resquebrajamiento o escisión entre el área prosoviética (Espuny) y la corriente socialdemócrata (Borja)¹³.

Esta dilapidación por parte de Carrillo del patrimonio comunista durante la lucha contra la dictadura, va a ir acompañada de una profunda crisis ideológica de la derecha española. Si el problema de *identidad* de los comunistas les lleva a asumir acríticamente las tesis socialdemócratas, o a cobijarse compulsivamente en las viejas fortalezas estalinistas..., el designio de la derecha española a marzo del setenta y nueve, la derecha duda constantemente entre aceptar el designio católico o laico, conservador o regeneracionista, neoliberal o progresista. Sueña constantemente con la señora Thatcher, a la par que con rescatar tradiciones teóricas tan contrapuestas como la de don Angel Herrera o la de don Manuel Azaña¹⁴. En todo este maremagnum de polémicas entre democristianos y social-liberales, los antiguos funcionarios de la dictadura optan por no definirse ya que su *ideología* es la resultante de todas las formaciones políticas integradas en UCD.

En estas circunstancias sí hay un tema que la derecha de este país no logra de ninguna manera resolver: la interrelación entre los derechos de las burguesías nacionales y las presiones del aparato militar. A partir de junio del setenta y nueve, con las primeras negociaciones del acuerdo marco con la UGT, UCD logra de alguna manera satisfacer a la confederación empresarial: no en balde habíamos pasado del 16 al 22 por 100 de los pactos de la Moncloa, al 13 al 16 por 100 del acuerdo marco, prelude del 9 por 100 al 11 por 100 de subida salarial actual. Efectivamente, como había prometido Suárez comenzaba a aplicar una políti-

**El éxito de Carrillo
ha estrivado en constituir
un partido comunista no apto
ni para la derecha (Tamames),
ni para la izquierda (Sacristán).**

ca, tras el consenso, más acorde con los intereses de la patronal.

Pero si en el tema económico y en la política exterior de la derecha española

comienza a perfilar claramente su salida neoliberal y atlantista de la crisis, a nivel de reestructuración del Estado y del marco ideológico, la crisis va agigantándose. Tras las derrotas electorales de UCD en Catalunya, Euskadi y en el referéndum andaluz, la política de UCD con respecto a las minorías nacionalistas (con las que podía coincidir en temas como la educación, el programa económico, la política exterior) tiene el fortísimo handicap de ser incapaz de reestructurar democráticamente el Estado centralista en un nuevo Estado autonómico.

¿Qué hace el PSOE ante esta doble crisis de la UCD y del PCE? A lo largo del XXVIII congreso se había criticado a la dirección socialista por haber realizado una política conciliadora parlamentarista, electoralista, por haber ejercido una autoridad desmedida sobre la organización secuestrando la información, la formación y la participación.

Tras su triunfo arrollador (dadas las normas de elección de delegados) en el congreso extraordinario, la nueva ejecutiva aparece como un equipo homogéneo, conjuntado. Esta sociedad necesitaba un referente tranquilizador, sensato, maduro ante cualquier vacío de poder, y lo ha encontrado en el partido que ha logrado superar su crisis ideológica, generacional y organizativa.

Este partido se lanza a establecer una tarea de oposición responsable al equipo gubernamental, quiere ser y actuar como oposición, a no ser (cláusula de salvaguardia) que la situación del país, que la democracia y las instituciones corran peligro, en cuyo caso, el Partido Socialista estaría dispuesto a asumir tareas de gobierno.

En el análisis de las acciones realiza-

**La política de UCD tiene el
hándicap de ser incapaz
de reestructurar
democráticamente un nuevo
Estado autonómico.**

das durante este bienio hay que considerar que, efectivamente, ese papel de oposición se ha intentado ir realizando en algunos puntos: pensamos en el

debate sobre el estatuto de centros y en la lucha por la escuela pública... en la consecución de los estatutos autonómicos gallego y andaluz. En esos temas parlamentarios se intenta ir produciendo un despegue, una diferenciación, una presión sobre el equipo gubernamental.

No se puede decir lo mismo, salvo honrosas excepciones, de la labor socialista y del aliento y apoyo a las reivindicaciones del movimiento estudiantil de enero del ochenta, a las reivindicaciones campesinas andaluzas del verano del ochenta, a las abortistas vascas, a las luchas por la libertad de expresión en la primavera del ochenta. Todas estas reivindicaciones sociales implicaban, posibilitaban, un mínimo renacer de la democracia en sectores y grupos hasta entonces marginados de toda actuación política relevante.

Surge en aquel momento el debate sobre la creación en España de un partido radical. La idea admitía distintas formulaciones, desde mi punto de vista acordes con la doble tradición republicana, que no tenía continuidad: la perspectiva liberal-laico-regeneracionista y la perspectiva libertario-radical-antiinstitucional. Y probablemente ambas tradiciones, los herederos de Azaña y de Durruti, deberán tener un sitio en nuestro panorama político. Par desbloquear la situación de la derecha quizás era conveniente ese partido bisagra¹⁵. Para incentivar una política de izquierda, dada la bancarrota de la extrema izquierda y la crisis del PCE, era imprescindible la potenciación de movimientos sociales autónomos: feminismo, ecología, que tenían una debilísima implantación en nuestro país. Creo que esta segunda herencia y

lectura, más cercana al socialismo libertario, era también extraordinariamente necesaria¹⁶.

En todo este proceso contradictorio

y zigzagueante de búsqueda de cauces de intervención y participación conviene resaltar el profundo impacto popular de la moción de censura. Durante aquéllos días, después de meses y meses de letargo político, el pueblo logra sintonizar con el parlamento. Se plantea una crítica al ejecutivo dada la situación existente de paro, de confusión autonómica, de restricción de las libertades, de indefinición exterior.

Este factor positivo, este comenzar a ser oposición, va unido a un proyecto ambiguo y contradictorio que comienza a manifestar la dirección socialista: el programa abierto a otras formaciones políticas, la mayoría alternativa al gobierno de UCD. Es evidente que en este punto se hacía una lectura de la situación, se tomaba una postura que podía implicar determinados costes históricos. Por un lado, la resolución del congreso extraordinario únicamente posibilitaba una participación gubernamental en situaciones de grave peligro para las instituciones democráticas. Pero nos atrevemos a afirmar que lo que era en aquella resolución una cláusula excepcional se había convertido en el objetivo esencial del período político. Había que llegar al gobierno, cuanto antes, para realizar desde él la revolución burguesa, la consolidación de la democracia, la modernización del aparato de Estado que la burguesía se mostraba incapaz de realizar.

Había que llegar al gobierno bien con aquella amalgama extraordinariamente contradictoria de apoyos de mayo del ochenta, intentando aunar los intereses de los nacionalistas catalanes y vascos, del PSA, los del Partido Comunista, las centrales sindicales y el propio programa socialista. La estrate-

En ese momento, ni el discurso conservador de Calvo Sotelo, ni el referente tranquilizador de F. González calman las ansias golpistas.

gia, independiente de que fuera acorde o no con la resolución congresual, tenía su punto de racionalidad en torno a la construcción del Estado de las

autonomías, y planteaba muy serios problemas en torno al programa económico y a la política social: ¿cómo unir y vertebrar los intereses de la banca catalana y los de CC.OO., el modelo educativo del PNV y el programa por la escuela pública del PSOE, las reivindicaciones feministas y el concepto de la familia de los democristianos vascos¹⁷.

El candidato Felipe González es derrotado, y a partir de aquel momento comienza una política de la ejecutiva, bastante ininteligible para algunos, de cuarteamiento sistemático de la figura de Adolfo Suárez: «la democracia no soporta más Suárez, Suárez no soporta más democracia», son algunos de las frases más utilizadas. Producida la reentré política se insiste machacantemente en la necesidad, imprescindible para consolidar la democracia, de un gobierno de coalición. Ahora ya no necesariamente con los *nacionalistas*, sino con sectores *democráticos* de UCD, una vez excluido Suárez.

Cuando no hacía sino días en que se seguía afirmando que en España era imprescindible la coalición hasta el año 2000, dimite Suárez. Dimite para que «la democracia en España no vuelva a ser un paréntesis». Se agiganta la crisis de UCD, se produce el vacío de poder, y en ese momento ni el discurso conservador, neoliberal, atlantista de Calvo-Sotelo, ni el referente tranquilizador, sensato, prudente, de Felipe González logran calmar las ansias golpistas, incendiarias, de sectores de las Fuerzas Armadas. Este es el punto básico que posteriormente analizamos; ¿por qué ni el atlantismo al día, el Reagan español, ni el referente sensato, tranquilizador, maduro, logran evitar el golpe de Estado? ¿Por qué se produ-

ce esto, a pesar de la salida neoliberal de la crisis económica y de la moderación, responsabilidad, prudencia, sensatez de las organizaciones políticas y de las centrales sindicales?

Antes de pasar a este punto, antes de analizar el por qué del 23 de febrero y sus efectos (una democracia secuestrada, desgarrada, vigilada), conviene insistir en la otra dimensión de la crisis; en la crisis social.

B) *La crisis social*

La crisis que vive la frágil democracia española no es sólo crisis del sistema de partidos, crisis de la forma de Estado, crisis económica; es crisis social, cultural, civilizatoria. Civilizatoria porque la izquierda llega a la democracia sin poder desentenderse de la crisis teórico-ideológica que afecta

sustancialmente al movimiento obrero europeo: crisis del leninismo, en sus distintas variantes —estalinista, maoísta, trotskista—, crisis de los partidos

comunistas, crisis de la *nueva izquierda*, crisis del modelo socialdemócrata y del Estado del bienestar.

La izquierda española no puede evadirse de este tema, y la prueba está en la bancarrota de la extrema izquierda y en la necesidad de los partidos mayoritarios de resolver sus problemas de identidad: crisis del marxismo, abandono del leninismo. Estos debates mastodónticos son una coartada para evitar entrar en un análisis de la transición política; pero no sólo una coartada: reflejan una profunda crisis de identidad que afecta al pensamiento socialista.

Si unimos a esta crisis teórica la situación de las clases subalternas a la salida del franquismo, y la estrategia político-sindical seguida ante la crisis económica, no es de extrañar que entre la confusión programática, la desidentidad cultural y la austeridad forzada se haya llegado a esta situación de desafiliación, de desencanto, de absten-

ción, de crisis de militancia. Este fatalismo social que preside la escena española nos hace pensar si no hubiera sido preferible soportar, sufrir, atravesar el forzado calvario del que hablaba Alfonso Guerra en el texto que reproducíamos anteriormente. Si la tarea no estaba precisamente en haber hecho una política pedagógico-cultural con estas bases sociales descuartizadas. Es evidente que esta política no era sencilla en una situación de consenso constitucional y de pacto social, pero es evidente que la cultura política alternativa sólo se ejerce con la capacidad de lucha, que la formación es inseparable de la movilización.

La tarea, desde luego, era extraordinariamente difícil y las fuerzas con las que se contaba eran escasas, pero no

podemos dejar de constatar que, a nuestro parecer, se operó con una minusvaloración de la pervivencia del antiguo aparato de Estado, con una po-

lítica de cuarteamiento constante y de competencia por el mismo espacio electoral con la debilísima burguesía democrática española. Que hoy no esté depurado el aparato de Estado, que la burguesía española democrática sea débil, que las bases sociales de la izquierda sean escasísimas si las comparamos con el Partido Laborista británico o con el Partido Comunista italiano... todo ello no es sólo fruto de la crisis económica, de la debilidad congénita de la burguesía española o de la tradición pretoriana del Ejército español... Es fruto también de una determinada política de la izquierda de la que hoy recogemos sus amargos frutos.

La democracia secuestrada

La democracia española, como ha señalado I. Ramonet, aparece como una democracia desgarrada entre los errores del Gobierno, la complacencia y moderación de la oposición, el fanatis-

**La primera tarea
básica y fundamental
es subordinar
el poder militar
al poder civil.**

mo exasperante del terrorismo vasco, la intimidación antidemocrática de los militares golpistas... y, lo que es más grave, la despolitización, el desencanto, la indiferencia y la apatía del pueblo¹⁸. Esta es la trágica realidad y es vano ocultarlo: la democracia española, a partir del 23 de febrero, está vigilada, chantajeada.

Y es la primera tarea básica y fundamental: subordinar el poder militar al poder civil. Lo cual no es nada sencillo, porque hemos perdido unos años preciosos para haber realizado esta tarea absolutamente prioritaria. ¿Por qué no aceptan sectores importantes de las Fuerzas Armadas un régimen que ha sancionado la confederación de empresarios? ¿Por qué no viven como su portavoz a un hombre que no tiene reparo en mostrar su simpatía con Mr. Reagan, que aparece como un conservador puro y duro, como un conservador, como le definió acertadamente J. A. González Casanova, «nato»?¹⁹.

Es sobrecogedor leer detenidamente los artículos del colectivo Almendros, porque son una lección para evitar caer en cualquier simplismo economicista, para rechazar cualquier explicación de los fenómenos del 23-F desde cualquier esquematización mecanicista de la lucha de clases.

Este sentimiento, que los autores consideran generalizado en el seno de las Fuerzas Armadas, de que el proceso va mal, que la situación se está degradando, que la identidad española se desvanece, que la crisis social aumenta, que asistimos a una crisis radical de España como Nación y como Estado... en definitiva que el Gobierno, divorciado de los cuadros militares, ha perdido el control de la reforma y, por tanto, es imprescindible una solución correctora que *regenera* la situación.

Es evidente que la continua provocación etarra, que la continua exasperación a los golpistas del autoproclama-

do aparato coercitivo de la clase obrera, subleva constantemente a los miembros de los cuerpos armados, como continuamente hemos ido refiriéndonos a lo largo de este trabajo.

Pero es evidente, también, que el concepto de unidad, de homogeneidad, de autoridad, de disciplina de las Fuerzas Armadas formadas durante el franquismo, es radicalmente antidemocrático, antipluralista, es férreamente centralista. En este punto la izquierda no puede dar un sólo paso atrás. No nos olvidemos que si hoy son las autonomías las que atentan contra la unidad, mañana serán las reivindicaciones sociales las que atenten contra la paz y el orden. La izquierda tiene que ser clara en su apoyo a las reivindicaciones de las nacionalidades oprimidas y en su exigencia de subordinación al aparato militar.

**La izquierda
tiene que ser clara
en las reivindicaciones
de las nacionalidades y en la
subordinación del aparato militar.**

El caso de Catalunya es paradigmático. Parece como si los causantes de la desestabilización fueran las fuerzas catalanas, que han pasado de prototipo la sensatez y prudencia a contramodelo de astucia y perversión. Hay que reaccionar, antes de que sea demasiado tarde, y no caer en la trampa. Mostrar que es la crisis capitalista y el contradictorio desarrollo capitalista español el causante de la actual situación de discriminación, marginación, explotación y opresión de los inmigrantes en Catalunya. No se puede propiciar de ninguna manera una división de comunidades (inmigrantes y autóctonos) que tendría irreparables consecuencias.

Tras aquellos días, Calvo-Sotelo se reúne con el consejo superior del Ejército, con los grandes banqueros, con la confederación de empresarios, con el nuncio del Vaticano y el presidente de la conferencia episcopal; Pérez-Llorca viaja a Estados Unidos. Los otrora poderes fácticos aparecen a las claras y plantean explícitamente los límites, los niveles, los supuestos de la operación.

El Parlamento avala rápidamente las decisiones que se toman. El problema, hoy, en España no es la izquierda, que parece encontrarse desmoralizada, dividida, impotente. Una izquierda que no ejerce la oposición para no cuartear aún más el Gobierno constituido.

El problema es de la derecha, de la debilísima derecha democrática española. Parecía lógico que con la política contemporizadora, conciliadora, de la izquierda parlamentaria, la derecha habría logrado convencer a los poderes fácticos de que la transición había terminado con un saldo positivo para sus intereses... que el encuadramiento democrático no era tan peligroso, que la reforma había triunfado, que el programa a aplicar iba a ser netamente conservador²⁰. Y, sin embargo, no ha sido así. Llegamos al 81 con una izquierda debilitada, y con una derecha incapaz de democratizar, de controlar los aparatos del Estado. El balance no puede ser más sobrecogedor: un Parlamento, una democracia vigilados y asediados.

Un horizonte oscuro

Si el balance no puede ser más preocupante, no cabe duda que el futuro no puede ser más incierto. Hay que decir muy claro que la raíz de la actual inestabilidad no se encuentra, de ninguna manera, en una izquierda que, inconsciente sobre la actual correlación de fuerzas, se haya lanzado aventurera, enloquecidamente, a una situación de confrontación, de lucha pura y dura, frontal, contra el sistema capitalista...; una lucha, hasta tal punto desgarrante, que haya provocado la amenaza, la intervención de los aparatos represivos del Estado, para salvaguardar los intereses económicos dominantes.

Desde aquella vieja política de reconciliación nacional (1956) hasta el pacto por la libertad (PCE), o desde la experiencia de la segunda república y la

guerra civil, es evidente que los partidos de izquierda han jugado únicamente a consolidar este sistema democrático, a que la democracia en España, por una vez, no fuera la excepción. La discusión hoy no es sobre cómo transitar al socialismo, cómo romper con el capitalismo; éste no es el problema más urgente. El problema consiste en cómo salir del dilema trágico y paralizador que nos tiene atrapados: o bien una democracia vigilada, restrictiva, recortada, una dictadura implícita... o, por el contrario, una dictadura explícita, un régimen claramente autoritario, reaccionario, antidemocrático, cívico-militar.

Terminamos un período caracterizado por el pacto, el consenso, la negociación, la oposición responsable... para iniciar, a partir del 23-F, otro basado en la concordia, la posposición de las diferencias, la concertación. Entre tanto, es difícil afirmar que el golpe hubiera tenido un apoyo social significativo. Pero también es cierto que la desmovilización, la desorganización, la debilidad, la indefensión del bloque dominado, mostró una escasísima capacidad de réplica. El pueblo español no quería, desde luego, volver a la represión indiscriminada y a la cartilla de racionamiento... pero tampoco, pasivizado, desmoralizado, sumiso y fatalista, hubiera luchado extraordinariamente por impedirlo.

Todo ello no es fruto, única ni principalmente, de la *perversión, traición o corrupción* de las cúspides dirigentes, de las direcciones político-partidarias. Los *polos alternativos* no han tenido mayor fortuna, y motivos había para que la decepción ante la política contemporizadora de la izquierda parlamentaria hubiera encontrado una

**El problema,
hoy, en España
es de la derecha,
de la debilísima derecha
democrática española.**

réplica en las organizaciones de masas, en los movimientos sociales, en organizaciones de izquierda alternativa. No ha sido así, y ello es síntoma de

que el problema tiene unas raíces más hondas²¹. Las causas, creemos, como ha señalado acertadamente, entre otros, A. Domenech, están en ese profundo proceso de desculturización, de desvertebración de la sociedad civil en nuestro país. Existe un pavoroso magma de deseducación política.

Y aquí está uno de los grandes errores de la izquierda en todo el proceso, que corremos el peligro de seguir reproduciendo. Nuestras bases sociales están machacadas. El electoralismo, el parlamentarismo, la oligarquización y el cesarismo interno no han provocado ese partido serio, maduro, responsable que sería el referente tranquilizador ante cualquier vacío de poder.

Hay que fortificar las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda, lo cual no se logra con la contención, la desaceleración, la desmovilización de todo tipo de luchas y combates. Existen suficientes niveles, suficientes áreas de movilización: el atlantismo que se nos impone como sustituto del golpismo; el autoritarismo como restricción constante de las libertades; el centralismo como congelación anti-autonómica; el neoliberalismo como salida de la crisis económica; el neconfesionalismo como disfraz ideológico de la gran derecha.

La política de concertación tiene un peligro indudable. Tras la oferta socialista de coalición como mecanismo de desactivación de las trampas golpistas, entramos en una situación de

El error básico en este período de transición: tragar con la austeridad, el paro, la congelación salarial, sin haber exigido la democratización del Estado.

pasividad, de ralentización²². Y mediante esta política corremos el peligro de reproducir lo que considero ha sido el error en este período de transición: tragar con la austeridad, el paro en contradicción con una práctica fuere exigido la democratización del aparato de Estado. Haber realizado una política de defensa que, pese a todas las autoproclamaciones de seriedad, rigor y responsabilidad, se ha mostrado inconsistente, insensata y radicalmente ineficaz para prevenir los vacíos de poder o para neutralizar las conspiraciones golpistas. Entre la imagen tecnocrático-profesional de las fuerzas armadas, el abandono de cualquier movimiento *peligroso* de oficiales demócratas o de soldados concienciados, hemos abandonado el terreno a la intoxicación ideológica permanente de los cuartos de banderas por parte de la prensa golpista.

Nuestro horizonte es incierto y nuestro futuro oscuro, porque sin presencia en el ejecutivo no tenemos ninguna garantía de desactivación del golpismo. Mediante la concertación sí tenemos, sin embargo, grandes posibilidades de no lograr realizar la urgentísima tarea de regeneración político-cultural-movilizador que es imprescindible para recuperar nuestra fuerza sociopolítica. La concertación puede implicar la subordinación total, el doblegamiento a la política del Gobierno, sin garantías de democratización, aumentando aún más el alejamiento y desmovilización de las bases sociales potencialmente socialistas.

¹ Cfr. N. Pulantzas, *Estado, poder y socialismo*, pág. 7. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1979.

² Cfr. por citar un caso, se puede ver el análisis de la transición política del VI Congreso de la Liga Comunista Revolucionaria. Enero, 1981.

³ F. Claudín, *Interrogantes ante la izquierda*, pág. 68. Ed. Viejo Topo. Barcelona, 1980.

⁴ Cfr. Alfonso Osorio, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, pág. 183 y ss., con respecto a la dimisión del general de Santiago. Pág. 183 y ss., sobre la legalización del PCE.

⁵ A. Santesmases, *Las dos opciones del PSOE*. «Zona Abierta», n.º 20. Madrid, 1979.

^{6 7 8 9} S. Carrillo, *Un año de la Constitución*,

págs. 104 y 105. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1978.

¹⁰ E. Gomáriz, *El PSOE y la crisis orgánica de la burguesía*. «Zona Abierta», n.º 16, pág. 36. Madrid, 1978.

¹¹ E. Gomáriz, cfr., el artículo anterior y *El precio de caricaturizar*. «Zona Abierta», n.º 18, pág. 48. Madrid, 1979.

¹² A. Guerra, *Estrategia de poder*. LEVIATAN, n.º 1, II época, pág. 50. Sevilla, 1978.

¹³ Sobre la crisis del Partido Comunista, *A propósito del Congreso del PSUC*, de Manuel Sacristán, en «El País», 22 de enero de 1981. El debate entre Sempere, Borja, Sánchez, en el n.º de marzo del 81 en «El Viejo Topo». El n.º de febrero del 81 de «Nuestra Bandera». *Tamames tiró la toalla*, n.º 165 de «La Calle». *¿Para qué sirven los partidos comunistas en Europa?*, de Jordi Borja en la misma revista, n.º 170.

¹⁴ Se puede establecer una comparación entre el libro de Osorio, mencionado anteriormente, y la obra de Francisco Fernández Ordóñez, *La España necesaria*. Ed. Taurus. Madrid, 1980.

¹⁵ Cfr. Luis Gómez Llorente, *Saludo al Partido Radical*. «El País», 3 de abril de 1980.

¹⁶ Cfr., Manuel Pérez Ledesma, Santiago Cas-

tillo, *La alternativa radical*, ed. Fundamentos. Madrid, 1981.

¹⁷ Los cuatro artículos en «Diario 16» de los parlamentarios socialistas; 15 de junio de 1980.

¹⁸ Cfr. Ignacio Ramonet, *Una democracia desgarrada*. «Le Monde Diplomatique», abril de 1981.

¹⁹ J. A. González Casanova, *Un conservador nato*. «El Periódico», 19 de febrero de 1981. Cfr., también del mismo autor, *Una democracia secuestrada*, «El Periódico», 5 de marzo de 1981; *Por una democracia sin secuestrar*, 12 de marzo de 1981, en el mismo periódico.

²⁰ Sobre el tema de la relación entre la corona, las Fuerzas Armadas, el empresario y los distintos gobiernos de UCD, se puede consultar el trabajo de E. Gomáriz, *Crisis orgánica, crisis militar*, publicado en LEVIATAN, n.º 3, primavera de 1981.

²¹ Cfr., la carta de la redacción de «Mientras Tanto», en su n.º 7, a la que antes me he referido.

²² Peligro señalado acertadamente por Alfonso Guerra, en su artículo *Situación política tras el golpe de Estado*, en «Sistema», n.º 42. Madrid, 1981.

LIBERALISMO ECONOMICO Y ESTRATEGIA SOCIALISTA

J. Muñoz-S. Roldán



4

Resulta ya tópica, cuando no reiterativa, la obligada referencia, como preámbulo de cualquier aproximación a la realidad económica, a la gravedad de una crisis que se prolonga ya durante siete años en uno de los ciclos depresivos de mayor duración e intensidad que ha conocido la economía española desde que, a mediados del siglo XIX, se inicia con las consabidas limitaciones y dependencias la moderna industrialización. Una crisis que ha tenido ya unos efectos de enorme trascendencia de todos conocidos —más de un millón y medio de parados, elevadas tasas de inflación, cuantiosos déficits de la Balanza de Pagos, etc.—, agravados por las dificultades de un proceso de transición política y vertebración de una sociedad democrática que ha puesto de manifiesto en los últimos meses, una vez más, su acusada fragilidad.

Consecuencia de todo ello es que la sociedad española, en mayor medida que otras sociedades occidentales, está soportando un estado de tensión permanente que, con relativa periodicidad,

alcanza cotas difíciles de soportar. Un país sometido a tal grado de tensión se encuentra evidentemente en crisis, lo que también significa que se halla a la expectativa de salidas que de-

penderán de la diversa capacidad de respuesta y de la presión ejercida por las distintas fuerzas sociales y políticas, así como por los principales centros de poder que están en la base de la articulación de la sociedad.

Pues bien, como primer punto, a la hora de definir esa salida o concretar una alternativa política, la izquierda —y más concretamente los socialistas, en cuanto fuerza hegemónica con capacidad para articular una respuesta autónoma sin servidumbres ni limitaciones externas— ha de partir de un correcto análisis de esa realidad económica, de una precisa y elaborada información de esa compleja problemática que *va más allá del análisis meramente coyuntural*, cuya parciabilidad e insuficiencia es manifiesta como base de partida cualquier alternativa económica. De ahí la necesidad de completar un análisis de estas características —que casi siempre es habitual—, con un examen o una necesaria aproximación —previa a la toma de posiciones o definición de alternativas— de los principales agentes económicos que vertebran el funcionamiento de la sociedad. Y no cabe despachar este examen de una parcela tan importante de la realidad, recurriendo —como también viene siendo habitual— a planteamientos deductivos en los que se dan por supuesto determinados esquemas que no suelen coincidir con los hechos. *Si algo, al menos, ha de distinguir a la izquierda en su permanente confrontación política, es una específica connotación por el respeto a los hechos como punto de partida de sus análisis*; esto es, más que elocubrar con juicios de valor e idealismo estériles en una sociedad como la que vivimos, ha de procurar atenerse a la realidad; una realidad cambiante y dinámica, que ni es mineral ni un cuerpo fósil.

Es cuando menos preocupante que

Si algo ha de distinguir a la izquierda en su confrontación política es una connotación por el respeto a los hechos como punto de partida de sus análisis.

la clase política progresista —o sectores cualificados de la misma— se sitúe, y a veces, a falta de un mínimo análisis de la estructura y dinámica del poder económico, sobre los mismos esquemas e idénticas estrategias que las que se difunden, o son impulsadas con habilidad, desde las posiciones más conservadoras. Igualmente, resulta preocupante que, a la hora de definir estrategias frente a la crisis económica, se ignoren los cambios producidos en las premisas; esto es, en la vertebración de las relaciones económicas, o en las estructuras que sostienen tales relaciones. Cuando ocurre tal fenómeno es evidente que se está ante planteamientos cargados de una cierta dosis de subjetivismo porque, evidentemente, si éstas relaciones cambian las políticas, estrategias y alternativas se han de acomodar a esos cambios; nunca al revés. Por ello, no deja de resultar discutible que todavía sigan manteniendo las mismas opciones y alternativas económicas válidas hace varios lustros, cuando las circunstancias eran muy diferentes.

Por supuesto que esta necesaria adecuación de los planteamientos políticos a las exigencias de la realidad supone aceptar, como primera premisa, que la crisis económica —y su más reciente agravación— ha restringido el ya reducido margen de maniobra de la política económica hasta límites impensables hace sólo unos años. De ahí que éstas consideraciones críticas estén especialmente dirigidas a rebatir, por una parte, aquellos planteamientos que, desde algunas posiciones del espectro político del socialismo democrático, insisten en repetir machaconamente fórmulas aparentemente radicales pero desvinculadas de la realidad, incapaces para abordar una salida de la crisis económica y vacías del más mínimo contenido político, o, por otra, aquellas que en el otro extremo,

en su deseo de adaptarse lo más posible al reducido margen de maniobras de la política económica en situaciones críticas como la actual, terminan por acomodarse a los supuestos básicos que enmarcan los planteamientos de una cierta derecha ascendente, descubren en el mercado el único elemento racionalizador del sistema económico y superador de la crisis, renuncian a todo tipo de intervención pública —incluida la empresa pública—, rechazan cualquier forma de planificación económica y repiten consignas y propuestas que son objetivamente coincidentes con las que abiertamente plantean los principales centros de poder multinacionales. De hecho, con se-

mejantes planteamientos se desiste a impulsar una transformación progresiva de la sociedad, se desarma ideológicamente al socialismo y se suscriben sin resistencia —y casi sin rubor— las consignas del neo-conservadurismo económico.

Por todo ello, creemos necesario desarrollar algunas precisiones sobre diversos temas que han de considerarse como puntos previos a una discusión actual sobre la estrategia económica. Con ello sólo se pretende abrir un debate en torno a esta temática, apuntando algunos de sus rasgos y connotaciones más características, y dejando para otra ocasión un análisis más detenido —y con mayor contenido empírico— de los aspectos más sobresalientes o de aquéllos de índole más controvertida. Hechas estas consideraciones, pasamos directamente a desarrollar los siguientes puntos que constituyen el tema central de la discusión aquí planteada:

Crisis bancaria y auge multinacional

Un correcto análisis de la situación económica, previo a cualquier toma

de posición estratégica requiere, como se ha señalado, aproximarse al conocimiento de la estructura y de los cambios que se han registrado en la articulación del poder económico, en sus opciones y estrategias, en sus condicionantes y limitaciones dentro de la dinámica de perturbaciones que caracteriza a la crisis actual. Desde esta perspectiva, hay que comenzar por señalar que el capitalismo español, en los últimos tiempos, y de manera especial en los años de transición, ha experimentado transformaciones importantes en el protagonismo de los principales agentes económicos a la hora de influir —o imponer— las decisiones económicas. Como primer punto

La Banca ha perdido una parte de su privilegiada posición en su doble condición de intermediario financiero y de capital financiero.

habría que subrayar un hecho que ya ha sido valorado en diversos análisis: la regresión de la burguesía financiera nacional, principal grupo en la verte-

bración del poder económico desde las primeras décadas del presente siglo. Así, no es arriesgado aventurar que la Banca, que ha ejercido un importante control de las grandes empresas industriales y de servicios, ha perdido recientemente —y de manera ostensible— una parte considerable de su privilegiada posición en su doble condición de intermediario financiero, por una parte, y de capital financiero, por otra. En el primer caso, la Banca, como intermediario financiero que ha contado con la reserva exclusiva de los servicios financieros desde la Ley de Ordenación Bancaria de Cambó, de 1921, se ha visto ahora obligada a aceptar la presencia de la pujante Banca extranjera, presencia que viene siendo fuertemente contestada y obstaculizada por los más destacados representantes de la Banca Nacional. A propósito de ello, es bien conocido que el Decreto que autorizó la entrada de bancos extranjeros —detrás del cual se encuentra la explicación de más de una crisis política— fue objeto de una ope-

sición sistemática, puesta de relieve por una parte, en los cerca de tres años comprendidos entre las primeras propuestas del Gobierno y su definitiva promulgación, y, por otra, en el carácter restrictivo de la propia apertura legislativa en cuanto a posibilidades de actuación y expansión indirecta, como la compra de Bancos en crisis, que les permita la ampliación de sus actividades en el mercado financiero. Otros muchos ejemplos podrían apuntarse para corroborar las afirmaciones anteriores. Pero basta con una simple referencia a la reacción registrada ante la compra del Banco de Valladolid por el Barclays, o el más reciente conflicto planteado en torno a la adquisición, por parte de la Banque Nationale de París, de la Banca López Quesada, que provocó una contundente reacción de la Banca —que llegó a constituirse en un *pool*— para hacer frente, sin demasiado éxito, a la oferta de la Banca francesa.

Pero todos estos hechos adquieren un mayor significado si se tiene en cuenta que, esta actitud de rechazo por parte de la Banca española a las entidades financieras extranjeras, se produce precisamente cuando la Banca española está realizando una importante expansión en el exterior, lo que, sin duda, obliga a ofrecer contrapartidas. Además, es un hecho no menos significativo que la presencia de bancos extranjeros en España podría representar una cierta garantía contra hipotéticas veleidades nacionalizadoras, que tanto han preocupado a la Banca española en las últimas décadas.

En cualquier caso, y a pesar de tales reacciones, el proceso seguido en los últimos años ha conducido a un *mayor grado de competencia y libertad* en el sistema financiero, derrumbándose con ello una de las reservas —*el último baluarte de la burguesía española*, como se ha señalado— más sólidas del ca-

pitalismo español. La Banca ha perdido con ello gran parte de su carácter corporativo, lo que también debe considerarse como una de las características más sobresalientes que la han venido definiendo a lo largo del tiempo. Pero, además, ese proceso de liberación, impulsado en sus primeras etapas con especial contundencia por el ex-vicepresidente del Gobierno, E. Fuentes Quintana, y casi siempre por el Banco de España, ha supuesto también otro coste importante para el que ha sido el principal protagonista de la economía española en las últimas décadas.

La Banca española, como intermediario financiero, se ha visto obligada a enfrentarse a una competencia interna que, en líneas generales, era un fenómeno ajeno y desconocido en los últimos sesenta años. La liberación de los tipos de interés a seis meses por importe superior al millón de pesetas (19 de enero de 1981), al coincidir con una coyuntura crítica, ha afectado seriamente a aquellas entidades que, con una política agresiva, propia de la anterior etapa, aceleraron, a partir del Decreto 2.245/1974 de 9 de agosto, su política expansiva abriendo un número desmedido de oficinas y sucursales que la hicieron incurrir en inmovilizaciones difíciles de soportar, al no mantenerse el ritmo de crecimientos de los depósitos. Si a esto añadimos los aumentos en los gastos de personal, y, especialmente, el endurecimiento en las exigencias de retribución de los depósitos, la lógica consecuencia fue una elevación a niveles imprudentes de los costes financieros y un estrechamiento de los márgenes operativos, lo que en numerosos casos se agudizó con la concentración del riesgo en empresarios y

**La Banca española,
como intermediario financiero,
se ha enfrentado a una
competencia interna,
fenómeno ajeno y desconocido.**

empresas vinculadas a los controladores de las entidades bancarias. De esta forma, una serie de bancos hubieron de pasar a los cuidados tutelares de la

Corporación Bancaria —en la actualidad Fondo de Garantía de los Depósitos—, como paso previo de su liquidación o venta posterior. Tal es el caso de los Bancos de Navarra (1977); Cantábrico, Meridional y Valladolid (1978); Granada, Crédito Comercial, López Quesada, Cadesbank, Industrial del Mediterráneo, Asturias y del País (1979); Promoción de Negocios Occidental, Comercial Occidental (1981). Las pérdidas confesadas por el Banco Rural y Mediterráneo de 3.446 millones de pesetas para el ejercicio de 1980, y las de 5.550 millones de pesetas de la Banca López Quesada en 1979, marcan ostensiblemente el volumen de una crisis bancaria que aún no ha concluido. Otros —hay que recordar que, en 1979, 25 bancos no tuvieron beneficios— han tenido que proceder a políticas de saneamiento y reestructuración en base a la fijación de unos márgenes de intermediación, que como ha demostrado el prof. Antonio Torro, son los más elevados entre los países de la OCDE. Otros, finalmente, optaron por su absorción por algún gran Banco (el Banco Coca por el Banesto, el Banco Ibérico por el Central, el Banco de Huesca por el Bilbao, la Banca Jover por el Santander, etc.).

Pero a pesar de todas estas consideraciones, es precisamente en su actuación como capital financiero donde la Banca mixta española ha experimentado un mayor retroceso. En 1966, la Banca privada española, a través de sus consejeros, estaba presente en sociedades que representaban el 75 por 100 del capital desembolsado por todas las existentes; en 1971 este porcentaje había disminuido al 66 por 100, y en los momentos presentes no supera el 60 por 100. Y es que el *grandioso* pasado de la Banca como principal grupo promotor, inversor y controlador del proceso de industrialización ha supuesto, en esta coyuntura, un pesado

Es precisamente en su actuación como capital financiero donde la Banca mixta española ha experimentado un mayor retroceso.

lastre en la medida que, en muchos casos, se ha visto obligada a sostener grandes empresas con las que se encontraba vinculada, por atravesar éstas una situación crítica o de práctica quiebra. En muchos de estos casos el Estado, a través de una intervención pública —paradójicamente repudiada por los propios beneficiarios— ha debido acudir, con la generosidad que le caracteriza, a cubrir las dificultades económicas y financieras de estas empresas en crisis.

Así se han acordado —entre otras medidas— reestructuraciones de plantilla, jubilaciones anticipadas y concesiones de créditos oficiales que suponen un sacrificio colectivo sin contrapartida práctica. Por ejemplo, el Banco de Crédito Industrial ha concedido créditos excepcionales a empresas —la mayoría de ellas vinculadas a la Banca privada— como Altos Hornos de Vizcaya (4.500 millones de pesetas en 1979, 3.500 en 1978), Aceros del Llodio (400 millones de pesetas), etc. El ejemplo más elocuente y significativo, por su reiteración, es el de la empresa Nervacero (1.400 millones de pesetas de pérdidas en 1979), que ha recibido créditos y ayudas sin cuento, hasta el punto de que, en julio de 1980, el Consejo del Banco de Crédito Industrial denegó por unanimidad una nueva ayuda por 479 millones de pesetas, por entender que su concesión superaría todas las cotas de prudencia. No obstante, en septiembre de 1980, por orden del Ministerio de Economía, se le concedió un crédito de 1.100 millones, ampliado, por acuerdo del Consejo de Ministros, de 22 de mayo de 1981, en 2.000 millones de pesetas más.

La práctica intervencionista y el mercado

Es evidente que la política económica del Gobierno no ha podido

quedar al margen de la confrontación existente entre los principales agentes económicos. De hecho, como es sabido, la acción del Gobierno en materia económica no se realiza en el vacío sino que responde, de alguna forma y en un alto grado, a la diversa presión de las fuerzas sociales y de los principales grupos de intereses económicos. En la medida que estas fuerzas alteran su posición en la vertebración del poder, inciden también como fuerzas ascendentes o descendentes en la conformación de la estrategia económica global, en cuanto que ésta tiende a reproducir las tensiones de las diversas fuerzas económicas que están en la cúspide social. Así, en los últimos años vienen siendo

perceptibles unos planteamientos oficiales doctrinalmente liberales hasta extremos sorprendentes, especialmente acordes con los intereses ascen-

—y hegemónicos— del capital multinacional, en esta fase del desarrollo del capitalismo español. Planteamientos que suelen, sin embargo, entrar en contradicción con una práctica fuertemente intervencionista en línea con las urgentes necesidades de grandes empresas o grupos de intereses económicos nacionales, ligados a determinadas actividades en crisis. Estas contradicciones entre lo que podríamos denominar la teoría y la práctica del Gobierno, se han hecho cada día más evidentes conforme se ha agudizado la crisis y se ha agravado la situación, especialmente a partir de 1980.

Un ejemplo significativo de estas contracciones lo podemos encontrar en la actuación del Ministerio de Industria. Así, por una parte, presionado por las posiciones ideológicas dominantes, el ministro de Industria se ha manifestado, en diversas ocasiones, radicalmente liberal en materia económica y defensor a ultranza del mercado, aunque paradójicamente ha accedido al cargo desde la presidencia de RENFE,

que ha batido el récord nacional de pérdidas y que es una lamentable muestra de un intervencionismo en absoluto modélico. Así, a medida que se han ido presentando problemas concretos de diversos sectores y empresas privadas, la presunta ideología liberal del ministro de Industria se ha difuminado al tiempo que asumía el protagonismo de un nuevo intervencionismo económico, ahora a través de los Planes de Reestructuración Sectorial, que no hacen sino reproducir de hecho, y, a veces de una forma más drástica, una vieja práctica en la historia del capitalismo español. Por ejemplo, el Plan Siderúrgico, en el que están implicados los grandes bancos españoles, a los que

El Gobierno sigue insistiendo en que la salida de la crisis económica sólo puede encontrarse en el «mercado» y en una apertura exterior desmedida.

Altos Hornos de Vizcaya adeuda 16.000 millones de pesetas, que declara expresamente que sus objetivos tienden a «evitar al máximo la

concurrancia innecesaria» y a «recuperar precios» en el mercado interior, y en el que también se contemplan inversiones, ayudas y créditos gubernamentales ingentes (60.000 millones de pesetas es la inversión gubernamental aprobada en septiembre de 1980), para hacer frente a las más urgentes necesidades de tesorería del sector.

Pero, a pesar de esta práctica intervencionista creciente, el Gobierno sigue insistiendo en que la salida de la crisis económica sólo puede encontrarse en el «mercado» y en una «apertura exterior desmedida», argumentos que constituyen la base ideológica, por ejemplo, de los discursos e intervenciones públicas en materia económica del presidente Calvo-Sotelo. Todas las declaraciones oficiales se reafirman en el mercado como único instrumento para abordar con éxito la salida de la crisis, llegando a suponer que sólo a través del libre funcionamiento del mercado interno y de la apertura exterior sin límites, será posible eliminar el problema del paro y articular una estrategia económica

correcta. No importa que el Gobierno se desmienta a sí mismo con su cotidiana práctica intervencionista, con la fijación de los precios agrícolas y de otros muchos productos y servicios, o repartiendo subvenciones y desgravaciones fiscales a múltiples empresas, etc., para que, una y otra vez, se repitan los mismos argumentos. Da la impresión de que, a pesar de esa práctica, el Gobierno, situado en la más pura ortodoxia liberal, está convencido de que el mercado existe plenamente y de que en él los compradores y vendedores fijan sin demasiadas dificultades los precios. Pero lo más grave es que esto también se lo creen algunos economistas socialistas, que están convencidos de que el mercado y esa apertura exterior desmedida son los elementos clave en la superación de la crisis económica. Contra estas tesis han aparecido recientemente numerosos trabajos que no han tenido, desgraciadamente, la divulgación necesaria. Basta recordar, por ejemplo, el documento publicado por la Confederación Europea de Sindicatos, titulado *Au-delá de Keynes. Une économie de participation*. Sus autores, como ha recordado el profesor Velarde, son un grupo de expertos encabezados por Clas-Erik Odhner, jefe del Departamento de Investigación de la Confederación Sindical Sueca, y en él se dan pruebas, una vez más, de como la economía mundial, en los últimos años, se caracteriza por la constitución y desarrollo de estructuras empresariales gigantescas que dominan el mercado, ya bien a través de acuerdos sobre los precios, o sobre reparto y control del mercado, o con el establecimiento de acuerdos y convenios de producción, o, en general, se producen numerosas actuaciones en las que la limitación de los efectos de la competencia constituye la regla dominante y no la excepción. Como también se demuestra en ese trabajo cuán redu-

cida es la información que tiene el productor —medianos y pequeños empresarios, entre otros— de la demanda y de su relativo papel en la fijación de los precios.

Los socialistas no pueden aceptar los principios y la práctica de esa política económica del Gobierno. Es falso que la salida de la crisis sea sólo posible por la vía del mercado, entre otras muchas razones, además de las apuntadas, porque como han puesto de manifiesto numerosos economistas —incluso desde posiciones ortodoxas—, el mercado no funciona adecuadamente —o al menos lo hace con serias dificultades—, cuando se trata de bienes públicos (educación y enseñanza, sanidad y seguridad social, etc.), o produce enormes distorsiones cuando aparecen externalidades o efectos externos, o simplemente no funciona cuando aparecen rendimientos de escala crecientes, o ajustes de precios que no sean marginales, sino de carácter brusco como los registrados a raíz de la crisis energética que es la que domina, precisamente, la situación actual; y cuando funciona, lo que suele ocurrir es que tiende a reproducir las desigualdades existentes, que son especialmente relevantes en el caso español.

En cuanto a la apertura exterior, como elemento condicionante en la salida de la crisis, caben otros tantos argumentos para calibrar sus reales posibilidades y matizar sus resultados: *Primero*, porque la apertura y liberalización exterior sólo suele fomentar el crecimiento económico cuando las condiciones externas son favorables —como así ocurrió, por ejemplo, en 1959—, pero es más discutible en una situación como la actual en la que, al

Algunos economistas socialistas están convencidos que el mercado, y esa apertura exterior, son elementos clave de superación de la crisis económica.

práctico estancamiento del comercio mundial, se suma la aplicación indiscriminada de prácticas proteccionistas de muy diversa índole, a las que

no renuncian los muchos países desarrollados, precisamente los que más se reclaman del liberalismo económico; *segundo*, porque los sectores exportadores suman un porcentaje inferior al 10 por 100 del PIB, lo que significa, en la práctica, una vía muy limitada para lograr un incremento considerable del empleo o para constituir el puntal básico de una estrategia del desarrollo; *tercero*, porque muchos de esos sectores exportadores requieren de elevadas compras al exterior, consumen energía en cantidades prohibitivas, o atraviesan serias dificultades en los mercados internacionales (cemento, siderurgia, automóviles, construcción naval, etc.); *cuarto*, porque la agresividad comercial de terceros países, basados, fundamentalmente, en unos costes de mano de obra muy inferiores a los de la economía española, dificulta enormemente las exportaciones de muchas otras mercancías y limita a corto plazo las posibilidades reales de expansión del comercio exterior; *quinto*, porque esa apertura exterior es, en la práctica, una apertura unidireccional —Mercado Común—, negándose de hecho a aprovechar al máximo las ventajas comparativas que proporcionan otros mercados u áreas económicas. En definitiva, todos estos factores o circunstancias, aquí brevemente apuntados, reducen la capacidad potencial de la apertura exterior: una política que habiendo sido válida en otras circunstancias, debe hoy combinarse —de ninguna forma rechazarse— con otras políticas económicas de impulso y potenciación del mercado interior que eviten del desmantelamiento del sistema productivo y limiten, a corto plazo, una caída más pronunciada de trabajo al año; lo que justifica, por sí solo, las propuestas antes apuntadas. Por todo ello, frente a las tesis doctrinales del Gobierno, debe apuntarse la conveniencia de una aper-

La economía mundial, hoy, se caracteriza por la constitución y desarrollo de estructuras empresariales gigantescas que dominan el mercado.

tura mucho más limitada, selectiva en su aplicación y más atenuada en su articulación a lo largo del tiempo. Esto es, una estrategia de protección activa

que evite un desmantelamiento acusado e indiscriminado de muchas empresas y actividades productivas y permita abordar, en mayores plazos, una política efectiva de planificación económica, tanto a nivel sectorial como en la definición de las grandes opciones de la política económica ante un futuro cargado de incertidumbre.

Es, precisamente, en una coyuntura crítica como la actual cuando está más justificada la intervención pública en materia de inversiones, la reestructuración sectorial y la reorientación de la oferta productiva. Esa política de intervención está ya asumida en la práctica, como se ha apuntado, por la actuación del Gobierno. Sin embargo, conviene precisar que esa intervención, realizada o impulsada por las fuerzas conservadoras de la derecha de UCD —y articulada, a diversos grados, por los Ministerios de Hacienda e Industria— se define, ante todo, por su arbitrariedad, y se caracteriza por la falta de transparencia, la ausencia de control y de la más mínima coordinación a nivel general, de tal forma que sólo parcialmente pueden valorarse sus resultados o cuantificarse sus efectos en términos coste/beneficio a nivel sectorial o espacial. Ni se conocen con precisión las subvenciones, ayudas, créditos preferentes, desgravaciones y deducciones fiscales, etc., que, en su conjunto, recibe cada sector o cada empresa, ni tampoco se conoce el resultado global de esta intervención a nivel espacial o regional, siendo éste uno de los temas más polémicos del momento presente, que está dando lugar a que pervivan unas creencias de marginación o explotación económica en determinadas regiones, cuando la realidad de la intervención debe apun-

tar precisamente a todo lo contrario.

Por todo ello, se hace necesaria una intervención estatal que no sólo supere las deficiencias y limitaciones del mercado, sino que contribuya también a eliminar todas aquellas prácticas que distorsionan su actuación en favor de determinados grupos de intereses, o centros de poder, a nivel sectorial o espacial, o en el conjunto del sistema económico. Dicha intervención debe ser transparente, contrastada y controlada públicamente; clarificada en todos sus extremos y dirigida, en exclusiva, a impulsar las reformas estructurales necesarias y los ajustes requeridos por el sistema productivo, en la línea de una mayor productividad y adaptación progresiva a los esquemas de coste y precios en que funcionan los mercados

exteriores. *Desde una óptica socialista, la intervención pública en la actividad económica es una inexcusable premisa, que tiende a superar las limitacio-*

nes del mercado o a evitar sus distorsionantes efectos en la distribución de la Renta y en la concentración del poder económico, lo que ha de constituir un objetivo prioritario en la definición de una política económica progresiva.

Empresa Pública y socialismo

En la misma línea de lo apuntado anteriormente caben algunas reflexiones en torno a la posición de los socialistas frente a la empresa pública. Es un hecho evidente que ésta se encuentra hoy sometida a crecientes críticas que ponen en duda su papel como instrumento adecuado para superar las dificultades económicas, o para contribuir al logro de otros objetivos relacionados con la mejora en la distribución de la Renta, o la satisfacción de determinados servicios públicos. Los argumentos que se esgrimen son múltiples, pero todos ellos podrían resu-

mirse en el siguiente: el Estado es un mal administrador de los bienes públicos, despilfarra en sus gastos y asigna defectuosamente sus recursos. Pero la nueva derecha liberal va más allá y atribuye todos los males de la crisis económica a la empresa pública y a la intervención estatal en el proceso económico. A estos argumentos —que podrían denominarse doctrinales— se suman los propios resultados del balance de las empresas públicas. Déficits cuantiosos que se incrementan en los últimos años: este es el caso de Renfe, que de tener unas pérdidas de 46.000 millones de pesetas en 1979 ha pasado a tener unas pérdidas de unos 60.000 millones de pesetas en 1980; el de Hunosa, que ha pasado de los 18.990 millones de pesetas en 1979, a los

Desde una óptica socialista, la intervención pública en la actividad económica es premisa para superar las limitaciones del mercado.

22.210 millones de pesetas en 1980; el de Seat, 15.090 millones de pesetas de pérdidas en 1979, y más de 20.000 millones de pesetas en 1980; el de Ensidesa,

etc., y del INI en su conjunto, cuyas empresas afiliadas perdieron 67.650 millones de pesetas en 1979 y que, en 1980, contabilizaron 82.707 millones de pesetas en pérdidas.

Ante estas circunstancias, cualquier campaña publicitaria de descrédito de la empresa pública tiene prácticamente asegurado su éxito. A ésta sólo le cabe la posibilidad de situarse a la defensiva, tratando de paliar los efectos de un progresivo deterioro de imagen que ha desbordado con la crisis económica todo lo previsible. Por ello, es hasta cierto punto lógico que, desde las propias filas de la izquierda, también se multipliquen las críticas hasta el punto que *algunos economistas socialistas han llegado a proponer, en recientes declaraciones, la continuidad del principio de subsidiariedad como punto de referencia de la actuación socialista en materia de empresa pública.* Esto es, se ha llegado incluso a sostener que las empresas públicas sólo deberán de-

sarrollarse ante la ausencia, o desistimiento, de la iniciativa privada, cuando han sido, precisamente los socialistas, los que sentenciaron, por enmienda introducida en el artículo 128,2 de la Constitución, la desaparición del citado principio de subsidiariedad.

Antes de llegar a esas conclusiones tan arriesgadas que rompen con lo que ha constituido la base doctrinal y práctica del socialismo, lo primero que hay que recordar es que la empresa pública ha llegado a esa lamentable situación porque la política seguida en las últimas décadas —y especialmente en la etapa del Gobierno de UCD— ha convertido al INI —y a la Dirección General del Patrimonio del Estado, en menor medida— en un endémico hospital de empresas en crisis. Y esto ha sido posible, precisamente, por la vigencia, durante todos estos años, del principio de subsidiariedad que implica la subordinación de la actuación de la empresa pública a los intereses privados. Como consecuencia de todo ello, el INI se encuentra implicado en todas las actividades donde la crisis ha alcanzado especial gravedad: industria siderúrgica, construcción naval, etc. Baste recordar, a este respecto, que sólo las ocho empresas siguientes: Aesa, Altos Hornos del Mediterráneo, Astano, Bazán, Enasa, Ensidesa, Hunosa y Seat sumaron, en 1979, más del 95 por 100 —72.972,5 millones de pesetas— del total de las pérdidas del INI. Muchas de estas empresas pertenecieron —algunas no hace mucho tiempo— a la iniciativa privada, siendo posteriormente traspasadas al INI para evitar su desmantelamiento; pero quizá lo más destacable, desde una perspectiva socialista, sea el escaso papel que el INI ha asumido en los sectores con mayor

potencial de crecimiento, lo que habrá de limitar drásticamente sus posibilidades. De hecho, ello significa la renuncia, por parte de la empresa pública, a

tener alguna incidencia o participar en las principales decisiones que conformarán el futuro de la economía española. Baste una simple referencia a la distribución de las inversiones del INI durante 1979 para comprobar hasta qué punto se produce esa renuncia: del volumen total de sus inversiones en acciones, sólo ha destinado —como ha recordado el profesor Velarde— un 0,6 por 100 a la electrónica, un 0,5 por 100 a la informática, un 2 por 100 a la industria alimentaria, y un 4,8 por 100 a la minería, conjunto de actividades que todos los expertos coinciden en incluir entre las de más futuro y hacia las que, indudablemente, se precipitan las empresas multinacionales y las economías de mayor dinamismo.

A esta renuncia hay que sumar, claro está, una administración y gestión enormemente deficientes, donde apenas se han registrado cambios favorables en los últimos años. Ni el Gobierno ha sido capaz de aprobar un Estatuto para la Empresa Pública, que estableciese un nuevo marco jurídico para su ordenación y mejor funcionamiento, ni ha logrado siquiera imponer unos criterios de racionalización y control en la gestión de las mismas. Con ello ha cubierto dos objetivos que ahora, al recapitular sobre su actuación, habría que reputar como básicos: a) servir a intereses de grupos privados de una forma directa —absorbiendo empresas privadas en crisis— o indirecta —asumiendo costes en los sectores básicos y de escasa rentabilidad; y b) contribuir, además, por añadidura, al desprestigio y deterioro de la imagen de la empresa pública, lo que sí ha conseguido con indudable eficacia.

* * *

La empresa pública ha llegado a una lamentable situación porque la política seguida ha convertido al INI en un hospital de empresas en crisis.

En síntesis, una estrategia económica socialista que, por supuesto, debe respetar y alentar el cumplimiento de los principios de solidaridad, igualdad,

libertad y progreso, ha de tener en cuenta inexcusablemente la complejidad de una realidad que, en esta coyuntura crítica, apunta cambios importan-

Limitándonos a la filosofía del Gobierno estaremos renunciando a la definición de los objetivos y a la discusión de los problemas de fondo.

tes en el protagonismo de los diferentes agentes económicos. La política de liberalización y apertura que, no se puede olvidar, se inicia con toda claridad en 1959, en plena etapa de expansión económica internacional, ha hecho posible un intenso proceso de internacionalización de la economía española, ligándola estrechamente a la evolución de los grandes ciclos económicos mundiales y a los movimientos internacionales de capital; pero, al mismo tiempo, ha reducido considerablemente la capacidad operativa de las medidas de carácter interno o autónomo. De ahí que no pueda hablarse seriamente de ofrecer una alternativa propia si no se toman en consideración aquellos mecanismos —como el propio mercado interior, o la propia acción del Estado en materia económica— sobre los que sí es posible actuar e im-

pulsar una política de transformaciones y cambios. Una política de intervención y planificación con acusado carácter democrático, contrastada y

controlada públicamente, y transparente en sus resultados —es decir, de carácter radicalmente diferente de la que hasta ahora conocemos— resulta no sólo conveniente, sino también necesaria para eliminar incertidumbres y superar muchas de las dificultades de la crisis económica. En otro caso, de limitarnos a sostener —*con matices*— la filosofía del Gobierno en lo que concierne al mercado, a la intervención pública, a la empresa pública, a la planificación, etc., reduciendo nuestra capacidad de actuación a discutir algún punto porcentual en la evolución del PIB, o en alguna partida presupuestaria, estaremos renunciando a la definición de los objetivos y a la discusión de los problemas de fondo que están detrás de las servidumbres y dificultades que ha generado la crisis económica en el mundo actual.

Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980. Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.
186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.
68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Eisner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.
101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)
203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.
216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.
225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:
Visor Libros
Roble, 22
Madrid-20
Teléf. 279 34 43

CATALUNYA Y RESTO PAIS:
Les Puntxes, S.L.
Escornalbou, 12
Barcelona-26
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

LA TAREA INSTITUCIONAL DEL PSOE

J.A. González Casanova

XXIX CONGRESO...



Me pregunto cuál es la tarea institucional que le corresponde al Partido Socialista Obrero Español en estos momentos y en los futuros. Entiendo por «tarea institucional» la de construir —en la medida de sus posibilidades y en coherencia con su proyecto político— el Estado democrático, social y de Derecho a que se refiere la Constitución española de 1978. La respuesta que voy a dar a mi pregunta no pretende ser científica, académica ni excesivamente objetiva. Tal vez sea más útil una contestación subjetiva y «política», surgida de la creencia y del deseo no menos que de la aceptación realista de unas circunstancias colectivas tal y como las veo en este momento.

Para empezar diré que existe, a mi juicio, una interesante similitud entre la doctrina y la estrategia del PSOE original y las del socialismo español de hoy. No se trata tanto de continuidad o

de respeto a una tradición como de persistencia de una situación profunda de nuestra sociedad, más allá de los cambios indudables que se han producido en ella después de un siglo. Si vale

Eso que llamamos Estado democrático a la usanza europea no ha pasado en nuestro país de un triple intento histórico.

la pena hablar de una tradición imperiosa e imperante en el Partido, que lo orienta hoy (casi sin quererlo nadie de forma explícita), no es para llevar el

agua de la doctrina o de la estrategia hacia ningún molino sectario, sino para deducir una y otra de la realidad social y política, es decir para aplicar uno de los principios metodológicos del marxismo que parecen menos discutibles.

Como he dicho y escrito en diversas ocasiones, eso que llamamos Estado democrático a la usanza europea no ha pasado en nuestro país de un triple intento histórico. La *gloriosa revolución* de 1968 (con su secuela federal-republicana de 1873), la *ruptura social-democrática* de la II República y la *reforma rupturista* que expresa potencialmente la actual Constitución de 1978 han sido —en los dos primeros casos, de forma inapelable, y en el tercero, de modo expectante— meros intentos de democratizar el Estado y la sociedad de España. Si alguna revolución sigue pendiente entre nosotros es la democrática.

Pero, por otro lado, el mismo Estado liberal español sigue siendo, en gran medida, un proyecto frustrado, ya que los componentes absolutistas, autoritarios y oligárquicos del mismo han sido siempre mayores en España que en otras sociedades europeas, debido a la debilidad política e ideológica de nuestras burguesías frente a los restos poderosos del Antiguo Régimen. Si todo Estado liberal es *poco Estado* mientras no se democratiza, el nuestro —perpetuamente antidemócrata— aún lo fue menos por su escaso liberalismo práctico. Los *moderados* se impusieron una y otra vez a los *progresistas*. El Estado no pasó de ser una rudimentaria burocracia, vicaria de los grandes intereses oligárquicos y caciquiles, centralizada en Madrid, virreinal en las provincias y necesitada de tres apo-

yos exógenos: el espadón militar, la predicación clerical y el capital foráneo.

Se comprende, por tanto, que, al carecer de verdadero Estado, las fuerzas

políticas del auténtico progresismo liberal y modernizador se propusieran, a lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX, substituir —a través de los estrechos cauces existentes o ampliándolos— la monarquía oligárquica, autoritaria, clasista y centralizada por la república democrática, liberal, de reforma social y federante. Ese es el modelo de Estado que —implícito en el proyecto del Partido Demócrata de 1848— se hará explícito en el Partido Federal durante el sexenio revolucionario (1868-1873) y, en fin, será recogido substancialmente por el Partido Socialista Obrero Español de Pablo Iglesias.

En cuanto modelo *de Estado*, el proyecto democrático asumido por el primer socialismo español organizado políticamente debía basarse necesariamente en la estrategia de acceso al poder estatal imperante por medio del sufragio universal. A su vez, la maduración de la conciencia ciudadana que tal instrumento electoral requiere obligaba a una tarea paralela de democratización de la sociedad y de acción cultural e ideológica entre una población de escasa conciencia política y participativa. De ahí la radical preocupación de los primeros socialistas por la democratización de los Ayuntamientos, la creación de una poderosa fuerza sindical, de Casas del Pueblo y de diversas formas de cultura popular. El mismo Parlamento fue considerado como una cota aún demasiado alta para un pueblo de tendencias mayoritariamente abstencionistas. Sin embargo, fue, como digo, el sufragio universal la clave de bóveda de la estrategia democratizadora del PSOE, y esto le situó en el eje de la construcción de un Estado moderno y de sus instituciones flan-

queado, a su derecha, por el liberalismo canovista (contrario al sufragio universal por ser éste, a su juicio, antesala del colectivismo), y, a su izquierda, por las diversas corrientes del anarquismo, convencidas de que el sufragio era tan farsa como el Estado y un medio de perpetuar la dominación sobre la clase obrera.

Nótese que estos tres modelos conflictivamente coexistentes en España durante la Restauración y la II República situaron la estrategia del PSOE ante una tremenda responsabilidad. A su derecha no había más que sociedad orgánica tradicional, invertebrada, conservadora y oligárquica, es decir, pre-Estado disfrazado de una superestructura estatal, tan represora

como frágil. Pero, a su izquierda, no había más que la otra cara de la misma moneda, eso sí, crispada revolucionariamente y sublimadora de las primitivas

virtudes de un comunismo medieval, no menos invertebrado y casi orgánico. La II República asistió a la incapacidad del PSOE de trenzar una alianza sólida con los sectores burgueses progresistas y democráticos para evitar el enfrentamiento entre la España pre-estatal de la derecha y de la izquierda. Si, por una parte, la CEDA representó la imposibilidad de una derecha democrática en nuestro país (ya que persistía la dependencia doctrinal y estrategia respecto al organicismo medievalizante y autoritario), por otra, el anarquismo hizo mella en ciertos sectores revolucionarios del PSOE, así como en el PCE, escisión —no se olvide— de éste último. Cuando los comunistas, amaestrados por Stalin, volvieron al redil de la *socialdemocracia táctica*, era demasiado tarde y los intentos conjuntos de socialistas y comunistas para restablecer el Estado y sus instituciones frente a la reacción autoritaria y a la revolución anarquista fra-

casaron, con todas las consecuencias bien sabidas.

Casi medio siglo después, el PSOE se encuentra —al igual que el PCE— ante un reto homólogo. Las circunstancias no son las mismas, evidentemente, pero la necesidad de un mismo proyecto axilar sigue en pie. Es cierto que, a su izquierda, no existe ya alternativa revolucionaria de signo anarquista o semejante. Pero el franquismo ha restaurado, consolidado y fortalecido las superestructuras pseudoestatales de una oligarquía conservadora, tradicional, clasista y centralizada, que se niega a la democracia, que manipula y adultera el sufragio universal y que, sobre todo, prolonga la *pasión de mandar* sin haber demostrado en ningún momento la *capacidad de gobernar*. La

La única revolución posible y, además, pendiente es la democratizadora, lo cual implica necesariamente la construcción de un verdadero Estado.

Derecha no ha gobernado nunca España, si bien ha mandado siempre en ella. Por eso, decía al principio que la doctrina y la estrategia concebi-

das por Pablo Iglesias y sus compañeros aparecen hoy substancialmente válidas, con las matizaciones que añadiré a continuación.

La única revolución posible y, además, pendiente es la democratizadora, lo cual implica necesariamente la construcción de un verdadero Estado y la desaparición de las estructuras sociales y políticas pre-estatales, propias y queridas de la Derecha. Pero, al mismo tiempo, la dialéctica histórica obliga —si es que de verdad se pretende construir dicho Estado verdadero: es decir, hoy, la democracia— a asumir las razones objetivas de los proyectos democratizadores radicales a los que condujo la repetida frustración de los intentos liberalizadores y democráticos de la izquierda española. La defensa de los derechos humanos, la autonomía municipal, el autogobierno de las nacionalidades y regiones, la creación de una sociedad socialista y comunitaria, son tareas imprescin-

dibles para llenar de contenido la democracia española y para que el Estado sea una realidad. Realidad que, obvio es decirlo, lleva implícita su progresiva consunción o *socialización* (según la creencia radical del marxismo y de todo democratismo socialista), justo a través de los añejos proyectos libertarios y autogestionarios.

Tenemos, pues, que el PSOE debe afrontar hoy el doble reto de substituirse, por un lado, a la inexistente Derecha democrática española (es decir, a la inexistente UCD como partido de centro) y llevar a cabo, por otro, el proyecto democratizador profundo de la tradición revolucionaria de nuestro país. Debe construir, por fin, el Estado español y, *al mismo tiempo*, llenarlo de contenido democrático hasta lograr su socialización autogobernante. Es evidente que la primera tarea es cronológicamente anterior a la segunda y que en aquélla deberá sacrificar, como mínimo, una generación. Pero no podrá salir triunfante de su primer reto si no tiene muy claros y muy soldados los dos proyectos sucesivos. La izquierda española ha ido siempre a remolque de la derecha, como ésta lo ha ido de la extrema derecha. No sería la primera vez que los progresistas coyunturales se incorporan a la inanidad conservadora de los moderados, por carecer precisamente de una clara vocación (doctrina, estratégica y finalista) de cambio radical, de ruptura efectiva, de revolución social, política y ética. Veamos cómo puede el PSOE, para hoy y de cara al futuro, darnos una esperanza de que el círculo mortal de la repetición, el fracaso y el desencanto popular se va a romper por primera vez en la Historia de España.

El PSOE cuenta en su haber, para llevar a cabo la institucionalización efectiva del Estado, con su propia condición de primer partido político de España, pues, en puridad y siguiendo la tradi-

ción de los partidos socialistas, es un partido político y no una cohorte de notables —dividida y contradictoria— como la inmensa mayoría de los partidos españoles, especialmente los de la derecha.

Esta primacía como partido le permite ser el eje de la vertebración social de España y de la construcción de su Estado. Su capacidad —al menos teórica— de ostentar la hegemonía y el Gobierno en las comunidades autónomas, así como su poder en los principales municipios del país, le otorgan una implantación en las áreas gobernantes realmente decisiva. La lenta pero irreversible hegemonía en el campo sindical, frente a la influyente presencia del sindicato comunista, hace de los socialistas los interlocutores por excelencia del poder capitalista. La endeblez intelectual de la Derecha española conduce a los trabajadores de la cultura hacia el PSOE, si bien éste no haya logrado todavía movilizar e interesar suficientemente a los grupos más inquietos y creadores. En fin, los conflictos innecesarios y demagógicos con la Iglesia y el Ejército han sido cuidadosamente evitados por los dirigentes socialistas, sin por ello olvidar la oportuna denuncia de todo intento de presión extraconstitucional. El propio electorado del PSOE parece haber superado, en general, antiguos tics anticlericales y antimilitaristas, en consonancia con la nueva sociedad española, menos dogmática y más racional y pragmática.

No es menos fértil la actitud socialista respecto a la Monarquía española. Superada la vieja dicotomía monarquía-república, los republicanos socialistas saben que una monarquía parlamentaria y democrática es prefe-

rible a una pseudorrepública de derechas o, incluso reaccionaria y dictatorial. En el caso español, la monarquía del Rey Juan Carlos I parece

**La endeblez intelectual
de la Derecha española
conduce a los trabajadores
de la cultura
hacia el PSOE.**

cumplir un papel de institucionalización y seguridad del Estado —incluida su unidad y permanencia— que está logrando superar la tradicional identificación de la Corona con una clase, un régimen o un determinado grupo político.

En otro orden de cosas, íntimamente ligado con el anterior, el PSOE ha sido un factor determinante del proceso constituyente del Estado español. La Constitución democrática de 1978 le debe a los socialistas sus rasgos más inequívocamente democráticos y progresistas. Una interpretación correcta y no restrictiva o regresiva de la Constitución permitiría la construcción de un ordenamiento jurídico claramente innovador y modernizador de la sociedad española. Con razón a la Derecha se ha dedicado, desde los días mismos de la elaboración del texto constitucional, a reducir el alcance práctico del mismo, especialmente en ese campo privilegiado del combate democratizador que es el Título VIII o de la distribución territorial del poder del Estado.

Durante el último bienio, la estrategia del PSOE ha consistido en demostrar al pueblo español la inoperancia gobernante de la Derecha pseudo-centrista, su pertinaz boicot a toda legislación democratizadora y su incapacidad de desmontar el viejo poder franquista, enquistado en los órganos y en el aparato del Estado, en particular los servicios de Seguridad y de Defensa.

La independencia del poder judicial, de los medios de comunicación social (sobre todo TVE) y de la función pública han sido metas constantes del PSOE. Asimismo, lo han sido la hegemonía del poder legislativo y parlamentario sobre las corruptelas autoritarias del poder ejecutivo, la independencia de la Corona respecto a la política gubernamental partidista, la creación de un efectivo Estado autonó-

La inviabilidad de la Derecha democrática es tan patente como en 1933, pero la sociedad no puede ni quiere asumir una involución reaccionaria.

mico, la protección de los derechos humanos ante prácticas inertes de los herederos de la Administración franquista y, en fin, frente a la ineptitud e irresponsabilidad de los gobernantes en problemas sociales graves de carácter sanitario, laboral y de seguridad ciudadana, entre otros.

La citada estrategia de exigencia a los gobernantes de derecha, en nombre del Estado y de su institucionalización y democratización, se ha completado con un apoyo leal al Gobierno en todos los momentos en que éste se ha visto desbordado —debido a su ineptitud o irresponsabilidad— por las presiones extraconstitucionales de los grupos antidemocráticos. La coherencia del PSOE parece indiscutible si bien, a menudo, sólo ha servido a corto plazo como balón de oxígeno a gobiernos inviiables, e, incluso, ha podido dar sensación de que seguía una estrategia ingenua, cobarde o dependiente, más atenta a logros partidistas de conservación de su propio espacio de poder que a las necesidades regeneradoras de España. Sin embargo, se trata de una estrategia calculada que aspira a medio y largo plazo a cargarse de razón democrática dando una imagen responsable, gobernante y, en definitiva, de capacidad substituyente de una Derecha democrática inviiable.

La actual coyuntura política ha colocado al PSOE en el punto álgido de su responsabilidad y de sus posibilidades históricas. La inviabilidad de la Derecha democrática es tan patente como en 1935, pero, esta vez, la sociedad española no puede ni quiere asumir una involución reaccionaria, entre otras cosas porque tampoco apoya una política revolucionaria al viejo estilo. La extrema izquierda es prácticamente inexistente y el mismo PCE se halla abocado a una crisis definitiva como partido socialista revolucionario. Su objetiva aproximación a las tesis so-

cialistas democráticas (incluidas las socialdemócratas) le resta viabilidad como rival competitivo del PSOE y, a su izquierda, sólo le quedan alternativas no menos inviables, como la prosoviética. El ejemplo francés ha disipado las últimas esperanzas de un proyecto autónomo e influyente de los comunistas democráticos, como no sea reemplazar con el tiempo a un PSOE que fracasara en su doble empeño de substituir a la derecha eterna en la construcción del Estado y de asumir el proyecto democratizador radical que los eurocomunistas comparten y que, sin duda, pretenden llevar a cabo mediante la llamada «revolución de la mayoría».

El PSOE, pues, debiera esperar de la próxima confrontación electoral un de-

cidido apoyo popular para gobernar e iniciar así el proceso de modernización y de institucionalización democráticas que España ha visto frustrarse en

anteriores ocasiones históricas. No hay otra alternativa para los españoles. Y, sin embargo, tal alternativa —de producirse— no se producirá fácilmente y sin contradicciones. Veamos, para acabar, cuáles pueden ser algunas de ellas.

Una vez demostrada la inviabilidad de la Derecha democrática gobernante y la capacidad del PSOE para sustituirla en la urgente y fundamental tarea de construir el Estado democrático, falta saber en qué condiciones podrán los socialistas iniciarla y mantenerla. Por muy patente que sea ya hoy la *moderación* del PSOE, habrá que demostrarla con hechos, lo cual quiere decir que, bien la moderación consiste en no llevar a cabo las reformas precisas (en cuyo caso el PSOE pasaría a integrarse en esa Derecha inoperante y, además, traidora), o bien las reformas se producen y, en tal caso, la oposición de la Derecha es imprevisible, pues no hay constancia histórica

de más oposición derechista en España que la desestabilización y, más pronto o más tarde, el golpe de Estado.

Tarea prioritaria, pues, del PSOE será prever esa oposición, limitarla, encauzarla y hacerla constructiva. Lo cual supone una moderación en las formas y en las tácticas que sólo contará con el apoyo vivo popular si se salda con efectivas y palpables conquistas democráticas y sociales. En caso contrario, el PSOE podría llegar —honestamente— a ser la versión española de esas socialdemocracias que, si bien en la Europa nórdica, al gestionar el capitalismo heredado, antes ampliaron la democracia que la redujeron, en España no habrá tal gestión sin substanciales recortes del poder económico oligárquico, es decir sin una

El PSOE no puede ser «sólo» un partido electoral y una alternativa de gobierno, sino «también» un partido «socialista».

ampliación de la democracia. Un exceso de moderación, en nombre de la prudencia estratégica y del temor a la involución golpista, no sólo no ampliaría

la democracia, sino que la mantendría en las bajísimas cotas actuales tras el frustrado golpe del 23 de febrero.

Véase que para nada he hablado de reforma social y, mucho menos, de socialismo. Hablo tan sólo de las imprescindibles reformas democráticas que, en España, van indefectiblemente aparejadas a un importante recorte del poder económico y social de sus detentadores. El reto es delicado y nada podemos vaticinar ni recomendar como no sea el viejo lema de que la prudencia no nos vuelva traidores, pero en este caso la traición no importaría tanto como el desaliento definitivo de los españoles y la consolidación por tiempo indefinido de una nueva clase política, enquistada junto a la antigua, progresivamente corrupta y tan inoperante como ésta. Y, por supuesto, mucho más decepcionante por tratarse de una larga esperanza democrática y socialista.

Pero cabe que ni siquiera el PSOE pueda gobernar y dirigir (en solitario o

en coalición con alguien a su derecha) la institucionalización del Estado democrático. En tal supuesto, ¿está decidido y preparado el PSOE para ser, no ya oposición duradera, sino fuerza política de transformación de la sociedad, de hegemonía social y cultural, de combate diario por la democracia allí donde haya un militante o un cargo público de cualquier clase? Se ha dicho y repetido que el PSOE no puede ser *sólo* un partido electoral y una alternativa de gobierno parlamentario, sino *también* un partido *socialista*, que tiene en la sociedad un papel de alternativa de poder popular. Es urgente saber si el PSOE —que parece haber resuelto muy pronto los problemas críticos de sus alas internas— los ha resuelto de verdad. Es preciso comprobar que la distinción tópica entre socialdemócratas y socialistas se ha borrado porque, tanto unos como otros están igualmente dispuestos a construir la democracia desde la base y desde la cumbre, para, al mismo tiempo, hacer de esa democracia el paso directo y diario a una sociedad socialista, en parte inédita pero, en parte, también suficientemente prefigurada ya en la doctrina más profunda.

Y esto nos conduce, como punto final, a la pregunta de si el PSOE ha construido su reciente militancia, su

ideología de partido y su ética colectiva alrededor de una vivida e interiorizada conciencia democrática, radical y socialista, que le permita construir la sociedad moderna de España. Junto con el Estado, para que éste llegue a ser, dialécticamente, causa y consecuencia de aquélla. Tampoco aquí hablo de socialismo, pues no sabemos del todo cómo será ni cuándo, pero sí hablo de una democracia que, según como sea, puede ser ficción, incapaz de conducir nunca a la sociedad socialista.

A diferencia de las clases dominantes españolas, cuya dominación es tan primitiva que no saben generar un partido político conservador pero democrático (y esa es la crisis radical de UCD), las dominadas sí pueden verse representadas en el PSOE. Pero esto no le exime a dicho partido, sino todo lo contrario, de luchar a fondo en su seno para estar a la altura de las exigencias populares. Para ello se precisa una constante gimnasia ética y política interna y una cuidadosa selección de dirigentes, así como una acción democrática, seria y profunda, que responsabilice y entusiasme no sólo a los militantes, sino a las clases sociales que aún confían en el socialismo democrático como única alternativa en esta España secularmente inalterable.

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias

Los Cuadernos del Norte



Cuadernos de: Textos de:

Pensamiento
Cine
Arte
Inéditos
Literatura
Poesía
Diálogo
Viaje
Música
Asturias
Actualidad
Jazz

C. J. Cela
Barthes
Umbral
Torrente Ballester
Jiménez Losantos
Manuel Vicent
Pedro Caravia
Antonio Gamoneda
Angel González
Antonio Gala
Gonzalo Suárez
Cabrera Infante
Cándido
Zamora Vicente
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad
y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*.
Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España.
Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Ex-
tensión 254.

EL EJEMPLO FRANCÉS

Enrique Gomáriz

XXIX CONGRESO...



Ya antes de que los Borbones ganaran la guerra de sucesión en la primera mitad del XVIII, la influencia francesa en la vida política y cultural española era un hecho innegable. Sin necesidad de entrar en la discusión que ocupa a los historiadores sobre el verdadero alcance de esta influencia, es posible afirmar que, en los momentos en que la «Ilustración» ilumina Occidente, resulta imposible encontrar en España un estilo de vestir, de administrar o de pensar que no esté notablemente afrancesado. Más aún, lo realmente destacable es que tal influencia ha persistido en España mucho más que en el resto de Europa.

En efecto, no sólo en la Europa del Norte sino también en la mediterránea, la influencia francesa fue cesando conforme la problemática de la revolución burguesa dejaba paso, por una vía u otra, a la planteada por el desarrollo

de la lucha del *cuarto estado*. Entre los viejos marxistas era frecuente fijar la Comuna de París (1870), a la vez, como el punto de maduración de ese *cuarto estado* y con el último hecho sucedido en Francia que tendría una influencia

histórica en Occidente. De tal suerte que luego el movimiento socialista francés no ofrecería ningún modelo imitable en Europa y apenas tendría influencia sobre los restantes movimientos, a excepción de los correspondientes a los dos países de la Península Ibérica.

Así, por mucha que haya sido la influencia de Kaustky en el Partido de Pablo Iglesias, no puede compararse con la ejercida por el socialismo francés, desde Paul Lafargue hasta Jules Guesde. Después, el Frente Popular de León Bloum y el exilio de los socialistas españoles en Francia. Es decir, todas las condiciones históricas reunidas para ser especialmente sensibles a la victoria del Partido de François Mitterrand. Una victoria que, por lo demás, resulta el mayor éxito electoral e institucional de la izquierda europea, al menos desde la segunda guerra mundial.

Ahora bien, por muy interesante que sea la historia de la influencia francesa en la política española, no resulta menos apasionante la historia de los difíciles caminos por los que ha tenido lugar esa influencia. La *Enciclopedia* es quizás el mejor ejemplo al respecto.

Contra lo que pudiera pensarse, *L'Encyclopedie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des metiers*, fue traducida en España relativamente pronto. Por decirlo de forma más amplia, las traducciones de las obras francesas se pusieron rápidamente de moda en este país de ortodoxos. La explicación de esta paradoja consiste en que, con el siglo XVIII, la Santa Inquisición aprendió pronto que traía más complicaciones impedir tales traducciones, que permitir las después de operar en ellas los retoques necesarios para evitar la condenación de las almas. Así, cuando el impresor Sancha publicó las primeras traducciones de

La victoria del Partido de François Mitterrand resulta el mayor éxito electoral e institucional de la izquierda europea.

L'Encyclopedie, el inquisidor general ya las había depurado de acuerdo con su recto juicio.

Ciertamente, éste no es el único fenómeno francés que ha

sido traducido e interpretado en España de acuerdo a la ortodoxia. Y, desafortunadamente, éste parece ser también el destino del proceso que conduce hasta la Presidencia de la República a François Mitterrand, y a los socialistas franceses a la mayoría absoluta en el Parlamento. Lo grave es que, en este caso, la traducción acomodaticia de este hecho histórico —de consecuencias difíciles de prever en Europa— corre por cuenta de una ortodoxia poco admisible: la de izquierdas.

Y esta ortodoxia de izquierdas no ha perdido el tiempo: ya tiene la versión más conveniente de lo sucedido en Francia, para uso y consumo de la discusión política en España. La conclusión resultante, en este caso, es que el Partido Socialista francés ha operado de acuerdo con un modelo correcto de acceso al poder, cuya dinámica tiene una dirección claramente opuesta a la que sigue en España el PSOE. (Para ser justos, hay que decir que ésta es la conclusión que saca la ortodoxia clásica, porque la otra ortodoxia, la de la heterodoxia constante, la que practica la heterodoxia con la misma rigidez que los clásicos practican la ortodoxia, ha obtenido una conclusión distinta: la fórmula de Mitterrand es demasiado tradicional, luego no tiene ninguna importancia para Europa, prácticamente no existe).

Así, pues, la experiencia francesa supondría un modelo cuyos elementos fundamentales son los siguientes:

1. El PS francés ha mantenido plenamente su identidad y su programa, y ha esperado el tiempo necesario para que el pueblo francés, animado por la acción del propio PS, elija ese programa, en vez del presentado por la de-

recha. Naturalmente, en las propuestas del PS francés no se encontraban otras tareas que las que corresponden a un partido de izquierda, tanto en el sentido del cambio socioeconómico como en el de profundización de la democracia.

Por el contrario, la política seguida por el PSOE es la de acceder lo más rápidamente al poder, ablandando su programa y abriéndolo a sectores de la burguesía, los famosos sectores progresistas de UCD. Esta política se justifica afirmando que el PSOE tiene que realizar labores de consolidación de la democracia, dada la incapacidad de la burguesía española para gobernar en un sistema democrático estable.

2. La estrategia de acceso al poder del PS francés se basa en una política de alianzas cuyo eje es la unidad de la izquierda. El PSF ha obtenido la Presidencia y la mayoría de la Cámara mediante acuerdos directos con el PC, después de todas las tribulaciones del Programa Común, y a la hora de formar gobierno se ha apoyado en el PC y los radicales, contra la mayoría de derechas saliente.

Ahora bien, la política de alianzas del PSOE funciona en sentido inverso. Se busca impenitentemente —especialmente desde 1979— un pacto con los sectores progresistas de UCD, en la perspectiva de una fórmula gubernamental basada en la gran coalición. Y no alcanzando la minoría mayoritaria en las elecciones, sino antes: mediante la ruptura de UCD. Naturalmente, se rechaza prácticamente *a priori* la estrategia de unión de la izquierda, cuando es la única con posibilidades reales, como se ha puesto de manifiesto en el caso de los Ayuntamientos.

3. El PS francés ha encontrado la fórmula electoral adecuada, porque se ha dotado de un modelo organizativo en el que es posible la discusión inter-

na. Se trata de un partido con tendencias organizadas en torno a concepciones globales tan perfiladas como las de Rocard o Chevenemant.

Por oposición, el sólo planteamiento de esta cuestión en el PSOE ya levanta ampollas. Existe una actitud claramente contraria de parte de las actuales mayorías, ya no de la estructuración de tendencias, sino simplemente del funcionamiento regular de las corrientes de opinión. Así pues, el PSOE será un partido donde la política a seguir estará marcada por una mayoría conservadora, temerosa de ofrecer plataformas a las voces discrepantes.

Modelo de partido

Como los ortodoxos del pasado, los actuales de la izquierda hacen una traducción incompleta

El PSOE será un partido donde la política a seguir estará marcada por una mayoría conservadora, temerosa de ofrecer plataformas a los discrepantes.

de estos tres elementos del modelo, para luego encajarla sin más sobre la situación española. Intentaré mostrar los trucos de la operación,

comenzando por el último aspecto del problema.

En todo caso, soy consciente de que el tema de las corrientes internas es una cuestión que difícilmente tiene un tratamiento imparcial. Es decir, generalmente las minorías suelen plantear el establecimiento de corrientes mediante la proporcionalidad en los órganos de dirección, mucho más preocupadas por su propio futuro que por la situación presente del partido en que se encuentran. Difícilmente sucede que lleguen a la conclusión de que es necesario usar la proporcionalidad, después de un estudio detenido de las necesidades de participación del partido en su conjunto. Más bien llegan a esa conclusión motivados por sus propias necesidades. Y esto puede ser natural, pero es necesario subrayarlo.

Por otra parte, este tema está siendo tratado por quienes rechazan la pro-

porcionalidad de una forma que, muchas veces, se acerca demasiado a la tentación anatemizante, como si este asunto fuera realmente un tabú, que la sola reflexión sobre él pudiera ocasionar los peores males al partido.

Ahora bien, las experiencias habidas en otros partidos socialistas no arrojan resultados uniformes. No creo que sea exagerado afirmar que en el caso del Partido Socialista italiano, la cuestión de las tendencias llevó al partido a la desarticulación. Sin embargo, es un hecho innegable —a menos que se quiera forzar la realidad— que el partido francés, el de la rotunda victoria electoral, es una organización con corrientes internas proporcionalmente representadas en los órganos directivos de debate.

Ahora bien, es necesario no olvidar las particularidades del caso. En primer lugar, hay que retener que el PSF nace en 1971 sobre la base de la proporcionalidad de corrientes. Es decir que, en Francia, la renovación del socialismo contra Guy Mollet parte de un reagrupamiento de opciones que se oponen a la mayoría de la dirección de la SFIO. Y en el Congreso de Epinay, los días 11, 12 y 13 de junio de 1971, la victoria de la proporcionalidad es el mecanismo concreto que tienen que utilizar los renovadores para desplazar a Guy Mollet. Esta es una experiencia muy distinta de otros partidos históricos y también respecto del proceso de renovación del socialismo español.

Esta singularidad del PSF tiene luego un desarrollo pendular. Se va acentuando la estructuración de tendencias hasta llegar a que cada una de ellas tenga su propia estructura orgánica, con aparato de propaganda y reuniones orgánicas por separado. Pero después del éxito de las elecciones municipales de 1977 y ante la posibilidad de ganar las legislativas de 1978, el pro-

pio Mitterrand impone una marcha atrás en el proceso: «Ya tengo bastante de corrientes y querellas intestinas —dirá—, yo quiero un partido capaz de asumir el poder, responsable y coherente.» Y en el Congreso de Metz obliga al Ceres a deshacer su infraestructura, aunque para ganar el combate contra la alianza Mauroy-Rocard tenga que ofrecer puestos en la dirección a aquella corriente.

Pero lo que, a mi juicio, ha permitido al PSF funcionar incluso en los momentos de mayor estructuración de tendencias, ha sido el efecto compensador de su presidencialismo interno. Esto es, el tener no sólo de hecho, sino estatutariamente un poder en las alturas que aterrizaba para mediar. Un fenómeno que, desde luego, concuerda bastante con el actual presidente de la República francesa.

En todo caso, es difícil sostener que existe una relación entre victoria electoral y existencia de tendencias, o, recíprocamente, que la existencia de tendencias impida la victoria electoral. Desde este punto de vista, cabría preguntarse si sería necesario repetir la experiencia interna del PSF para que se diera más participación individual, más crítica democrática y menos seguidismo —e incluso clientelismo— en las filas del PSOE. Yo tengo al respecto serias dudas. Más aún, estoy convencido de que recapacitar sobre la proporcionalidad y las corrientes de opinión en el socialismo español es algo que ha de hacerse pensando si ello contribuye o no a la agilización y al vuelco hacia el exterior del partido, en nuestra coyuntura política, y en ese sentido la experiencia francesa no tiene mucho que ver con nuestros parámetros.

**Es difícil sostener
que existe una relación
entre victoria electoral
y existencia de tendencias,
o que éstas impidan tal victoria.**

El camino al poder

Pero la interpretación del ejemplo francés por nuestros ortodoxos resulta

menos serio cuando gira en torno a las cuestiones estratégicas. Primero, porque no es correcta la imagen que presentan del modelo pero, sobre todo, porque su adaptación a la situación española es simplemente un ejercicio mágico.

Sobre la experiencia francesa se dice que el PSF ha mantenido su imagen y su programa, y ha esperado el tiempo necesario, sin apresuramientos, para que el electorado aceptara la opción socialista, sin que se abriera a planteamientos burgueses ni a resolver tareas de la burguesía.

Cabría preguntarse qué quiere decir acceder al poder sin apresuramientos. Porque precisamente el caso francés es un modelo de acceso meteórico al poder. ¿Qué partido en Europa ha ganado las elecciones presidenciales en la segunda ocasión en que se presenta? Excepto el caso portugués, llevado al poder por la *revolución de los claveles*, no conozco ningún partido socialista que haya ido tan rápido: tres eventos electorales (presidenciales de 1974, legislativas de 1978 y presidenciales de 1981) pero sólo dos comparables: las presidenciales, dado el carácter constitucional de la V República.

El hecho de que los períodos presidenciales duren siete años ha obligado a los socialistas a esperar más que en otros países para lanzarse a la arena electoral. Pero es difícil afirmar que al partido de François Mitterrand no le hubiera gustado que el período fuera mucho más corto. De hecho, Mitterrand buscó todos los medios posibles para ganar las legislativas del 78, y, desde esa posición, bloquear al presidente Giscard hasta obligarlo a adelantar las presidenciales. Y no hay nada negativo en afirmar que, también por razones personales, François Mitterrand tenía bastante prisa por llevar a los socialistas al poder.

Se dice, además, que ha mantenido el

¿Qué partido en Europa ha ganado las elecciones presidenciales en la segunda ocasión en la que se presenta?

mismo nivel de exigencias en su programa. Bueno, esto sólo puede afirmarse por mera ignorancia o porque no se quiere comparr el programa electoral

del candidato Mitterrand en 1974 (Programa común), y el de 1981 (Programa del socialista Mitterrand).

La victoria de Mitterrand ha planteado, desde luego, una discusión entre los analistas franceses. Porque, dos meses antes de los comicios, se afirmaba en bastantes círculos que Michel Rocard tenía más posibilidades de ganar que el actual presidente de la República. Sin embargo, los análisis posteriores ponen seriamente en duda tal supuesto. En primer lugar, porque Rocard hubiera tenido que ganar, igualmente, usando de los votos comunistas en la segunda vuelta. ¿Hubieran corrido hacia el denostado Rocard como han corrido hacia el respetado Mitterrand? Es difícil asegurarlo. Pero además, por razones más referidas al ánimo existente en la sociedad civil. El primer secretario del PSF, Lionel Jospin, me refería cuarenta y ocho horas después de la victoria en las legislativas, que la campaña presidencial no había utilizado el lenguaje ni las proposiciones modernistas. Y todo apunta a que, ciertamente, la respuesta más clásica, utilizando la acción estatal como antídoto de la crisis, con un cierto tono de radicalismo tradicional, ha conectado bien con la actitud a la defensiva de buena parte de la fuerza de trabajo (en un país donde su 80 por 100 es asalariada). Al menos, ésa es la imagen del estilo gubernamental (Mauroy, Defferre) que ha tenido el socialismo desde la victoria en las presidenciales hasta las legislativas, que tan buen resultado ha dado.

Es, pues, cierto que posiblemente el programa electoral del candidato Rocard hubiera sido distinto. Y es cierto también que difícilmente se puede asegurar que hubiera ganado con más fa-

ilidad que Mitterrand, dada la distribución de fuerzas políticas en Francia. Pero una cosa es eso y otra, muy otra, afirmar que el partido de François Mitterrand no tenía prisa por llegar al poder y no ha moderado su programa desde 1974. Lo que sucede es que, en las circunstancias francesas, no ha podido forzar más la marcha. Pero el salto es, como dije, meteórico: un partido que gana la Presidencia a la segunda ocasión y sólo diez años después de fundarse (no hay que olvidar que el Partido Socialista existía antes de 1971; el grupo de la SFIO obtuvo el 5,1 por 100 de los sufragios en las elecciones de 1969).

Pero cuando esta experiencia trata de trasladarse a España es cuando la discusión pierde incluso el interés.

¿Qué relación puede tener la lucha política en un país cuyo sistema democrático está sobradamente rodado, con España, donde la lucha comporta

Según los ortodoxos de izquierda, el PSF ha seguido un camino correcto al poder porque se ha apoyado en las fuerzas de izquierda y no en la Derecha.

precisamente la consolidación de la democracia? No voy a detenerme en discutir hasta qué punto el escenario es completamente distinto, aunque parece que todavía resulta difícil a nuestros ortodoxos sacar todas las consecuencias de esta diferencia. Simplemente diré que, respecto al objetivo prioritario (la consolidación de la democracia), la cuestión en España se sitúa en estos términos: ¿resuelve mejor esta tarea el gobierno de UCD, o un gobierno con participación socialista? Si la respuesta escoge la segunda opción, y todo el mundo estuvo de acuerdo después del 23 de febrero, entonces habría que criticar al PSOE no por tener prisa en llegar al poder, sino por no haberlo logrado ya. Se ha dicho muchas veces que la feliz idea, que a todos se nos ocurrió en algún momento, de dejar a la derecha en el poder para que se desgastase con la crisis, y luego acceder al Gobierno en las mejores condiciones posibles, simplemente no

funciona. Unión de Centro Democrático no es capaz de resolver la crisis y no tiene capacidad de gobierno para estabilizar la democracia. El peligro está, pues, en no acceder al poder lo más rápidamente posible.

Pero esta incapacidad de la derecha por establecer representaciones políticas con capacidad de gobierno en un contexto democrático no es precisamente nueva. Por eso, como en los años treinta, cae sobre el Partido Socialista la tarea histórica de hacerle el rodaje al sistema democrático, algo que en otros países y, desde luego, en Francia, hizo la burguesía. Con la diferencia, además, de que, en esta ocasión, nadie quiere en España que la década siguiente deje de ser democrática.

Alguien ha dicho que cuando se discute sobre el ejemplo francés hay

quienes olvidan que España no tuvo nunca su Robespierre. Se puede ir más allá y afirmar que, en Francia, los socia-

listas no sólo tienen que hacer el rodaje de las instituciones democráticas, sino que incluso pueden adoptar algunas de las orientaciones que la burguesía nacionalista desarrolló en décadas anteriores, como es el caso de Mitterrand respecto a la política exterior mantenida por De Gaulle. En España pocas cosas se pueden seguir, ni de la burguesía multinacional, ni de la nacional. Al menos, yo no puedo imaginarme qué herencia puede haberle dejado Franco a Felipe González.

Política de alianzas

Según los ortodoxos de izquierda, el PSF ha seguido un camino correcto al poder porque se ha apoyado en las fuerzas de izquierda y no en la derecha, como busca hacer el PSOE. La política de unidad de la izquierda es así la única viable, como demuestra la experiencia municipal en España.

De nuevo la transcripción resulta sospechosa. Las condiciones y las causas que llevan al PSF a firmar en 1974 el Programa Común de la izquierda nada tienen que ver con la situación española. En Francia, a comienzos de los sesenta, era imposible llegar al poder sin contar con los comunistas, entre otras razones porque se daban un conjunto de circunstancias destacables: el hecho de que el sistema sea presidencialista y a dos vueltas; el hecho de que el PCF era entonces, dada la debilidad socialista, perderse en la nada o perderse en una alianza suicida con la derecha.

Ahora bien, no hay que olvidar que la victoria de 1981 tiene lugar después de la ruptura de la unión de la izquierda. Como me comentaba un conocido líder del CERES: «No hay duda de que buena parte del éxito socialista se lo debemos al PCF, y no precisamente por su apoyo unitario.» Se puede afirmar que, desde que el 22 de septiembre de 1978 la dirección del PSF decide no acceder a las peticiones comunistas para rehacer el Programa Común, los socialistas franceses no han hecho otra cosa que progresar en una política autónoma. Ciertamente, no una política cerrada a los acuerdos puntuales con un PC que, de todas formas, tiene el 17 por 100 de los votos, pero es incontestable que François Mitterrand era, en 1981, el candidato socialista y no el candidato de la unión de la izquierda.

De todas formas, tampoco hay que exagerar en cuanto a la importancia que tuvieron las operaciones políticas de la izquierda en cuanto a los resultados electorales. Es un lugar común decir que quien derrotó a Giscard fue más bien la crisis de la derecha. Es cierto que una crisis de la derecha no lleva automáticamente a una victoria de la izquierda, al menos tan sonada, si bien es evidente que el sistema presidencia-

lista empuja precisamente a eso. Pero el atractivo que el candidato Mitterrand ha tenido para muchos viejos *gaullistas* se basaba, entre otras razones, en el hecho de que *no* era el candidato de la unión de la izquierda.

Ahora bien, en modo alguno puede equivocarse esta situación con la existente en España. La correlación de fuerzas a nivel electoral nada tiene que ver con la existente entre PSF y PCF en 1974. Por otra parte, en el ámbito sindical las relaciones entre CGT y CFDT no son de igual a igual como ya son entre CC.OO. y UGT. Esta hegemonía política del PSOE tiene un contexto electoral notablemente distinto: la nuestra es una Constitución parlamentaria. En definitiva, es muy difícil afirmar que, en estas condiciones, François Mitterrand no hubiera hecho una política netamente autónoma.

Pero los factores enumerados dejan de ser abstractos cuando los situamos en el contexto político existente: es decir, en una coyuntura caracterizada por la inestabilidad de la democracia. Es la propia dirección del PCE quien afirma que en España sería una aventura hacer una política de unidad de la izquierda. Y sabiendo que no podrá acceder al Gobierno ofrece una fórmula de apoyo parlamentario. Pues bien, con él cuenta el PSOE. Pero a la hora de preparar una política de gobierno —algo de cuya urgencia no es necesario argumentar de nuevo— la política de alianzas va por otros caminos.

Después de que Calvo-Sotelo rechazara la oferta de coalición que todos apoyamos, no parecen quedarle muchos caminos al PSOE para acceder al poder que no sean las próximas elecciones (a no ser que se presenten nuevas situaciones críticas). Pero

incluso en el mejor de las hipótesis, que el PSOE obtuviera la posición que hoy tiene UCD, los socialistas están obligados por las circunstancias a bus-

Los socialistas están obligados por las circunstancias a buscar alianzas parlamentarias y de gobierno entre la Derecha democrática.

car alianzas parlamentarias y de gobierno entre la derecha democrática. Y la situación se pondrá más difícil si no lo logra.

Son estos los parámetros que dan sentido a la discusión entre los socialistas españoles. Y no lanzarse a la busca de fórmulas mágicas en traducciones acomodaticias de otros proce-

sos históricos. Afortunadamente, la gran mayoría del PSOE discute según esos parámetros. Y es a propósito de esta discusión, es decir, en cómo llevar adelante esa fórmula gubernamental, donde se señalan los límites entre la verdadera izquierda y la derecha del socialismo en la España de 1981.

PSOE Y PSI: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Gianni Baget-Bozzo

XXIX CONGRESO...



Las afinidades profundas que unen a Italia y a España no han llegado a ser nunca verdaderas semejanzas, y menos todavía auténticas influencias. Cuando terminó la unidad dinástica que vinculó bajo los Borbones a España y a la Italia meridional, acabaron también las relaciones culturales entre Italia y España. Para Italia, España se convierte en el pasado del que emerge, el ejemplo que no hay que imitar. Y ello continúa, sea durante el fascismo a causa de la guerra civil española, bien sea después del fascismo en razón de la larga permanencia del régimen franquista en España. Por este motivo, las afinidades, e incluso el patrimonio moral de la participación del antifascismo italiano en la guerra civil española, no han llegado a construir el principio de una urdimbre de relaciones eficaces y queridas entre dos países demasiado próximos en su cultura, y demasiado distintos en su temperamento y en la historia como para poder integrarse de manera espontánea.

Y, sin embargo, cuando los atónitos telespectadores italianos contemplaron a la hora de la cena a Tejero y sus hombres disparando al aire, y a los di-

El catalizador de la crisis española es el mismo de la crisis italiana: el terrorismo y el fracaso de las instituciones democráticas para contenerlo y superarlo.

putados desapareciendo bajo los escaños, comprendieron de golpe cuán ligados estaban los destinos de ambas penínsulas. La crisis de la democracia italiana del veintidós había sido la premisa de la crisis de la democracia española del treinta y seis; el fascismo italiano, la condición del franquismo español; y, hoy, una crisis de la democracia española hubiera sido la premisa de la crisis de la democracia italiana. El catalizador de la crisis española del 81 es el mismo de la crisis italiana contemporánea: es decir, el terrorismo y el fracaso de las instituciones democráticas tanto para contenerlo como para superarlo.

Tanto en Italia como en España, los partidos socialistas ocupan la escena del futuro. Ninguno de los dos se halla en fase de crecimiento, sino que se encuentran ante el poder de un partido de tipo moderado. Existen profundas diferencias entre UCD y DC. El partido de Suárez, si es que todavía puede definirse así, no tiene las raíces profundas que posee en la historia y la sociedad italianas la DC. Como partido, la UCD es poco más que una conexión provisional de fragmentos. Es curioso que dos de los fragmentos más relevantes, el democristiano y el socialdemócrata, traten de buscar una autonomía. Y que el segundo dé la impresión de ver un posible destino diferente en una confluencia, al menos electoral, con el PSOE. La fuerza que está detrás de la UCD es el *stablishment* del antiguo Estado franquista, que ha aceptado pagar el precio de un rostro democrático para obtener la legitimidad dinástica y la legitimación internacional, pero que no está dispuesto a disolverse en ese rostro.

La comparación con España también

es sugestiva respecto de los asuntos italianos, porque pone de relieve las condiciones no democráticas implícitas en la gestión democristiana en Ita-

lia. También aquí nos encontramos con un problema español, ya que las condiciones *democráticas* del gobierno democristiano vienen dadas a partir de la relación especial existente entre la DC y los Estados Unidos, y que se expresa en la adhesión de Italia a la OTAN. La adhesión a la OTAN ha llevado al país a una situación singular: no todos los vínculos y las servidumbres que se derivan de la Alianza son conocidas públicamente. Existe una zona indefinible de *soberanía limitada*, merced a la cual se ha legitimado en varias ocasiones cierta *estrategia de la tensión*, que es una manera cauta, italiana, de indicar la preparación de un golpe de Estado, a ser posible incruento. Y a esta zona, en lenguaje leninista y maoísta, suelen referirse los comunicados y las declaraciones del terrorismo de izquierdas. En el poder democristiano en Italia opera algo más que la DC: del mismo modo que existe algo más que la UCD en el partido que gobierna actualmente en España. La razón por la cual los italianos han sentido que la aparente fábula televisiva del *tejerazo* —que sus aparatos grababan y transmitían— les afectaba también a ellos (*de te fábula narratur*), era que veían aflorar en su conciencia la condición de soberanía limitada en la que viven. El argumento que circula en España, según el cual la adhesión a la OTAN constituye una garantía contra el golpe, en Italia no puede obtener más que un muy escaso crédito. Aún en este aspecto los diversos destinos vienen a encontrarse.

Son muchos los italianos (y no me refiero en particular al PCI, en el cual anida el temor de que dudar de la OTAN convierta al comunista en sospechoso de secreta adhesión al Pacto

de Varsovia) que empiezan a dudar de que la OTAN les haga más libres y más seguros, como reza la divisa de la Alianza. Y creo que ésta es una verdad extensiva a lo españoles.

El adversario moderado del PSOE es menos diferente del oponente del PSI de lo que parece.

Por el contrario, el rival comunista italiano del PSI es mucho más poderoso que el rival comunista español del PSOE. El PCI debe su implantación en las masas, única en Occidente, al modo como se produjo en Italia la crisis del fascismo. El fascismo había politizado zonas en la sociedad italiana que los partidos prefascistas no habían tocado jamás: el Mezzogiorno, las mujeres. Además, en los últimos años había desarrollado una formación política extemadamente crítica sobre la burguesía en tanto que categoría espiritual, y había cultivado propagandísticamente el mito del *hombre nuevo*.

Cuando la derrota militar arrolla a Mussolini, todo el edificio del Estado, construido en los decenios de la unidad italiana, entró en crisis: el Ejército no pudo oponer una resistencia frontal al Reich alemán; la Monarquía huyó detrás de las líneas angloamericanas. En un país abandonado a su suerte, los partidos políticos ofrecieron la única imagen de existencia política posible. En los años del fascismo, los comunistas habían sido marginados; pero ahora, el modelo de cuadro acuñado por ellos vino a revelarse como el más adecuado para crear una estructura política, tanto en el centro como en la base, lo mismo frente a los americanos que en la lucha contra los alemanes. El PCI ha constituido un elemento esencial en el paso del fascismo a la democracia, gracias precisamente a su estructura leninista y tercerointernacionalista por el tipo de hábito mental, por los cuadros y por la actitud que la III Internacional suscitaba. Y,

Son muchos los italianos que dudan de que la OTAN les haga más libres y más seguros. Y creo que ésta es una verdad extensiva a los españoles.

dentro de esto, otro elemento esencial fue la dirección de Togliatti, eficaz, justamente, en la medida en que venía bendecida desde el corazón mismo del poder soviético, puesto que gozaba de la confianza de Stalin. Por tanto, un partido tal se hallaba en condiciones de heredar el tipo de politización de las nuevas masas que el fascismo había creado. Fue así como el PCI se instaló —con una fuerza política considerable— en zonas (Toscana, Emilia, Umbría) donde la fuerza del Partido Socialista antes de la guerra, e incluso en la inmediata postguerra, no había alcanzado tales cotas. Gracias a una dirección política centralizada, el PCI pudo constituir una especie de estructura política primaria, que englobaba o daba forma —en algunas

partes de Italia— a todo el tejido social, político y cultural. Y aunque el proceso de secularización de la sociedad italiana ha reducido fuertemente la

concentración de los individuos y de los grupos sobre los temas sociales y políticos, esta figura del PCI, sin embargo, se ha mantenido viva, tanto en la conciencia de sus militantes y electores como en el propio temperamento político del Partido. Así, se ha sentido no tanto como una fuerza de oposición cuanto como una fuerza constitucional, garante del Estado y, por tanto, legitimada para actuar como forma de Gobierno. Siempre alimentó la pretensión de ser reconocido como fuerza de Gobierno por parte de las instituciones políticas, económicas y sociales, en particular por la Iglesia, por el papel que ésta desempeña en Italia.

Todo esto ha acabado por configurar la imagen de un partido comunista único, bastante distinto de los partidos comunistas occidentales; tal vez, paradójicamente, a medio camino entre éstos y los partidos del Este. Al igual que un partido del Este, el PCI se siente incorporado en las instituciones, insepa-

rable de éstas. Las diferencias más importantes entre el PSI y el PSOE proceden, precisamente, del tipo diferente de partido comunista que cada uno tiene al lado.

En muchos aspectos, el PCE puede ser considerado *copiado* del modelo del PCI. No es en absoluto casual el hecho de que el PCI y el PCE hayan aceptado el término *eurocomunismo* (a pesar de que este término no signifique nada y no haya recibido ninguna elaboración teórica) y se autodefinan *a priori* como *tercera vía* entre la socialdemocracia del Oeste y los *socialismos reales* del Este.

El intento de definición de *eurocomunismo* se ha agotado prácticamente. Puede decirse que eurocomunista es aquél partido que acepta el método democrático y, por consiguiente, se somete al juicio del cuerpo electoral, abandona el gobierno si resulta derrotado, respeta las libertades democráticas en el ejercicio del poder, no exige la adhesión a una visión del mundo como condición para la afiliación a un partido y, por tanto, tolera una pluralidad cultural dentro del partido mismo.

El problema que plantean los soviéticos a los eurocomunistas es, en definitiva, el de en qué sentido un partido eurocomunista puede llamarse todavía comunista, si se acepta el término comunista como ligado, al menos históricamente, a la Revolución de Octubre. Y, en todo caso, no es otro el problema que se había planteado en el debate entre socialistas y comunistas en Italia: en suma, si el leninismo ha dejado de ser el fundamento teórico de la definición de un partido comunista, se viene abajo la base de la distinción de principio entre socialistas y comunistas.

En realidad, el PCI jamás ha logrado liberarse de este problema: a partir del momento en que el leninismo ya no es un principio, sino solamente una expe-

riencia histórica, ¿cómo puede existir una diferenciación de principio entre un partido socialista occidental y un partido comunista?

La diferencia, sin embargo, existe; y el Congreso del PCE ha venido a ponerla en evidencia. Un partido comunista puede tolerar diferencias culturales en su interior, pero a condición de que no se conviertan en diferencias políticas.

Resulta una sabrosa historia paralela el hecho de que, mientras el problema se les plantea al PCI y al PCE, y el avance se expresa en ambos a través de la realización de las corrientes, este asunto se discuta también en el seno de los partidos moderados que detentan el poder en Italia y en España. Los argumentos de R. Sahagún contra la Plataforma democristiana están en perfecta correspondencia con los de Carrillo contra los renovadores. En Italia, los jefes de fila de las corrientes democristianas practican el más riguroso *corrientismo* y declaran que precisamente esto es lo que mata a su partido. En realidad, el problema de las corrientes en un partido de izquierda y en un partido moderado, conservador, constituye un problema profundamente distinto. En un partido de izquierda, las corrientes representan culturas distintas; en un partido moderado, que no tiene problemas de mutación, sino de conservación del sistema, las corrientes expresan solamente grupos de poder. El caso de la DC italiana es altamente significativo a este respecto.

Por tanto, el problema de las corrientes es muy distinto en un partido que se proponga la transformación de la sociedad, como es el caso de un partido comunista, que en un partido moderado. El partido de izquierda debe expresar

de alguna manera en sí mismo los principios mediante los cuales quiere reformar la sociedad. Y es entonces cuando surge el problema: en qué medi-

Si el leninismo ha dejado de ser el fundamento teórico de un partido comunista, se viene abajo la base de la distinción de principio entre socialistas y comunistas.

da la superación de la idea leninista de la sociedad es compatible con la conservación de la figura y de la estructura leninistas del partido.

El problema del PSOE es obtener la mayoría dentro del presente equilibrio político-constitucional; el del PSI consiste en modificar ése equilibrio.

Es éste un problema latente en el PCI; pero, de hecho, implantable. En el último Congreso del Partido, el único argumento invocado por Berlinguer en pro del centralismo democrático fue el siguiente: nadie ha pedido su sustitución. Pero justamente esto era lo que el aparato se había empeñado en evitar. Un intelectual comunista, Salvatore Sechi, que hacía tiempo que planteaba abiertamente este problema, ha tropezado con dificultades para renovar el carnet del Partido. En cambio, posturas culturales distintas e incluso en sustancia hostiles, pueden esperar dentro del Partido siempre y cuando no cuestionen el hecho del centralismo democrático. La posición actual del PCI le impide suministrar argumentos a quien quisiera defender el centralismo democrático como cuestión de principios.

El ejemplo polaco plantea ahora un serio problema al PCI: ¿es posible que un partido del comunismo real —en el terreno de la democracia y la libertad en la vida del partido— sea superior a un partido eurocomunista, es más, al *partido-guía* del eurocomunismo? Este problema fue planteado en el Congreso del PCE. A pesar de la victoria, en términos numéricos, resulta insostenible la voluntad de Carrillo de mantener la estructura del centralismo democrático y el principio leninista de la sujeción de la minoría a la mayoría. Tal presentación amenaza con provocar la fractura de hecho del PCE y permitir un flujo de votos comunistas hacia las listas socialistas. Y, sin embargo, se comprenden las razones de Carrillo, al igual que las de Berlinguer; una vez que cae por tierra la última diferencia leninista entre partidos comunistas y socialistas, entonces la autonomía ide-

al y la existencia política de los partidos comunistas está en el aire.

En España, para un observador exterior, este problema parece estar madu-

ro. En Italia, en cambio, se complica por las dimensiones y por el papel histórico, social y político del PCI. No parece imaginable el hecho de una absorción o de un colapso del PCI en beneficio del PSI en condiciones políticamente determinantes. Pero ello plantea, sin embargo, el problema del cambio interno del PCI en términos más graves y decisivos para la democracia italiana de cuanto pudiera suceder con el PCE en relación con la democracia española.

Las relaciones entre el PCE y el PSOE están más cerca de las que la victoria de Mitterrand ha establecido entre el PSF y el PCF en Francia, que las que existen en Italia entre el PCI y el PSI. En Italia el PSI no está en condiciones de practicar una alianza de izquierda, o de patrocinar mecanismos electorales que la favorezcan, porque cualquier situación de polarización a la izquierda que pudiera emprender el PSI colocaría a éste, habida cuenta de la correlación de fuerzas, a merced del PCI. Esto constriñe al PSI a un difícil juego táctico y, por ende, a apuntar hacia la construcción de una alianza entre el PSI y las fuerzas políticas laicas moderadas capaz de constituirse en alternativa a la DC, y de debilitar al PCI. De ahí la realidad actual italiana expresada por gobiernos de coalición conflictivos entre la DC, el PSI y los partidos laicos: gobiernos que nunca tienen una vida larga.

En tanto que el problema fundamental del PSOE es el de obtener la mayoría dentro del presente equilibrio político-constitucional, el del PSI es mucho más complejo; consiste en modificar el equilibrio político constitucional para permitir a la mayoría social expresarse como mayoría política.

El lenguaje que Mitterrand ha empleado en Francia conviene perfectamente al caso italiano.

De este modo, en las diferencias entre las estrategias y las tácticas del PSI y del PSOE aparecen las diferencias fundamentales entre el equilibrio político y constitucional de Italia, por un lado, y de España por otro.

El problema político y constitucional italiano nace del agotamiento del modelo de equilibrio político y constitucional surgido de la crisis fascista. Dicho equilibrio se orientaba a garantizar sobre todo la autonomía, la pluralidad y la competencia de los partidos.

Como el golpe fascista se había consolidado mediante la creación de un sistema electoral mayoritario, el sistema electoral adoptado se inspiró en el más riguroso criterio proporcional. El intento de la DC y de los partidos de centro, en 1953, de variar el sistema electoral en el sentido mayoritario, previendo un premio de mayoría para el partido o los varios partidos de *alcance* nacional que hubieran superado el 50 por 100 de los votos emitidos, se saldó con una derrota. Los partidos favorables al nuevo sistema no lograron el 50 por 100 y fueron acusados de haber violado las leyes morales igualitarias de la democracia italiana en lo referente a los partidos.

Además, dado que el sistema fascista había supuesto la transformación del Parlamento en cámara de corroboración de las decisiones del Gobierno, tanto la Constitución como los reglamentos y la práctica parlamentarios han subrayado fuertemente la autonomía de las Cámaras.

De ahí viene, en concreto, la transferencia a las sedes institucionales de los partidos —y, por tanto, fuera de los organismos constitucionales— del ligar de la efectiva decisión política.

Ello ha producido un sustancial de-

caimiento del papel autónomo del Parlamento. Pero, como en realidad el reglamento de las dos Cámaras tutela fuertemente los derechos de las minorías, el Gobierno se ha visto obligado a tener en cuenta —al determinar sus iniciativas— el grado de aceptabilidad o el nivel de resistencia que aquéllas podrían encontrar en los partidos de la oposición. Esto ha conducido a la crisis de la institución de la mayoría parlamentaria. Para poder funcionar, el Gobierno necesita cierto nivel de asentimiento de la oposición, y de manera particular, habida cuenta de su número, de la oposición del PCI; por consiguiente, ha llegado a convertirse en la condición para recorrido parlamentario de una ley. Por lo demás, puesto que la tutela de los de-

rechos de cada diputado es muy alta, resulta basta fácil en el recurso a la obstrucción parlamentaria. Más tarde, un partido que siempre ha formado parte

de la mayoría del Gobierno de la República, la DC, ha prestado una singular contribución a la crisis de la mayoría parlamentaria en tanto que institución política efectiva. De hecho, el reglamento prevé el voto secreto sobre las disposiciones de gobierno siempre que lo solicite un número determinado de diputados. Ultimamente, los democristianos suelen unir sus votos, cuando se trata de votación secreta, si ello supone debilitar a un gobierno o a un ministro en concreto, o bien dificultar, si no hacer imposible, la aprobación de una determinada decisión de gobierno.

En su reciente Congreso, el PSI ha propuesto lo que el secretario general Craxi ha llamado la *gran reforma*, y que aborda aspectos institucionales y aspectos de práctica política y parlamentaria. De hecho, una dirección política socialista es incompatible con la presente organización de la vida parlamentaria. Si se mantiene la insti-

**El problema político
y consitucional italiano
nace del agotamiento
del modelo de equilibrio
de la crisis fascista.**

tución del voto secreto, un gobierno socialista que dependiera de los votos democristianos se desgastaría por el sistema de la ruptura de la disciplina de voto en el secreto de las urnas. Los democristianos, que con este sistema han hecho caer gobiernos dirigidos por uno de los suyos, no dudarían en hacerlo en el caso de que la dirección del gobierno estuviese en manos socialistas.

Mientras que en Francia las instituciones de la V República han ofrecido su marco espontáneamente a una política de dirección fuerte de la cosa pública, en Italia la dificultad mayor con que tropieza la iniciativa del PSI no es la que oponen los democristianos o los comunistas, sino la que presentan las instituciones. El PSI no puede llegar a ser verdaderamente una alternativa y, de este modo, permitir a toda la izquierda (incluido el PCI) el convertirse en una fuerza concreta de gobierno, sin afrontar transformaciones significativas en el actual marco institucional. Por eso, no es una casualidad que en el seno del PSI hayan madurado posturas y surgido propuestas sobre una reforma constitucional, incluso en un sentido presidencialista. Si se votase hoy en Italia con el mismo sistema constitucional y electoral francés, es bastante probable que se obtendría el resultado de un presidente socialista de la República y una fuerte afirmación del PSI a expensas del PCI. Precisamente por esto, las resistencias a la reforma del sistema constitucional y de la propia ley electoral son tan fuertes en el PCI, a pesar de que el secretario general de ese partido, Enrico Berlinguer, describa con caracteres dramáticos la situación política italiana, hasta el punto de decir que el elector «vota bajo coacción».

Ciertamente, el PSOE, que hace sólo tres años ha votado una Constitución, no se halla frente a los problemas de una Constitución desgastada y avejen-

tada por lo que se ha dado en definir el «sistema de poder democristiano».

Sin embargo, existe un problema que no se da en Italia y que, en cambio, ha revestido un aspecto preponderante en España: el problema de las autonomías nacionales y regionales.

Es este el aspecto más nuevo de la igualmente nueva situación política española; un impulso singularmente vigoroso de los diferentes pueblos de España. España ha tenido una estructura unitaria e imperial que, en los tiempos modernos, Italia no ha tenido. La unidad italiana es reciente; incluso las autonomías regionales han sido obra de los partidos, no fruto del impulso de los pueblos, salvo en casos límites y acompañadas de complicaciones étnicas o lingüísticas (Alto Adigio, Valle de Aosta...), y geográficas (las insularidades siciliana y sarda). Jamás ha habido en Italia, país dividido en multitud de Estados hasta 1860, algo similar a los *nacionalismos* y regionalismos españoles. Cabe preguntarse si no se esconderá en esto algún tipo de reacción al mito de la hispanidad, en la forma que éste adoptó bajo el franquismo. Por lo demás, el fenómeno de la crisis de identidad nacional, más o menos viva en toda Europa occidental, en Italia asume la forma de indiferencia hacia todas las manifestaciones de identificación histórica, incluida la regional. La escasa participación de los electores en las votaciones, incluso en Cataluña y el País Vasco, inclina a pensar que algo parecido pueda darse en el resto de España. Con todo, el fenómeno de los partidos nacionales y, sobre todo, la conexión del terrorismo con el problema de la nacionalidad vasca otorga en España a este problema un significado particularmente destacado y, en el caso vasco,

dramático. Después del 23-F, el PSOE ha tenido que volver a plantearse en términos distintos el problema del marco nacional dentro del cual acoplar los fe-

Es éste el aspecto más nuevo de la igualmente nueva situación política española; un impulso singularmente vigoroso de los diferentes pueblos de España.

nómenos de las autonomías, bien el del artículo 151 (la vasca, la catalana, la gallega y con toda probabilidad la andaluza), o bien las autonomías insti-

**El PSOE, en su conjunto,
tiene el camino más despejado
que el PSI para la conquista
democrática
del poder.**

tuidas de acuerdo con el artículo 143. Todavía no está resuelto el problema de las relaciones con los antiguos órganos de la descentralización, las Diputaciones. Para encontrarle una solución, el PSOE ha tenido que aceptar una colaboración con un gobierno de UCD dirigido por Calvo-Sotelo, con un perfil político más bajo que el que ofrecía el que dirigía Adolfo Suárez.

Así pues, también el PSOE tropieza con un problema constitucional; un problema constitucional que, de suyo, requiere la colaboración con los partidos moderados: sea con el partido del gobierno a nivel central, pero implicando a los partidos nacionalistas (vascos y catalanes), sea en el ámbito del Congreso, o bien sea en el de las instituciones de las nacionalidades, o sea, en fin, con los partidos nacionales en el plano local que mantienen vivo un sentido de la autonomía. La cuestión *nacionalista* y regionalista opera en el seno del PSOE, como también en el del PCE. Esto se ha podido comprobar en el nacimiento del Partido Socialista Andaluz, en la fuerte autonomía del PSUC con respecto al PCE, etc.

Después del 23-F, el PSOE propuso la coalición en el Gobierno a la UCD, una posición que, por motivos incluso corporativos, el PCE había matenido siempre. El gobierno de Calvo-Sotelo se prestaba mejor que el de Suárez a tal objetivo, por carecer de una impronta partidaria acusada y porque indicaba incluso la formalización de las tensiones internas en la UCD. Justamente por eso, Calvo-Sotelo, consciente de su debilidad política, rechazó la oferta. Lo que ha quedado ha sido una *concertación* muy limitada, conversaciones entre los cuatro partidos nacionales, concluidas con un acuerdo de

programa legislativo que tan sólo la UCD y el PSOE han suscrito. Sin embargo, la nueva normativa sobre las comunidades autónomas ha sido criticada

por los partidos nacionalistas y regionalistas, porque la interpretan como una limitación del desarrollo concreto de las autonomías, al otorgar poderes demasiado amplios a las Diputaciones. También el PSOE se encuentra frente a problemas que no se limitan simplemente a la formación de una mayoría política, sino que tienen un perfil constitucional. Sin embargo, el PSOE, en su conjunto, tiene el camino más despejado que el PSI para la conquista democrática del poder. Pese a las apariencias, pese al *tejerismo*, al terrorismo de ETA y a las presiones para el ingreso de España en la OTAN, el problema español ofrece un nivel de solucionabilidad racional, mientras que el italiano parece un auténtico rompecabezas. Lo cual permite tan sólo adivinar un movimiento únicamente cuando se ha culminado el precedente.

El PSI y el PSOE son partidos diferentes, sobre todo en razón de la diversidad de las situaciones italiana y española. Considerados en sí mismos, ambos partidos revelan semejanzas bastante profundas.

En el uno y en el otro se ha llegado a la maduración de las respectivas ideologías. En el PSI, el proceso de maduración se ha concluido, sobre todo, con la superación de la concepción comunista, del leninismo y del stalinismo. Durante la Resistencia y hasta 1956, el PSI identificó de hecho la causa del socialismo con la de la URSS. Cuando esta idea entró en crisis, no fue sustituida por ninguna otra. Si en el PSI hubo un debate político ulterior al que cupiera otorgar el carácter de ideológico, ése fue el de la superación de la tradición neutralista del partido y la aceptación del Pacto Atlántico. El PSI se había definido políticamente

siempre, incluyendo su definición ideológica en su definición política. En el PSI no es concebible un debate como el que contrapuso el *sector crítico* a Felipe González sobre la cuestión del marxismo. Ahora bien, el tipo de resistencia que había practicado el PSOE bajo el franquismo, una resistencia que adolecía de salidas operativas, tenía que desembocar en la atribución de un peso desproporcionado a las cuestiones ideológicas.

Tanto el PSI como el PSOE se definen políticamente, pero no en el plano ideológico. Los dos han recibido, ciertamente, el influjo del SPD alemán más que el del PS francés; incluso por razones vinculadas a su posición política respectiva: bien el PSOE o bien el PSI debían colaborar con el partido moderado español o italiano. El SPD también había llegado al poder gracias a la gran coalición con los partidos democristianos alemanes.

El carácter político y no ideológico de las definiciones confiere a los dos partidos una gran adaptabilidad a las exigencias políticas y a las demandas de la opinión pública, y nutre su carácter democrático. Las diferencias internas no revisten un carácter ideológico, y por eso mismo no son rígidos. Y, no obstante, ello no priva de un fuerte sentido de la identidad del partido. Por este motivo, los dos partidos están en condiciones de expresar un *leadership*, que nadie objeta; lo que indica el carácter profundamente unitario y, por ende, la capacidad de identificación política de los militantes con su partido. Hoy, ambos partidos se ven impelidos por una favorable expectativa electoral y tienen ante sí un partido moderado disgregado e incapaz de proporcionar una guía al país.

Traducción: J. A. MATE SANZ

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina. Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados. Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

*Fundación
Pablo
Iglesias*

TRADICION Y MITOS EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL

F. Páez-Camino Arias

XXIX CONGRESO...



Acercarse, con simpatía aunque sin renunciar al sentido crítico, a la historia del pensamiento socialista español suele constituir una experiencia que, por supuesto, no está exenta de interés ni de ciertos estímulos intelectuales, pero cuyo balance final es irremisiblemente insatisfactorio.

Las peculiaridades del socialismo hispánico

Es ya casi un lugar común, fuera de los ambientes que gustan de cultivar el mito más allá de la razón, hacer referencia a la *pobreza teórica* y, como complemento de ella, al *doctrinarismo* de nuestro primer socialismo. El pensamiento marxista fue recibido en España a través de una cadena de simplificaciones y empobrecimientos cre-

cientes cuyos eslabones estuvieron constituidos por las *vulgarizaciones* que Engels hiciera de los planteamientos marxistas (esencialmente en el *Anti-Dühring*), por la esquematización que Jules Guesde hizo a su vez a la versión engelsiana del marxismo y, finalmente, por la peculiar asunción que casi todos los primeros socialistas españoles

(Pablo Iglesias a la cabeza) hicieron de las tesis guesdistas. Al final, lo que nos llegó aquí, bajo la taumatúrgica etiqueta de socialismo científico se acercaba más bien al recetario autosuficiente o al catecismo bienintencionado.

Cabe preguntarse si pudo ser de otra manera: si el grado de madurez social, ciertamente escaso, de la clase obrera española hacía posible otra cosa; si la incompleta y atormentada andadura de nuestra *revolución burguesa*, recién atravesadas las incertidumbres del sexenio democrático, podía acaso permitir un ascenso de las clases populares que se expresara a través de un pensamiento socialista original y lúcido. Probablemente no. Probablemente la pobreza teórica de nuestro socialismo es una consecuencia, o una manifestación, de la debilidad histórica de nuestra clase obrera, fruto a su vez de la fragilidad de nuestra revolución industrial.

Algunas consideraciones podrían, sin embargo, cuestionar, al menos en parte, la ineluctabilidad de tal servidumbre. Por una parte, el retraso socio-económico de España explicaría la inexistencia en ella de pensadores parangonables a un K. Kautsky, una R. Luxemburg, un O. Bauer o un J. Jaurès; pero ya no estaría tan claro el por qué no han prosperado por estos lares los Plejanov o los Lenin, los Labriola o los Gramsci, cuando nuestra realidad no ha sido a finales de siglo pasado y primeros decenios de éste tan distante de la de Rusia o Italia. Por otro lado, y sin que esto signifique compartir ningún tipo de visión épica de nuestra lucha de clases, no deja de ser sorprendente comparar la muy notable combatividad —y podríamos decir incluso intuición política— de que han hecho gala las clases populares españolas con el mediocre panorama intelectual que han ofrecido sus líderes.

**Lo que nos llegó aquí
bajo la etiqueta de socialismo
científico se acercaba al recetario
autosuficiente o al catecismo
bienintencionado.**

El caso es que un repaso atento de las empresas intelectuales de nuestro socialismo puede descubrirnos, aquí y allá, iniciativas que han apuntado hacia

la superación de esas limitaciones doctrinarias aunque, a la postre, éstas han terminado imponiéndose y dando el tono que el socialismo español ha conservado durante todo el primer tercio de nuestro siglo. Sería probablemente vano buscar destellos de originalidad o de cierta consistencia teórica en el socialismo *utópico* español, entre los focos de seguidores de Fourier en Cádiz o de Cabet en Barcelona; más interés tendrían, en cambio, los elementos de análisis histórico del problema social contenidos en las tesis de Pi y Margall. Pero el venero de un pensamiento socialista más crítico y más en contacto con los textos marxistas originales arranca fundamentalmente de Jaime Vera.

Mientras lo esencial del primer núcleo socialista español se alimentaba, en buena parte a través de la estancia de José Mesa en París desde 1874, de los esquematismos guesdistas, así como de la actividad *vulgarizadora* de Paul Lafargue (sin hacerse gran eco, por cierto, de los conatos de originalidad que éste mostró en alguno de sus trabajos), Jaime Vera daba con su *Informe a la Comisión de Reformas Sociales* una muestra de flexibilidad doctrinal y capacidad de juicio que podría haber constituido, en suma, el inicio de otro estilo de pensamiento socialista. Decir que el *Informe* es el *documento teórico más importante del marxismo español del XIX* no es decir mucho, habida cuenta del panorama que ofrecen los escritos socialistas coetáneos, y habría que recurrir probablemente a escritos posteriores del propio Vera para volver a alzar un poco el vuelo del pensamiento de resonancia marxista en España¹. Ya en el Informe de Vera aparecen, más o menos explícitos,

temas que serían decisivos a la hora de analizar las carencias del socialismo hispánico: la función social y el papel ideológico de los intelectuales; una tentativa de captación de la especificidad de la revolución burguesa española, con las implicaciones que esto conlleva en el tema de la alianza con los republicanos, presuntos representantes de las clases medias; y, en suma, un conjunto de reflexiones donde late, junto a los ecos del pensamiento de Marx y de Jaurès, la lúcida voluntad de pensar por sí mismo la propia realidad española.

Seguir el rastro de esta orientación creativa nos conduciría al quehacer de Antonio García Quejido y su revista *La Nueva Era*, entre 1901 y 1902, o a la *Escuela Nueva*, que desde 1910 impulsó

Manuel Núñez de Arenas con la colaboración del propio Vera, ya en su enfermedad y voluntariosa madurez. Pero sería vano desprender de esos ensayos y ex-

periencias parciales el carácter general del movimiento socialista, de tal forma que cuando se habla de «la dimensión alicorta y provinciana en que se mueve la teoría socialista en la España del primer tercio de siglo»² no resulta fácil encontrar elementos para contradecir tan dura afirmación.

Naturalmente, el tema de la penuria intelectual no se agota en el puro campo de la teoría, sino que tiene vivas implicaciones en el terreno de la actividad política. Cuatro rasgos negativos (entrelazados, a veces íntimamente con otros muchos positivos) nos pueden servir para caracterizar la práctica del socialismo español, al menos hasta la proclamación de la Segunda República.

Para empezar está lo que podríamos llamar la *tentación del corporativismo*, situación que no es privativa del PSOE y que se produce también en otras formaciones socialistas europeas con anterioridad a la primera guerra mun-

dial, muy particularmente —y salvadas todas las distancias— en el SPD. El del socialismo español sería, naturalmente, un corporativismo *a lo pobre* pero donde se daría igualmente esa tendencia a formar una contra-sociedad de «obreros conscientes de su clase» que defiende celosamente sus conquistas, destila su propia moral (a menudo, como no podía ser menos, claramente inspirada en la moral burguesa dominante) y cultiva con emocionada fe sus ritos y sus mitos.

A ello se une el tema de la *difícil relación con los republicanos*, consecuencia, por un lado, del espíritu de secta que manifiesta con frecuencia la organización socialista, y fruto, asimismo, del propio esquematismo ideológico que convierte la lucha de clases en el

El tema de la penuria intelectual no se agota en el campo de la teoría, sino que tiene implicaciones en el terreno de la actividad política.

enfrentamiento del proletariado y la burguesía, del bien contra el mal, en definitiva. Aquí se entremezclan dos problemas: el de la insensibilidad ante

el fenómeno de las clases medias (cuya existencia se ignora o se admite para afirmar seguidamente que éstas habrán de polarizarse en torno a uno u otro de los dos bandos sociales en lucha) y el mecanicismo que considera que toda formación política es la traducción literal de unos intereses sociales³. Esta falta de una política coherente de alianza con el republicanismo —que ya fue criticada por Vera y constituyó, junto con la forma de llevar *El Socialista*, la razón fundamental de su distanciamiento del Partido en la segunda mitad de los años ochenta— resulta particularmente grave si se tiene en cuenta que republicanos y socialistas operaban sobre bases sociales bastante semejantes, sobre todo en los medios urbanos.

Cabe pensar que, si una política de mayor confianza histórica en sus propias fuerzas por parte del socialismo hubiera dado lugar a un acercamiento

sólido a las corrientes republicanas, se habría acelerado la construcción de un bloque social alternativo al bloque dominante que monopolizaba el Estado monárquico de la Restauración. Por otra parte, habría tenido lugar una fecundación mutua de ideas entre el republicanismo y el socialismo, posibilidad nada desdeñable si se tiene en cuenta el caudal intelectual y moral que el republicanismo representó hasta los años treinta de nuestro siglo (caudal que, por cierto, el PSOE de nuestros días parece haber hecho suyo en buena parte).

Otro rasgo sería el de la continúa tensión entre el *reformismo que es práctica y el maximalismo que se propugna*. Cuando se analizan las corrientes ideológicas que se desarrollan en las formaciones socialistas en la época de la Segunda Internacional, cuesta mucho trabajo encasillar al PSOE entre los *reformistas* o los *revolucionarios*, del mismo modo que resulta difícil detectar en él corrientes claras de uno u otro signo; y, en definitiva, se pueden encontrar coexistiendo elementos de autodefinición ideológica que van desde el más radical de los maximalismos hasta el más conservador empirismo. Paul Preston lo ha resumido de forma un tanto abrupta pero no exenta de verdad esencial: «el pablismo fue una mezcla de ideología revolucionaria y de táctica reformista»⁴. Y es que, sin duda, cuando el pensamiento no acierta a ser un instrumento de análisis aplicado a una realidad concreta y cambiante, la revolución queda relegada a la esfera de lo verbal y su invocación sirve de coartada o de exorcismo. ¿Pueden considerarse, por cierto, como revolucionarias las sacudidas casi defensivas de 1917 ó 1934? Las condiciones de su realización y los resultados a que dieron lugar no parecen refrendarlo, aunque la respuesta a los porqués de tales acontecimientos requeri-

ría, sin duda, un comentario detenido que hablaría de las torpezas, pero también de las lealtades, de nuestro socialismo.

Finalmente cabe mencionar la *raigambre burocrática* que es, en el fondo, una consecuencia inevitable de todo lo anteriormente dicho. Hasta qué punto el sindicalismo ugetista es responsable, por sus carencias, de la proliferación del anarco-sindicalismo, o hasta qué punto uno y otro son, una vez más, consecuencias de nuestro proceso de desarrollo histórico es un tema difícil de zanjar. Lo que parece cierto es que la burocracia socialista, y muy particularmente la burocracia del sindicalismo socialista, no ha sido ajena a las limitaciones, intransigencias y alguna que otra malandanza del socialismo español.

El peso de la tradición: el papel de los mitos

El PSOE tiene a gala enorgullecerse de su historia centenaria. Y ello puede ser incluso un estímulo positivo si al orgullo acompañan el conocimiento y la crítica; es decir, si la tradición que se invoca permite que el análisis histórico se imponga sobre el narcisismo simplificador y, claro está, si esa tradición no constituye un obstáculo, sino un acicate, para la renovación. Hasta qué punto una cierta forma de entender la *tradición*; la *fidelidad a los principios*, etc., significa un desafío a la honestidad intelectual y una espada de Damocles permanentemente pendida sobre la imaginación renovadora no es algo que estemos en condiciones de valorar globalmente aquí, pero sí quisiéramos trazar unos rasgos al respecto.

Para empezar convendría poner en duda la licitud de que una formación política, cualquiera que sea, se convierta en depositaria exclusi-

La burocracia del sindicalismo socialista no ha sido ajena a las limitaciones, intransigencias del socialismo español.

va del patrimonio de su propia historia. La andadura histórica del PSOE no es sólo la de todos aquellos cuantos militaron en algún tiempo en él, sino la

La ausencia de un pensamiento de raíz marxista, en Fernando de los Ríos, no supuso la renuncia a una lucha social y política tesonera.

del conjunto de nuestro pueblo, la de todos aquellos cuyo destino colectivo tuvo algo que ver con los avatares del socialismo español. En ese sentido los socialistas de hoy tienen algo mejor que hacer que asumir, defender o reencarnar la historia del PSOE; tienen, eso sí, el deber intelectual de conocer críticamente la historia del socialismo dentro de la historia global de nuestros pueblos y esa exigencia les atañe, ante todo, en cuanto ciudadanos conscientes y, en segundo lugar, como socialistas.

Aspirar a convertir a una organización en vestal de su propia tradición histórica es una pretensión torpe, pero es sobre todo, en muchos sentidos, una maniobra interesada. La puesta en pie de lo que alguno llama *iconografía socialista* tiene dos virtualidades: la creación de unos mitos para ofrecerlos a las generaciones futuras como modelo de virtudes y que, de acuerdo con un mecanismo parecido al de la comunión de los santos, proyectan su gracia moral sobre todos los integrantes de la comunidad, provocando en éstos sentimientos de autosatisfacción sin cuento; y, en segundo lugar, esos mitos constituyen un arsenal de piezas de gran funcionalidad en las divergencias intrapartidarias y, en torno a ellos, pueden articularse corrientes o dirimirse debates ideológicos. Todo ello a través de un proceso de simplificación que convierte a determinados líderes pasados del socialismo español ora en distantes personificadores de esencias eternas, ora en retóricos puntos de referencia para luchas de coyuntura.

Encontramos así mitos de lo que podríamos llamar la *derecha* del socialismo español, y ése sería el caso,

fundamentalmente, de Julián Besteiro y Fernando de los Ríos. Los factores que les hacen acreedores de la etiqueta derechista son, muy probablemente, el

que estos intelectuales no adoptaron, sino de forma muy localizada, una perspectiva marxista de análisis de la realidad social y que su actividad socioprofesional no podía por menos que situarles en una esfera distante de las realidades obreras. Es frecuente considerarlos como los inspiradores de un socialismo de raigambre *humanista*, de voluntad reformista y hondamente democrática (y profundamente anticomunista, lo cual parece constituir, en el fondo, el principal de sus encantos).

En el reparto funcional de tareas dentro del panteón de hombres ilustres de nuestro socialismo, tienen así asignada Besteiro y de los Ríos una posición que tal vez se corresponda sólo parcialmente a lo que fueron y significaron. Dejando para otra ocasión el análisis de la significación de Besteiro, tenemos que subrayar aquí que la personalidad de Fernando de los Ríos es más rica y compleja de lo que pudiera parecer a primera vista y que, en su caso, la ausencia de un pensamiento de raíz marxista no supuso ni la renuncia a una lucha social y política tesonera ni la adopción de ninguna equívoca voluntad de abstencionismo cuando los tiempos históricos se tornaron sombríos. Fernando de los Ríos fue algo más que un «socialista de guante blanco» al que Lenin le hiciera un día la archiconocida (¿y comprendida?) pregunta de «libertad ¿para qué?». Su figura, con todas sus limitaciones, merece algo más que la devoción acrítica o la utilización retórica.

Un paso más hacia la izquierda, más cerca del ámbito del pragmatismo que del de la doctrina, en el terreno siempre escurridizo y a veces inencontrable del *centro*, se alza la notable figura de Indalecio Prieto. En efecto,

Prieto se constituyó, por su capacidad de trabajo, su intuición política y sus atisbos de lucidez, en una personalidad esencial del socialismo español, particularmente durante la Segunda República. Convertirlo en compendio de virtudes y fuente de inspiración esencial del proyecto socialista de hoy puede resultar, empero, excesivo. La pretensión existe, sin embargo, y en ese sentido parece apuntar Enrique Múgica en su artículo *Indalecio Prieto y el Partido Socialista*. En él se pasa una sucinta revista a lo más florido del plantel de socialistas ilustres:

«Estamos llegando al Partido Socialista, capaz de realizar el sugestivo proyecto animado por quienes nos precedieron.

Entre ellos destaca el magisterio fundamental de Pablo Iglesias, la tenaz búsqueda intelectual de Jaime Vera, el obstinado apasionamiento juvenil de Tomás Meabe, la paradigmática tolerancia de Julián Besteiro, el humanismo inquebrantable de Fernando de los Ríos, la clara reciedumbre de Francisco Largo Caballero y el creador sentido político de Indalecio Prieto.

Todos ellos al servicio de España y de la clase trabajadora fueron acumulando el espléndido legado que hemos recibido...»⁵

Y, de entre todas las flores de este espléndido manojo, es escogida en particular la de Indalecio Prieto del que se encomian, junto a su españolismo, sus brillantes iniciativas administrativas y su saludable desconfianza hacia los nacionalistas vascos, su adhesión a un sistema de economía mixta alejado de «una desafortunada política de nacionalizaciones a ultranza», y su angustiada condición de víctima de las intrigas comunistas durante la guerra civil. Prieto cuenta, además, con la simpatía de destacados historiadores anglosajones de esa estirpe liberal progresista —el ca-

so más claro, seguramente, es el de Gabriel Jackson—, que ven en él la encarnación de un socialismo posibilista y reformador que podría haberse convertido en el alma de la Segunda República. La pretensión no es descabellada pero, en última instancia, conviene saber por qué ello no fue posible, sin recurrir a explicaciones basadas en perversas conspiraciones o en interpretaciones psicologistas.

Por lo que se refiere a la cristalización de una *izquierda* socialista española a raíz del final de la experiencia del primer bienio republicano en 1933, el tema ha sido ya abordado, a veces con notable lucidez y rigor⁶. Ello no ha impedido, sin embargo, la permanencia del mito *caballerista* que hace que muchos de cuantos quieren y promueven el desarrollo de un socialismo de corte radical y de voluntad revolucionaria consideren a Francisco Largo Caballero como un inspirador de su empresa, y a la actividad de Luis Arquistain y su revista *Leviatán* como una fuente de aprovisionamiento ideológico. En este caso la aceptación acrítica del mito de la izquierda del PSOE puede ser particularmente grave; o, visto desde otra perspectiva, la revisión del mito podría ser muy saludable para evitar la repetición trágica de errores, carencias y vacuidades.

Desde finales de 1933 había en la sociedad española razones objetivas para una radicalización de las bases sindicales del socialismo, razones que podían ir desde el temor a un acrecentamiento de la influencia anarco-sindicalista, a la insatisfacción por la timidez de la política agraria de la República (o de su incapacidad para frenar el avance de la reacción), pasando por los ecos que en España tuvieron los aconteci-

mientos de la Alemania de Hitler o la Austria de Dollfuss.

Pero la existencia de razones para una radicalización no significa que podamos valorar positi-

**La aceptación acrítica
del mito de la izquierda
del PSOE
puede ser particularmente
grave.**

vamente la forma y los contenidos que ésta adoptó. Para empezar, el caballerismo no supuso ningún tipo de transformación del modelo organizati-

Leviatán es un buen testimonio histórico y es, no lo ignoremos, la expresión de una desoladora carencia.

vo socialista, y ello no es extraño porque sus principales promotores eran los componentes de una burocracia sindical radicalizada. Por otra parte, esa *bolchevización* verbal se hizo desde la perspectiva de una «fidelidad a los principios de siempre», añadiéndose al tradicional dogmatismo reduccionista unas dosis de determinismo providencialista o de caudillismo, encarnado en la figura de Largo Caballero. En conexión con ello este radicalismo adoptó un aire esencialmente negativo: incapaces de tomar insurreccionalmente el poder (fuera del ámbito de los excesos verbales), los caballeristas jugaron la baza de no participar tampoco en él, ampliando hacia el propio sector prietista de su partido el rechazo hacia los republicanos *burgueses*. En ese sentido participaron en la nada despreciable responsabilidad histórica de dificultar una vía reformista de desarrollo del régimen republicano, sin saber tampoco poner en pie una alternativa revolucionaria al mismo. En efecto, la izquierda socialista, cuyo desarrollo fue fruto —entre otras razones— del proceso de fascistización de la derecha europea en los años de la crisis, no supo ver el peligro real que suponía el fascismo y la amenaza de involución reaccionaria que pesaba sobre la democracia española.

Hablando de la izquierda socialista durante la República parece obligado mencionar a LEVIATAN, lo cual no deja de ser un tanto incómodo —pero seguramente ineludible— estando aquí como estamos en LEVIATAN (II época). Es ésta una de las revistas de más interés en la España de los años treinta, tal vez sólo comparable en cuanto a calidad con *Cruz y Raya* y, ya en la guerra, con *Hora de España*.

Dentro de nuestro páramo teórico, una revista donde junto a socialistas de diversas tendencias (aunque pronto desaparecerían los representantes de la

derecha y el centro) escribían miembros de otras corrientes de la izquierda y donde aparecen firmas como las de Trotski, Bauer, Laski o Reich, entraña un considerable atractivo que nos puede llevar casi al entusiasmo. Pero esto no debe ser obstáculo para ver también en la revista las ausencias y, sobre todo, su voluntad creciente de convertirse, de la mano del omnipresente Luis Araquistain, en el sustento teórico de la radicalización caballerista. En definitiva, LEVIATAN es un buen testimonio histórico (bastante impresentable, por cierto, si se le descontextualiza) y es, no lo ignoremos, la expresión de una desoladora carencia⁷.

Por una historia distinta

Algunos de quienes fueron miembros del Partido Socialista y tuvieron en algún momento un papel destacado en la historia parecen, sin embargo, condenados a yacer en las tinieblas exteriores, alejados de la veneración oficial de los socialistas de hoy. No es, ciertamente, cuestión de lamentarlo: ningún sentido tendría cambiar de mitos o ampliar el cupo. De lo que se trata, por el contrario, es de eliminarlos a todos, sustituyéndolos por el análisis crítico de los que significaron y personificaron los hombres y mujeres de carne y hueso luego mitificados.

Pero sí tendría algún interés averiguar las razones de la exclusión. Digamos que, en principio, ésta también tiene un carácter funcional: dar entrada a ciertos personajes en la colección a glorias de nuestro socialismo provocaría algún que otro revuelo, y pondría en peligro esa especie de co-

existencia pacífica basada en el equilibrio de las retóricas de distinto signo.

Al decir esto pensamos, ante todo, en un hombre sobre cuya figura pasan muchos socialistas como sobre ascuas: Juan Negrín. En otro lugar⁸ hemos intentado analizar las significaciones de este personaje incómodo y los porqués de su marginación iconográfica.

Hombre de Estado y no de secta, el más sólido, a no dudarlo, de cuantos el socialismo ha dado a nuestro país al menos hasta los años setenta, Juan Negrín tuvo, junto a la terrible desgracia de perder su apuesta optimista e inteligente con la historia, el inmenso coraje de estar lúcidamente *a la altura de*

las circunstancias, precisamente cuando esas circunstancias eran más trágicas. Sobre su formación personal y su talante, sobre su apertura de miras y

su sentido de la historia, podrían escribirse con sólidas razones —algunos lo han hecho— encendidos elogios; pero simultáneamente, Negrín ha sido agriamente atacado (y a veces proseramente calumniado) y no sólo por los que habrían de ser sus enemigos naturales, sino por muchos de sus propios compañeros de Partido. Es todavía hoy Negrín una figura de difícil aceptación en el inventario de socialistas ilustres, y es de suponer que lo que siga siendo mientras el inventario exista con las características presentes.

Quisiéramos citar también aquí, más que nada a título de ejemplo, a otro personaje, al que separan muchas cosas de Negrín, pero que comparte con él —y con muchos otros, desde luego— la característica de ser otra figura *non sancta* de nuestro socialismo: es Margarita Nelken. Bien es verdad que Nelken presenta una biografía poco propicia: era mujer, no era socialista de toda la vida, ni española de origen, ni *cristiana vieja* y, por si fuera poco, se afilió al PCE durante la guerra civil. No son

hoy muchos los que saben de su existencia, y ya van quedando pocos de los que la recuerdan. Nacida en Madrid en 1898, dedicada precozmente a la pintura y al periodismo, Margarita Nelken se interesó pronto por el tema de la condición social de la mujer en España, y con este título publicó un libro, lleno de atinadas observaciones, en 1919. A raíz de la proclamación de la República, y recién incorporada al PSOE, fue elegida diputada por Badajoz, siendo de las nueve mujeres que tuvieron escaño en la cámara durante la República, la única que lo consiguió en las tres legislaturas⁹.

Su actividad fue intensa y fuera del parlamento. Pronunció conferencias

Juan Negrín tuvo el inmenso coraje de estar lúcidamente a la altura de las circunstancias, precisamente cuando esas circunstancias eran más trágicas.

sobre la mujer en la vida política republicana (era partidaria de aplazar la concesión del sufragio a la mujer, por razones de oportunidad política), pres-

tó considerable atención al tema de los campesinos de Badajoz, sobre todo en 1933 (la derecha la acusó de promover los disturbios de Castilblanco), colaboraba habitualmente en *El Socialista* en una sección de comentario de la actividad parlamentaria titulada *Desde el escaño*, y no abandonó su contacto con el mundo del arte, siendo promotora de intercambios pictóricos con Francia. Su más sonado discurso parlamentario, el que pronunció a favor del dictamen sobre la *Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas*, el 28 de febrero de 1933, tiene nervio y gracia, así como algunas manifestaciones de erudición un tanto atropellada. Mujer radical, combativa y apasionada, probablemente un poco áspera, Nelken irritaba a mucha gente y eso lo expresan, casi en los mismos términos, Azaña («Esto de que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona», anota en su diario el 5 de enero del 32), como la prensa derechista («Lleva la señora Nelken la perturbación consigo», *El*

Debate, del 21 de octubre del mismo año). En realidad, la prensa reaccionaria no escatimó jugosas manifestaciones de su habitual lenguaje para agredir a la Nelken. Un ejemplo, tomado de *Informaciones*, del 7 de julio de 1934:

«El viejo rencor israelita, a lo español, encuentra en la diputada judía-alemana un agente activo y entusiasta. Cuando bailaba sardanas en Cataluña, para celebrar el despedazamiento de España, estaba saboreando una revancha racial, como si hubiera danzado sobre la tumba de los Reyes Católicos; baile de la venganza y el rencor, que hacía pensar en la danza bíblica ante la cabeza del Bautista. Pues esta mujer es la que encona las luchas sociales de Extremadura. La musa de los falsos campesinos con el puño en alto...»

Una mujer de la que un diario pro-fascista dice estas cosas bien se merece nuestra atención.

Próxima, primero, al sector caballero del PSOE, Margarita Nelken ingresó en 1937 en el PCE. El exilio la llevó sucesivamente a París, Moscú y México, en donde moriría en 1968, tras haberse integrado en la vida cultural y educativa mexicana.

Tradiciones que se invocan engoladamente frente a la razón renovadora, mitos de derecha, de centro, de izquierda, referencias incómodas que son mitos inefables... todo eso constituye una trama de la que el PSOE, centenario pero no arqueológico, tiene que saber distanciarse. No se pretenda que toda esa hojarasca es necesaria para dar continuidad histórica al socialismo español. Dejando de lado el asunto de los «cuarenta años de vacaciones» (que, como todas las verdades a medias, es mitad mentira... y mitad verdad), tenemos, de gozosa actualidad, el caso del PS francés. No ha precisado éste mantener la continuidad con la tradicional

organización socialista, ni mantener ininterrumpido el nexo con Jaurès o Blum, para ofrecer un proyecto de cambio a la sociedad francesa. El PS francés no necesita ser la continuación de la SFIO, ni habérselas —por ejemplo— con el fantasma de Guy Mollet, para significar lo que hoy significa; más bien al revés: su atractivo de hoy nace de un sistema de lealtades a las exigencias del presente, no de servidumbres historicistas.

En España el socialismo es el PSOE: eso parece cada vez más claro. En esa necesidad de ser joven siendo antiguo, de aprovechar las experiencias del pasado para serle fiel al presente, no hay que confundir la esencial memoria histórica con las retóricas paralizantes. La responsabilidad del socialismo con la sociedad española de los años ochenta es demasiado grande para permitirlo.

A los noventayochistas —ya que hablamos de mitos— se les ha adjudicado aquel lema de «amamos a España porque no nos gusta», lema que en alguna ocasión hizo suyo el mismo José Antonio, que tanto contribuyera a dificultar una España posible y amable. Pues bien, a nuestro socialismo podríamos aplicarle, invertida, una apreciación semejante: no nos gusta, los criticamos, porque en el fondo lo amamos, porque creemos que puede ser hoy la opción esencial de cambio para nuestros pueblos.

Para contribuir a que así sea hay que comprender que la fidelidad histórica está en el análisis crítico del pasado y no en su mitificación ejemplificadora. Abramos las ventanas de la reflexión histórica, sin afanes doctrinarios, sin

narcisismos colectivos, y tal vez consigamos barrer unas cuantas telarañas de esta vieja casa orientada hacia el futuro que es el socialismo español.

La fidelidad histórica está en el análisis crítico del pasado y no en su mitificación ejemplificadora.

NOTAS

¹ El *Informe* redactado por Vera fue entregado por la Agrupación Socialista Madrileña el 1 de diciembre de 1884 a la *Comisión de Reformas Sociales* presidida por Segismundo Moret.

La frase entrecomillada es de Tuñón de Lara, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972, p. 284. De Tuñón puede confrontarse, sobre todo, para el tema que abordamos *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1977 (3.ª ed.), capítulos 5 y 9. La producción historiográfica sobre nuestro socialismo anterior a 1917 empieza a ser apreciable, gracias a Antonio Elorza, Iris Zavala, Manuel Pérez Ledesma, Juan José Castillo, Maluquer...

² Cf. Villacorta Baños, Francisco: *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1980, p. 175.

³ Los ecos de estos planteamientos resuenan con fuerza durante la Segunda República, tanto en el reformismo aislacionista de Besteiro como en la aspiración obrerista que encarna Largo Caballero.

⁴ Preston, Paul: *La destrucción de la democracia en España*, Madrid, Turner, 1978, p. 12.

⁵ Múgica, Enrique: *Indalecio Prieto y el Partido Socialista*, en *Sistema*, n.º 36 (mayo 1980), pp. 107-121. La primera mitad del artículo está dedicada a un análisis de la *transición democrática* española y en ella puede leerse, por ejemplo:

«Mientras los comunistas modulaban bajo el nombre de Junta Democrática su proverbial canción, aunque ahora con algunos acentos distintos para atrapar ingenuos, oportunistas y ambiciosos, varios dirigentes socialistas a fines del mes de agosto se reunieron durante varias jornadas de incesante trabajo y comunicación, en el hostal Jaizkibel, de Fuenterrabía, y mirando al mar y meditando España, estudiaban las líneas maestras del pujante renacimiento de su Partido.» Como se ve, la figura de Indalecio Prieto da, en este caso, para mucho: se puede utilizar como pretexto para contar historias de buenos y malos, y sazonarlas con algunos toques de lirismo.

⁶ Cf. sobre todo Julia, Santos: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

⁷ Para un análisis de la revista, cf. Bizcarrondo, Marta: *Araquistain y la crisis socialista en la II República. LEVIATAN (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

⁸ Páez-Camino Arias, Feliciano: *Juan Negrín en nuestra historia*, en *Zona Abierta*, n.º 23 (enero-febrero 1980), pp. 129-138.

⁹ Cf. García Méndez, Esperanza: *La actuación de la mujer en las Cortes de la II República*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1979. Cinco de las nueve diputadas que ocuparon escaño a lo largo de la vida parlamentaria de la República eran socialistas: además de Nelken, fueron Matilde de la Torre, María Lejárraga, Veneranda García Blanco y Julia Álvarez Resano.

TODOS A LA OTAN

Pablo Sebastián



Desde el 15 de junio de 1977, día *D* de la puesta en marcha de la nueva democracia española, la diplomacia hispana navega sin brújula ni bandera en busca de un lugar, al sol o a la sombra, donde ubicarse en el llamado concierto internacional de naciones. El rumbo del viejo galeón ibérico ha sufrido en los últimos cuatro años golpes caprichosos y obligados de timón víctima, muchas ve-

ces, de la incapacidad y desconcierto del piloto de turno, y otras de las presiones exteriores o de la fragilidad de la propia nave.

A tan sólo mes y medio de la primera victoria electoral de UCD, cuando el partido centrista acababa de nacer por necesidades del guión electoral como resultado de un cuádruple parte ideológico —Movimiento franquista, liberales, de-

mocristianos y socialdemócratas—, el primer gobierno legítimo decidió presentar ante el Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas (el 28 de julio) la candidatura de España para el ingreso en el Tratado de Roma. Tan ambicioso proyecto, sin estudio previo en lo político ni en lo económico, constituyó un primer golpe de efecto de la diplomacia centrista del ex presidente Suárez que, a pesar de su precariedad, entraba en buena lógica ya que casi la totalidad de las fuerzas políticas españolas estaban a favor de la incorporación al proyecto político europeo.

Europa era, pues, para la diplomacia hispana el primer puerto a conseguir aunque sólo fuera para apuntalar el régimen naciente que utilizó la bandera azulada de nueve estrellas (ahora de diez, con Grecia); en sus últimas batallas contra el franquismo, como argumento mayor para justificar el vuelco de las viejas estructuras orgánicas. No hubo estudios ni análisis serios antes de que se adoptara esta ambiciosa decisión política. Ni siquiera contaba España con una Constitución democrática y ya la diplomacia centrista desplegaba las velas en pos de un descubrimiento que se ha revelado más difícil y complicado que lo que esperaban los nuevos conquistadores.

A nadie, por aquel entonces, ni Gobierno ni oposición, se le ocurrió ponerle peros a esta opción europea que, aún siendo lógica y necesariamente la primera prioridad de la política exterior de España, debió ser el resultado de un serio análisis buscando el momento

oportuno para la travesía. Un momento que sólo podría conseguirse alcanzando con seriedad las respuestas exactas a dos interrogantes: ¿qué supondrá para España la incorporación en la CEE?, y ¿cómo incidirá España en el proceso de construcción europea? Eludir los problemas de la propia crisis de identidad comunitaria y los riesgos económicos de la integración fue un mayúsculo error, que puso en evidencia el ex presidente Valery Giscard d'Estaing cuando en abril del pasado año anunció el parón oficial al ingreso de España en las Comunidades, por necesidades de *reajuste interno* en políticas como la agrícola y presupuestaria de la CEE, que tienen en jaque a la propia empresa europea.

Pues bien, mientras patinaba el proyecto europeo, el galeón hispano buscó suerte mejor en otras aguas. Se presentó como gran éxito la presencia del Gobierno de Madrid en el seno del Pacto Andino como nación observadora; se hicieron pinitos también como invitados observadores en la cumbre de los *no alineados*, de La Habana; casi se intenta mediar y *solucionar* la crisis del Oriente Próximo en un alarde de locura y amnesia (porque se olvidó en el palacio de Santa Cruz que España no tiene relaciones con Israel, la otra parte implicada); se abandonó de manera irresponsable la responsabilidad histórica del Sahara; se mantuvo la tensión con todos los vecinos —Marruecos, Francia y Portugal—; no se desarrollaron en sus posibilidades las relaciones con los países del Este europeo para tranquilizar a Washington, y se

Como se culmine el proceso atlántico según la urgencia prevista, España habrá definitivamente perdido la oportunidad de haber dibujado a su medida una política exterior nueva y moderna.

llegó al 23 de febrero con un desconcierto total en lo que a la presencia exterior hispana se refiere, amén del desconcierto interno que produjo la afrenta militar.

El mundo exterior pudo comprobar la debilidad de la democracia hispana. En Bruselas, los diez de la CEE casi dieron un suspiro («de buena nos hemos librado», podrían comentar en privado) y en América Latina, países árabes y demás amigos y aliados saltó la sorpresa y el desánimo frente al ejemplo hispano de caminar hacia la democracia sin ruptura y con transición. La reacción más franca a la intentona militar fue, desde luego, la de Washington. «Es un asunto interno», dijo el general Haig horas después del asalto al Congreso, sin especificar si era o no un asunto interno español o norteamericano. En fin, un panorama exterior desolador que ahora se quiere solucionar por elevación: todos a la OTAN.

Sin consulta al pueblo español, ni referéndum ni mayoría cualificada en el Parlamento, y ante la decisión USA de no dar contrapartidas en la renovación de unos acuerdos bilaterales, que ya difícilmente pueden imponer a una España constitucional y democrática, el gobierno de

Calvo-Sotelo, con un ministro de Exteriores dedicado a la política interior y del partido más que a la Exterior, ha decidido poner rumbo a la OTAN, a pesar de los pesares. Y ello, guste o no, con el apoyo tácito del PSOE aunque sus dirigentes juren en público lo contrario.

Calvo-Sotelo nos lleva a la OTAN para hacer olvidar el caos exterior, el aceite de Colza y para impedir un Gobierno de coalición a la espera de mejorar sus relaciones con la derecha de dentro y fuera de este país. No le importa los efectos que esta decisión tendrá para España dentro y fuera. La pérdida de la poca presencia exterior, el aumento de la dependencia y la ausencia de toda garantía de defensa (que la OTAN nunca concederá, por ejemplo, a Ceuta y Melilla) a la vez que la pérdida de soberanía en decisiones e implicaciones militares, confirmando, por otra parte y al menos durante algún tiempo, la soberanía británica en el Peñón de Gibraltar.

Esta decisión de poner rumbo fijo y contra-reloj hacia el cuartel supremo aliado, antes de poner orden en las políticas exterior e interior de España, antes de desarrollar al máximo

todas todas las posibilidades de aumento de la presencia hispana en el mundo va a constituir un error histórico de la diplomacia hispana.

Si de lo que se trata es de articularse a Occidente, España sabe muy bien que nada da gratis Occidente y menos por un regalo interesado y en condiciones de inferioridad interna como es el acercamiento a la OTAN.

Los aliados-europeos sólo entienden un lenguaje: la negociación. Y España sólo tiene dos armas para negociar: sus aranceles industriales frente a la CEE (la política, agricultura, mano de obra, etc., van en nuestra contra) y la posición estratégica frente al eje que controla Washington en lo militar y político. Ahora, Calvo-Sotelo está dispuesto a entregar la baza OTAN y sin contrapartidas, lo que, desde luego, le llevará a la historia para desgracia de todos. El tema OTAN puede y debe plantearlo un gobierno de derechas pero en su momento. Cuando el patio de esta casa nuestra y el portal exterior estén de-

centemente arreglados. Mientras, por ejemplo, queden manchas poco aclaradas y pendientes de juicio como la del 23-F, dar este paso constituye una osadía de consecuencias imprevisibles.

¿Y la oposición? En política exterior como siempre. Amén de las intrigas y enfrentamientos de una secretaría de relaciones internacionales que casi nunca existió, y que Felipe González asumió personalmente, el PSOE ha estado bastante ajeno a la acción exterior hispana; y buena prueba de ello ha sido la pasividad con la que aceptaron la renegociación de los acuerdos militares con Washington, lo que les ha supuesto ahora la sorpresa de que estos acuerdos vayan a negociarse para después de la OTAN. Y no hablemos de la dulce campaña que el PSOE presenta sobre la OTAN. «De entrada no.» ¿Y de salida?, ¿y de movilizaciones en la calle y de unidad anti-OTAN? Si el PSOE quiere podría parar el ingreso en la OTAN, pero

eso a costa de recuperar su imagen en la izquierda y de perderla ante los poderes fácticos ante unas próximas elecciones generales. Prima más esta oportunidad electoral que el interés del Estado en política exterior. Este es un *no* con la boca chica y luego en la OTAN ya hablaremos. Al PSOE no le interesa, por nada del mundo, que caiga el gobierno Calvo-Sotelo, que, por otra parte, sobrevive a expensas del Tejerazo, y no está dispuesto a utilizar temas como la colza o la OTAN para llevar a las cuerdas al ejecutivo como ocurriría en un país sin democracia vigilada.

En fin, que como se culmine el proceso atlántico según la urgencia prevista, España habrá definitivamente perdido la oportunidad de haber dibujado a su medida una política exterior nueva, moderna, al ritmo de los acontecimientos internacionales y de acuerdo con nuestras humildes pero seguras posibilidades de tener alguna influencia y de participar en los grandes debates de nuestro tiempo.

LA AGONIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Salvador Giner

análisis y debate



1

Se va acercando el fin de la sociedad civil. La red de relaciones, normas e instituciones que recibe tal nombre está sufriendo ya mudanzas profundas. Estas acabarán por producir un orden nuevo en el que la sobrevivencia de la sociedad civil, tal como hasta ahora ha sido concebida, será más que problemática.

Tanto el fenómeno como la noción de sociedad civil son de origen liberal, si bien los teóricos de persuasión liberal apenas la usan hoy en día: es demasiado popular entre socialistas —especialmente marxistas— para su gusto. No obstante, continúa siendo también un concepto liberal, que procede de las especulaciones de los más primerizos pensadores de esa tradición. Para ellos, tratábase la sociedad civil de aquella esfera de la vida social que caía (o que debía caer) fuera de toda interferencia gubernamental. Dos siglos más tarde, los ideólogos liberales como Friedrich von Hayek todavía separan de esa guisa el Estado del resto de la sociedad. Hayek considera al primero como «una de las muchas organizaciones» que existen, aunque «confinada al aparato de gobierno, sin determinar

las actividades de los individuos libres». De hecho, para Hayek lo que realmente constituye la sociedad es «la red de relaciones espontáneamente surgidas entre los individuos y entre las varias organizaciones que ellos crean». El Estado es una de ellas y es artificial. Es enemigo de la libertad, a menos que esté plenamente orientado hacia la protección de la sociedad civil, dejándola vivir en toda su gloriosa espontaneidad¹.

La concepción liberal, en lo que tiene de fórmula prescriptiva, merece consideración: es una utopía importante, aún activa. Más como fórmula descriptiva apenas necesita refutación. La realidad tiene cada vez menos que ver con ella, a no ser que confundamos los derechos y libertades privadas que tenemos, o que aún nos quedan, con el orden institucional al que se refiere explícitamente la idea de la sociedad civil. La identificación liberal de la libertad con la sociedad burguesa, clasista y civil crea, por tanto, más problemas que soluciones. La concepción marxista, por otra parte, sufre de ambigüedades y de la presencia simultánea de varias versiones, pero al menos está dotada de algo más de realismo.

Hegel heredó de los liberales la aguda distinción entre el Estado y el resto de la sociedad, o *bürgerliche Gesellschaft*. Nunca podrían llegar a ser lo mismo. No obstante, al negar al Estado el comedimiento estrictamente utilitario que le atribuían los liberales, y al entenderlo como encarnación de la razón y la universalidad, Hegel dio un sesgo nuevo a la naciente teoría. A Marx, la versión hegeliana le pareció deficiente en la medida en que constituía una apología mal escondida de la administración prusiana y de una situación política opresiva. Marx negaba superioridad, neutralidad y universalismo a un Estado que, para él, no era sino una entidad clasista. La partición entre el reino de lo político —con pretensión de representar los intereses y aspiraciones de la sociedad entera sin conseguirlo— y el reino de lo privado era una creación de la sociedad burguesa, capitalista. Bajo tal división de esferas la sociedad civil era el terreno de la competencia egoísta, la explotación del trabajo a través del salario y la desigualdad de clase. El orden político —según él, la superestructura jurídica y política— se convertía en el guardián del universo de depredación y miseria moral que era la sociedad civil. Las mistificaciones legales de la sociedad política eran altamente eficaces para el mantenimiento de las libertades burguesas asimétricas y de los derechos desiguales de propiedad. Sólo la restauración del reino de la política —mediante la destrucción del Estado— al de la sociedad civil, su mutua reintegración, acabaría con esta situación.

Resultado de ello habría de ser la abolición de ambas estructuras mutuamente contradictorias, y su sustitución por un universo humano muy superior².

La concentración de Marx sobre la clase social y sobre el modo capitalista de producción le condujo, sin embargo, a no efectuar un análisis institucional adecuado de la sociedad civil, y mucho menos del Estado. En cierto modo su noción de sociedad civil era aún muy cercana a la de Hegel, aunque evitara amontonar juntas, al estilo de éste último, todas las relaciones familiares, económicas y de otra índole que quedaran fuera de lo político. Empero, su énfasis constante sobre el carácter de *engaño* o de *fachada* de muchas instituciones burguesas, junto a su inclinación a concebir el Estado sólo como subproducto de la dominación de clase, le condujo a prestar mayor atención a otras cosas. Como consecuencia de esto, y durante largo tiempo, los marxistas se sintieron satisfechos con las vagas líneas de la sociedad civil trazadas por Marx, hasta el punto de que muchos llegaron a identificar, por implicación, estructura social con estructura de clases, la

última entendida como resultado de la económica. En contraste con ello, la aportación de Gramsci a la teoría marxista en gran medida se vino a apoyar en una elaboración de la concepción de la dominación como algo que se realiza, precisamente, a través del orden institucional de la sociedad civil. Según él no es sólo a través del Estado, la ideología y la ley como las clases dominantes realizan sus intereses, sino también a través del conjunto de instituciones privadas, pseudoprivadas y paraestatales que forman la sociedad civil.

Gramsci llamó hegemonía al proceso mediante el cual se ejerce normalmente la dominación social. La hegemonía tiene una vertiente institucional y otra cultural. Por ello, las instituciones de la sociedad civil, en cuanto que son productoras y transmisoras de la cultura que legitima el modo prevalente de desigualdad (sobre todo, a través de la educación, la prensa, y otros medios) no pueden ser vistas sólo como meros engaños o fachadas. La mistificación y el fetichismo, para ser efectivos, deben ser debidamente inculcados por medio de estructuras complejas, duraderas y firmes. La coacción estatal —hasta bajo condiciones extremas de dictadura fascista— no puede conseguir por sí sola el mantenimiento rutinario y cotidiano del sistema de dominación. La hegemonía, según Gramsci, se puede mantener con seguridad sólo mediante la legitimación de la autoridad establecida que engendran las estructuras de la sociedad civil. Cuanto más fuerte es la sociedad civil (como parecía ser entonces el caso de las sociedades avanzadas de occidente) más estable es la dominación, y más bien funciona la legalidad liberal y la administración burocrática de los asuntos públicos.

Las instituciones de la sociedad civil se conciben en el pensamiento gramsciano como el conjunto de todas las asociaciones voluntarias (o pseudovoluntarias) situadas entre la economía, en el sentido estricto de la palabra, y el aparato político. Tales instituciones varían según sus funciones respectivas y también según su relación particular con las varias tradiciones e intereses de cada lugar o país. Incluyen las iglesias, escuelas, grupos de interés. Algunas, como los partidos políticos o los sindicatos —claramente relacionados con la clase social— han sido creadas con el propósito específico de establecer un puente entre sociedad y Estado, una vía de acceso e influencia a éste último. Otras, como las escuelas patrocinadas por una iglesia y una clase social, se erigen para la transmisión de ciertas concepciones de la justicia, la deferencia y la autoridad, y para mantener la distribución desigual del conocimiento y el privilegio. Gramsci creía también que esta complementariedad entre sociedad civil y estado era tan considerable que, de hecho, ambos niveles podían considerarse como facetas de un fenómeno único, la estructura del capitalismo y de la desigualdad bajo el orden por él impuesto. De hecho, afirmaba, los dos niveles se identifican entre sí, de tal modo que la distinción podría verse incluso como meramente metodológica. Más su criterio predominante era que las dos esferas de dominación representaban dos realidades distintas, aunque mutuamente necesarias³. Y ésa es la noción recogida hoy por un número de teóricos de la sociedad moderna de talante radical e incluso marxista⁴.

La razón por la cual la interpretación marxista, y en particular la gramsciana, de la sociedad civil es más adecuada que la liberal es que, tomando como punto de partida la desigualdad y la dominación de clase, explica al mismo tiempo la presencia de derechos civiles y garantías constitucionales en el marco de los estados capitalistas y parlamentarios. Ambas versiones, sin embargo, reconocen por igual el hecho obvio de que las sociedades occidentales evolucionaron de tal modo durante la fase tardía de su feudalismo que, eventualmente, vinieron a pro-

ducir una sociedad civil firmemente establecida, parte esencial de sus características estructurales generales. Sus partidos, iglesias, escuelas y universidades privadas, fundaciones científicas y culturales, cuerpos profesionales y colegiales, movimientos sociales de todo género vinieron a gozar de un notable grado de autonomía frente al Estado, así como frente a las demás instituciones de la propia sociedad civil. Esta autonomía relativa, este grado sin precedentes de inmunidad ante las decisiones arbitrarias del poder supremo del país, iba de la mano de la mentalidad individualista que era componente clave de la cultura de los tiempos. De igual modo, las instituciones de la sociedad civil hallaron su contrapartida en el seno de la esfera económica en la unidad principal del orden capitalista, la empresa. La congruencia entre sociedad civil, individualismo y sociedad económica ha sido siempre reconocida, por lo menos implícitamente, por la teoría política del pluralismo asociacional. Las críticas sobre la presencia de tendencias oligopolísticas o monopolísticas en las tres esferas, aunque convincentes, no han conseguido negar la existencia de un pluralismo esencial, si bien circunscrito, en esta situación característica de las sociedades liberales.

Nunca existió una edad de oro de la sociedad civil. Mas hubo un tiempo en que, tras el baluarte político de un Estado autónomo y apoyada sobre la desigualdad social, la sociedad civil floreció sin molestias mayores que las cortapisas y restricciones inherentes al pluralismo restringido de todo orden burgués. Esa época, sin embargo, no fue muy prolongada. Mucho antes de la II Guerra Mundial empezaron a notarse señales de que las cosas tomaban un giro hostil a la sociedad civil y de que su vida iba a ser más precaria en el porvenir que lo que podía haber parecido a primera vista. Ello ocurría no sólo en aquellos países en los que el fascismo había acabado con ella con violencia y celeridad, sino también en otros, como Rusia, en los que había perecido, ignominiosamente, al primer asalto revolucionario. Se podían percibir varias corrientes que erosionaban la red de autonomías sobre las que se fundamenta toda sociedad civil firme. Tales corrientes vinieron a hacerse mucho más patentes tras la II Guerra Mundial, paradójicamente cuando la sociedad civil, reanimada por la reencontrada prosperidad capitalista, recobraba su empuje perdido. Entre esas corrientes cabe señalar algunas:

a) La continuada expansión estatal. Exista o no una *ley* del desarrollo continuado del aparato estatal, el caso es que éste no ha dejado de crecer⁵. Al mantenimiento del orden público, la máquina de guerra y el fisco —sus atributos tradicionales— han venido a sumarse otros monopolios o semimonopolios públicos: la educación, los servicios sanitarios, la producción de armas, las empresas nacionalizadas de toda índole.

b) La gerencia corporativista de la economía. La institucionalización de la relación de negociación a tres esquinas entre empresas, sindicatos y Gobierno ha significado un factor más de regulación del mercado, y ha traído consigo un mayor intervencionismo estatal y mediación pública. Asimismo, ha reforzado los poderes monopolistas y oligopolistas de las organizaciones patronales y sindicales en sus esferas de influencia respectivas.

c) El auge de la sociedad corporativa⁶. Sin quedar confinada a la cuestión de la gerencia corporativista de lo económico, la corporatización de la sociedad en su conjunto aparece como continuación de tendencias anteriores de burocratización, jerarquización y especialización ocupacional. Ello ha entrañado la proliferación de organizaciones formales en los más dispares campos de actividad. Ta-

les organizaciones (o corporaciones, como prefiero llamarlas) median o mediatizan el conflicto de clase, dándole un nuevo cariz en muchos casos, al tiempo que restringen la capacidad de los individuos para formar coaliciones para competir libremente entre sí. (Las coaliciones sociales para conseguir fines continúan, pero bajo nuevas reglas ajenas a los criterios de concurrencia en el mercado).

d) La mudanza cultural de los tiempos modernos. En ella hay que incluir el valor en aumento de la información útil, su almacenamiento, manipulación y control corporativo, y también la concepción instrumental de la legitimidad hegemónica del mundo.

e) Los imperativos de una coordinación reguladora de la vida entre grupos y colectividades. Las tendencias inflacionarias de los reglamentos, leyes y disposiciones (hiperregulación) se interfieren con el desarrollo espontáneo de la vida en el ámbito de la sociedad civil, como resultado de la creciente congestión (exceso demográfico, educación universal, acceso generalizado a los bienes públicos), que se combina con la escasez incipiente de nuestra época (crisis energética, desindustrialización, crisis fiscal, paro).

Sería fácil alargar la lista, pero quizás estos rasgos basten para indicar el alcance del problema. Existe considerable acuerdo sobre su aspecto externo, y aún sobre la presente crisis de la intimidad o privacidad, sobre la connivencia entre Estado y las grandes corporaciones, sobre el declinar del individualismo, y sobre la creciente intermediación de los poderes públicos y grandes monopolios en la vida de la sociedad civil y en la de las comunidades, clases, familias e individuos. Tanto es así que las interpretaciones morales y políticas de este fenómeno son rehacias a su arreglo a lo largo de un continuo ideológico. Por dar un solo ejemplo, la interpretación de la crisis de nuestro tiempo en términos de lo que ha venido a ser llamado *sociedad masa* —que incluye muy explícitamente la idea de la quiebra de la sociedad civil— aparece en una versión ya conservadora, ya radical, y no es siempre de fácil catalogación según esos criterios⁷. Lo que es notable es lo común de la visión.

Si, por un momento, hacemos hincapié sobre tal visión común concluiremos que existen dos vastos procesos en el mundo de hoy que minan la fábrica de esta estructura compleja, la más destacada de las heredadas del orden burgués de antaño: la penetración estatal de la sociedad civil y la corporatización progresiva de las relaciones grupales. Juntos, estos dos procesos —relacionados entre sí, por otra parte— abrazan plenamente la lista de rasgos diversos recién presentada.

1. La penetración estatal incorpora una aproximación progresiva del Estado a la ciudadanía⁸ por medio de los servicios de sanidad, vivienda y seguridad social, y por medio de la militarización, la imposición fiscal, la educación universal, la vigilancia policíaca y la administración de justicia, tanto la conducida por magistrados como, sobre todo, la adjudicativa, o por vía gubernativa. Esto representa, en el mejor caso, una intromisión en la que otrora fuera esfera inviolable. En el peor, borra la distinción esencial entre lo público y lo privado, y entre el Estado y la sociedad civil. Un proceso que comenzó con algunas limitaciones a la concepción de la propiedad como *ius usum atque abusum* limita ahora las autonomías consagradas por la filosofía pública del liberalismo.

2. Junto a la estatización de las relaciones encontramos otra gran corriente:

la proliferación de organizaciones formales y su *monopolización y oligopolización* progresiva de la situación. No ha ocurrido aún una saturación universal de tales corporaciones, pero en muchos campos (y no sólo en el de la economía) ha avanzado mucho. Por tanto, el postulado básico de toda sociedad civil, a saber, que cualquier grupo de individuos puede constituirse en asociación según su albedrío para perseguir intereses comunes en cualquier terreno, se ha ido erizando cada vez más de dificultades, cuando no se ha hecho imposible. Las fusiones o desplazamientos entre las corporaciones de toda índole han acabado por crear una trabazón institucional, una red de interdependencias. Esta ha disminuido y, en ciertos casos, eliminado la antigua fluidez de la sociedad civil. Es así como las reglas específicas de la concurrencia económica oligopolística —desconfianza, cautela, fijación de costos y precios al margen del mercado—⁹ han venido también a ser las mismas que rigen en toda la sociedad.

Que haya ocurrido todo esto, y que continúe su curso, no significa que haya desaparecido ya la sociedad civil, ni que su muerte haya de ser brusca. La sutileza de la mutación entraña algunas paradojas. La más señalada, quizás, es la peculiar salvaguardia de la sociedad civil que ejerce precisamente su peor enemigo, el Estado. En su presente estadio de evolución, el Estado en las sociedades capitalistas no sólo no puede aún librarse de ella, sino que la necesita si bien bajo ciertas condiciones de tutela y control. No obstante, la existencia de esta aparente contradicción no debe cegar nuestra vista a corrientes más profundas y a largo plazo.

En aquellas sociedades que vieron en su seno el nacimiento evolutivo, no importado, de la sociedad civil, ésta ha sufrido ya modificaciones notables. En ellas, la penetración de la corporatización y de la estatización son más de percibir en el nivel estructural que en el cultural. Así, aunque la expansión de las corporaciones (económicas u de otro género) ha puesto fin a la fluidez de épocas anteriores, las mismas necesidades de la política y economía de hoy han mantenido en algunos sentidos la ética individualista, en especial en aquellos en que es necesaria o útil para aguijonear la competitividad ocupacional dentro de las corporaciones. El paso de la competitividad individualista empresarial a la nueva, ocupacional y corporativa, ha significado que las cualificaciones personales y los derechos a la autonomía individual y aún a la privacidad han sido respetadas por los poderes nuevos de manera notable en varios terrenos circunscritos. Así, la economía corporativa es la primera en beneficiarse de la existencia de un acervo privado de habilidades, talento y pericia, es decir, de un mercado de trabajo. La organización sindical es una de las defensas más descollantes contra los daños clasistas de estas normas de mercado. (El *capital humano* tiene como contrapartida el mercado humano, como no ignoran los seguidores de la escuela económica que lleva ese nombre). En las presentes circunstancias, empero, la sindicación puede convertirse a su vez en fuente de corporatización obrera (o profesional), sobre todo cuando existe un sindicato reconocido por la empresa como único negociador válido, y la sindicación es obligatoria.

La estructura social evoluciona con mayor rapidez que la cultura. La nueva sociedad civil de hoy, reformada, promueve otra cultura, pero las estructuras sociales emergentes deben vivir en el seno de la que muy lentamente se va, la de las concepciones burguesas heredadas. Curiosamente, gran parte de la cultura de la vieja sociedad civil, ahora redefinida convenientemente, es aún muy útil para el mantenimiento de formas modernas de desigualdad de clase y poder político. La transición del individualismo posesivo de antaño —basado en la propiedad

privada— al individualismo posicional de hogaño —basado en la ocupación y en el poder en el seno de la corporación— ha ocurrido en ese marco de suave cambio. Así, en cuanto nos percatamos de cómo ciertos componentes de la cultura de la sociedad burguesa son aún necesarios para el funcionamiento del orden corporativo de hoy, empezamos a resolver el enigma de la continuidad en la discontinuidad de la historia contemporánea.

El viejo marco liberal, ahora redefinido, no es solamente necesario para el mantenimiento de la desigualdad y para el reclutamiento adecuado de personal cualificado para las diversas posiciones corporativas, sino que lo es también para la neutralización del disenso y la oposición radical al orden social. En este último sentido, la vieja cultura de la tolerancia ha alcanzado victorias inesperadas a través de la llamada permisividad, entre otras razones, porque los responsables de las varias instituciones claves de la sociedad no se sienten ya amenazados por los progresos de las que en otros tiempos fueran ideas subversivas y prácticas inmorales. Así, las corporaciones políticas y económicas no se sienten inseguras ante la nueva cultura: las clases pueden pedir la implantación del socialismo real, el desarme unilateral, la abolición efectiva de la discriminación sexual y racial, la puesta en vigor de la justicia distributiva, y cualquier otra reivindicación igualmente peregrina. Se las tolera. Por su parte, las corporaciones culturales tradicionales —las iglesias, por ejemplo— confusas hoy en sus creencias, asimilan los nuevos aportes en una ciénaga de sincretismo y casuismo que deja pálidos ejercicios parejos, realizados en tiempos pasados en épocas de crisis. Poco sorprende que ante esta general admisión de la cultura alternativa algunos críticos hayan producido una teoría de la *tolerancia represiva* para poder dar una respuesta a esta intratable cuestión. Por desdicha, tal teoría adolece de un rechazo de aquéllos elementos del credo liberal que provienen de aspectos universales de la libertad humana, y que no es lógico que permitamos que queden en poder exclusivo de la cultura liberal burguesa: son patrimonio común de todos. Los teóricos de la *tolerancia represiva* parecen olvidar que sólo la relativa tolerancia de que ellos gozan puede posibilitar el desarrollo eventual de una tolerancia *no represiva*. Es problemático que los regímenes totalitarios allanen el camino de la libertad. Si es ésta el ardid de la historia, bien poco habrá que esperar de ella.

Estas observaciones muestran la necesidad de lograr una visión ecuaníme en este asunto. Si bien es menester reconocer la crisis de la sociedad civil, también lo es determinar sus límites. Hasta aquí he mostrado que más que una quiebra ha sufrido modificaciones de mucha monta, y que éstas están íntimamente relacionadas con la nueva estructura clasista de la sociedad corporativa, así como con el continuo desarrollo del Estado. La sociedad civil reformada se halla ahora atrincherada en el reino de la política al amparo de la ideología oficial de las democracias pluralistas y parlamentarias. Esa ideología protege el campo asediado de la ciudadanía y se emplea como plataforma para la legitimación de asociaciones y movimientos sociales autónomos, así como para la defensa de un mínimo de condiciones de mercado por medio de leyes antitrust y reglamentos contra la concurrencia ilícita. Es, por tanto, parte esencial de estos tiempos movidos. Pero siempre aparece a la defensiva. Las transiciones ocasionales de algunos regímenes dictatoriales hacia el orden parlamentario liberal —como ha ocurrido en la Europa meridional en 1974 y 1977—, pueden ser consideradas excepciones a esta tendencia general, pues representan avances señalados hacia la autonomía de la sociedad civil, según la fórmula tradicional. Lo mismo podría decirse de los esfuerzos de los demócratas checos y eslovacos en 1968 y, quizás con mayor éxito, los de los polacos desde 1980, por crear cuerpos autónomos

ciudadanos y representativos sin interferencia estatal. Sin embargo, hay pocas señales de que estas contracorrientes —cuando son coronadas por el éxito— vayan a hallar eco en todas partes, y, sobre todo, más allá de países menos huérfanos de tradiciones cívicas y liberales de lo que muchos creen.

La relativa relegación del universo de la sociedad civil a la esfera cultural e ideológica, así como al de una ciudadanía privatizada y fragmentada denota su agonía, en última instancia. Privada de la doble protección que le proporcionaba el Estado tradicional y su propia infraestructura institucional en las asociaciones libres y competitivas, la sociedad civil no puede durar para siempre. Le espera un fin lento y quizás poco penoso. Será un movimiento, para muchos, imperceptible hacia un mundo en que ya sea superflua, aunque es concebible que tal mundo no excluya un cierto número de instituciones privadas, más bien inocuas, incapaces de protagonizar la vida social. La autonomía que éstas posean existirá bajo la tutela y regulación de poderosas corporaciones de todo género.

Tras la muerte de la sociedad civil, el Estado mismo perecerá. Ello se sigue lógicamente de la naturaleza misma de la vieja división entre las dos esferas complementarias de la vida social. En su momento estelar, en la cúspide de la sociedad burguesa, parecía poseer fines distintos al tiempo que se necesitaban mutuamente. Ello ya no podrá continuar de igual manera cuando advenga la extinción de uno de ambos elementos, o su total subordinación al otro. La subordinación completa de la sociedad civil al Estado y a las grandes corporaciones mono u oligopolistas entraña su desvirtuación más evidente. Por ello, la extinción futura del Estado no significará —contra lo que reza una popular profecía— que se extinga también el aparato de la administración burocrática. (Las necesidades de la sociedad moderna exigirán su continuación, y su eficacia en la gerencia de la vida humana se verá incrementada por toda la panoplia microelectrónica e informática). Lo que fenecerá a la larga es el Estado *soberano*, tal como fuera concebido en el origen de los tiempos modernos, que ahora acaban.

Las relaciones mundiales sistémicas, con sus pautas de interdependencia, tiempo ha que roen los muros del Estado. Estados hay, claro está, que son más soberanos que otros y que, al ser imperiales, consiguen contener las aspiraciones a la soberanía de otros Estados dependientes o de países clientes o subordinados. Rusia, por ejemplo, dentro de su imperio soviético, el último de los europeos, consigue una soberanía preeminente, aunque no sin quebrantos. Lo mismo le ocurre a los Estados Unidos. Otros Estados, sobre todo los europeos occidentales, se han aventurado por el azaroso camino del reconocimiento oficial de la soberanía limitada. Transfieren mal, a regañadientes, sus poderes a cuerpos supraestatales o federales, cediendo muy lentamente a las presiones de la internacionalización de la economía y de la política. Mal que les pese a los visionarios del Estado mundial, al final de esta tortuosa senda no se erige el Estado gigantesco mundial —los Estados sólo pueden existir en relación mutua—, sino más bien una red compleja de cuerpos gerenciales transnacionales: agencias de coordinación imperativa en la demografía, la ecología, la energía, la distribución de los bienes, el desarrollo tecnológico y la regulación de la vida privada. Se desvanecerá, quizás, el Estado, pero no según las nobles profecías de ayer. O, por lo menos, ello es lo que ha de ocurrir de seguir las cosas por donde van.

Quizás tomen otro rumbo. Sería ingenuo pensar de otro modo. Lo que está claro es que para que lo tomen primero tendrían que ocurrir cambios muy drásticos en el creciente proceso de estatización y corporatización en que nos en-

contramos. ¿Qué pruebas hay de que tales virajes vayan a ocurrir pronto? Hay fenómenos que parecen indicar la presencia de tendencias alternativas —oposiciones cívicas extraparlamentarias, esfuerzos de autogestión obrera y cooperativismo, formación de comunas—, pero su alcance es aún demasiado limitado y deben ser analizadas con prudencia. Algunas de ellas, como la llamada oposición extraparlamentaria —por ejemplo, tal como se desarrollara en Alemania en los años setenta— puede revelar debilidades en la sociedad política que son de mal augurio, pues más ponen de relieve insuficiencias en el orden democrático que su renacimiento, a través de una reestructuración de gran alcance en la vida política. De momento lo constatable es que los movimientos de naturaleza genuinamente transformativa han fracasado cuando sus fines eran de gran envergadura. (Los ensayos en menor escala, como la creación de una cooperativa o la implantación de una comuna pueden ir acompañados de un cierto éxito, al amparo del pluralismo relativo en que vivimos)¹⁰. En todo caso, las frustraciones colectivas a que conduce ese fracaso pueden ser la causa parcial de la militancia lunática o del terrorismo político. A su vez, estas reacciones no hacen sino reforzar los poderes represivos y de *ley y orden* de los gobiernos y sus Estados. No hay contradicción en este aserto, pues no es sólo el Estado el que se refuerza, sino también las agencias internacionales para el control y la represión del terrorismo, lo cual coadyuva a consolidarlas.

No quiere esto decir que los movimientos ciudadanos extraparlamentarios, las campañas de desarme nuclear, las reivindicaciones de autogestión industrial, estén condenadas a la ruina si se expresan fuera del orden corporativo de la politeya contemporánea. La cualidad altamente sistémica y hasta cibernética de esta politeya no es insensible a tales presiones: de ahí su capacidad de reequilibrio y permanencia. Por ello, los gobiernos prestan alguna atención a la preservación ecológica, al control de la polución, a la redistribución de la riqueza y los costos sociales, y a la ayuda, en apariencia caritativa, a los pobres propios junto a aquéllos que sufren penuria y hambre espectaculares en países remotos. Sin descuidar jamás las imperiosas exigencias de la máquina de guerra y la intervención militar donde haga falta, estas medidas filantrópicas suavizan demandas extremas y mantienen el disenso dentro de unos límites tratables. Como ello, se asegura el tranquilo avance del orden social del porvenir, según los imperativos mezquinos del de hoy.

He intentado mostrar hasta aquí cómo la sociedad civil comienza hoy a desintegrarse, y que lo mismo le ocurre al Estado, aunque a un ritmo más lento. He argumentado que la sociedad civil ha sido redefinida como esfera legal, ideológica y cultural, si bien continúan existiendo un número decreciente de instituciones relativamente autónomas, características de la sociedad civil de ayer. He mostrado también cómo, de momento, la distinción tradicional entre Estado y sociedad civil continúa siendo crucial —aunque con modificaciones—, para el mantenimiento del orden político occidental. A la larga, no obstante, la plena corporatización de la sociedad civil significará su propia extinción.

Tal extinción debería tener consecuencias para la teoría social. Las nociones marxistas tradicionales —incluso las gramscianas— se harán cada vez más obsoletas. Quizás, pronto lo estén tanto como las que reverencialmente cultivan los neoliberales nostálgicos amigos de la desigualdad. (Quizás, al concepto gramsciano de la hegemonía le quepa mayor fortuna, pues es una visión sutil de la dominación y de la legitimación de la desigualdad.) Si ello es así, quienes continúan usando estas nociones harían bien en confinarlas a la comprensión histórica de situaciones periclitadas, o a lo sumo a aquéllas que están periclitando.

Algunos observadores han notado que, bajo las prestaciones de las crisis económicas y de otra índole, las sociedades capitalistas se ven ya obligadas a abandonar su propia distinción vital entre Estado y sociedad civil ¹¹. Quizás ello sea cierto, pero la distinción no se abandona fácilmente porque la sociedad civil, hasta bajo las condiciones de hoy, en que está a la defensiva, es una creación resistente y compleja. Haya amigos inesperados y equívocos hasta entre las fuerzas conservadoras que, a la postre, conspiran por su hundimiento. Los movimientos populistas de derechas, a veces apoyados por éxitos electorales, intentan parar la oleada de corporatización como si la reimposición de formas más desnudas y anticuadas de dominación burguesa y empresarial privada fuera posible aún. Estos esfuerzos son contracorrientes temporales y fútiles, aunque sean significativos. Más importante que ello es el hecho de que la sociedad civil halle amigos entre los demócratas para quienes la defensa de las instituciones autónomas es parte esencial de su concepción de la libertad. Sin embargo, los poderosos en la sociedad corporativa ya no creen en la sociedad civil genuina. Se ven obligados a defenderla, sin fe, por razones constitucionales, y lo hacen a desgana. En el mundo contemporáneo, muchos de quienes proclaman la necesidad de una sociedad civil próspera preparan activamente el advenimiento de un universo en el que no haya lugar alguno para ella.

¹ F. A. Hayek, *Law, legislation and liberty*, vol. III: *The political order of a free people*, Universidad de Chicago, 1979, pp. 139-141.

² Para una discusión de las nociones de sociedad civil en Hegel y Marx y los problemas conceptuales a los que dan lugar, cf. L. Kolakowski y S. Hampshire, eds. *The socialist idea: A Reappraisal*, Nueva York: Basic Books, 1974, pp. 18-44.

³ La noción gramsciana de la sociedad civil varía algo en su obra. Aquí me refiero naturalmente a su interpretación *predominante*. Para su opinión de que hay identidad entre la sociedad política y la civil y que la distinción es metodológica (lo cual contradice su visión predominante), véase A. Gramsci *Antología*, ed. por Manuel Sacristán, Madrid: Siglo XXI, 1974, p. 491.

⁴ Por ejemplo A. Gouldner en su *The two marxisms*, Nueva York: Seabury Press, 1980, *passim* y especialmente el capítulo sobre *Civil society in capitalism and socialism*, en el que concibe a la sociedad civil como formada, en la sociedad burguesa, por todas aquellas relaciones que no pueden ser reducidas a un puro nivel económico. Con ello, Gouldner introduce en el marxismo una preocupación central de la sociología clásica, pues aquél —por lo menos hasta Gramsci— tendía a olvidarla, para concentrarse en las relaciones económicas y en el ejercicio del poder, con excepción quizás de la ideología, y ciertamente con negligencia del análisis estructural de las instituciones de la sociedad civil.

⁵ Me refiero a la *Gesetz de zunehmenden Staatstätigkeit*, tal como la enunciara el *Kathedersozialist*, Adolf Wagner.

⁶ Para un análisis de este fenómeno, véase S. Giner y M. Pérez Yruela *La sociedad corporativa* Madrid: C. I. S., 1979.

⁷ S. Giner, *La sociedad masa*, Barcelona: Península, 1980.

⁸ R. M. Unger *Law in modern society*, New York: Free Press, 1976.

⁹ W. Fellner, *Competition among the few*, Nueva York: Alfred Knopf, 1949.

¹⁰ La incapacidad de la izquierda de reconocer el pluralismo efectivo de las sociedades occidentales es notorio. Cf. C. Crouch, *State and economy in contemporary capitalism*, Londres: Croom Helm, 1979, para una crítica de esta actitud (pp. 13 sig.).

¹¹ C. Offe, *Notes on the future of european socialism and the state*, en *kapitalistate*, n.º 7, 1978, p. 37.



SOCIALISMO Y REVOLUCION

E. Tierno Galván

análisis y debate



Tenemos los occidentales la costumbre de utilizar el concepto de siglo como una categoría cultural. Quizá no sólo como categoría cultural, también como categoría estética, pues durante el siglo admitimos que hay un proceso que comienza y acaba, que tiene el sentido y el alcance de la iniciación y el desenlace como si de una obra literaria se tratase. El siglo tiene su fisonomía y su argumento. Este último, aparece como la palabra definitiva, el argumento del siglo, y la clave, explícita o implícita, de un sinnúmero de esfuerzos intelectuales está en encontrar el argumento del siglo de que se trate. El siglo aparece con mucha frecuencia como la estructura temporal de un drama, hasta el extremo de pertenecer al rigor metodológico del historiador desprenderse del peso cultural y estético de la categoría, en muchos aspectos popular, de siglo.

Sin embargo, en cuanto descripción aproximativa de un conjunto universalizado de acontecimientos históricos, buscar el argumento del siglo sigue siendo un buen método, particularmente para afianzar el conjunto de sobreentendidos

que permiten la comunicación intelectual. Así, pues, es lícito e incluso conveniente que nos preguntemos por el argumento del siglo, en especial respecto de aquellos cuya definición desde esta categoría parece más clara, como ocurre desde la Baja Edad Media y en concreto con los siglos XIX y XX. Sin pretender cerrar en límites rígidos el período de tiempo histórico que va desde finales del siglo XIX hasta la fecha, cabe definirlo como siglo atendiendo a los muchos y diversos procesos que en él madurarán y comenzarán.

¿Cuál es el argumento de nuestro siglo? ¿Qué razón principal y permanente se desarrolla como tema primero en el orden de las causaciones y en el orden de los resultados, que sirva para explicar unitariamente el conjunto de estos ochenta años?

A mi juicio, el argumento del siglo está en la crisis de todos los principios de autoridad. La Etica como principio de autoridad, el Derecho, la Ciencia, la Religión, la clase social, pierden la fuerza coactiva y definitoria. Son principios y normas que no se obedecen, se obedecen con la conciencia de la resignación y el sacrificio ante lo superfluo, o se cumplen por la fuerza de la coacción.

El argumento general y decisivo es la falta de *autoridad*, entendiendo que esta última es un principio legitimador de normas, actitudes y conductas.

Al perder eficacia los principios de autoridad, del más universal al más particular, hemos entrado en las legitimaciones menores y fraccionadas. Cada voluntad se constituye en principio legitimador. Es evidente que en la práctica este resultado aumenta en extremo la contradicción entre el Estado y la libertad individual. De una parte hace falta y se pide la intervención del Estado para armonizar, o al menos regular, la intervención de los principios menores de autoridad y sus consecuencias. El Estado tiene que aumentar su coacción cuanto más fraccionada está la legitimación de la libertad. La libertad sexual, la libertad respecto de la familia, la libertad religiosa, según se fraccionan de acuerdo con su criterio voluntarista, generan mayor intervención del Estado y mayor protesta frente a esa intervención. El Estado aparece voluntaria y racionalmente superfluo en la mayoría de los casos y a la vez vitalmente necesario. Nunca es más necesario el Estado que cuando se pierden los principios primeros y generales de autoridad. Cuando el padre de familia genera un principio de autoridad indiscutido, y lo mismo ocurre al sacerdote, al profesor y al miembro del patriarcado nacional o urbano, el Estado aminora su intervención y la sociedad produce sus propias estructuras de consolidación y defensa. En caso contrario, el Estado tiende a intervenir, y de hecho interviene, de modo enérgico y con frecuencia inexorable. Se puede concluir que el liberalismo se apoya en una sociedad en la que tienen eficacia y vigencia los principios de autoridad generales y fundamentales.

Durante el siglo XIX, prepotentes y afirmados los principios de autoridad burgueses, el argumento consistía en establecerlos en la práctica conforme a Derecho. El Derecho, en el sentido de dar a cada uno lo que es suyo, es el argumento del siglo.

Sin embargo, en nuestro tiempo coetáneo, el propio Derecho ha perdido autoridad. Para los jóvenes no está definido qué es legítimo: Legítimo es lo que la voluntad. Así, hemos vuelto a Stirner, o para decirlo mejor, Stirner ha madurado. Hoy es el tiempo del *Unico y su propiedad*. No lo decimos con la desnuda grandeza y ruptura de todos los prejuicios con que Stirner lo dijo, pero, como con fre-

cuencia ocurre, hubo en el siglo anterior quien anunció el argumento del maestro.

Si se dejan subsistir las opiniones individuales, Yo tendré Mi Dios (Dios no puede ser más que *Mi Dios*, es *Mi opinión* o *Mi conciencia*), y si yo tengo Mi Dios, tendré Mi fe, Mi religión, Mis pensamientos, Mis ideales. Por eso, tiene que constituirse una fe común a todos los hombres: *el fanatismo de la libertad*. Esta será una fe estrechamente correspondiente a la *esencia humana*, y será, en fin, siendo sólo el hombre razonable (Tú y Yo podemos ser muy poco razonables), una fe razonable.

Bien es verdad que la destrucción de los principios legitimadores que dan sentido universal a nuestra vida nos ha metido en el reino de lo inmediato. Aquello que está incluido en el ámbito mental y psíquico de lo inmediato es lo que da sentido a la existencia. El quehacer que está a nuestro temporal alcance, incluso el más nimio y trivial, nos define e integra. La voluntad de cada momento para cada caso es la legitimadora; es decir, la que no está permanentemente legitimada por un principio superior de autoridad general.

Ciertamente que esta actitud profunda lucha con la presencia ideológica e institucional de los antiguos principios que conservan vigencia, aunque su importancia subjetiva sea poca y la objetiva descienda de modo continuo. Las instituciones mantienen su poder coactivo, pero sin legitimación suficiente en la conciencia individual, lo que implica un principio de disolución incontenible.

Si éste es el argumento del siglo, cabría preguntarse por el futuro del proceso histórico de Occidente. Lo que hasta ahora se ha venido produciendo es una subjetivización de la libertad hasta confundirla con la voluntad: soy libre en cuanto cumpla lo que quiero *absolutamente*, o lo que es lo mismo, sin lazos ni ataduras. ¿En qué parará este proceso acelerado de subjetivización? Es de difícil pronóstico; modestamente, para intentarlo conviene que nos ocupemos de los condicionantes del argumento.

Durante el siglo XIX, la lucha entre proletarios y burgueses para conseguir que el Derecho se aproximase a los principios de la justicia estaba definida por la ideología revolucionaria. El camino del proletariado, marcado por las avanzadillas dirigentes, era la Revolución e ideológicamente la lucha de clases se manifestaba según criterios revolucionarios o antirrevolucionarios. La revolución significaba el primer paso decisivo o el triunfo completo de los ideales de justicia, entendiendo por ideales las ideologías que se viven y en las que se cree como un principio salvador. En Europa millones de obreros confiaban en la revolución para lograr la justicia. La violencia políticamente organizada ejercida por la clase obrera salvaría al mundo. Resultaba, en la teoría y en la práctica, por completo imposible separar revolución de proletariado. Este era el protagonista exclusivo de la revolución, según la idea que Marx y Engels expusieron en el *Manifiesto comunista*, resumiendo y acuñando un pensamiento común. El Derecho realizaría la justicia o desaparecería absorbido por aquélla cuando la revolución defendida y practicada por el proletariado triunfase. Es evidente que en el proletariado, en la clase obrera en general, tenían que darse las condiciones sociales objetivas y subjetivas de clase que la hiciera capaz para protagonizar la revolución. Estas condiciones se resumían en dos: explotación y miseria. Se entendía por los teóricos de la revolución que ambos eran inseparables en cuanto características de clase, de modo que la explotación conllevaba miseria y la miseria explotación.

Efectivamente, la clase media, la pequeña burguesía si se prefiere, no tenía conciencia de estar explotada, aunque de hecho lo estuviese. La conciencia de la condición de explotado se pierde al llegar a cierto nivel de bienestar.

Puede concluirse que en los sectores miserables de la sociedad se puede despertar con facilidad la conciencia de esto explotado. Sobre este fundamento psicológico, afirmado en las condiciones objetivas de clase, se construyó la práctica de la idea de Revolución político-social. Si se entiende por revolución el cambio de sistema económico, social y político por la acción violenta, el único protagonista capaz de hacerlo que descubrieron los teóricos y prácticos del siglo XIX fue el proletariado, por su condición de explotado y miserable.

Es nota común en las revoluciones cierto contenido mesiánico, que cambia en hondura e intensidad pero que casi siempre existe. Si la idea y la práctica de revolución prenden en una clase social, y sólo en una, en términos generales, esa clase necesita tener especial capacidad de asimilación respecto del contenido mesiánico de la Revolución, que suele reducirse a la esperanza de mayor justicia en la distribución de los bienes materiales y espirituales.

El proletariado, en efecto, se impregna con facilidad del contenido mesiánico que le sirve de motor revolucionario para luchar contra su contrario dialéctico, la burguesía. De este modo, el *argumento* del siglo pasado se establece como la lucha por la justicia social, impulsada por la actitud de una clase revolucionaria, el proletariado.

Pero admitamos la hipótesis de que en cierta área social y cultural el proceso económico imponga cambios profundos en la estructura social, eliminando o disminuyendo objetiva y subjetivamente al proletariado en cuanto clase. Dicho en otras palabras: que una elevación generalizada del nivel de bienestar, de información y de participación, elimine la conciencia de la clase explotada y destruya la eficacia del contenido mesiánico de la Revolución político-social. Esta hipótesis se puede proyectar como tesis en relación con los países de Europa occidental. No ocurre lo mismo con referencia al tercer mundo, tanto en el ámbito que solemos atribuirle geográficamente, como en los casos de tercermundismo que se dan fuera del área convencionalmente admitida.

Si aceptamos la hipótesis de la desaparición en ciertas áreas del proletariado, como clase definida por las condiciones que anteriormente hemos expuesto, conviene preguntarse, para que el análisis sea veraz, riguroso y fecundo: ¿Qué quiere decir en estas condiciones revolución? ¿Cuál es su protagonista? ¿Cuál ha de ser la práctica revolucionaria? ¿Qué ocurre con los partidos revolucionarios?

Los marxistas solemos tener miedo a aceptar esta hipótesis de la desaparición del proletariado que, sin embargo, Marx había previsto en general, aunque confiaba que en la mayoría de los casos la revolución *llegara a tiempo* y en otros, como en el inglés, las propias contradicciones internas y externas trajeran su desaparición. Pero no estudió, al menos con el cuidado necesario, las consecuencias y el significado de la desaparición del proletariado tradicional.

He de admitir que, a mi juicio, la mayor parte de nuestro equipamiento intelectual en cuanto marxistas es valioso y aprovechable. Admitido esto, la pregunta fundamental a la que debemos encontrar respuesta es la de cuál es la clase que ha sustituido, dentro de ciertas áreas geoeconómicas del sistema capitalista,

al proletariado. Objetivamente sigue siendo proletariado, porque continúa explotado, pero subjetivamente ha perdido la conciencia de clase de la explotación, al menos en términos de miseria que arrastre a la acción violenta por la esperanza mesiánica.

¿Cuál es la clase que sustituye al proletariado clásico? La respuesta es clara y se ha formulado muchas veces: la clase media o pequeña burguesía. Está compuesta por extensísimos sectores del antiguo proletariado que se ha elevado a la condición de obrero industrial especializado, pequeños propietarios rurales, universitarios, miembros de las profesiones liberales y los servicios —hombres y mujeres— que se caracterizan, respondiendo a las estructuras y otras condiciones del medio, por un gran amor a la independencia personal, culto a las libertades y derechos individuales, gusto por la crítica, actitudes y respuestas estéticas generalizadas, culto al yo, pérdida de la conciencia de totalidad, más incapacidad casi total para percibir sus propias contradicciones individuales y de clase. Hay que añadir el rechazo de toda violencia y el amor por la paz, más tendencia a un naturalismo ingenuo.

Esta clase, que tiene, aunque explotada, que ver poco con el antiguo proletariado, es la protagonista de la disolución de los sistemas de seguridad producidos por los antiguos principios de autoridad. Es esta clase la que se niega, en nombre del yo, a cualquier principio de autoridad aunque necesita y anhela la autoridad, siendo ésta su contradicción más profunda.

Pero sin entrar ahora en el análisis de más contradicciones ni en la imperiosa ideología humanista que la sostiene, volvamos a la pregunta fundamental: ¿Qué sentido tiene la teoría y la práctica revolucionaria con un *proletariado* de estas condiciones? ¿Tiene, así, sentido defender la revolución tal y como nuestros clásicos la definían?

El argumento de que el Estado es hoy muy poderoso, razón por la cual los ensayos revolucionarios están condenados, no es absolutamente cierto. Estados fuertes han caído, cambiando el sistema que defendían, si las condiciones sociales y económicas para que se produjese la revolución se han aprovechado debidamente. En estos casos el problema del triunfo de la revolución dependía de aciertos en la táctica y la estrategia, no de la estructura social de la comunidad en la que la revolución se producía.

Es hoy en los países desarrollados, en los que el proletariado clásico ha sido sustituido por la clase media —que coincide en muchos aspectos con la antigua pequeña burguesía—, en donde la dialéctica de la lucha de clases se ha transformado, cambiando fundamentalmente el modelo estático y dinámico de revolución.

La pequeña burguesía a la que ascendió el proletariado clásico durante el siglo XIX, mientras luchaba por la justicia y los derechos individuales, es hoy una clase debeladora. Ella ha roto la estabilidad social y ha producido la situación que describíamos al comienzo de este artículo. Le falta la capacidad de disciplina, en cuanto clase y en cuanto individuos, que caracterizaba al proletariado; propende a la inconformidad sin mesianismo. El bienestar le veda el mesianismo ingenuo de masas que el proletariado aceptaba, y la educación crítica y libre le lleva a no aceptar las normas convencionales. En la base de estos hechos está el fundamentalísimo de que la clase media, en cuanto clase, está definida por el

consumo y no por la producción y es consumidora infatigable de libertades frente a cualquier coacción que nazca de la organización de la producción. La contradicción fundamental del fascismo está en que intentó disciplinar ascéticamente a la clase media, según modelos de vida y normas que esta clase rechazaba. Los fascismos se arruinaron ideológicamente al poco tiempo de nacer. El sistema que mejor se aviene con esta clase media libre, crítica y cada vez más cultivada, aunque de modo progresivamente más desconectado y heterogéneo, es el de Estados Unidos. El capitalismo americano se asentará en la pequeña burguesía en tanto esté en expansión. Cuando los capitalismoos o las revoluciones periféricas detengan el proceso expansivo por debajo de ciertos límites, la pequeña burguesía destruirá el sistema sin conllevar ninguna solución de clase. Así está ocurriendo en Europa occidental, en donde no hay revolución ni tampoco esperanza.

El propio proceso de la historia llevará a una nueva situación, pero los grupos y partidos de izquierda, mientras defiendan su posición de dominadores intelectuales de la historia, tienen que elegir respecto de un modelo racionalizador, y particularmente, decidir sobre la teoría y la práctica de la revolución.

Pero antes de proseguir, hagámonos una pregunta que, por lo común, se elude: ¿Qué efectos ha producido la aparición del *proletariado* subjetivamente no explotado y no miserable en los partidos políticos de izquierda, en los países desarrollados de Europa? En principio la respuesta es muy clara: un efecto destructor. Los partidos socialistas se han convertido en partidos pequeño-burgueses, es decir en social-demócratas, porque han perdido la clase revolucionaria por una parte y por otra están dirigidos por miembros de la clase media con mentalidad estético-política más que revolucionaria. En casi todos los puestos políticos de ejecución y dirección están, casi sin excepciones, gentes educadas en el individualismo y humanismo pequeño-burgués, que aman la libertad individual y la independencia personal sobre todas las cosas, que practican y sincronizan espiritualmente con las ideas de paz y bienestar como objetivos de la acción política y motores del progreso, entendiendo que violencia política y progreso espiritual se oponen. Suelen ser gentes que poseen y defienden, sobre todo, su paz privada, que para sobrevivir requiere paz pública.

El nuevo proletariado que constituye la base piensa en general de modo análogo, no sólo en los partidos socialistas, también en los comunistas. La revolución se convierte así en un pretexto intelectual y sentimental para el goce estético. Sin que estén al margen los progresistas *de la liquidación de las convenciones*, en cuanto argumento del siglo XX.

En estas condiciones tienen los partidos de izquierda que plantearse cuidadosamente esta cuestión: ¿Pueden los partidos mantener en la teoría y en la práctica el concepto clásico de revolución, careciendo de la base objetiva de un proletariado que produzca la dialéctica de clases necesaria para que la revolución sea posible? Planteada así la pregunta la respuesta es *no*. Pero se puede y se debe plantear de otra manera: ¿Hay algún camino para que la idea y la práctica de la revolución sea posible, utilizando la presencia del nuevo proletariado-pequeña burguesía o clase media y la dialéctica de clases que genera? En otras palabras: ¿Se puede hacer hoy de la clase media una clase revolucionaria? En este caso, los partidos de izquierda en los países desarrollados de Europa Occidental podrían renacer en cuanto revolucionarios disponiendo de un nuevo o renovado motor mesiánico.

Propuesta con esta sequedad y desnudez, la pregunta se ha planteado muy pocas veces. En efecto, la pregunta encierra algo que da miedo, pues son pocos los que se deciden a darle una contestación afirmativa y menos los que explícitamente, si militan en un partido llamado revolucionario, aceptan la negativa. Analíticamente sólo hay dos caminos: o los partidos políticos de izquierda pierden su definición, aceptando que no tiene sentido defender ni practicar la revolución dentro de las zonas más desarrolladas del sistema capitalista, o cambian su estructura y concretan su ideología dando respuesta a la cuestión de cómo se puede transformar la clase media en una clase revolucionaria.

Lo primero está ocurriendo implícita y en muchos casos explícitamente. Los partidos socialistas y comunistas —más los primeros que los segundos— repletos sus cuadros de nuevos pequeños burgueses, dejan de ser lo que han sido y se convierten en partidos reformistas con actitudes y comportamientos individuales que responden al *argumento* del siglo XX: Destrucción de las convenciones y predominio excluyente del yo. Sufren por otra parte, sin encontrar la respuesta adecuada, la gran contradicción de nuestro tiempo, la fuerte y generalizada tendencia de las instituciones sociales a la solidaridad y a la asociación y la firme actitud individual de egoísmo, aislamiento y competencia.

Desde esta perspectiva la única respuesta que cabe es liberalizar los partidos convirtiéndolos en centro de referencia de los problemas inmediatos, con la obligación de responder institucionalmente del mejor modo posible a los mismos. La consecuencia, que ya se está produciendo, de borrar las diferencias respecto de los partidos democráticos de derecha es inevitable, pues ambos, derechas e izquierdas, se refugian ideológicamente en un vago humanismo antropocéntrico, como conviene a la clase media o actual pequeña burguesía.

En cuanto a la segunda cuestión que se refiere a si son posibles los partidos revolucionarios, mi respuesta es afirmativa. Quizá sea insólito decir esto cuando la común opinión parece que es la contraria, y parece también que el sentido común dice lo mismo. Pero dejemos al sentido común, que no siempre es valioso, y analicemos cómo se puede, en las condiciones que he descrito y supuesto el actual argumento del siglo, ser revolucionario.

Las grandes revoluciones y las teorías revolucionarias universales han tenido siempre por fundamento una concepción moral renovadora. El cristianismo fue, en la práctica y en la doctrina, sobre todo, una doctrina moral y lo sigue siendo. El marxismo es fundamentalmente una ética: Me atrevo a decir que es una moral de la que nace una metafísica, y, originariamente, lo mismo ocurrió con el cristianismo. Cuando no hay una promesa moral y una predicación moral no hay suficiente impulso revolucionario. En otras palabras, el llamamiento mesiánico que subyace en toda moral que trasciende el egoísmo es un llamamiento revolucionario. En la situación actual, siendo el argumento del siglo la disolución y la voluntad todopoderosa de innumerables *únicos*, el *fundamento ético de la revolución marxista es el único camino revolucionario*. Esto tendría poco sentido si no añadiéramos otra cosa: *que la conciencia de lo bueno y de lo malo, como una realidad que trasciende al puro placer o la simple utilidad, aún está viva en el mundo*. Si el marxismo se ofrece y se predica como una ética revolucionaria, el marxismo puede llegar en Europa a la práctica de la revolución. La ideología ética debe convertirse en el ideal revolucionario. La ética marxista recoge los fundamentos morales del cristianismo desposeyéndolos de contenido teológico y de pasividad en la respuesta moral. En el ámbito de los hechos, la eficacia del llama-

miento ético marxista, en cuanto nuevo continente y fundamento de las éticas espirituales, se percibe con claridad en el sacerdote revolucionario guerrillero, que, al añadir a la moral cristiana, formándola, el fundamento de acción y violencia en favor de lo bueno, acrecienta el espíritu revolucionario cualitativamente.

En el orden de las ideas filosóficas la ética marxista no es una ética natural, ni racional, ni teológica. Es una moral social, que nace de la lucha de clases dentro de las condiciones objetivas del mercado. Y es claro, para los analíticos marxistas, que el mercado capitalista y la lucha de clases, pese a sus profundas transformaciones, aún determinan la presencia de una ética individual con conciencia moral, independiente del placer o la utilidad, que sobrevive aunque con valoraciones y enjuiciamientos definidos fundamentalmente por la voluntad de cada uno.

La moral marxista, que como hemos dicho asume en la práctica bastantes principios cristianos, es una moral que tiene como consecuencia la sustitución del sistema capitalista por un sistema socialista y no la salvación individual. Pero la defensa de la ética marxista, en cuanto cobertura ideológica inmediata, es el camino que queda —y no queda otro— para mantener los principios revolucionarios. Aclárase aún más lo que digo si se considera que, pese a que el argumento del siglo es la disolución de las convenciones y la reducción de toda norma general a norma particular, subyace en todos los europeos la esperanza de una ética que fundamente y regule la convivencia. Los partidos revolucionarios tienen el deber de aprovechar esta situación en cuanto camino para conseguir sus fines que son, a su vez, fines éticos.

La idea de que un partido político definido por una ideología moral puede prender y mover a la clase media significa, entre otras cosas, un cambio en el *argumento* del siglo XXI, respecto del siglo XX. Todo apunta a que se ha de producir este cambio. Es una constante en la cultura europea que quizá se puede encontrar en toda la cultura occidental, que los nuevos proletarios, con alto nivel de vida respecto del antiguo proletariado mísero y con conciencia de explotado, pasado cierto nivel, no se adaptan a las ideologías que coinciden con el bienestar y luchan por una ideología altruista de regeneración moral y cambio. Esta situación dura cierto tiempo, hasta que se alcanzan nuevos niveles de tecnología y se produce la adaptación a los más complejos y sutiles de los antiguos, a la vez que se consiguen los fines inmediatos de clase. En este momento el nuevo proletariado se desadapta y busca nuevos modelos sociales. Por qué el proceso sigue este camino y no otro ha sido cuestión discutida entre teóricos y no resuelta. La explicación es sumamente difícil, por la complejidad de los hechos. Las relaciones subjetivas se complican con elementos psicológicos que tienden a escaparse de los esquemas y criterios analíticos, y objetivamente suele aparecer la guerra como fenómeno catalizador que complica y altera la normalidad del análisis. Sin embargo, en líneas generales el proceso de la historia sigue este camino y las pruebas en micro y macro períodos son suficientes para probarlo. Por otra parte, siempre han aparecido procesos de radicalización política con cobertura ideológica moral o procesos de radicalización moral con graves consecuencias políticas.

Esto no significa que no haya otros posibles fenómenos de radicalización moral de minorías dentro de la clase media, pero no cabe confundirlos con una actitud revolucionaria de clase. Ni Sanz del Río ni Costa movieron políticamente y en sentido revolucionario a una clase, sino a una minoría pequeño-burguesa que

carecía de dispositivos suficientes en el ámbito nacional para incorporarse a la política revolucionaria del proletariado.

Ahora, a finales del siglo XX, en Europa entera el nuevo proletariado reclama una revolución moral que dé seguridad y sentido a la vida individual y colectiva, y, sobre todo, y necesariamente, que dé *fundamento*. Este es el argumento que aparece como propio del siglo XXI.

Estamos ante una revolución moral con fundamentos de clase que debe ir acompañada de la correspondiente adaptación de los partidos políticos de izquierda. Psicológicamente existe un gran cansancio del pragmatismo. Tan sólo las gentes pseudomodernas, viejos mental y psicológicamente, defienden el pragmatismo, que es la más antigua y la más firme ideología capitalista. Nada más vacío e inactual en el orden de lo que se desea y espera que el ejecutivo. El nuevo proletariado, y en general la sociedad de Occidente, quiere idealismo en el sentido de sublimación psicointelectual de valores morales. Un programa político pragmático es un programa político sin llamamiento. La política tiene que ser mesiánica si quiere atraer a la revolución a una clase que va a estar objetiva y subjetivamente dispuesta para ella. El viejo mesianismo marxista de la igualdad espera, a través de los partidos de izquierda, su ideal y reverdecimiento.

Concluyendo lo más substancial de cuanto he expuesto, diría que la preocupación fundamental de los socialistas debe ser, en estos momentos, conservar la idea de revolución como idea fundamental que define el presente y el futuro del socialismo, en la teoría y en la práctica, y buscar la base social en la que esa idea prenda para que el pensamiento revolucionario de una minoría pueda llevarse a la práctica.

De aquí que la pregunta fundamental de este ensayo se haya referido constantemente, de modo explícito o implícito, a la búsqueda de esta respuesta: ¿sobre qué clase social puede hoy, en Europa, apoyarse una revolución que pretenda sustituir el sistema actual por un sistema socialista? La respuesta tradicional, fundándose en el antiguo concepto del proletariado, parece anticuada y más retórica que real. Mientras que en el tercer mundo se pueden aplicar a este respecto las ideas clásicas, las transformaciones económico-sociales sufridas por Europa durante el presente siglo nos llevan a la conclusión de la existencia de un nuevo proletariado, al que hay que dar la conciencia de tal.

En el orden didáctico revolucionario, es urgente que se preparen los cuadros de los partidos revolucionarios para, desde valores preferentemente morales, preparar al moderno proletariado o pequeña burguesía en nuestro siglo, para que adquiera conciencia de que es una clase explotada y que su sentido histórico radica en la defensa de la igualdad.

La falsa conciencia de clase que hace que el pequeño y medio burgués se considere explotador más que explotado, o que carezca de la conciencia social de estas categorías, condiciona la acción de los partidos, obligándolos a preparar al nuevo proletariado para el ejercicio de una revolución con fundamentos morales, que sería a su vez una revolución social y política.

No olvidemos que toda gran revolución moral, como el cristianismo, supone una profunda revolución política y que toda gran revolución política, como la revolución francesa, supuso una gran revolución moral. Los valores éticos, en cuanto cauce didáctico y principio en la práctica para la creación de la nueva conciencia revolucionaria, se presenta como un nuevo capítulo de la problemática que hemos expuesto.

¿Cuáles son los valores que la pequeña burguesía puede aceptar como principios y agentes revolucionarios?

¿Se trata de sustituir, complementar o restituir los antiguos valores morales?

Son preguntas fundamentales a las que en su momento habrá que dedicar un nuevo estudio.



Faustino Cordón

Somos viejos amigos. Conocí a Faustino Cordón después de la guerra civil. Acababa de salir de la cárcel. Había sido jefe de armamentos del 5.º Regimiento del Ejército de la República. Nos reuníamos en sitios apartados y discretos para recordar. Eramos todos los vencidos de la vida, como decía el gran escritor portugués Ramalho Ortigao, los derrotados de la contienda. Muchos no pudieron resistir la derrota y se entregaron unos al delirio de la ensoñación, otros al alcohol y unos a la pena vacía.

Raras veces le veíamos, pero recuerdo que Faustino Cordón confiaba siempre y esperaba. Nunca se desmoralizó. Gozaba en aquellos

terribles años de un optimismo animoso, reconfortante que nos iluminaba a todos. Sorprendía por su fe en el hombre, en su futuro, en la ciencia y en la democracia. Nos hablaba de química y de bioquímica, sabíamos que comenzaba su trabajo de investigador y de científico. Durante años llevó una vida retirada.

Era jefe de investigación del Instituto Iby. Empezó su labor creadora con un trabajo sobre Inmunología, que el profesor Gustavo Bueno comentó con entusiasmo en la revista *Theoría*. Asistí a cursillos que dictó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pero aún recuerdo una memorable confe-

rencia sobre perspectivas del darwinismo que sorprendió a toda la intelectualidad española de la época. Luego, he tenido la fortuna de comentar en la revista *Triunfo* sus libros *La función de la ciencia en la sociedad* y *Pensamiento general y pensamiento científico*, y en *El País* sus *Conversaciones biológicas*, así como *Cocinar* hizo al hombre y *La naturaleza del hombre* a la luz de su origen biológico. Faustino Cordón ha cumplido lo que nos prometíamos de él realizar una gran obra, el sueño de Mallarmé: se escribe sólo un único libro durante la vida, *La alimentación*, base de la biología evolucionista.

—¿Cómo va tu redacción del tomo II? Sé que el tomo I trata del individuo protoplásmico y que el II se ocupará de la célula y de asociaciones celulares, ¿qué me puedes decir sobre esto? ¿Cómo planteas el tema y lo estás desarrollando, y cuándo piensas terminarlo?

CORDON—Sobre la célula y su evolución estoy recogiendo información y reflexionando desde hace muchos años. Nuestro problema en este momento es elevar todo el trabajo anterior al nivel del pensamiento más alto que progresivamente hemos ido alcanzando. Precisamente, la redacción del tomo I hace que todo lo estudiado por nosotros anteriormente haya de enfocarse ya de modo distinto; lo que supone un trabajo arduo. Pero en este momento tengo la impresión de que todo el material del tomo II, está a punto. El tomo II tiene tres partes, que corresponden a las del volumen I. La primera, tra-

ta del origen de la primera célula; la segunda de la naturaleza de la célula en general, y la tercera de la evolución de las células y asociaciones de células. La Sección primera está terminada; es decir, hemos concluido una explicación racional del origen de la célula a partir del nivel biológico inferior; no pretende ser la interpretación verdadera, sino una interpretación que trata de acercarse a ella y, en todo caso, verosímil; creo que es la primera vez que se plantea en términos correctos el problema del origen de la célula.

—¿Podrías darnos una definición de la célula?

C.—La segunda parte de este volumen II en que trabajo trata de la naturaleza de la célula; es decir, intenta definir la célula en general. Como cualquier otro ser o proceso, la célula no se puede comprender en su naturaleza íntima, como se procura hacer en la Parte Segunda, sin haber estudiado antes, en la Primera, su origen. ¿Qué puedo decirte pues, así, de buenas a primeras? Para mí la célula es un individuo, un ser vivo, y como todos los seres vivos está definida por un campo unitario que resulta de su acción y que de alguna manera la gobierna, por poseer esa capacidad notable que es la de tomar noticia de los efectos de la acción; es decir, la célula es un foco de conciencia; tiene la capacidad esencial de lo vivo, de la que tenemos conocimiento directo, porque nosotros mismos somos seres vivos dotados, por tanto, de nuestro modo peculiar de conciencia. En este momen-

to tú y yo tenemos conciencia el uno del otro y de lo que estamos haciendo, que procuramos resulte lo mejor posible, etc. Esa conciencia nuestra no es una conciencia mágica, es una conciencia que ha salido de una larga historia. Hace muy pocos días he tenido la desgracia de perder un amigo entrañable, Alfonso Novoa, al que me unían muchos años de amistad, con el que estuve hablando un par de días antes de su muerte hizo poner a una de sus hijas un disco de Bach, y oyéndolo me preguntó, ¿cuánto tiempo crees que lleva en marcha la evolución biológica? Le respondí que tasaciones bien fundamentadas la extienden a dos o tres mil millones de años. Y entonces me dijo: ¿no es verdad que ese período parece insuficiente para que haya surgido lo que estamos oyendo? ¡Qué manera tan patética, que indica el temple de su espíritu, de asumir y de entregarse muriendo al proceso de creación humana en una de sus cimas!

En efecto, Bach, como las mentes más preclaras, es inconcebible sin la base de las decenas de miles de años de la evolución del pensamiento humano. Pero, a la vez, la forma que la acción y experiencia animal toma en el hombre (el pensamiento) es la modalidad culminante de la evolución de esta acción y experiencia, modalidad que no ha podido surgir, sino tras los seiscientos-setecientos millones de evolución conjunta, progresiva, de los animales; pero el animal, por su parte, surgió de la evolución conjunta de las

células y asociaciones de células, esto es, de un modo de acción y experiencia cualitativamente distinta y necesariamente previa a la animal, porque ésta surge gobernando células ya que los animales, y entre ellos el hombre, son —somos— seres vivos supracelulares, que surgen continuamente de su soma constituido por células; de modo que a los centenares de millones de años de la evolución animal hay que sumar el período presumiblemente más prolongado de la evolución celular.

Y a su vez, la célula no es sino sobre su protoplasma, y no surgió sino tras la larga evolución conjunta de éste, cuyo origen se produjo como culminación de una primera etapa de evolución inorgánica (molecular en el agua) que después de un proceso de enorme lentitud alumbró los seres vivos de nivel inferior. Es cierto pues que, como me decía Alfonso Novoa, lo que oíamos es un resultado precioso de un proceso inmenso en el espacio y el tiempo, y sería formidable para el futuro humano que el común de los hombres se hiciese tan consciente como él de la grandeza y de la limitación humanas.

Sea como fuere, señalemos, en resumen, que no podemos entender el hombre sin entender el animal, y sobre esta base comprender cómo la conciencia humana surgió de una conciencia previa animal. Tampoco hay modo de entender el animal sin comprender lo que es la célula como ser vivo (foco de acción y experiencia), y sin inquirir el proceso evolutivo que expe-

rimentó una determinada asociación de células para que, de la colaboración cada vez más íntima de éstas, resultase un foco supracelular de acción y experiencia, el primer animal. Pero, asimismo, resulta imposible comprender la célula (definirla) sin comprender el nivel subcelular de ser vivo, el individuo protoplásmico, y la evolución de este nivel.

Vemos, pues, que el conocimiento, por su primer origen, de los seres vivos de cada nivel remite al de la evolución conjunta de los del nivel inferior, y, así, sucesivamente. Lo mismo hay que decir del conocimiento de cada individuo vivo por su origen, ya que todo proceso embrionario consiste en una proliferación de seres vivos de nivel inferior. Y, en fin, lo mismo puede decirse del proceso de la vida, ya que todo ser vivo resulta instante a instante de tal interacción profundamente cooperante de los seres vivos del nivel inferior que constituyen su soma.

—*Por así decirlo, en la intimidad de cada ser vivo se estratifican los resultados de la evolución previa.*

C.—Pero hay que añadir algo más; cada ser vivo está estrechamente vinculado a su entorno al que, so pena de muerte, ha de someter a medio, esto es, ha de gobernarlo para alimentarse. Por tanto, comprender un ser vivo obliga a entender complementariamente, no sólo la naturaleza de su medio sino cómo, en la Naturaleza, se originó este medio suyo. Está en la lógica de las cosas que del mismo modo que un ser vivo surge de

la evolución de seres vivos del nivel inferior, el medio de aquél ha de surgir simultáneamente de la evolución de los medios de los anteriores. Es un problema más que, por otra parte, ayuda a resolver el anterior del origen de los seres vivos, y recíprocamente.

—*Esto me hace ver el orden de problemas que te preocupan.*

C.—En efecto. En líneas muy generales sin pretenderlo te he dado una idea del argumento de los cuatro volúmenes del libro *La alimentación, base de la biología evolucionista* con el que estoy empeñado a vida o muerte. Se trata de procurar abarcar todo el panorama de la evolución biológica; de esforzarse en comprender, en sus líneas generales, las grandes etapas de esta evolución: la etapa de la evolución molecular hacia el protoplasma, la de la evolución protoplásmica, la de la celular, la de la animal. De este modo, podremos vislumbrar ese prodigio (el de la realidad universal, capaz, complementaria y paulatinamente, de ser percibida y de percibir) que, a lo largo de ese par de miles de millones de años, se ha elevado en la Tierra desde el nivel molecular inorgánico hasta las conciencias humanas culminantes, de las que Bach nos ha servido hoy de ejemplo.

Me parece mejor que nuestra conversación se haya dirigido a exponer este orden general que no hablar de la célula en concreto, cuestión sin duda del mayor interés dentro del estudio de la evolución

biológica, pero de la que es difícil dar nociones fuera del desarrollo ordenado del libro mismo. Me remito, pues, a la aparición en 1982 del volumen II dedicado al origen, naturaleza y evolución de las células y asociaciones de células.

—*Sí, parece preferible que me hables de temas de los que hay más experiencia general. Por ejemplo, ¿crees que hay un gran abismo entre la conciencia animal y la humana?*

C.—¿Cómo contestar a esta cuestión concretamente y sin confundir ni implicar ideología? ¿Qué entender por abismo? Voy a procurar darte con orden algunas ideas que me parecen bien establecidas, hablando de acción y experiencia, que me parece más objetivo que hacerlo de conciencia. Veamos primero las analogías entre la acción y experiencia animal y la humana, para pasar luego a las diferencias.

El hombre es un ser vivo directamente supracelular, es decir un animal más, y, en consecuencia, comparte con todos y cada uno de los demás animales un mismo modo de acción y experiencia. Como todos ellos, actúa sobre su medio mecánicamente mediante la acción coordinada de células musculares, acción que se ajusta al medio animal por el sistema nervioso que, a su vez, es un conjunto de células encargadas de realizar entre todas (diferenciadas convenientemente) tres funciones: mantener el campo físico sede de la unidad de cada animal (su ánima); integrar el estímulo animal aferente que refleja el efec-

to de la acción animal que acabe de cumplirse y de canalizarlo hacia dicha unidad; y, por último, percibir la reacción espontánea del ánimo a dicho estímulo para sostenerla y, haciéndolo, determinar el estímulo eficiente, que guíe la siguiente acción muscular sobre el medio. En nada de esto difiere el hombre de los demás animales (su misma acción peculiar, el lenguaje, está realizada por músculos, incluso en la reflexión inaudible); como cualquiera de ellos, el hombre percibe a otros animales y es percibido por ellos por órganos de los sentidos surgidos en un proceso común, en el que las conductas de unas especies se han ido adaptando a las de otras; percibe como el común de los animales las discontinuidades entre el suelo, el aire y el agua y las aprovecha para su locomoción; y, ni que decir tiene, posee el carácter primario, definidor del nivel animal, de alimentarse de masas celulares a las que desintegra en su aparato digestivo para

obtener alimento propio de sus células, alimento éste que, por su propia acción animal, distribuye entre ellas mediante su aparato circulatorio, etc. Sin duda, el hombre es un animal estricto y (a diferencia de lo que le sucede con la célula o con el individuo protoplásmico) puede relacionarse con los animales de muchas especies por una red de relaciones recíprocas inequívocas. Sin duda, el hombre no parece separado de los demás animales por ningún abismo.

—*Al parecer, los etólogos descubren en los animales lenguaje articulado, lo que borra una última diferencia. Me resisto a admitirlo, ¿qué te parece a ti?*

C.—Como siempre, depende de lo que convengamos entender por lenguaje. Mediante el aparato fonador y en particular la lengua (cuya función primaria es, sin embargo, deglutir), muchos animales gregarios se dan gritos de alerta que pueden ser diversos y cada uno tener su sentido para los animales de la especie y

hasta de otras especies (peligro, amenaza, convocación, amistad, etc.); a este nivel de relación animal, el homínido ancestral, sin dejar de ser animal, debió articular muchas voces distintas. Tal articulación no es el lenguaje humano, aunque sí la condición para que éste se produzca. El lenguaje capaz de traducirse en pensamiento generador de nuevo lenguaje, audible o inaudible, él sí que constituye una facultad privativamente humana que ha emancipado al hombre de la evolución conjunta de los animales de la que, en definitiva, él ha surgido. Dicho en otras palabras, cuando unos homínidos comenzaron a realizar, al abrigo y con independencia de los demás animales, una actividad solidaria remuneradora en alimento, que abría un nuevo modo de explotar la naturaleza, estaban realizando algo de una inmensa trascendencia evolutiva; a saber, constituir el primer núcleo de un nuevo tipo de medio, la sociedad, en el que los gritos animales de



atención a lo inmediato y externo se habían elevado a una función nueva que pronto constituiría su propia naturaleza, el pensamiento.

En efecto, las llamadas de atención de un animal sólo se completan y adquieren su sentido para el que las oye cuando percibe la circunstancia que ha provocado los gritos, circunstancia en general independiente del animal que grita. En cambio, la palabra realizada en pensamiento anuncia propósitos, pide una colaboración otorgada de antemano, de modo que la palabra se convierte en el elemento rector del medio; y, además, abre el camino hacia la realización de acciones solidarias cada vez más complicadas y que exigen mayor previsión, lo que fue elevando el grado de abstracción y la eficacia del pensamiento, y obligando a enriquecer y precisar el lenguaje. Todo a un ritmo enormemente más acelerado que el de los medios animales más progresivos.

Este medio humano y el lenguaje que lo traba sí nos diferencia, pues, de los demás animales; nos realiza en un modo de experiencia (el pensamiento) tan eficaz que en decenas de miles de años (tiempo insignificante a escala evolutiva), el hombre ha influido irreversiblemente sobre toda la vida animal. Claro que precisar por su origen esta diferencia exige entender, como te dije, la naturaleza animal y su evolución, lo que nos enredaría en una interminable disquisición; voy a limitarme a hacerte observar alguna manifestación de la diferencia.

Los animales, por ejemplo, han sido modelados en sus conductas y conformación específicas por una evolución conjunta que mantiene casi invariables las especies a lo largo de millones de años en una competición implacable en la que mueren los menos aptos; sobre la evolución, el individuo como tal no influye (influyen cuánticamente las generaciones) y se limita a sobrevivir aplicando su conducta específica con un tenso esfuerzo que sólo le permite sobrevivir para recaer continuamente en una grave necesidad. El medio social humano no es así; a pesar de su desarrollo todavía vacilante y conflictivo, es cada vez más solidario (si bien esta solidaridad a veces sea la de compartir enormes riesgos con que nos amenace otro conjunto solidario); la integración social de experiencia es ya tan rápida que se acusa en la vida individual, y las personas, asimilando esta experiencia y contribuyendo a ella, no sólo conquistan un grado creciente de libertad, sino que se realizan en esta conquista, lo que es inimaginable en los animales.

Por otra parte, la influencia sobre la evolución (limitada a dejar descendencia) y la esperanza de vida se anulan en los animales cuando pierden su fecundidad. No sucede esto en el hombre, quien, por otra parte, no suele ser sacrificado al llegar a viejo (como hace el implacable medio animal) y, por otra, cuando en su madurez se ha realizado activamente en pensamiento es probable que pueda seguir haciéndolo de por vida con eficacia creciente,

a pesar de la declinación física, gracias a la ley del pensamiento de irse elevando en abstracción. Ello da al hombre una mayor perspectiva de vida. Pero no nos engañemos, el hombre se distingue entre los animales, pero, por su naturaleza y hasta por la de su medio, es un animal estricto: su soma y su psique son netamente animales.

—Así pues, el paso de un animal al hombre es una inflexión evolutivamente pequeña; la dificultad del paso de la célula al animal es mayor y, sin duda, es mucho más radical la diferencia entre uno y otro ser vivo.

C.—Así es; la diferencia entre los dos procesos evolutivos es tan grande que no son comparables: en un caso se trata de la adaptación paulatina de un animal (de un mono antropoide) a un modo de vida distinto que le va a ir dotando de una facultad animal nueva; en el origen del animal se trata del surgimiento de un nivel nuevo de acción y experiencia. Del modo más sucinto, el proceso consistió en el modelamiento paulatino de una pequeña asociación de células adaptada a aprovechar un tipo de alimento que exigía de ellas una cooperación muy íntima; el afinamiento de esta cooperación (tras un proceso obviamente largo y complejo), culminó en el hecho de que algunas células especializadas se coordinaran de modo que las alteraciones ambientales provocadas por las oscilaciones de sus respectivos organismos (por la sede física de su experiencia) dieran origen, produciéndose al unísono, a

un campo físico más amplio y de otra naturaleza que el organismo celular. Este campo físico circunscrito, mantenido de consuno por estas células que lo van a tomar como guía de su cooperación, es el organismo (al ánima) animal.

El origen del primer animal es, pues, la historia de cómo una acción realizada en cooperación por seres vivos de un nivel deviene agente, adquiere conciencia de los propios efectos y se constituye en ser vivo de nivel superior. Estos saltos de nivel son los hitos perdurables de la evolución biológica. De cada uno resulta el protagonista de toda una etapa de la evolución biológica, que a su vez culminará en la siguiente, etc.

A la vista salta que, por lo esencial del resultado, la elevación de todo un ámbito de la realidad a un nuevo orden de relaciones hace que difieran radicalmente los seres vivos de cada dos niveles (excepto en el hecho de ser individuos genuinos, definidos por una capacidad de acción y experiencia). Y, en efecto, fuera de esto, todo difiere entre las células y los animales: por ejemplo, son distintos el modo de acción (hidrodinámico en las células, mecánico en los animales), la constitución del soma (respectivamente, por individuos protoplásmicos y por células), la naturaleza física de su organismo (agua constituida en un campo de protones, y un campo magnético), su reproducción (las células transmiten los caracteres adquiridos y los animales los congénitos), etc.

—*Comprendo que en una conversación no es lugar*

hablar de la célula, pero te he oído que habías entrevistado qué es la conciencia y la memoria en la célula.

C.—La cuestión de la conciencia y de la memoria han sido una sorpresa que ha resultado de la redacción del volumen II dedicado a la célula. En el volumen I de mi tratado sobre biología evolucionista, dedicado al origen, naturaleza y evolución de los individuos protoplásmicos, éstos se definen, como los otros seres vivos —células y animales—, por el modo de acción que les es propio y por la experiencia que toman de los efectos de su acción, para corregirla. Pues bien, en lo que he podido rastrear de este ser vivo del primer nivel (directamente supramolecular) nunca tuve necesidad de distinguir entre experiencia y conciencia ni ocasión de vislumbrar una memoria protoplásmica. En una palabra, conciencia y memoria son conceptos ausentes del volumen I.

Sin entrar en los conceptos mismos, me limito a decirte que al estudiar evolutivamente la célula, por la mayor abundancia de datos disponibles, todo se ve con más riqueza y precisión que en el protoplasma. Por ejemplo, en la célula se entrevé mucho mejor lo que son el estímulo, el organismo y la interferencia entre uno y otro que es la experiencia. Esto es lo que permite distinguir en la célula, dentro de la experiencia, la parte consciente de ella y cual es el sustrato físico de la conciencia celular. Este orden de ideas, que los datos objetivos nos han impuesto en la célula, puede ayudar en su día a plantear

el problema de la naturaleza física de la conciencia animal y, por tanto, humana. (Repito que la naturaleza animal del hombre impone que el sustrato físico de su conciencia sea el mismo que en los animales, aunque no los contenidos de la conciencia brindados por un medio que hemos visto claramente distinto.)

Algo parecido ha pasado con la memoria, que también se me ha impuesto por primera vez en la célula; en ella he comenzado a entender que las acciones repetidas dejen un rastro en el soma celular que influya sobre el modo de producirse las acciones futuras. Creo que lo aprendido en la célula puede ayudar a comprender la memoria animal, fenómeno éste que sí me ha venido preocupando mucho, y que, por el carácter unitario de los seres vivos, nada tiene en cambio que ver con la llamada *memoria* que se aloja en artefactos.

—*El tiempo que nos resta me gustaría dedicarlo a otro orden de ideas. A tu experiencia científica concreta. Por ejemplo, ¿qué relaciones ves entre práctica y teoría científicas?*

C.—La preocupación sincera y continuada por entender un aspecto de la realidad es lo que caracteriza al científico. Claro que esta curiosidad es inherente al hombre, de modo que todo hombre casi continuamente está procurando entender algo. La pesquisa científica tiene una cualidad adicional; a saber, el problema concreto o la ley sobre la que se concentre la atención de un hombre de cien-

cia ha de plantearse de modo que intente ampliar más o menos el conocimiento humano sobre el campo en general. La colección de datos sin saber para qué se reúnen, lo que podemos llamar ocupación pasiva de tierra de nadie, por sofisticado que sea el procedimiento con que se reúnen, no es trabajo genuinamente científico. Este se dirige al dato concreto (no puede ser de otro modo), pero con el propósito de corregir o dilatar la interpretación general de la realidad. Basándose en la coherencia del universo, el científico sabe que profundizar en el conocimiento de un hecho concreto, de alguna manera ayuda a entender el todo de que el hecho concreto es parte y, al contrario, el avance en el pensamiento teórico ayuda a resolver los problemas concretos.

—*Pero en ti, ¿cómo se han dado esas relaciones entre la práctica y la teoría?*

C.—Si hago memoria creo que los avances principales dentro de mi trabajo se dieron como consecuencia de investigaciones sobre fenómenos concretos, que me esforzaba en conocer e interpretar, sin sospechar su proyección teórica que siempre me ha cogido de sorpresa. En cambio, corregir o dilatar la teoría desde dentro de ella, sin la palanca de la familiaridad con los hechos, está menos en mi inclinación o facultades.

Conforme a esa idiosincrasia trabajé ocho o diez años en temas convencionales de bioquímica que me eran planteados por la práctica industrial de las dos empresas en las que, de

hecho, me formé, temas a los que abordaba aplicando con plena confianza el sistema teórico vigente. Creo, sí, que tenía un instinto o tendencia, que el científico desarrolla, a orientarme hacia aquéllos problemas concretos en los que cabía profundizar. Sólo cuando los hechos reales con que estaba familiarizado entraron en contradicción con la teoría me vi forzado a ir cuestionando ésta.

—*Perdona una pregunta precisa, ¿cuál fue ese problema práctico concreto que impulsó tu pensamiento teórico?*

C.—Cerca de mis cuarenta años, trabajando en sueros y vacunas, se me planteó el problema de privar a unas soluciones de proteínas de su capacidad de sensibilizar, de provocar un estado alérgico frente a ellas. Este problema práctico me ofreció a mí, bioquímico, por primera vez, un problema biológico que enseguida polarizó mi esfuerzo. ¿Por qué mínimas cantidades de una proteína de una especie ajena a un animal, si se le administran parenteralmente, cambian su modo de reaccionar ante una segunda inyección de ella? Es evidente que la solución no está en la proteína, sino en ella y en el animal que la recibe; entender el fenómeno en profundidad parece que habría de contribuir a entender el proceso de la vida misma por esa alteración suya tan notable. Tal vez por tratarse de un tema colateral, me puse a investigar, utilizando la alergia de cobayos a caseína, sin estudiar antes la interpretación del fenómeno por la inmunología vi-

gente. De este modo, llevado por mi familiaridad directa con los hechos y sin estar condicionado por prejuicios, me fui formando una opinión propia de lo que sucedía. Me pareció que el antígeno (aquí caseína) que los cobayos reciben en primera inyección se aloja en determinadas células en las que, por así decirlo, moléculas suyas arraigan, por el hecho de que tales células poseen y multiplican una proteína afín al antígeno (a la que llamé proteína homóloga). La proteína ajena albergada tiende a ser multiplicada en concurrencia con la propia, y el hecho predispone a una alteración permanente que es puesta de manifiesto por la segunda inyección. Pero lo que me subyugó fue la impresión, por así decirlo, de toda una intensa vida subcelular distinta del mero crecimiento y alimentación de la célula.

Claro que a esta interpretación intuitiva de lo observado no le di más valor que el de una hipótesis de trabajo desde la que contrastar todos los hechos pertinentes conocidos, y el modo o modos de interpretarlos. Tuve la suerte de que en ese momento acabasen de aparecer los primeros volúmenes del tratado de inmunidad de Doerr, exposición sistemática, rigurosa y crítica dentro de la mejor tradición científica alemana, redactado por un anciano que había participado activamente en el desarrollo de muchos campos de la inmunología; leí y reflexioné con gran atención los ocho tomos que fueron apareciendo, que vertí al castellano y editó la *Revista de Occidente*.

Noté para mi sorpresa que la interpretación admitida era muy distinta; a saber, se postulaba que el antígeno, por así decirlo, avisa al organismo de su presencia, le provoca un impacto inmunizador, momentáneo, al que el organismo responde produciendo defensas (anticuerpos) durante muchísimo tiempo, defensas contra algo que no ataca ni de hecho persiste; la multiplicación primaria para los inmunólogos no es la del agresor, sino la de defensas frente a algo inerte (en previsión de que sea nuncio de un agresor real). Desde mi concepción, la interpretación admitida me pareció teleológica; aunque si yo hubiese dispuesto del Doerr en vez de trabajar con la cabeza libre un par de años, probablemente no me hubiese sabido oponer a la opinión dominante. Claro que, en posesión de una interpretación que me pareció más racional, le fui ya fiel; la fidelidad a la propia razón, desde una sana desconfianza de ella, es un imperativo tanto del científico como de todo hombre. Me dispuse a serle fiel del único modo correcto, a saber, contrastándola en su capacidad, frente a la interpretación dominante, de dar cuenta de todos los hechos de inmunidad. El resultado de mi labor (que recogí en mi primer libro, de 1954, *Inmunidad y automultiplicación protéica*) fue satisfactorio; nuestro modo de ver daba unidad a campos de la inmunidad hasta entonces inconexos e interpretaba hechos en él inexplicables, como son las características de anticuerpos naturales (como los grupos sanguíneos), la aplicación de la

inmunidad cruzada para descubrir el grado de parentesco filogénico entre animales, el mecanismo de los venenos por antigenicidad (de las toxinas), etc.

Pero este primer trabajo personal que absorbió mi labor experimental y mi reflexión durante unos años tuvo para el curso de mi vida, sobre todo, una doble consecuencia. Por una parte, me abrió un resquicio que pronto me llevó al orden de problemas que he ido desarrollando durante estos treinta años: la existencia de un nivel subcelular de ser vivo, el concepto de nivel biológico de integración, las relaciones de origen y mantenimiento entre seres vivos de distinto nivel y con los inorgánicos, etc.; fue, en una palabra, el punto de partida de la línea de pensamiento que he seguido desde entonces. Por otra parte, pienso que este primer trabajo marcó mi modo de trabajar de por vida; de alguna manera me atraen los hechos para mí nuevos que puedan corregir o ampliar lo que creo entender (no hay más modo de avanzar en el pensamiento constituido que negándolo en algún aspecto); ante todo, procuro familiarizarme con estos hechos, visualizarlos (por cálculos, por gráficos, etc.) y relacionarlos con lo que me es conocido de ellos, de todas las formas posibles para procurar interpretarlos a mi modo; y sólo después de haber reflexionado en profundidad leo lo pertinente al tema, que así adquiere un notable relieve; es como si necesitase avanzar sobre la tensión de dos líneas de pensamiento.

—Pero, en el curso del tiempo, tus problemas han ido cambiando y saltando de un campo de la biología a otro.

C.—Pienso que el destino más que mi idiosincrasia me ha permitido ir escapando de la dulce rutina. Ya te he expuesto que la inmunidad pareció brindarme una primera clave de una vida subcelular; ahora bien, el intento de comprender el primer nivel biológico exige, por definición, enfrentarse con el surgimiento de la vida desde lo inorgánico, y a este problema fui llevado inesperadamente (ahora no sabría decirte cómo) desde mi primer enfrentamiento con el fenómeno de la fotosíntesis, sin embargo, tan alejado a escala evolutiva del primer origen de la vida; sea como fuere, con el apoyo del orden de ideas antes iniciado, logré una primera enunciación teórica de los niveles biológicos de integración, que se expuso en un librito que editó hace unos veinticinco años Taurus, con el título de *Introducción al origen y evolución de la vida*. En este opúsculo se enuncia no sólo la estratificación de la realidad en niveles, sino las leyes de los niveles biológicos, entre ellas la ley de la evolución en homeostasis de un nivel inferior bajo el superior (del protoplásmico bajo el celular, del celular bajo el animal); por ejemplo, los animales en estado de naturaleza se comprenden como resultado de ventajas selectivas para el modo de vida adoptado por la especie; a la vista salta que el tigre está modelado por su medio para cazar, la liebre para huir, etc.; re-

sulta obvio, por otra parte, que el modelamiento del soma animal exige una determinada conformación de las células que lo constituyen, pero éstas, en tal condición subordinada, no se modifican por ventajas selectivas para ellas mismas, sino para el animal de que forman parte, ya que la supervivencia de éstos es lo que opera en la evolución. Esta ley y el resto del libro hace que éste constituya un primer esbozo, todavía confuso, de la evolución biológica entendida como un proceso conjunto. Así, el salirme de mi rutina inmunológica de la mano de la fotosíntesis, me hizo ampliar el campo de mis problemas.

—No obstante, en tu trabajo se ha producido de vez en cuando, me parece haber leído en algún escrito tuyo que cada cinco años, una dilatación general del pensamiento teórico.

C.—Sí, pero nunca desde dentro de la teoría, sino es ahora que procuro organizar en un solo cuerpo de doctrina hechos muy diversos interpretados en tiempos alejados. En la realidad, los avances han sido siempre provocados por la incidencia de algo inesperado que va a chocar con mi prejuicio. Por otra parte, es natural que lo nuevo se considere siempre desde el pensamiento más alto disponible; por lo que está en la lógica de las cosas que en cada una de esas circunstancias, separadas, ciertamente por unos cinco años, se logre ensanchar el previo pensamiento general hasta la fecha logrado. Pero la palanca del avance ha sido siempre objetiva y casual.

Por ejemplo, hace más de quince años, en el departamento de investigación dirigido por mí en una empresa farmacéutica, se planteó la conveniencia de formular un preparado contra la gastritis. Aunque emprendido este estudio a iniciativa mía, lo hice a regañadientes porque me distraía de problemas absorbentes por un problema de interés práctico y coyuntural. Claro que para formular un antiácido hay que conocer como se produce la secreción normal de clorhídrico por el estómago, cuya disfunción se proponía corregir el fármaco en proyecto. Entonces el químico que colaboraba conmigo notó con sorpresa que las fisiologías a nuestra disposición no explicaban convincentemente cómo se produce el clorhídrico en el estómago, a pesar de lo cuantioso de la secreción. El aparato teórico de que ya disponíamos nos permitió adelantar una hipótesis plausible, aún inédita, que sigo creyendo válida, y además entender por qué el problema se resiste a los fisiólogos.

De hecho, en la producción misma del ácido clorhídrico interviene el animal como un todo actuando sobre una glándula de configuración adecuada, adquirida por pasos durante la evolución animal, en la que se disponen en el lugar adecuado de ella las células especiales de donde mana el clorhídrico. De hecho, el intento de resolver la producción del ácido clorhídrico en el estómago nos hizo plantearnos un problema de un tipo para mí inesperado: el origen y evolución de una glándula.

Pero lo notable es el hecho de que este problema nos condujera ante la cuestión del origen del primer animal. Que lo que conocíamos de la glándula nos facilitara una solución para este problema casi antes de plantearnoslo nos causó la mayor sorpresa, aunque hoy me parezca inevitable. Basta pensar que el animal se define por alimentarse de masas de células que comienza por desintegrar en una cavidad digestiva. Parece estar en la lógica de las cosas que el animal proceda de una asociación de fagocitos adaptada a vivir de masas muertas de este tipo de alimento, que en esta asociación se especializasen células digestivas, y que las células digestivas sentaran la ventaja selectiva de crear el aparato digestivo, así como que la coordinación funcional de células, manejándolo, fuese lo que originara la acción y experiencia animal, el primer animal. Cada paso resulta comprensible y todo otro orden de aparición carece de sentido.

Sea como fuere, también en esta ocasión un problema muy concreto y a primera vista intrascendente (como es formular un antiácido) condujo aprisa a una ampliación teórica. Claro que para ello hay que esforzarse en resolver en profundidad el problema concreto, aplicar a el bien la teoría. En el universo coherente, aspectos al parecer distantes están íntimamente relacionados; por eso, descubrimientos como éste no hacen sino testimoniar nuestra propia ceguera. En todo caso, el trabajo científico (la ciencia experimental mo-

derna es la experimentación elevada a teoría) exige atender con el mismo interés al hecho concreto y al pensamiento general, y educar la capacidad de impulsar en los dos sentidos el uno por el otro.

—*Alguna vez te has referido a que la ciencia experimental sufre una crisis de pensamiento impedida por una enorme acumulación de datos, ¿qué me dices a este respecto?*

C.—En el universo coherente la acumulación de datos ayuda a perfilar los grandes contornos, a interpretar la realidad satisfactoria, racionalmente. Claro que la acumulación de datos inconexos, el hecho de que éstos nos impidan ver el bosque, no es la causa, sino el síntoma de la crisis.

Pienso que la causa es ajena al desarrollo interno de la ciencia; es quizá una manifestación más de una crisis más general. Esta huida del pensamiento teórico, esta indiferencia e incluso hostilidad a pensar, a entender, en buena parte, probablemente se debe al hecho de que la ciencia, de guía de la actividad productiva, se ha convertido en servidora de ella.

Esta subversión de funciones está esterilizando la ciencia; pero no menos cierto es que la influencia sobre la actividad productiva es igualmente nefasta. Nada tiene más valor práctico que el pensamiento teórico, que el descubrimiento de la ley, de modo que la actividad productiva olvidándolo mata su gallina de los huevos de oro. Todavía más

grave parece el hecho de que el haber aherrojado a sus objetivos a la ciencia impida a la actividad productiva desarrollarse armoniosamente, querer y poder tener idea clara de los efectos de su expansión, en el momento en que su gran eficacia y poder exige una clarividente previsión que impida graves efectos irreversibles.

—*Volviendo a las relaciones entre teoría y práctica, los positivistas modernos como Popper, Kuhn y Lakatos, a diferencia de los positivistas tradicionales, dan importancia a la hipótesis teórica como orientadora del trabajo científico práctico y creen que la ciencia progresa a impulsos de hipótesis. Por el contrario, Creymonat, científico italiano, opina que hace falta un pensamiento teórico más elaborado, que vaya más allá de esa pura relación entre la hipótesis y la práctica, ¿qué opinas a este respecto?*

C.—Mi opinión está implícita en mucho de lo que te he dicho. Un experimento que no vaya conducido por una genuina hipótesis científica; es decir, que no pretenda un progreso del pensamiento no acaba, en mi opinión, de ser científico. Ante un hecho extraño, nuevo, sobre el que no se sabe qué pensar, para abordarlo experimentalmente no cabe sino adelantar lo que Darwin llamaba una hipótesis disparatada. Pero hay que procurar idear experimentos que precisen algún punto oscuro de la teoría. Y tanto más cabe esperar del experimento cuanto mayor sea la base teórica de la hipótesis.

Por otra parte, en toda hipótesis, en la más alocada o en la más pretendidamente libre de prejuicio, hay un fondo teórico, superficial o profundo, sano o extraviado. Pretendámoslo o rehusémoslo, la experiencia social acumulada conduce nuestros pasos en buena o mala dirección, por lo que hay que tender al pensamiento más integrador y, por tanto, más fidedigno para guiar nuestras hipótesis.

El hombre de ciencia se esfuerza en precisar, con el contraste de los hechos, la línea que separa lo que él cree saber de lo que ignora, y mediante su experimentación procura desplazar hacia la claridad el informe entre la luz y la sombra. La hipótesis no debe ser sino la teoría gestándose.

—*Así pues, el estado de cosas actual impide que la ciencia, desarrollándose libremente, dé todo su fruto práctico.*

C.—Así lo creo, pero pienso algo más. A medida que los hombres, apoyados en el conocimiento científico, dominando los procesos naturales se ponen a cubierto de las necesidades inmediatas, la ciencia se constituye en un fin en sí. No se trata ya de saber para poder subsistir, sino de subsistir para realizarnos en conocimiento.

Recuerdo la oda a Felipe Ruiz, de Fray Luis de León, en la que desea morir para, «elevado a la más alta esfera», «contemplar la verdad pura sin velo». Este anhelo de Fray Luis es, en definitiva, el de la realización en libertad, propia de la naturaleza humana, en pensa-

ENTREVISTA

esbozo burdo que nuestra sociedad permite.

Por lo demás, creo que el hombre llegará a ese estado si pienso en lo que ha logrado en los aspectos positivos de su desarrollo en los pocos decenios de miles de años de su evolución cultural, y ante la perspectiva posible de su evolución futura que, si no la aniquila él mismo, puede dilatarse aún tal vez unos miles de millones de años.

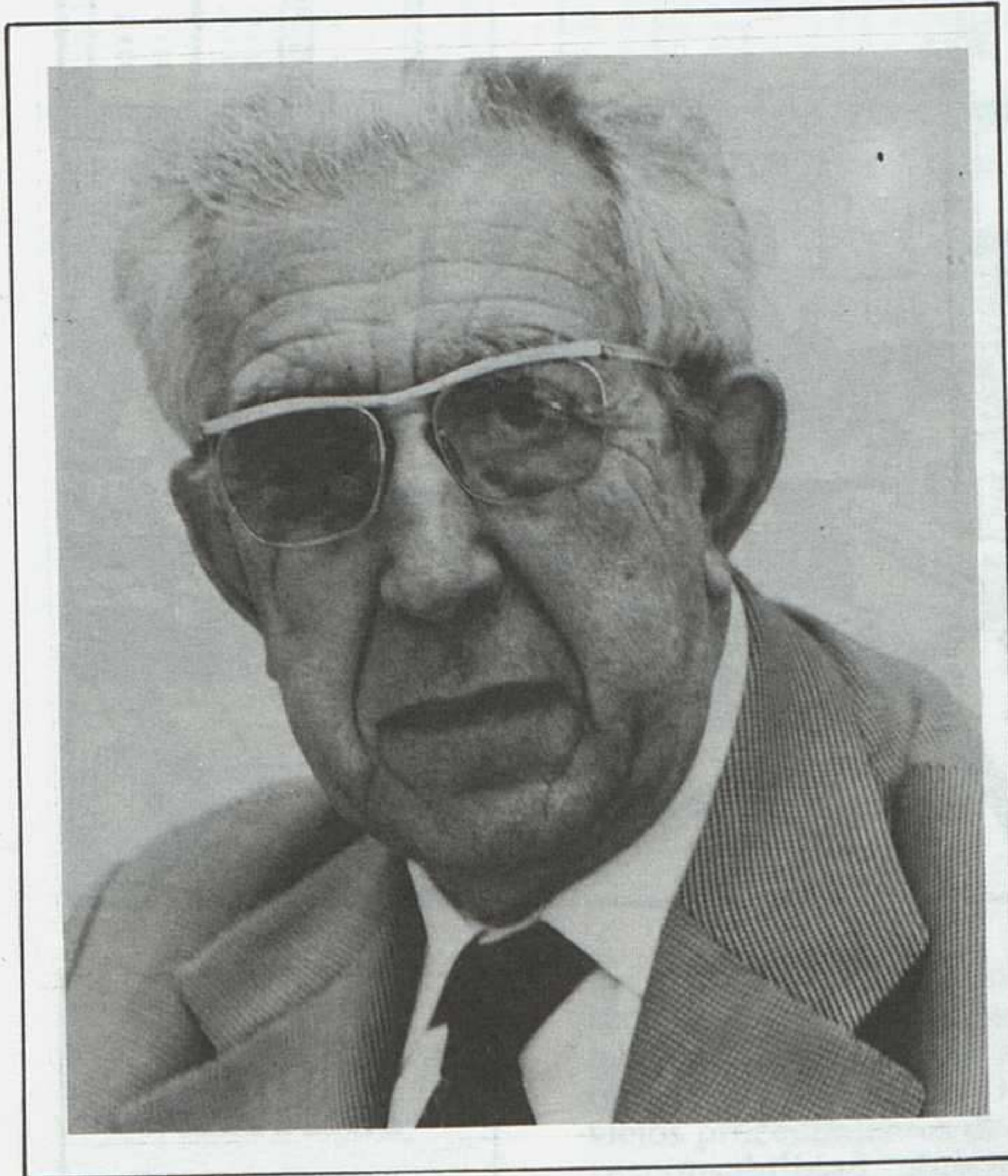
—Así pues, la ciencia ha de contribuir al entendimiento entre los hombres.

C.—El hombre, la palabra que nos comunica y realiza en pensamiento, fue necesariamente un resultado de la cooperación entre animales. En el lenguaje mismo está esa tendencia a la comprensión cuya perspectiva, desgraciadamente difícil y lejana, hemos intentado entrever. ¿Qué estamos haciendo los dos en este momento? Ofreciéndonos muñones de pensamiento y procurando integrar un pensamiento común más abstracto, más rico y verdadero. La conquista de la verdad es la única calzada del progreso.

—Entonces el socialismo, que responde a la necesidad de cooperación humana, contribuye a realizar nuestra naturaleza.

C.—Así lo creo; el objetivo inmediato es lograr una unidad de personas cooperantes que abarque todos los hombres. A este fin pienso que hay que procurar, con una tenacidad incansable, resolver todos los conflictos, cada vez más peligrosos, en cooperación.

Carlos GURMENDEZ

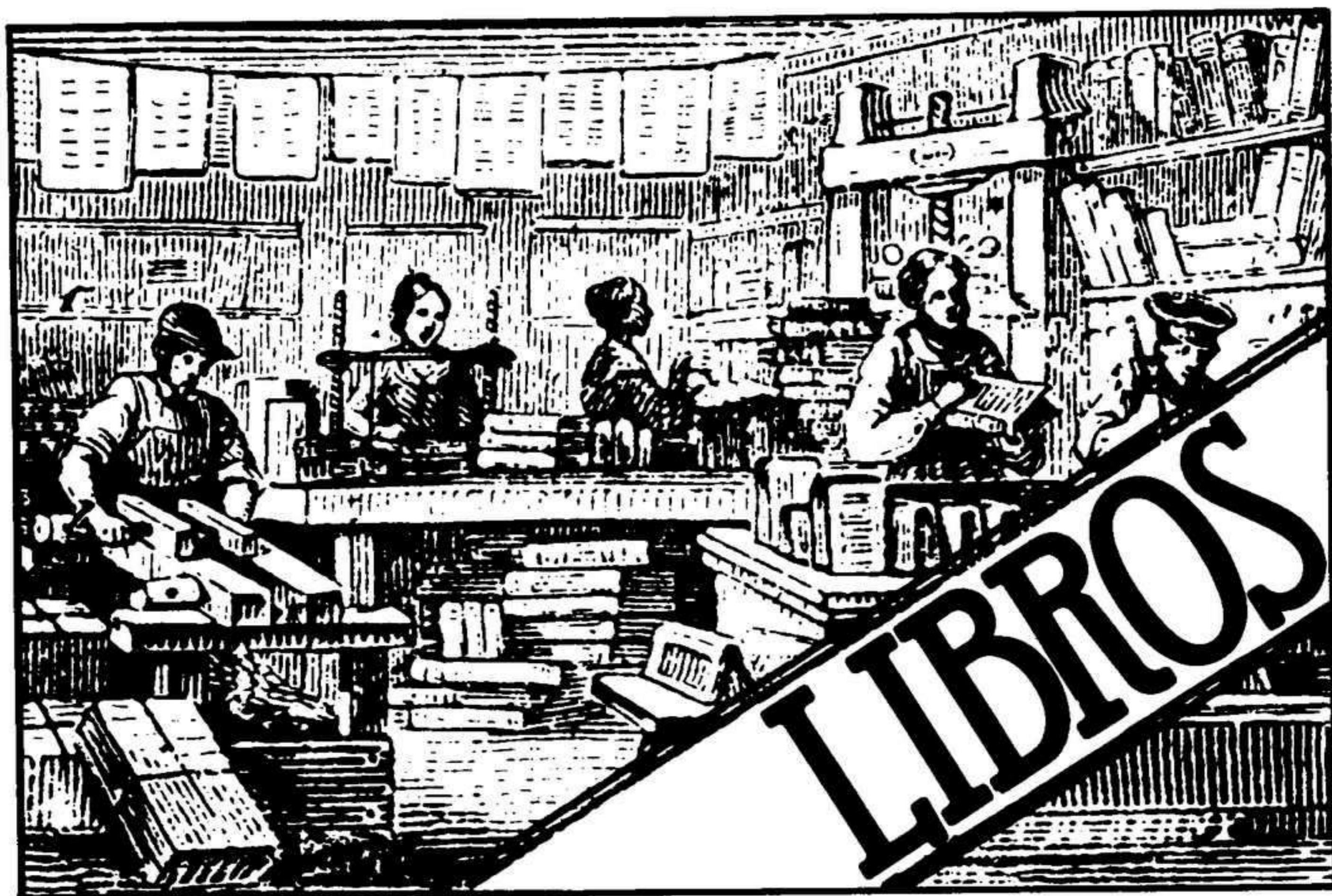


miento. Todo lo que quería saber él (los enigmas naturales que se planteaba su época) lo sabemos nosotros y la frontera de la oscuridad ha retrocedido mucho (ha avanzado la teoría). Pero, de hecho, percibir que sabemos lo que él quería saber no nos da ninguna satisfacción. La libertad ha de conquistarse cada día con el esfuerzo por dilatar el conocimiento.

—Una última pregunta, ¿crees que el progreso puede conseguir transformar la naturaleza biológica del hombre?

C.—Con lo que acabo de decirte contesto prácticamente a tu pregunta. El progreso consiste en conocer las leyes naturales para

servirlas. Por su naturaleza, el hombre ha de irse realizando en pensamiento verdadero, y la ciencia ha de procurar que así sea, no ha modificar la naturaleza humana. Para mí hay un desideratum social al que se irá acercando la humanidad a partir de que culmine el salto desde la horda primitiva a un cuerpo social que acoja a la humanidad entera. En este estado social cada hombre será función social de todos pero además participará activamente, será una punta de lanza, en la conquista de una comprensión clara de la realidad y de su gobierno. De este hombre del futuro (de este hombre con la plenitud que le permite su naturaleza), el actual hombre de ciencia no es más que el



LA GRAN MENTIRA

J. R. Aramberri

Es sabido que, en los últimos años, la política ha suscitado poco interés entre los intelectuales europeos. Sin embargo, la cuestión de la URSS ha sido una importante excepción. Bastaba darse una vuelta por las librerías parisinas durante el invierno pasado para darse cuenta. Es cierto, como podría objetarse, que ya han pasado diez años desde que A. Soljenitsin publicase la primera entrega de su *Archipiélago Gulag*, y no pocos desde que los *nouveaux philosophes* entraran a saco en sus páginas escalofrian-

tes para trazar una línea recta que lleva desde esas islas del Diablo hasta las obras de Marx, según los viejos procedimientos de la responsabilidad objetiva. Pero lo nuevo es que, de las verdades sin reflexión de aquél pope laico y de las amalgamas montadas por los nuevos inquisidores al estilo de los procesos de Moscú, sin duda para recordar aquellos años en que algunos de sus miembros bautizaban orgullosamente con el nombre de Beria la célula maoísta en que militaban, se está pasando a un análisis más reflexivo, menos encendido de la realidad de unas sociedades en las que nadie desamirarse.

El reciente libro de F. Claudín¹ sobre la oposición en el *socialismo real* se inscribe con justicia en ese esfuerzo porque la rectitud de la razón se yerga sobre las pasiones del corazón. Su

trabajo es, ante todo, crónica de un movimiento, aún mal conocido en Occidente y no sólo por la derecha, cuyos actos preocupan seriamente a los regímenes de Oriente y los enfrentan con situaciones nuevas y mal conocidas. De disidencia, ese movimiento ha pasado a ser creciente oposición, enfrentamiento activo y organizado con la gran mentira de la unanimidad social que los partidos comunistas habrían sabido crear en torno suyo en estas sociedades donde, se dice, se despliega en todo su esplendor la dictadura del proletariado. Esa fría crónica sólo deja entrever el valor moral, el coraje de esas mujeres y hombres que se enfrentan, cada cual desde sus propias convicciones, al aparato político más globalmente totalitario que haya conocido la historia europea. Pero Claudín no ha tratado de escribir un libro edificante y, tal vez por ello,

sus análisis resulten más esclarecedores.

Claudín no duda en nombrar el nombre de las cosas, un nombre tan fácil de pronunciar y tan difícil de decir, en especial para la gente de izquierda. Y así afirma algo que raramente oímos salvo que, a renglón seguido, lluevan precisiones y matices: que ni la URSS ni ninguna otra de las sociedades que se han ido forjando a su imagen y semejanza, en la mayor parte de los casos bajo la *tutela* del Ejército rojo, tienen nada que ver con lo que tradicionalmente ha sido el ideal socialista. Y aún algo más: que los opositores merecen no sólo respeto, sino también solidaridad, cosa que tampoco suena a gloria en los oídos de una izquierda demasiado convencida de que esas extrañas gentes, de alguna forma oscura, sólo acabarán por beneficiar con sus actos a las sociedades capitalistas de Occidente. Que no levanten la voz, no sea que aproveche a Reagan o a la Thatcher; que tengan cuidado con lo que dicen y hacen, no vayan a poner en peligro la necesaria distensión. Argumentos utilitarios que ninguno de nosotros aceptaría caso de estar sufriendo en propia carne una dictadura en la que se impide el ejercicio de las más elementales libertades. Argumentos que sólo son exigencia de buenas digestiones para las gentes de izquierda, esas mismas que, con razón, vuelven horrorizadas de unas cortas vacaciones en los países del Este, pues de allí sólo parecen venir contentas las derechas que ven cumplido su ideal de orden y seguridad personal, y los académicos menos favorecidos que con-

templán con envidia las gabelas que recompensan el adocenamiento intelectual.

Por eso estimula que Claudín afirme tajantemente que el *socialismo real* no es socialismo, tarea inicial de limpieza de escombros en la que ha de basarse toda ulterior discusión sobre su verdadero ser. El autor se limita, y yo creo que hace bien, exclusivamente a lo primero, aludiendo sólo de pasada a la interminable polémica segunda. Para evitar que el culteranismo, la erudición o la miopía doctrinaria impidan ver el bosque, Claudín se remite a las cuatro reglas básicas de la observación. ¿Son esas sociedades en las que puedan ejercerse las libertades sin temor a que no sea el lechero quien llame de madrugada? ¿No? Pues entonces son dictaduras. ¿Es la clase obrera quien controla los recursos económicos y ejerce el poder? ¿No?, pues no son dictaduras del proletariado, sino de una minoría de la sociedad que dice ejercerla en nombre de aquél. ¿Cabe que el resto de la sociedad pueda tener vida propia y organizarse al margen de los cauces permitidos por esa minoría del partido? ¿No?, pues es una dictadura totalitaria, más que ninguna de las hasta hoy conocidas, que niega con torcidos razonamientos hasta la posibilidad de montar grupos de teatro leído o sociedades excursionistas no controladas por el aparato. ¿Se impone por la fuerza de los tanques ese modelo a otras sociedades, a las que no se permite ejercer el derecho de autodeterminación? ¿Sí?, pues es una dictadura imperialista, por más ayuda que haya podido prestar a algu-

nos pueblos que luchaban por su liberación nacional contra el imperialismo europeo o yanqui.

Todas esas son nociones elementales, de manual, y, sin embargo, todavía hoy hay muchos sectores de la izquierda que las consideran impertinentes. Ahora bien, es necesario recuperarlas si queremos movernos con una mejor correlación entre palabras y acciones, con la mínima rigidez semántica que permita evitar, si es posible, una ulterior perversión del lenguaje marxista que, hoy, puede utilizarse para un barrido lo mismo que para un fregado. Que se lo pregunten a los miembros de aquellas sociedades que automáticamente traducen revolución por dictadura, partido por carrerismo y corrupción, internacionalismo proletario por sumisión a la fuerza de Moscú o marxismo por la granjería dialéctica que permite legitimar todas esas cosas.

Lo que la oposición hace, ante todo, es buscar ese rigor semántico y tratar de derivar de él sus objetivos y los cauces de su propia actividad. De esta última pueden distinguirse dos etapas. La primera, desde el octubre polaco y húngaro de 1956 hasta la invasión de Checoslovaquia en 1968, fue una etapa de confianza en la capacidad reformadora de los partidos comunistas, de cuyo interior, se esperaba, habrían de brotar fuerzas encaminadas a la transformación del sistema. Era como pedirle a Dillinger que se convirtiera en vigilante jurado de bancos, y la ingenuidad de la exigencia habría de ponerse pronto de manifiesto. La segunda, desde 1968,

ha buscado cauces de organización y resistencia externos al entramado partidario. Con una expresión común a la mayoría de los opositores, de lo que se trata es de reconstruir la sociedad civil, un objetivo de fuertes resonancias gramscianas. Conviene no confundirse. Para la izquierda europea sociedad civil es, ante todo, el sistema de las necesidades, el del intercambio desigual, el de la atomización frente al momento más universal de lo público; en definitiva, el régimen del mercado con todas sus limitaciones. Por el contrario, para sus usuarios del Este, reconstrucción de la sociedad civil equivale a liberar a las fuerzas sociales del estrecho corsé en que quiere confinarlas el aparato estatal, a dar libre cauce a la autoorganización de la sociedad, aplastada por la losa de las instituciones soviéticas: que los obreros puedan sindicarse y hacer oír su voz en las fábricas y los estudiantes en sus centros de enseñanza; que la creación cultural sea libre y pueda ser libremente dada a conocer, sin pasar censura; que los medios de comunicación den una información veraz sin silenciar lo mal visto o lo que, por definición, no puede existir en el seno del régimen; que la gente pueda asociarse para perseguir esos objetivos. Todo eso, aún en un alto grado de indefinición, es lo que significa reconstruir la sociedad civil y no la del capitalismo, aunque algunos (los menos) de los opositores así lo pretendan y el régimen se esfuerce en mostrar que ése es el objetivo de todos.

Por tanto, la primera demanda natural de todos los

tipos de oposición no puede ser otra que el respeto a las libertades públicas que, para mayor inri, están recogidas en la constitución de esos países, aunque la eficacia de sus preceptos no diste mucho de la que tenían en el Fuero de los Españoles. Ese es el primer paso y explica que las distintas oposiciones puedan agruparse unitariamente en organismos encaminados a la vigilancia de esas libertades y la denuncia de sus infracciones.

En esta tarea deberían encontrar el apoyo de todos aquéllos que piensan que la democracia es un bien que no debe ser limitado por las fronteras geográficas, y está para algo más que el consumo casero.

¿Cuáles son las perspectivas de la oposición? Su vida es, lo sabemos, harto difícil pero, pese a todo, crece en profundidad y extensión. Pero, ¿podrá conocer un rápido ritmo de desarrollo sin chocar con el tope de la represión creciente; sin que en los países de la zona de influencia de Moscú pueda convertirse, como ya ha sucedido varias veces, en una intervención militar abierta? Es pronto para contestar, pero no hay razones para un insensato optimismo

El crecimiento de la oposición enfrenta a los dirigentes del Kremlin con una difícil alternativa. Cerrar los ojos a sus actividades, tolerarla, más aún, permitirle poner el pie en el terreno de la legalidad supone, a la corta, reforzarla y hacerla crecer; por el contrario, acudir a una escala de represión, a un grado de represión aún mayor del existente, amén de difícil, puede redundar en una dis-

minución de la legitimidad de un régimen que carece de asideros firmes para defender los privilegios del grupo dominante. A la larga la represión puede acabar por reforzar a la oposición. Cogida en esta alternativa cornuda, la dirección de los partidos comunistas y, en especial, la soviética, vacila entre las exigencias de distensión y los apremios del tiempo. Por el momento, en el caso de Polonia, que también es un caso especial por su historia reciente y por la forma misma en que se limitó desde el comienzo la implantación del stalinismo, parecen haberse decidido por una contemporización belicosa, combatiendo hasta el fin por cada palmo de terreno finalmente cedido y esperando que las flaquezas o divisiones del adversario le permitan recuperarlo.

Pero no es menos cierto que el ambiente está cargado de tensión, y no hay que ser profeta para saber que todos los síntomas empujan hacia un enfrentamiento. El objetivo de recomponer la sociedad civil no puede por menos de traspasar los límites de lo aceptable para las direcciones comunistas, pues su dinámica lleva hacia la organización al margen de los únicos cauces posibles, que son los del partido. Hoy, la construcción de sindicatos de tipo muy especial en Polonia, lo que es ya una bomba de relojería bajo los cimientos de los otros regímenes soviéticos; mañana, sin duda, aparecerán partidos que desafíen el monopolio de los comunistas... que es precisamente el límite infranqueable. Algún tipo de confrontación parece, pues, irremediable. La sabiduría de la oposición

dependerá de saber abordarla en las mejores condiciones posibles, que no pueden ser otras que la máxima extensión popular de sus exigencias y el refuerzo de los lazos de unión, incipientes pero no menos reales, que se dan ya entre las oposiciones de los distintos países. Especialmente importante, sin duda, será que las oposiciones en la URSS crezcan hasta el punto de intimidar o coartar a los dirigentes del Kremlin si se deciden a una intervención militar.

Ante esto, tal vez la izquierda occidental no pueda proponerse otro objetivo que el de la solidaridad, que empiece por exigir un conocimiento objetivo de lo que sucede en el Este, y sigue por la defensa, sin segundos pensamientos, del derecho de *todos* los opositores a expresar públicamente sus opiniones, por poco que pueda gustarnos lo que algunos de ellos digan. Tal solidaridad necesita, ante todo, librarse de los mitos mezquinos que todavía están presentes en el inconsciente de la izquierda, especialmente el de que la oposición en el Este terminará por hacer el juego de la derecha. Como remata Claudín su libro, «en realidad, quienes hacen el juego a la derecha son aquellos que coinciden con ella en conceder el diploma de socialismo a las dictaduras totalitarias del Este».

¹ Fernando Claudín: *La oposición en el «socialismo real»*, ed. Siglo XXI. Madrid, 1981.

ALEGATO APASIONADO EN FAVOR DE LA RAZON

Reyes Mate

La condición humana, para Miguel Angel Quintanilla, es la de habérselas necesariamente con la razón. En este negocio todo humano tiene que desarrollar sus talentos so pena de renunciar a su propia naturaleza. Frente a la razón no se puede optar o apostar. O se está en ella o no se está, y pobre del que no esté.

Lo que ocurre es que de la razón se puede hablar de muchos modos... Hoy por hoy, sin embargo, la razón es la ciencia, estamos en la era de la razón científica. El propósito del autor del libro *A favor de la razón* es un ajuste de cuentas con todos los elementos irracionales hoy presentes. Esa irracionalidad habita en sectores cercanos a la ciencia, tales como esos sistemas, de pensamiento representativos de la racionalidad moderna, como, por ejemplo, en el neopositivismo de Sir Karl Popper, y en aquellos otros, más lejanos del mundo técnico-científico contemporáneo, como puede ser la religión.

El libro está compuesto de una serie de artículos, realizados en distintas circunstancias y tiempos, pero que tienen por tema común la preocupación de «interiorizar en la ciencia lo que generalmente se considera externa a ella»; esto es, lo

que al autor llama *la praxis*, concepto generoso en el que el autor coloca la dimensión ética, la definición de objetivos y la política del quehacer científico. A lo largo del libro se hace presente la polémica que tuvo lugar en la Alemania de finales de los años sesenta entre los epígonos de Karl Popper, mentores del «racionalismo crítico», y la Escuela de Frankfurt, si bien el autor salmantino opta, de la mano de Lakatos y, sobre todo, de Mario Bunge, por un «racionalismo materialista».

Dos tesis subyacen a la reflexión del autor: la primera, que «la realidad humana es, de hecho, la racionalidad científica». A la hora de describir la naturaleza del concepto científico recuerda «que éstos son autosuficientes por lo que respecta a su sentido»; el sentido, pues, no les viene de fuera. De la ciencia forman parte, igualmente, las operaciones con las que se engarza, y de la ciencia es igualmente la obligación de producir conocimientos verdaderos.

Esta tesis de base que identifica razón con ciencia está lejos de ser, sin más, evidente. La razón no siempre ha sido científica y esta identificación entre razón y ciencia es una de las posibles lecturas de la Ilustración, cuyos límites no se le deben escapar a un filósofo de la ciencia. Las críticas de Hegel a la «ilustración frustrada», y de la Escuela de Frankfurt a la «razón instrumental», no parece que hagan mella en el autor ni merezcan mayores consideraciones.

La segunda tesis reza así: «Una caracterización adecuada de la ciencia nos lleva

a reconocer en ella misma una dimensión práctica.» Si la primera tesis se da por casi evidente, esta segunda, sin embargo, constituye el auténtico propósito demostrativo del libro. Recuperar la concepción práctica de la filosofía —proyecto que iniciara Descartes con su idea de que ya no se puede hablar de verdad si no es en relación con la libertad—, es un planteamiento cuyos resultados, en el actual debate sobre filosofía de la ciencia, son más que sustanciosos. En la polémica entre el racionalismo crítico y los frankfurtianos de hace más de diez años, lo que se debatía era la capacidad liberadora de la ciencia. Frente al optimismo de los neopositivistas, los frankfurtianos denunciaban la deshumanización de la racionalidad tecnológica. También Quintanilla critica la «ingeniería» de Popper, quien renunciando y despreciando tener una idea general de la sociedad, deja que el poder dominante marque los objetivos y política de la reforma científica. Pero no acepta la *racionalidad comunicativa* de los frankfurtianos, cuyas referencias a problemas filosóficos como el del sujeto de la historia entiende él como una invocación de elementos no científicos. Quintanilla quiere que el conocimiento científico se proyecte en esas tareas de definir el horizonte, marcar prioridades y definir objetivos. Con razón añade: «es justamente este problema de los criterios de la racionalidad científica el que nos remite desde la filosofía de la ciencia a la ética, a la moral y a la política». En efecto, si el quehacer científico se desinteresa de la ética de su

actividad no podrá romper el círculo deshumanizante en el que se ha metido el *progreso*, ese mito moderno donde la política de la ciencia no la definen intereses éticos, sino los intereses del poder dominante.

El problema está bien planteado; lo que resulta difícil es que la *misma ciencia* puede dar de sí prioridades éticas. Desde Kant, pasando por Kolakowski o Wittgenstein, son muchos los que han pensado en una irreductibilidad de la ética a la razón. En el presente trabajo se afirma la necesidad de que la ciencia marque sus objetivos éticos, que controle y dirija la investigación científica y la acción técnica, se supone que en orden a la liberación de la sociedad. (No deja de ser significativo, de todas maneras, que al hablar de esa ciencia dotada de responsabilidad práctica Quintanilla escriba que lo propio de la ciencia «no es proporcionar felicidad, sino descubrir o formular la verdad». ¿Qué significa entonces la praxis?) Que el problema ético de la investigación científica es un problema político, es evidente. Y tiene razón el autor que el sujeto de esa actividad política no puede ser la *intelligentzia científica*, ni la divina providencia, sino la autogestión (la «autodeterminación» de la que habla M. Marcovic, pag. 104, es la autogestión), esto es, el pueblo agente y paciente de la actividad científica.

La introducción del concepto de autogestión —con todos los problemas operativos de los que el autor es consciente— no avala precisamente la tesis de que la ética emane de la ciencia

misma. En buen análisis marxista —sistema al que el autor se refiere—, hoy, no existe sujeto de autogestión, es decir, sociedad reconciliadora consigo misma, sino una sociedad dividida en clases. La moral marxista (consiste en la promoción de un proceso social que protagoniza el proletariado. La identificación que se da en el marxismo entre ciencia (momento del proceso de liberación de la humanidad) y ética (interés del sujeto que protagoniza esa liberación) hace irrelevante a la ética como actividad distinta de la ciencia. La ética, entendida en el sentido kantiano del imperativo ético o en el sentido de Horkheimer de defensa y reivindicación de los derechos de los vencidos, nada pintan en esta «ética del ganador», donde todo es bueno si lleva a la gran victoria final. La autogestión, donde el pueblo debe ser sujeto de la política, no puede entenderse como un estadio avanzado del proletariado, porque a estas alturas parece vislumbrarse que un pueblo adulto supone una diversidad que no está implícita en el concepto de proletariado.

Malo es que una concepción positivista de la ciencia diluya la ética en la *Zweckrationalität* o en la *razón instrumental*. Pero de poco sirve reducir la ética a la ciencia o a sus exigencias. No deja de ser sintomático que los movimientos sociales con mayor carga ética (ecologismos, naturalismo, a los que el autor se refiere), tengan a gala una cierta aura irracional. Es un dato experimental que el ideal científico de progreso no coincide necesariamente con el de eman-

cipación. Y es que no se entiende por qué la razón científica tenga que renunciar, en nombre de la lógica de sus principios, a resultados científicos que satisfacen a la razón científica aunque conlleven un peligro para la humanidad.

No demuestra el libro que la realidad que lee la razón científica sea toda la realidad.

La religión constituye uno de esos sistemas de pensamiento, extraños a la ciencia, en la que más se nota la irracionalidad. Para la razón científica «la teoría teológica se podría entender como una especie de discurso etnológico, como un intento de racionalización de los mitos característicos de una cultura específica». Se trata de una conclusión lógica, habida cuenta del doble punto de partida. Pero más interesante son sus consideraciones sobre la religión hechas en relación al marxismo. Por supuesto, que tal teoría marxista, por ejemplo, la de la lucha de clases, no es una teoría científica como aquélla de la relatividad. El autor habla del marxismo como de un *esprit de science*, esto es «un conjunto de ideas con sentido y finalidad científicos».

Cuando los cristianos han tratado de sus relaciones con el marxismo señalan que el marxismo *qua* ciencia necesitaba una ideología para devenir acción. Y que el cristianismo bien podía ser una de esas necesarias ideologías. Quintanilla rechaza con razón ese planteamiento (propuesto, sobre todo, por discípulos de Althusser, tal Paul Blanquart). El marxis-

mo cuenta con principios teóricos para interpretar la realidad y principios valorativos para la acción práctica que hacen superflua esa referencia al cristianismo. Interpretar el amor cristiano al pobre en términos de lucha de clase puede ser una buena motivación psicológica personal, pero nada aporta en un plan científico: «El marxismo es una especie de sistema cerrado» y su motivación ética no le viene de fuera, «sino como exigencia práctica del desarrollo del propio programa». La religión sólo puede acercarse al marxismo «como teoría sociológica del fenómeno religioso», esto es, el marxismo se interesa por la religión en tanto en cuanto estudio del comportamiento e incidencia en el proceso de lucha de clases de los elementos religiosos. Eso es correcto, aunque bien es verdad que el marxismo, incluyendo a Marx, no suele resistir a la tentación de hacer juicios sustantivos sobre la esencia de la religión.

Con esto, sin embargo, no sólo está dicho ya que el marxismo construye su teoría revolucionaria en función de los elementos sociales que actúan en la realidad. La sociología en el marxismo pasa inevitablemente, en nombre de su relación entre teoría y praxis, a teoría política. Por eso, caben en el marxismo distintas valoraciones de la religión, en función de la incidencia y operatividad real del fenómeno religioso. Esto es, para el marxismo ninguna realidad social es externa a su teoría, porque ésta resulta de la presencia y significación de cada ele-

mento social en el proyecto revolucionario.

Con todo, el tema más importante de la relación marxismo cristianismo no se juega en el juicio del fenómeno explícitamente religioso, sino en la consideración de una serie de lugares marxistas donde indirectamente, vía Hegel, se hace presente toda una temática originariamente religiosa. Me refiero a temas como el de la historia, sujeto histórico y emancipación. Althusser, consciente de la envergadura teológica de esos temas, prefirió decir que el marxismo adulto nada tiene que ver con esos temas, veleidades del joven Marx. De esta manera, se afirma que la praxis, en el sentido ético que le da Quintanilla, no es tema del marxismo. Es una manera radical y discutible, pero lúcida, de plantear el problema. Lo que no parece correcto es referirse a la praxis como momento del marxismo, y sentenciar que lo de la religión es un elemento superfluo. El problema de la religión lo tiene el marxismo en su propia casa.

De lo dicho se puede colegir que las breves páginas de *A favor de la razón* tienen el mérito y el valor de plantear valientemente problemas fundamentales a la ciencia y a la política. Se podrán discutir las soluciones, pero ahí quedan los problemas desafiando a cuantos se interesen por el sentido de la razón moderna.

* Miguel Angel Quintanilla: *A favor de la razón*. Taurus ed., Madrid, 1981.

ALREDEDOR DEL MUNDO DE LOS SIMBOLOS

J. García Maza

Llegar a lo religioso por el camino de la volutuosidad o el erotismo es algo que ya no reviste, en absoluto, carácter escandaloso. La ruptura de los significantes propios de la cultura cristiano-occidental a la hora de enfocar lo religioso, constituye un lugar común tanto en creyentes como en agnósticos. Y ello, es consecuencia lógica de la evolución intelectual, cultural y vital seguida por el mundo occidental en los últimos años. La puesta en tela de juicio, al menos en cierto sentido, de las ideologías globalizadoras (caso del marxismo, con el consiguiente surgimiento de las interpretaciones heterodoxas), frente a una fuente de reivindicación de la individualidad perdida, es sintomático del salto cualitativo que se está produciendo: la política, la filosofía, la ciencia topan con lo irracional, y esto irracional se asume no sólo como obvio, sino como elemento imprescindible en la interpretación de la realidad. La política topa con la insatisfacción profunda producida por el socialismo real: las reinterpretaciones marxistas reclaman la necesidad de asumir el retorno a la naturaleza en el camino de cambiar la vida. La ciencia topa con conceptos que interpreta filosóficamente: es muy ilustrativo, a este respecto,

el elevado número de publicaciones sobre filosofía de la ciencia en los últimos años. Y la filosofía topa con lo no-racional, con las ensañaciones, con la utopía, con lo mágico... y mira a la religión: no es ajeno a esto el interés despertado en los últimos años por Nietzsche, Bataille, Jung.

Es en estos parámetros donde puede situarse el interés despertado por la obra de M. Eliade, para quien la vida es «el laberinto como defensa mágica de un centro, de un tesoro, de una significación».

Con esta *Historia de las creencias*¹, nos encontramos ante una obra de toda una vida y para toda una vida. Obra de toda una vida porque, ya desde el punto de vista del propio Eliade, ésta será su última obra, la culminación de todo lo anteriormente hecho, una especie de *Summa*. En efecto, en sus cuatro largos tomos están contenidos todos los elementos estudiados anteriormente en *El mito del eterno retorno*, *Herreros y alquimistas*, *El chamanismo*, *Tratado de historia de las religiones*, etc... Y obra para toda una vida porque las sugerencias son tantas y la erudición bibliográfica alcanza tales dimensiones, que en recorrerlas podríamos emplear fácilmente los cincuenta años de investigación que ha necesitado Eliade para crearla.

El prisma bajo el que está concebida esta *Historia*... es el del punto de vista ya expresado en *La nostalgia de los orígenes*: «La conciencia de un mundo real y significativo está íntimamente ligada al descubrimiento de lo sagrado», es decir: «Lo sagrado es un elemento de la estructura de la concien-

cia, no un estado de la historia de esa conciencia». Aquí, como dice Eliade en el prólogo, la perspectiva es distinta que la del *Tratado de la historia de las religiones*, en que se analiza «la dialéctica de lo sagrado y su morfología»; aquí se estudian las manifestaciones de lo sagrado según un orden cronológico, fijándose en las crisis profundas y, sobre todo, en los momentos creadores de las diversas tradiciones, destacando las aportaciones capitales a la historia de las ideas y de las creencias religiosas. En palabras de Eliade, «lo que importa es no perder de vista la unidad profunda e indivisible de la historia del espíritu humano, y la conciencia de esta unidad es un descubrimiento reciente, no del todo asimilado aún».

Tres aspectos son los que hay que destacar en el libro: lo que nos cuenta, los textos que ilustran esto que nos cuenta, y el criterio de mitología comparada, tomada de su maestro Dumezil. Si bien se trata de una obra de investigación y consulta, su autor sigue siendo el ameno contador de historias que es Eliade: son muchas, muchísimas historias las que nos cuenta recorriendo un largo camino que comienza en los paleoantropólogos y llega al momento actual; echamos de menos que no se haya publicado en España aún el tercer tomo, *De Mahoma a las teologías secularizadas de hoy*, porque en él habla Eliade de la *Desacralización*, de la identificación de lo sagrado con lo profano en nuestro presente.

Comenzando por la experiencia primitiva de la verticidad, que supone la orientación del espacio en torno

a un *centro*, y el descubrimiento de las primeras técnicas, con la consiguiente carga de sueños y fabulaciones del subconsciente, que origina un universo de valores mítico-religiosos que incitaron y nutrieron la imaginación creadora, nos vemos metidos de lleno en un mundo de mitos, símbolos, ritos, arquetipos e iniciaciones: la trascendencia que adquiere en el horizonte cultural el nacimiento de la agricultura, su reflejo en la religiosidad cósmica, con el consiguiente surgimiento de los mitos de los orígenes, la mayoría de los cuales se han recogido entre poblaciones primitivas que practican el cultivo de los tubérculos o de los cereales, tanto en las culturas europeas como asiáticas o africanas, aunque ya desde los comienzos se ve la diferenciación entre la «civilización europea arcaica» y las culturas del próximo oriente.

Mención especial merece todo lo referido a la India, conocido y experimentado profundamente por Eliade: «En la India descubrí aquello que más tarde llamaría yo la religiosidad cósmica, es decir, la manifestación de lo sagrado a través de los objetos o de los ritmos cósmicos: un árbol, un manantial, la primavera» (*La prueba del laberinto*). Aparece en el ambivalente y ambiguo dios védico Varuna el carácter ejemplar de la «unión de los opuestos», que constituye efectivamente una de las características del pensamiento religioso indio antes de convertirse en objeto de la filosofía sistemática. El soma, bebido por dioses y sacerdotes, que estimula el

pensamiento, reanima el valor del guerrero, aumenta la potencia sexual, cura las enfermedades. El sentido del sacrificio que tiene por objeto regenerar la totalidad del cosmo. El posterior desarrollo de la filosofía samkhya-yoga y del budismo...

La enciclopédica consideración de temas organizada en treinta capítulos, cada uno de los cuales constituye en sí mismo un libro, va acompañada de una amplia bibliografía comentada y de una selección de textos, selección que constituye el cuarto y último tomo. En ella abundan los textos menos accesibles, mientras que se omiten los referentes al judaísmo y cristianismo. Y todo ello bajo el enfoque de la mitología comparada, que hace ver no sólo la repetición de mitos como el del diluvio, el combate entre un dios y un dragón, el robo de un órgano vital..., sino también rasgos como la bisexualidad de las divinidades primordiales, símbolo del deseo de alcanzar la totalización, o el descubrimiento, por ejemplo, de la misma estructura indoeuropea en la India y Roma.

En fin, *Historia de las creencias...* constituye un lugar de cita para los que sientan curiosidad, interés o pasión por todo el conjunto de sueños, arquetipos, imágenes y símbolos que ha llegado a constituir nuestro inconsciente colectivo y que se engloba bajo el nombre, genérico y cada vez más amplio en significado, de *lo religioso*.

¹ M. Eliade: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. Ediciones Cristiandad.

CONTRA LAS TIJERAS ABIERTAS

A. Gómez-Olea

Después del reciente estreno de *El crimen de Cuenca*, resulta de nuevo muy atractivo tocar el tema de la censura. Esta película ha sido la primera, después de la muerte de Franco, retenida por las autoridades y que ha podido suponer la cárcel a su autora. El segundo caso es *Rocío*, que sigue sin poder visionarse en este días.

Son muy curiosos, por insólitos y contradictorios, los criterios que a lo largo de la historia del cine han determinado la censura. Por ejemplo, ¿quién podía suponer que en España, donde durante tantos años se han estado haciendo dobles versiones, la cortada para el mercado español y la íntegra para el exterior, ahora con *El crimen de Cuenca* sóloamente pueda verse la versión completa dentro de nuestro país?

Esta contradicción se hace especialmente patente después de leer el último libro de Román Gubern, *La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)*¹, ya que el libro no se limita a hablar de lo que fue la censura en España, sino que hace un análisis comparativo con los demás países occidentales.

No existe un solo lugar en el mundo donde esté totalmente abolida la censura.

Cuando no hay censura política (la de cualquier dictadura, en mayor o menor grado), hay censura económica (los productores no tienen dinero o no pueden gastarlo en obras que no tengan un inmediato respaldo del público), o censura moral (por ejemplo, todavía no ha podido exhibirse en los países nórdicos *Perros de paja*, de Sam Pekimpam, por su carga de violencia). Gran parte de las obras que podrían tener una proyección histórica se han quedado en la imaginación de sus autores. De esto hay numerosos ejemplos: Berlanga todavía no ha encontrado dinero para poder hacer la película de su vida, un film sobre la guerra civil, que durante el franquismo cambió innumerables veces el título y fue sistemáticamente rechazado, y ahora se ha visto obligado a hacer *La escopeta Nacional* y *Patrimonio Nacional*, que lógicamente no exprimen el talento de su autor como lo habría hecho aquél otro film; otro ejemplo fue Dreyer, que después de luchar cuarenta años ininterrumpidamente para filmar *La pasión de Jesucristo*, murió sin lograrlo; Antonioni hubo de renunciar definitivamente a rodar *Técnicamente dulce*, uno de los mejores guiones que se han escrito; y no hablemos de Orson Welles y los 324 profesionales del cine afectados por la caza de brujas, del neomaccarthismo de Reagan, contra el que han protestado públicamente Woody Allen, Warren Beaty y muchos otros cineastas, ni de los millares de guiones que se han quedado guardados en un cajón.

Desgraciadamente no todos tienen la suerte de Ku-

rosawa para encontrar un productor como Coopola, pero incluso en estos casos hay fuertes manipulaciones; que le pregunten a Wim Wenders si le gustaría repetir su experiencia con Coopola.

Tampoco los países socialistas son ninguna panacea; es cierto que en ellos el Estado, como productor único, atiende más a la proyección histórica (a veces con dosis de propaganda imperialista), que a los gustos del público, pero por ejemplo *El último tango en París*, que sin duda tiene proyección histórica, jamás habría podido filmarse dentro del bloque oriental por la censura que imponen al erotismo.

En todos sitios hay gente de cine con talento que se muere de hambre en pensiones, sin poder trabajar.

Indiscutiblemente el cine es mitad industria y mitad espectáculo; pero centrándonos ya en nuestro país, es muy triste que todavía las autoridades competentes no hayan terminado de aceptar que el cine es también un patrimonio cultural popular. Es necesario que los productores puedan arriesgarse a hacer películas difíciles, tanto con lenguajes innovadores como con nuevos contenidos, repartiendo los peligros económicos con el Estado a través de subvenciones, coproducciones con la televisión, u otras maneras, para que los productores no tengan que arriesgarse a ir a la cárcel si sus productos fracasan, y, por otro lado, puedan hacerse también grandes producciones. En cuanto a la otra parte del cine, el espectáculo, no tiene sentido pensar que el cine

sea solamente producto de masas; muchas veces lo es de minorías, entre otras razones por la dificultad que tiene el gran público de adquirir una cultura cinematográfica por las imposiciones del mercado. Es necesario romper este círculo.

Un original replanteamiento histórico de la censura hace Román Gubern en su última obra, que es una nueva versión de su parte en *Un cine para el caldalso*, libro ya imposible de conseguir en ninguna librería por el cierre de su editorial. Román Gubern lo reescribió para hacer su tesis doctoral de Derecho, y, por tanto, tiene un lenguaje académico; pero ello no dificulta su lectura, como afirma su autor excusándose en una nota introductoria, porque la documentación y recopilación de datos es tan asombrosa que supera a cualquier lenguaje.

Amplía *Un cine para el caldalso* con la representación de los distintos criterios que justifican o rechazan la censura, desde la declaración de los derechos del hombre hasta nuestros días; con un estudio de los fundamentos de la censura franquista donde, como decía Poulantzas, el Ejército actuó como el «verdadero partido político de la burguesía». Con infinidad de datos jurídicos, notas a pie de página, bibliografía y ejemplos citados; y como dijimos anteriormente, con un estudio comparativo de nuestra censura con la de los demás países occidentales.

Es un libro básico para la biblioteca de cualquier aficionado a la historia y al cine. Divide en cinco partes la evolución, retroceso o esta-

bilización de la censura, a veces no sólo cinematográfica, según las principales etapas del franquismo, y recorre con interesantes anécdotas el falangismo y el Opus Dei.

Las leyes de censura durante el franquismo han tenido el factor común de la ambigüedad, haciéndose entender por lo poco que dejaban entender. Las subvenciones estatales a la industria cinematográfica, estando en directa relación con los criterios censores, siempre fueron un motivo más de censura, y películas como *Los Golfos*, de Saura, o *Esa pareja feliz*, de Bardem-Berlanga, fueron grandes fracasos económicos. La implantación obligatoria de NO-DO deformó irreparable el desarrollo del cortometraje, y sobre la etapa supuestamente aperturista de Fraga Iribarne como ministro de Información y Turismo, puede leerse en el libro de Román Gubern que ocurrieron cosas tales como: «en diciembre

de 1962, el obispo de Las Palmas ordenó que se negase la absolución a quienes fueran a ver películas cuya visión implicaba automáticamente caer en pecado mortal». En aquella época se autorizaron un importante número de películas con sus correspondientes cortes, y José María Escudero, entonces director general de Cinematografía y Teatro, demostraba la apertura censora en una lista donde se contaba en segundos la dimensión de la censura.

Resulta más que absurdo pensar que una película ha sido poco censurada porque sólo le han sido suprimidos unos segundos. Generalmente esos segundos son el momento donde el film expresa su contenido con mayor intensidad, y sin ellos pierde su sentido, porque no alcanza el nivel de comunicación deseado por su autor.

El libro analiza los frustrados intentos de polémica sobre la censura en las

Conversaciones de Salamanca y las Jornadas de Sitges, las dificultades de quienes intentaron hacer el *nuevo cine español*, y tiene el gran acierto de reproducir íntegramente la carta de Sánchez Bella al ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, a propósito de la presentación de *El Verdugo*, de Luis G. Berlanga, en el Festival de Venecia de 1963. Esa carta es un ejemplo extraordinario sobre los oscuros criterios que guiaban la mentalidad franquista.

No vamos a extendernos aquí sobre más detalles. Solamente nos queda desear al lector que todavía no haya leído el último libro de Román Gubern, que leyéndolo pase un buen rato y se ría, si conserva el sentido del humor.

¹ Román Gubern: *Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)*. Ediciones Península. Barcelona, 1981.



FASSBINDER, EL GENIO COMPASIVO

J. María Marco

Rainer Werner Fassbinder, reconocido en todo el mundo como el más genial y renovador de los realizadores cinematográficos actualmente en activo, nació en 1946 en un balneario, de padres intelectuales divorciados cinco años más tarde. Educado en Munich, se matricula en 1964 en Arte Dramático. Forma parte del *Action Theater* hasta 1968, año en que funda el *Anti Theater*. Intérprete, escritor y director de teatro y televisión, desde 1965 ha realizado más de 40 películas. Su último film estrenado es *Lili Marlen*, basado en la autobiografía de Lale Andersen. Actualmente trabaja en una adaptación de *Cocaína*, la escandalosa novela de Pitigrilli, y en un remake de *El Ángel Azul*.

«No hay razón alguna para dejarse arrastrar por la desesperación. Esta frase, la pronunciaré todavía muchas veces a lo largo de

este relato y antes de alcanzar su final, tan duro, tan terriblemente amargo. Porque, aunque se salga de lo corriente, el hombre cuyo destino nos ocupa aquí es un ser normal que comprendemos y algunas de cuyas acciones podrían haber sido cometidas por nosotros, del mismo modo que nos podrían haber sucedido algunas de sus aventuras.»

Así empieza Alfred Döblin el sexto libro de su novela *Berlin Alexanderplatz*. Franz Biberkopf, el protagonista, ha roto hace ya algunos capítulos su promesa de permanecer honesto, realizada al terminar la condena impuesta por el asesinato de su novia. Se ha dejado enrolar en una banda de delincuentes sin saber muy bien el trabajo que debía cumplir. Pero, después de su primera fechoría, uno de sus compañeros lo tira desde el coche en el que huyen, a conse-

cuencia de lo cual Franz Biberkopf pierde un brazo. Franz, de todos modos, no se resigna. Como dicen Sarug y Terah, sus dos ángeles guardianes, le gustaría morir pero es fuerte y sabe resistir. Cuando éstos lo abandonan, Franz se vuelve loco y es internado en un hospital psiquiátrico del que sale para ser contratado de guardacoche en unos almacenes, mientras los nazis llegan al poder. La novela de Döblin termina con una marcha militar: «Marchemos el paso, izquierda, derecha, izquierda, derecha, marchemos alegremente, la guerra nos espera... Dzing, dzing, bum, bum y ratachín.» Fassbinder pone fin a su adaptación superponiendo los acordes de Bandiera Rossa y un himno fascista.

Lotte Eisner le reprochó a Paul Jutzi, uno de los grandes realizadores realistas alemanes de entre-

guerras y autor de la primera adaptación cinematográfica de *Berlin Alexanderplatz*, el haber esquematizado la novela hasta tal punto que el resultado era comparable a una película de propaganda nazi de la misma época. A Fassbinder en cambio el film de Jutzi le parece «muy bonito», a pesar de que, dada su corta duración (dos horas, cuando la adaptación de Fassbinder dura dieciséis), muy bien podría haber sido inspirada por la página de sucesos de cualquier periódico. Sin embargo, la complejidad de la trama de *Berlin Alexanderplatz* no disimula nunca la vulgaridad de los hechos narrados. Prostitución, delincuencia, alcoholismo, paro..., ni siquiera la subida al poder de Hitler como telón de fondo es capaz de conceder significado político a unos hechos tan triviales. Más interesantes son los dos puntos de articulación de la obra: el contacto del protagonista con dos instituciones consideradas normalmente como aparatos de poder, la cárcel y hospital psiquiátrico. A la salida de la cárcel, Franz Biberkopf se promete a sí mismo permanecer honesto. Cuando sale del manicomio permanece silencioso. En su adaptación, Fassbinder titula este último capítulo «Muerte de un niño y nacimiento de un niño útil».

Fassbinder ha insistido en la discreción con la que Döblin trata el trasfondo político de su novela. La trayectoria de Franz Biberkopf no lo convierte en un personaje prototípico, pero, además de ser perfectamente triviales, sus aventuras son tan extraordinariamente complicadas que lo individualizan hasta lo irrepe-

tible. Nadie puede considerar típica la conducta de Franz Biberkopf. No es el representante de una clase social, ni de un grupo de presión, ni de una tendencia ideológica, ni siquiera de una manera de vivir. Aunque evidentemente, todo el mundo ve en él el símbolo de la derrota del pueblo alemán. La protagonista de *El Matrimonio de María Braun* ha sido también considerada una metáfora de Alemania, esta vez de la Alemania de postguerra: la búsqueda y la consecución del éxito mediante la pérdida de la identidad. Que la metáfora se complique o, simplemente, se diluya como tal, al interpretar el final de *El matrimonio de María Braun* como un suicidio, como un accidente o como una necesidad, no tiene más interés que el de trasladar a un plano excesivamente abstracto el real funcionamiento de la película de Fassbinder. La derrota es el final reservado a dos procesos exactamente inversos. Si María Braun es el éxito a costa de la identidad, Franz Biberkopf es la resistencia a costa del éxito.

Decir que los personajes de Fassbinder son trágicos sería decir muy poco. En primer lugar, la excepcionalidad del héroe trágico no reside tanto en lo extraordinario de sus aventuras como en su ejemplaridad. Que el mito sea o no parte esencial de la tragedia no tiene ninguna importancia: lo importante es que el personaje trágico acaba erigiéndose siempre en universal. Y si algunos héroes de Fassbinder pueden aspirar legítimamente a ese estatus, este hecho, hoy en día, no vendría a demostrar originalidad alguna por parte

de su creador. Sin embargo, el que dos trayectorias tan opuestas como la de María Braun y la de Franz Biberkopf acaben en un idéntico desastre puede hacer aparecer la imposibilidad básica en la que se mueven esos dos personajes (y todos los de Fassbinder) como una fatalidad. En *Todos nos llamamos Alí* —la exótica traducción española de «Angst essen Seele auf», *Miedo comer el Alma*— el amor entre la ya vieja asistenta alemana y el inmigrado árabe dura lo que dura la intolerancia social: en cuanto ésta deja paso a una actitud más comprensiva el amor desaparece.

Pero las películas de Fassbinder no dan la sensación de describir conductas regidas por un destino superior. Por el contrario, esa imposibilidad de principio ante la que sucumben todos sus personajes es una imposibilidad social. Por eso, Fassbinder no se limita a contar la historia de una tragedia, sino que va proporcionando simultáneamente todas las claves necesarias para su comprensión. No se trata tampoco de didactismo, porque no hay superposición de dos discursos, uno narrativo y otro explicativo, sino de contar una historia no como realmente ocurrió, sino como necesariamente tuvo que ocurrir dadas las circunstancias en las que se desarrolló. Cualquier necesidad de verosimilitud queda así suprimida por innecesaria. Quizá se pueda ver aquí uno de los secretos de la fecundidad de Fassbinder: a partir del partipris narrativo anterior, cualquier historia es interesante y, dado que la narración implica un análisis

previo exhaustivo, se comprende lo que afirman todos los que han trabajado con Fassbinder: durante el rodaje sabe exactamente lo que quiere.

Por un lado, el rechazo de cualquier realismo convierte a sus películas en desarrollos abstractos de un problema matemáticamente planeado. Por otro, esta abstracción les confiere un carácter de evidencia absoluta: sobre ellas no queda nada por añadir. Incluso, si se quiere a toda costa interpretar la conducta de los personajes, Fassbinder se adelanta y supera cualquier hermenéutica. La historia de los últimos días de Elvira Weihaupt, travestí de Frankfurt que decide suicidarse ante la incompreensión y la falta de escrúpulos del mundo que le rodea, se titula *Un año con Trece Lunas*, porque durante los años con un mes lunar más «aquellas personas que sólo se guían en sus vidas por sus sentimientos padecen fuertes depresiones». Aunque resulte divertida, la frase no es un rasgo de humor. Responde, sencillamente, a la triste imposibilidad de no ver las causas por las que una persona puede llegar a sentirse desgraciada. Y por parte del espectador, si las películas de Fassbinder pueden llegar a transmitir una tal tristeza es por la claridad con la que se perciben los hechos que han provocado el drama. A medida que avanza su carrera, las películas de Fassbinder se hacen cada vez más complicadas, pero esto no implica una tendencia barroca como *a priori* estético, sino la profundización de lo que parece su lema original: decirlo todo.

Cuando el protagonista

de *Los Dioses de la Peste* sale de la cárcel, la cámara lo acompaña con un largo travelling horizontal que prosigue inmediatamente con otro en el bar en el que entra para llamar por teléfono. Este largo plano secuencia, que no jerarquiza los elementos no selecciona el material visible, tiene ya, a pesar de su clara referencia pop, un carácter teatral que se agudizará en películas posteriores. La entrada de Brigitte Mira en el bar árabe donde encuentra a El Hedi Ben Salem (de *Todos nos llamamos Alí*), con todas las figuras exóticas inmóviles y a la expectativa, es ya una fuerte inyección de artificialidad en el procedimiento, que se vuelve a complicar cuando a la exposición de situación se le añade, como en la escena del claustro de *Un año con Trece Lunas*, una doble exposición narrativa: la monja cuenta en *off* la infancia de Elvira Weihaupt mientras Ingrid Caven permanece inmóvil apoyada contra una columna, cerrándose el plano con el desmayo de Elvira. El recurso acaba estallando en *Berlin Alexanderplatz*. Al salir Franz Biberkopf de la cárcel, en la primera escena de la serie, el mismo plano secuencia de *Los dioses de la peste* se quiebra en tomas subjetivas vertiginosas, a las que se superpone un salvaje monólogo en *off*. Decirlo todo aparece como una necesidad hasta tal punto ineludible que Fassbinder se arriesga a que la convencionalidad de la expresión se confunda con lo ininteligible poético. Como él mismo escribió en unos maravillosos textos a propósito de Douglas Sirk: «Lo extraño pasa en la pantalla y no únicamente en la

cabeza del espectador. Su cine libera nuestras cabezas.»

A la artificialidad de los recursos expresivos corresponde la de los temas elegidos. El método expresivo sólo puede ser narrativo y explicativo a la vez en la medida en que cada película se presenta como una totalidad en la que la variación de un sólo dato provocaría la variación de toda la situación y, en consecuencia, de toda la película (hasta el punto que muchas de las películas de Fassbinder parecen consecuencia de la variación de un parámetro en una situación, por lo demás, idéntica). Pero esto a su vez sólo es posible en cuanto que el hecho contado sea ya de por sí un hecho culturalmente artificial, manipulado desde el momento mismo en que ocurre. Se trata, por lo general, de hechos que podrían formar parte de la crónica de sucesos de cualquier periódico. La analogía llega más lejos todavía: el mecanismo que pone en funcionamiento la crónica de sucesos al identificar una *víctima a priori* es idéntico al que Fassbinder utiliza en sus películas. Para demostrarlo basta con recordar el escándalo que produjo *La sombra de los ángeles* (realizado por Daniel Schmidt sobre guión de Fassbinder), en la que la aparición de un personaje judío como *víctima a priori* fue interpretada como signo del antisemitismo de sus autores.

Evidentemente, la diferencia reside en que si la crónica de sucesos posee la capacidad de bloquear la relación de lo que narra con su entorno social, Fassbinder logra romper esa frontera al relacionar en sus

personajes, y de un modo más fuerte que el meramente causal, el carácter de víctima *a priori* con el de luchadores natos. Los personajes de Fassbinder están condenados a desear y a luchar por cosas que provocarán su destrucción una vez las hayan conseguido. Y la situación es tanto más terrible cuanto que la conciencia total que todos estos personajes tienen del *impasse* en que se encuentran no resuelve nada. No sólo no se resignan a dejar de luchar, sino que ni siquiera aceptan la imposibilidad de la victoria. De ahí que muy pocos sobrevivan. Si no muriesen, instalados como lo están en esa contradicción de base, la película sería virtualmente infinita. *El viaje a la felicidad de mamá Kusters*, que describe el proceso mediante el cual un personaje perfectamente normal se instala en esa contradicción, termina, con la imagen congelada, en el momento en el que mamá Kusters, un ama de casa cuyo marido ha muerto en un accidente laboral, empuña definitivamente la pistola para convertirse en terrorista.

La imposibilidad de ser feliz —la imposibilidad de amar sin tener que pagar, la imposibilidad de vivir solos pero también la imposibilidad de vivir acompañados...— que caracteriza, de forma, positiva, a los personajes de Fassbinder, caracteriza también su género dramático preferido: el melodrama. No, por supuesto, en tanto que trivialización social o didáctica de la tragedia, ni en tanto que especialmente adecuado a la sensibilidad popular, sino en su más alta acepción genérica. El me-

lodrama establece siempre una profunda corriente de afecto entre el espectador y el protagonista víctima. En Fassbinder esta corriente sentimental no se produce por identificación, dado que el problema del personaje está demasiado expuesto. Por lo mismo, tampoco se trata de la antigua compasión retórica ante el personaje condenado por el destino. Es la compasión estética pura, el afecto inducido por la compasión que el propio creador siente hacia sus personajes. A este respecto, el final de *Nora*, basada en *La Casa de Muñecas* de Ibsen, es bastante significativo: Fassbinder no cierra la película con la huida hacia adelante de Nora, sino con el derrumbamiento del marido, como si el protagonismo quedara desplazado, en cuanto un personaje triunfa, hacia la víctima.

Quizá uno de los momentos más característicos en este sentido sea la admirable utilización de la banda sonora de *Amarcord*, de Fellini (otro gran especialista en la intrusión del autor en su obra), para *Un año con trece lunas*. Sobre todo cuando se sabe que este film fue rodado por Fassbinder como un emocionado homenaje a la memoria de un amante, el mismo que, en uno de los momentos álgidos de la crisis alemana, asumió ante la Policía toda la responsabilidad de una conducta susceptible de ser considerada escandalosa, salvando al cineasta de una detención segura. Fassbinder no quiso aceptar un tal acto de amor y se marchó al Festival de Cannes con otro amigo. A su vuelta a Munich, encontró en su apartamento el cadáver de su antiguo amante,

quien se había envenenado hacía una semana.

La historia no tendría más valor que el puramente anecdótico si no ilustrara a la perfección la relación de Fassbinder con su obra. Tal y como suele ser frecuente, este amigo, un encuentro casual, intervino en varias películas, incluido un pequeño papel en *El matrimonio de María Braun*. El carácter meramente técnico que tiene el aprovechamiento máximo de todos los recursos de un género se convierte, en virtud de ese género mismo, en una prolongación real de lo privado. En 1971 Fassbinder funda su propia productora, Tango Films, lo que le permite trabajar sistemáticamente real de lo privado. En 1971 Fassbinder funda su propia productora, Tango Films, lo que le permite trabajar sistemáticamente con un grupo de actores amigos rodajes, los rodea de afecto y atenciones. La relación puede llegar a ser tan asfixiante como para obligar a una actriz de la personalidad de Hanna Schygulla a abandonar su carrera durante varios años después de rodar con Fassbinder una obra maestra de delicadeza, *Fontane Effi Briest*. Fassbinder tiene, además, los mismos problemas que sus personajes: incapaz de vivir solo, pero incapaz también de vivir acompañado, rueda de comuna en comuna —estos últimos años sólo de hombres—, después de su matrimonio («un infierno») con la actriz Ingrid Caven. Del mismo modo, aparece con frecuencia en sus películas. Al principio —en *Los dioses de la peste*—, de forma un tanto excesivamente alegórica, como

comprador de revistas porno. Más tarde, en *La ley del más fuerte*, interpreta el papel protagonista de chapero explotado hasta la muerte por un amante burgués y, en su episodio de *Alemania en Otoño*, refleja la crisis provocada por el secuestro de Schleyer con una larga escena en la que interpreta su propio papel de intelectual en pleno ataque de nervios, provocado por el consumo excesivo de cocaína y el agobio de un Estado policial.

Esto no quiere decir que Fassbinder se compadece de sus personajes en la medida en que es capaz de sentir una ilimitada compasión de sí mismo. Al contrario, sus personajes pueden ser

calificados de cualquier cosa menos de fracasados, y ya se ha visto cómo su muerte no significa otra cosa que la incapacidad de aceptar ese fracaso. Y si las causas del fracaso pueden ser expuestas y conocidas, ¿cómo aceptar que ese conocimiento no desemboque en la posibilidad de creación de una sociedad justa? Sus películas presentan así una eficacia política no por sencilla menos real. A una entrevistadora que le preguntaba si en la sociedad que él buscaba existiría la Policía Fassbinder contestó: «¿Para qué...? Todo el mundo tendrá de todo y la humanidad aprenderá a suspirar por Bach.» Aunque el propio Fassbinder no pueda ofrecer esa al-

ternativa de forma operativa, sus películas no sólo sirven de testimonio de la infelicidad, sino que al mostrar las causas por las que la infelicidad puede destruir a alguien, demuestran también que ese alguien puede ser realmente, si no lo es ya, cualquier cosa de los espectadores. Como dice Effi Briest, la protagonista de la novela de Fontane, duramente, si no lo es ya, cualquiera de los espectadores. Como dice Effi Briest, la protagonista de la novela de Fontane, durante una de las ingeniosas conversaciones que mantiene con sus amigas antes de que la tragedia destruya su vida: «Una historia que termina en autosacrificio no es nunca mala.»



PROBLEMAS DEL TEATRO POPULAR

Lauro Olmo

La característica más acusada —y voy a hablar, exclusivamente, desde la experiencia personal y siendo consciente de los límites que esto supone— del teatro popular es su extraordinaria capacidad para no dejarse definir, clasificar. Es algo que va tan ligado a la vida misma que, como ésta, puede sorprendernos constantemente. Sabemos que es una comunión, que su protagonismo es colectivo aunque se exprese por boca de un solo personaje que, irrenunciablemente, sería síntesis de la colectividad. Su don comunicativo no radica sólo en la inteligencia, en el intelecto, sino en ese *algo más* que previene del hondón comunitario. Hay quien confunde esto llamándole visceral, casi acercándose a lo psicológico; lo cual, si ahondamos un poco

en la cuestión, es algo así como querer anular el poder de la máscara: de esa máscara popular que, por su protagonismo colectivo, está compuesta por una depurada síntesis de los rasgos de la convivencia social. Esta máscara-síntesis, *la máscara popular*, habla, se expresa, se comunica desde ese hondón que, superando los límites individualizadores de lo psicológico, supone otra síntesis cuya principal característica, en cuanto a poder de comunicación, procede de los ritmos y de las gracias, tristes o alegres, del lenguaje.

De lo dicho se desprende que estamos hablando de un proceso selectivo. Si hay algo que no nace por generación espontánea —y menos aún del mundo de la abstracción— es el perso-

naje popular. Pero hay una abstracción a la española que comienza cuando el personaje se descarna, algo que nos lleva a afirmar que la abstracción en España es el hueso, el esqueleto, que es con el que aquí se efectúan las distorsiones expresivas: las esperpentizaciones. Digo esto por dejar claro a qué tipo de abstracción me refería al afirmar que es imposible que de ésta nazca el personaje popular. Y ahora, por ahondar, voy a contradecirme, aunque sólo en apariencia. Al personaje popular hay que *inventárselo*. Más aún: al pueblo que se sube a las tablas hay que *inventárselo*. Si no fuera así, ese pueblo o ese personaje carecería de verdad teatral: de verdad representativa. Se que esto lo conocemos todos con el nombre de recreación. Y

también sé que sin éste proceso recreador no hay modo de aprehender la realidad, tan insondable, tan inmensa, tan viva: tan extraña de lo popular. Lo contrario tiene un nombre: costumbrista. Pero de eso no hemos venido a hablar aquí.

Quizá de lo dicho se desprenda que una de las exigencias de lo popular es que posea, irrenunciablemente, poder de comunicación. La mayor o menor onda expansiva de éste podría aproximarnos a una definición de teatro popular.

Digamos algo ahora sobre el teatro de andar por casa, de ese teatro que tanto poder de comunicación ha perdido. Hoy, la teoría teatral es riquísima: parece que todo está sopesado y clasificado. Los complejismos elementos que componen la totalidad del hecho escénico, con sus partes verbales y paraverbales, significados, textos, pretextos y el larguísimo etcétera que requiere hoy la marcha hacia la representación, parecen ser, y nadie con más autoridad que Shakespeare para definirlo, «los árboles que no dejan ver el bosque»: que no dejan ver la comunidad. Yo no combato esto, claro, aunque confieso que no deja de impresionarme. Quizá sea porque yo no me he defendido nunca bien en las mesas de siete tenedores. A cinco he llegado; pero reconozco que sin la suficiente gracilidad.

Decíamos más arriba que al personaje popular, al pueblo, hay que inventárselo para que alcance la debida representatividad. Pero uno piensa que para realizar esta operación creativa hay que sentirse o ser

pueblo a la vez, hay que estar inmerso en los ritmos verbales y, a través de ellos, llegar al hondón de la colectividad. Sé que me estoy reiterando; pero es una reiteración necesaria dado lo escurridizo de la cuestión ya que, de aquí, pretendo saltar al sainete como una de las llamadas vías de lo popular. Muchas veces, y quizá a la ligera, hemos dicho que los antecedentes del sainete están en el paso, en el entremés, cosa que posiblemente sigamos diciendo. Sin embargo hay que matizar la cuestión, pues el sainete, y esto no ocurre con los dos medios expresivos anteriores, nos mete, por lo regular, en lo psicológico: en lo individualizante.

Advierto que no estoy tratando de decir originalidades, sino de sentar algunas bases. Todos sabemos que la ciudad moderna y los fabulosos medios de comunicación no han removido decisivamente los medios de expresión. O dicho de otra forma: nos han metido sin contemplaciones en lo urbano. Y hemos venido a parar en lo urbano gentes que procedemos de lo poético-dramático. Yo, para mi modo de caminar por el teatro español, me centré en tres vías: la grotesca, la esperpéntica y la poético-dramática. La primera, y perdonar esta precisión de párvulo teatral, procede de la distorsión de lo psicológico. En cierta forma, de la distorsión de lo individual en busca de más representatividad. (No nos cansaremos de repetir esta palabra: representatividad.) La segunda, que es un descarnamiento, constituye esa abstracción a la española que, estéticamente, distorsiona

y potencia el hueso —la *no* carne— como expresión. En cuanto a la tercera, la del hondón colectivo sin distorsiones —y esto no quiere decir que no tenga capacidad para producir monstruos— es la que, por su condición totalizadora, que estamos perdiendo, nos plantea con más claridad el problema de la falta de poder comunicativo que aqueja al teatro actual. Sé que esto es extremar un poco las cosas, y también sé que si hay un medio de expresión inextinguible, ése es el teatro: el teatro como acto de comunicación. Lo que quizá empiece a preocuparnos seriamente es su arrinconamiento ante la ofensiva de los otros medios expresivos, su reducción a espectáculo de minorías: una reducción totalmente anti-teatral. Al teatro podrán ir dos o 200 personas, pero ese hecho no es suficiente para calificarlo de minoritario. El teatro que no lleve en sí a la colectividad no es teatro. El que la colectividad acuda o no acuda, todos sabemos que es otro problema. ¿No es llegado el momento de que el teatro se reencuentre consigo mismo y se convierta en ese más allá espectador televisivo o cinematográfico? O preguntado de otro modo: ¿no es llegado el momento de que el teatro se condense en su número preciso de tenedores? ¿En que la palabra —aquella palabra con la que Shakespeare, según Brecht, conseguía hermosísimos amaneceres— como todos sus poderes rítmicos y sugeridores vuelva a intentar, secundada por todos los demás elementos que constituyen el hecho teatral, el ahondamiento en las entrañas de lo significativo? Mientras llega o no lle-

ga ese reencuentro, volvamos al teatro de andar por casa.

Insinuábamos que el sainete, con su condición individualizante y localizante —entre nosotros casi no es más que una aventura madrileña, urbana—, se diferenciaba como vía de lo popular del paso y del entremés, y que la principal diferencia estaba en que en éstos la psicología importaba poco o nada. Una pregunta sería: ¿lo psicológico tiene máscara? ¿Tiene la antigüedad y la capacidad de juego de la máscara? El sainete parece carecer de máscara y, cuando se distorsiona hacia lo grotesco o hacia lo esperpéntico, quizá sea debido a una búsqueda de la misma: a la búsqueda de una mayor representatividad. Una búsqueda difícilísima en un tiempo como el nuestro en que las decantaciones son prácticamente imposibles. La prisa nunca lleva al hondón. De aquí los juegos de artificio, la movilidad superficial, lo espectacular del teatro actual.

Uno de los ataques mayores que ha sufrido el sainete español ha partido, sobre todo, de una interpretación dogmática y dictatorial de los seguidores de Brecht, uno de los autores universales que yo más admiro y del que, entre otras cosas, aprendí a no caer en reverencialismos de ninguna especie. Yo no me voy a meter ahora en disquisiciones sobre el populismo, los medios expresivos de clase, el distanciamiento, etc. La verdad es que mi fuerte no son los análisis, quizá porque no esté dotado para poder desarrollar un proceso analítico convenientemente. Los ataques al sainete

eran —son— por considerar a éste como un medio expresivo burgués, pero no por ser un medio expresivo del burgo, de lo urbano, sino por su pretendida condición expresiva-clasista, por sus convenciones, por ser el reflejo de un determinado modelo social. El sentido revolucionario tenía —tiene— que buscar su propia y necesaria expresión. En una palabra: lo tradicional estorbaba, estorba. Quizá de aquí proceda la valoración de lo cirquense. Y estoy diciendo esto con absoluta y teatral seriedad. ¿Quién se atrevería a negar la gran parte de verdad que posee toda esta postura crítica? Buceando en la fosa común de los sainetes, ¿se salvaría alguno del sambenito que supone todo lo dicho? Pero otra pregunta sería: ¿la claridad teórica que arroja todo ese análisis ha enraizado y proporcionado al teatro, no digo ya la expresión revolucionaria, sino la más mínima aportación en cuanto a su necesario poder comunicativo? ¿No está ocurriendo precisamente lo contrario? Y en parte, ¿no estará pasando esto por llevar al teatro a competir en terrenos que no son precisamente los suyos —cine, televisión— y en las que lleva todas las de perder? En fin, no nos desviemos; centrémonos en lo psicológico, que es donde está el quid de la cuestión saineteril.

Es lógico que un determinado modelo social condicione, según sus valores o intereses, la convivencia; pero lo que no está tan claro es que los elementos verbales vigentes en este modelo convivencial sean condenables sin más ni más. Se-

rán condenables los tópicos, las frases hechas, las combinaciones verbales transmisoras de dogmas al servicio del modelo, y ciertas matizaciones afectivas que logran ciertos encantamientos; pero —y, por favor, no nos salgamos ahora de lo psicológico—, ¿éstas combinaciones no pueden ser alteradas introduciendo nuevos matices, nuevos horizontes, aunque partan estos de la visión crítica o testimonial que, ante la imposibilidad circunstancial de la revolución, se intente realizar con otras combinaciones verbales que creen nuevas matizaciones afectivas? Ya sé que posiblemente caeríamos en el peligro de crear nuevos encantamientos producidos por los nuevos tonos y los nuevos ritmos; pero, ¿qué hacer si la revolución se convierte en una utopía? Podríamos responder, ¡pues sirvamos a la utopía! Bien, pero —y seguimos en lo psicológico—, ¿con qué lenguaje? Puede ser que la respuesta vuelva a ser: ¡carguémonos el teatro psicológico! Pero todos sabéis que esa honda operación poético-dramática, partiendo de lo urbano —y es casi siempre imposible que nosotros podamos escapar de la mediatización de lo urbano—, requiere una facultad que estamos perdiendo. Que lo que empieza a dominar es un proceso unificador de modos convivenciales y que, como consecuencia, parece que estamos condenados a operar con lo psicológico. Con lo psicológico-urbano que fatalmente nos conduce a ese teatro de andar por casa que, ni aún con las distorsiones de lo grotesco y de lo esperpéntico, nos permitirá llegar, hoy por hoy, ni a los

aledaños de esa meta que, producto de otros tiempos psicológicos y otras decantaciones, conocemos por el nombre de *La Celestina*.

Como final, les voy a pedir un favor: den por no leído todo este lío en que me acabo de meter. Lo asombroso del teatro es su

maravillosa capacidad para hacernos una pedorreta a todos. Y a mí el primero, claro. Gracias por haberme aguantado.

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistain

NUMERO 26

MADRID

JULIO 1936

LA REPRESION SEXUAL Y EL FASCISMO

Wilhelm Reich

En octubre de 1935, trescientos psiquiatras de los más acreditados exhortaron a reflexión al mundo entero. Italia acababa precisamente de llevar a cabo sus primeras agresiones contra Abisinia. Miles de hombres indefensos, entre ellos mujeres, ancianos y niños, fueron eliminados en el primer ataque. Con ello, podemos imaginarnos las proporciones que alcanzaría la matanza de masas en caso de una nueva guerra mundial.

Que una nación como la italiana, constituida de masas frugales y hambrientas se haya exaltado sobremedida, por modo excepcional, o haya respondido, sin rebeldía alguna, al grito de guerra, no era, en verdad, inesperado, si bien no sea comprensible. Esto robustecería la opinión generalizada de que el mundo,

aquí y allá, se deja gobernar por hombres cuyos síntomas morbosos debieran ser puestos de manifiesto por los psiquiatras. Es más, los hombres del mundo entero tienen, en efecto, el alma enferma, reaccionan psíquicamente de manera anormal, en contradicción con sus propios deseos y posibilidades efectivas.

Son signo de reacción psíquica anormal: morir de hambre en la abundancia; exponerse al frío y a la lluvia pese a los elementos existentes, carbón, máquinas constructoras de edificios, millones de kilómetros cuadrados de terrenos despoblados; creer que todo es movido y condenado a la muerte y a la ruina por obra de un poder divino con larga y blanca barba; ser impulsados a asesinar hombres que nada nos hi-

cieron y a sentir el deber de conquistar un país del cual jamás tuvimos noticia; incluso ir andrajosos y considerarse representantes de la «grandeza de la nación» a que pertenecemos; anhelar la sociedad sin clase, y, sin embargo, admitir la existencia de una «comunidad popular» con el especulador capitalista; olvidar lo que un jefe del Estado prometió antes de que hubiera llegado a ser jefe de la nación; otorgar, en general, a simples individuos, aunque sean hombres de Estado, tamaño poder sobre nuestra propia vida y nuestro destino; no concebir que también los grandes conductores del Estado y de la Economía duermen, comen, padecen trastornos sexuales, satisfacen sus necesidades y están tan dominados por sentimientos inconscientes como cualquier

mortal; considerar como cosa evidente las palizas a los niños en honor y servicio de la «cultura»; prohibir a la juventud, en la flor de su vida, la dicha de la unión amorosa. Podríamos continuar indefinidamente. «cultura»; prohibir a la juventud, El llamamiento de los trescientos psiquiatras fue un hecho que oficialmente introdujo la política en esa ciencia de ordinaria tan lejana a las cosas del mundo, y, al parecer, apolítica. Sin embargo, era un hecho incompleto. No así la raíz del fenómeno, sin lo cual no podía ser expresado correctamente. No tomó como punto de partida la psiquis enferma del hombre actual. No interrogaba sobre las causas de esa desmedida capacidad de sacrificio de las masas, puesta al servicio de los intereses de algunos magnates municioneros. No establecía firmemente la oposición que hay entre la satisfacción verdadera de las necesidades y la satisfacción ilusoria en el delirio nacionalsocialista, delirio que es afín al estado de éxtasis del fanático religioso. El hambre y la miseria de las masas, en medio de una productividad progresiva de la economía, ha conducido, no a un plan racional de la vida económica, esto es, al Socialismo sino a una afirmación que las propias masas hacen del hambre y del empobrecimiento. El movimiento socialista quedó a retaguardia. El problema no es la psicología del hombre de Estado, sino el de la masa.

Los actuales gobernantes son amigos, hermanos, primos, suegros, de los grandes capitalistas. Que la masa de hombres reflexivos, en parte cultos, no vea esto y no reaccione en conse-

cuencia, constituye un problema. Este problema no cabe resolverlo con investigaciones y diagnósticos sobre la psiquis individual. Las enfermedades psíquicas, entre ellas las perturbaciones mentales, la resignación, la propia *degradación*, la fe incondicional en el *Führer*, etc., quedan en su totalidad reducidas a su más simple forma, y son expresión de un desequilibrio de la vida vegetativa, especialmente de la vida sexual, tal como está constituida en la sociedad de clases.

Las grotescas manifestaciones de una psiquis enferma sólo son muecas y exageraciones groseras de la actitud mística de multitudes que creen conjurar la guerra mediante plegarias. En los manicomios del mundo entero, que albergan el 4 por 1.000 de los hombres, ocurre como en la política: no se interesan por el régimen de vida vegetativo sexual. En la ciencia oficial, el capítulo sobre la sexualidad aún no está escrito. Con todo, hoy no podemos ya dudar de que la motivación de las reacciones psíquicas anormales estriba en extravíos morbosos de una energía sexual insatisfecha.

Asiremos, pues, a la raíz de la enfermedad psíquica de las masas si desarrollamos la cuestión sobre el *régimen social relativo a la vida sexual de los hombres*.

La energía sexual es la energía creadora del aparato psíquico. Este forma la estructura emocional y pensante. La «sexualidad» es simplemente productora de energía vital. Su represión acarrea, no ya trastornos en el aspecto médico, sino trastornos de

las funciones fundamentales de la vida; a este propósito, su expresión social más importante es el modo de obrar irracional, sin designio alguno, la demencia, la mística y religiosidad, la propensión bélica, etc. La política sexual, por tanto, debe tomar como punto de partida esta cuestión: *¿Por qué motivo es oprimida la vida amorosa del hombre?*

Procuremos resumir cómo la economía sexual concibe la relación entre la vida psíquica del hombre y el régimen económico de la sociedad. Las necesidades humanas están formadas, transformadas, y también singularmente oprimidas por la sociedad; de esta suerte, surge la estructura psíquica de los hombres. Esta no es congénita, antes bien, se desarrolla en cada miembro de la sociedad en el transcurso de las continuas luchas entre las necesidades y la sociedad. No existe ninguna *estructura* innata de los instintos; tal estructura se crea en el curso de los primeros años de la vida. Innata es, en mayor o menor grado, la energía vegetativa. Mediante la influencia de la sociedad de clases, surge la estructura del súbdito, del sometido que obedece y a la vez se rebela. La sociedad sin clases anhela liberar a los hombres; por consiguiente, debe no sólo saber cómo ha sido estructurado el hombre burgués, sino también concebir cómo quiere estructurar a los hombres, qué fuerzas debe utilizar a este respecto.

El meollo de la psicología práctica apolítica es la política sexual, pues la función sexual es el meollo del funcionamiento anímico. Ello

está ya demostrado por el carácter de la literatura y de la producción líricas; el 99 por 100 de las películas cinematográficas y de las obras de teatro son creaciones destinadas a satisfacer necesidades sexuales.

Las necesidades biológicas, la nutrición y el goce sexual, motivan, en general, la necesidad de las relaciones sociales de los hombres. Las «relaciones de producción», que así surgen, transforman las necesidades fundamentales, sin extirparlas jamás, no obstante, y crean con ellas nuevas exigencias. Estas nuevas exigencias humanas determinan, a su vez, el proceso ulterior de la producción, la producción de utensilios y máquinas, y con ellos, las relaciones sociales y económicas que median entre los hombres. Basadas en estas relaciones de producción *entre* los hombres, se desarrollan determinadas concepciones de la vida, la moral, la filosofía, etc. Tales concepciones corresponden, en general, punto por punto, con el nivel de la técnica, por tanto, con la capacidad de comprender y domeñar la existencia. La ideología social que ha surgido de ese modo forma, a su vez, la estructura humana. Por ese medio llega a ser una fuerza material y se conserva como «tradicción» en la estructura del hombre. En adelante, todo dependerá de que ora la sociedad entera colabore en la creación de la ideología social, ora tan sólo una minoría. Si una minoría dispone del poder político, entonces dispone asimismo de la forma y del contenido de dicha ideología.

Por donde en la sociedad de clases el pensamiento de los hombres concuerda con los intereses de quienes poseen el poder político y económico. En la sociedad sin clases, donde no existen intereses de una minoría, por el contrario, la ideología social debe estar en consonancia con los intereses vitales de todos los miembros de la sociedad.

Hasta la fecha, se concebía la ideología social sólo como una suma de ideas que, por encima del proceso económico, se forman en la cabeza de los hombres. Tras el triunfo de la reacción política de Alemania, en un período de profundísima crisis, y tras las experiencias respecto a la conducta irracional de las masas, la ideología no puede ser considerada como un mero reflejo. Apenas una ideología abraza y modela la estructura del hombre, se convierte en una fuerza política, material. No existe ningún proceso económico social, históricamente importante que no enraíce en la estructura anímica de las masas y que no influya en la conducta de dichas masas. No existe ningún «proceso de fuerzas productivas en sí», sino una evolución o un estancamiento de la estructura humana, de su sentir y pensar sobre los fundamentos de los procesos económicos y sociales. El proceso económico, esto es, la evolución de las máquinas, es funcionalmente idéntico al proceso de la estructura psíquica del hombre, proceso que es creado, estimulado o detenido por aquella evolución, la cual, a su vez, está influenciada por este proceso. Una economía sin activos impulsos humanos

es inconcebible, de la misma suerte que un sentimiento, un pensamiento y una conducta humanos sin fundamentos y consecuencias económicas. La unilateralidad de ambas concepciones es la base del *psicologismo* («sólo las fuerzas espirituales crean la historia»), como también el *economismo* («sólo la técnica crea la historia»). Debieran hablar menos de dialéctica y más sobre las interacciones palpitantes entre grupos humanos, naturaleza y máquinas. Estos elementos, en cuanto función, constituyen una unidad y a la vez se condicionan; sin embargo, en ninguna circunstancia se logrará prácticamente dominar el actual proceso de la cultura si no se comprende que el núcleo de la estructura anímica es de estructura sexual, y que el proceso cultural es en su esencia un proceso de exigencias sexuales, que se desarrolla sobre la necesidad de conservar la vida.

La mezquina y, al parecer, «apolítica» vida sexual de los hombres debe ser fundamentalmente escudriñada y dominada, en conexión con las cuestiones de la sociedad de clases. La alta política tiene, en realidad, por escenario, no los desayunos diplomáticos, sino la vulgar vida cotidiana. De ahí que no debamos diferir el dar color político a la llamada vida personal del hombre. Si los 1.800 millones de habitantes terrestres no concedieran crédito a la actividad de los 100 diplomáticos dirigentes, todo estaría en orden; ya no es posible ninguna dirección de la sociedad y ningún orden en la satisfacción de las necesi-

dades mientras existan intereses de municioneros y los principios que informan los órdenes del día. Sin embargo, esos 1.800 millones de hombres no podrán ellos mismos domar su destino en tanto no tengan conciencia de su propia y modesta vida personal. Las fuerzas íntimas que les impiden lograrlo se llaman: *moral sexual y religión*.

El régimen económico del capitalismo de los últimos doscientos años ha cambiado mucho la estructura humana; con todo, esa transformación es insignificante, comparada con el inmenso estrago humano producido desde que, hace miles de años, irrumpió en el mundo de la opresión de la vida natural, de la vida sexual principalmente. Una tiranía milenaria, ejercida sobre los impulsos vitales, ha creado las condiciones de la psicología colectiva: el miedo a la autoridad, la increíble sumisión de los unos, la sádica brutalidad de los otros, la religión y las satisfacciones ilusorias en cuyo fondo se calma y puede sostenerse desde hace doscientos años una economía capitalista basada en el lucro.

No olvidemos, sin embargo, que fueron ciertos procesos sociales y económicos los que desde hace milenios ocasionaron esta transformación de la estructura humana. Hoy ya no se trata del problema de una industria que cuenta mil doscientos años, sino de una estructura humana que cuenta seis mil años, y que hasta la fecha se ha mostrado incapaz de poner las máquinas a su servicio. Cuanto más grandioso y revolucionario fue el des-

cubrimiento de las leyes de la economía capitalista, tanto menos bastaba ella sola para resolver el problema de la propia sumisión del hombre. Ciertamente, en todas hay grupos humanos, sectores de las clases oprimidas que luchan por «el pan y la libertad»; no obstante, la masa que domina por su número o reza y permanece fuera de la contienda, o combate por la libertad del lado de sus opresores. Que esta masa sufre una indignidad inaudita, lo experimenta ella misma todos los días y a todas horas. Que a esta masa sólo se la quiere dar pan y no todos los goces de la vida, lo confirma su moderación. Y lo que realmente sea, pueda ser o llegue a ser la libertad, no ha sido, hasta ahora, expuesto a la masa por modo concreto e inteligible. Ni se le han mostrado palpablemente las posibilidades de una vida feliz. En donde se ha intentado hacerlo a fin de captar a las masas, éstas han ido guiadas por ruidosas alegrías de plazuela y por pequeños burgueses sin sentimiento de la responsabilidad. El centro de la dicha es la dicha sexual. Nadie que haya tenido autoridad política ha osado plantear eso. La sexualidad es una cuestión privada que nada tiene que ver con la política: he ahí la opinión general. ¡Pero la reacción política piensa de otra manera!

El traductor francés de mi libro *Madurez sexual, continencia, moral matrimonial* (*La crise sexuelle*, París, 1934), enfrenta el freudomarxismo con el marxismo y considera distintas la manera de pensar psicoanalista y las cues-

tiones planteadas por el marxismo. Según el autor, Reich, «la crisis sexual no es principalmente el resultado de la contradicción entre la moral y las relaciones capitalistas en su decadencia, por una parte, y por otra, las nuevas relaciones sociales, la nueva moral proletaria; antes bien, es el resultado de la contradicción entre las eternas necesidades sexuales y el orden social capitalista».

Tales objeciones son siempre adoctrinadoras y provechosas. Su consideración conduce regularmente a la precisión y ampliación de la doctrina originaria.

El crítico contrapone aquí al antagonismo de clases el antagonismo entre las necesidades y la sociedad. Sin embargo, ambas oposiciones deben ser explicadas y no tan sólo contrapuestas. Ciertamente desde el punto de vista objetivamente clasista, la crisis sexual es una expresión del antagonismo entre la decadencia capitalista y el auge proletario. Pero también es cierto que expresa un antagonismo entre las necesidades sexuales y la sociedad capitalista. ¿Cómo compaginaremos esto? Muy sencillamente. Se explica que el crítico no halle solución por el hecho de que no sea habitual establecer una rigurosa distinción entre el aspecto subjetivo y el objetivo del decurso social, aunque al mismo tiempo sea evidente: lo objetivo es la crisis sexual, un fenómeno de los antagonismos de clase; pero, ¿cómo fijamos subjetivamente ese antagonismo? ¿Qué significa «nueva moral proletaria»? La moral

clasista del capitalismo reprime la sexualidad; crea, pues, primero, la contradicción y la necesidad; el movimiento proletario supera esa contradicción, en cuala sexualidad; crea, pues, primero, la contradicción y la necesidad; el movimiento proletario supera esa contradicción, en cuanto aboga con una nueva ideología la vida sexual. Así coinciden el capitalismo y la represión sexual, por una parte, y por otra, la «moral» proletaria y la satisfacción de las necesidades sexuales.

Cuando hablamos de una «nueva moral proletaria» no decimos absolutamente nada; el contenido de esta nueva moral está constituido por la satisfacción regulada de las necesidades, y ello no sólo en punto a la sexualidad. La ideología proletaria no desconoce que esto, entre otras cosas, forma su contenido concreto; después habla, sin duda, de una nueva moral; pero, en realidad, permanece sumida en las viejas costumbres. Tal contradicción se manifiesta claramente en la ideología y la realidad de la Unión Soviética. La nueva moral estriba en hacer innecesaria la regulación moral y en restablecer la regulación espontánea de la vida social. En la moral contra el robo ello aparece claramente visible y transformado en la práctica: quien no pasa hambre no precisa robar, no precisa ninguna moral que se lo impida.

La misma ley fundamental rige en la sexualidad: quien vive satisfecho no precisa ninguna moral. A la moral sexual del Socialismo nosotros la llamamos «regulación economicose-

xual» de la vida genésica, y que viene a sustituir a la regulación normativa. Debido a cierta confusión respecto a las leyes de la sexualidad, el comunismo intentó hasta ahora mantener la forma de la moral burguesa y cambiar el contenido; surge, pues, en la Unión Soviética una «nueva moral», que reemplaza a la vieja. Esto es, en efecto, inexacto. Así como el Estado no sólo muda su forma (exceptuada la fase transitoria de la dictadura proletaria), sino que «perece» (Lenin); así acaece con la moral.

Un segundo error de los críticos radica en creer que nosotros aceptamos una sexualidad *absoluta*, que entra en conflicto con la sociedad capitalista. Un craso error, verbigracia, del psicoanálisis oficial, burgués, radica en concebir los impulsos como elementos absolutamente biológicos; lo cual no pertenece a la naturaleza esencial del psicoanálisis, que es específicamente dialéctica, sino al pensamiento mecanicista de los analistas, que, por otra parte, se completa, según costumbre, con tesis metafísicas. También los impulsos nacen, se transforman y mueren. Los lapsos de tiempo en que se efectúan las mudanzas biológicas son, sin duda, largos; en cambio, aquéllos en que se efectúan los procesos sociales son breves, respecto a los biológicos, de tal suerte que éstos se nos muestran como elementos absolutos, mientras aquéllos, por el contrario, como fluyentes y relativos.

Para la investigación de procesos sociales concre-

tos, temporalmente circunscritos, basta fijar los conflictos entre cierto impulso biológico y la manera cómo el régimen social lo concibe y lo trata. Esto no basta, en modo alguno, para las leyes biológicas de la existencia sexual con su lento decurso; aquí se precisa esforzarse por sacar a la luz la relatividad, la mutabilidad de los impulsos. Si debemos concebir el proceso vital del individuo como la primera hipótesis de todo acaecer social, entonces basta con admitir que la vida existe con sus necesidades. Pero esta vida no es absoluta; nace y expira en forma de cambio de generaciones, y, a la par, se conserva invariablemente en forma de células germinales, que perduran de generación en generación.

La vida, como totalidad —en tanto tengamos en cuenta espacios de tiempo cósmico—, es algo que ha surgido de lo inorgánico, y que algún día, si es cierta la doctrina de la variabilidad del curso de las estrellas, perecerá en cuanto totalidad, esto es, tornará de nuevo a ser algo inorgánico; lo cual es una hipótesis necesaria del pensamiento dialéctico. Ningún otro punto de vista es quizá tan conveniente para procurarnos un verdadero conocimiento, como considerar cuán insignificantes, cuán deleznable y minúsculas son las ilusiones del hombre tocante a su misión «espiritual», «trascendental», y cuánto se realza, en cambio, la conexión de su vida vegetativa con la vida de la naturaleza.

De la misma suerte podríamos decir que las luchas de clases nada son,

igualmente, ante los procesos cósmicos, de los cuales el hombre y la sociedad sólo forman un pequeño sector. ¡Cuán grotesco es —podría argüirse— que los hombres se degüellen unos a otros para extirpar el paro, para sostener a Hitler en el poder o para organizar procesiones nacionalsocialistas, mientras en el universo las estrellas siguen su movimiento de traslación, y que mejor haríamos dedicándonos a los goces de la naturaleza. Pero tal interpretación sería falsa, pues precisamente el punto de vista de las ciencias naturales contradice a la reacción y aboga por la concepción socialista del universo. La reacción trata de introducir el cosmos infinito y su reflejo, el sentimiento del hombre, en el espacio de ideas infinitamente pequeñas, como la idea del ascetismo sexual y del sacrificio por fines patrióticos. El Socialismo, al revés, en cuanto concepción del uni-

verso, trata de coordinar lo infinitamente minúsculo de la existencia individual y social con el inmenso espacio de la naturaleza en general; trata de superar la contradicción existente, ya que un «error acerca de la evolución» de la naturaleza ha causado en la sociedad seis mil años de explotación, de religión y de opresión sexual, aunque ello fuera «necesario». En suma, la naturaleza se pronuncia por la sexualidad y contra la antinatural ética sexual, por una economía internacional y contra la explotación y las fronteras nacionales.

En la ideología nacionalsocialista se oculta un grano racional, que presta a ese movimiento reaccionario su gran impulso y que se expresa en la frase «vinculación de la sangre y del territorio». Por el contrario, en la práctica nacionalsocialista todo se expresa en la frase «vinculación de la sangre y del territorio».

Por el contrario, en la práctica nacionalsocialista todo está embridado por aquellas fuentes de la sociedad, la naturaleza y la técnica— y que mantienen la división en clases —la cual no puede desaparecer por esa ilusión de la unidad del pueblo— y la propiedad privada de los medios de producción —la cual tampoco puede ser suprimida por ninguna «idea de comunidad»—. El nacionalsocialismo expresa místicamente en su ideología lo que el movimiento revolucionario socialista lleva en su seno como núcleo racional: desaparición de las clases y vida conforme a la naturaleza. Ese movimiento revolucionario, que aún no alcanzó la plenitud de conciencia respecto a su contenido ideológico, ve, en cambio, con toda claridad las hipótesis económicas y sociales que puedan dar cuerpo a su concepción del universo: *la realización de la dicha de la existencia en la tierra.*



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 250 PTS.